

Bobby Fischer

Rosa de las Nieves

El mítico genio rebelde

Millones de aficionados le adoran. Entregó su vida al ajedrez, lo revolucionó, humilló a los soviéticos en la *guerra fría* y se retiró tras ser campeón del mundo en 1972, a los 29 años. Para desafiar a la Casa Blanca concedió la revancha a Boris Spassky en Yugoslavia, 20 años más tarde, durante el embargo contra ese país. Ganó, se hizo millonario y desapareció otra vez. Mítico, genial, indómito, excéntrico y desequilibrado, con un coeficiente intelectual superior al de Albert Einstein, Bobby Fischer resumió su cautivadora personalidad en una frase: "El ajedrez no es como la vida, es la vida misma".

Bobby Fischer, en una de sus ruedas de prensa, "tocado" de una curiosa gorra de telegrafista.



Pero la suya pudo haber terminado muy pronto, a los 5 años de edad, en Mobile, un pequeño pueblo de Arizona, a unos 55 kilómetros al sudoeste de Phoenix, próximo a una reserva india, donde Regina Wender, divorciada del biofísico alemán Gerhardt Fischer tres años antes, se trasladó en compañía de sus dos hijos, Joan y Bobby, para ejercer como maestra de escuela.

Era un día soleado de 1948, cuando la madre descubrió con horror que Bobby se había sentado en las vías del tren pocos segundos antes de que los vagones de *El Argonauta,* que cubría diariamente el trayecto Nueva Orleans-Los Ángeles, pasasen por allí a toda velocidad.

Bobby, a los 15 años, en vísperas de conseguir el título de gran maestro.



Archivo Jaque

Boris Spassky:
"El ajedrez *es como* la vida"

Viktor Korchnoi:
"El ajedrez *es mi* vida"

Bobby Fischer:
"El ajedrez *es la* vida"

'El ajedrez es la vida'

Esa capacidad de ensimismamiento es una de las constantes de su carácter. Cuando sus profesores se dieron cuenta de que era un superdotado, el pequeño Bobby ya había sido catalogado como "niño imposible". Uno de ellos le sorprendió un día con el tablero de bolsillo en el pupitre y le dijo: "No puedo forzarte a que me escuches ni a que dejes el ajedrez. Pero al menos, por decencia, no saques el tablero". Sin quererlo, aquel maestro impulsó la capacidad de su alumno para jugar a ciegas, esto es sin ver las piezas, que tan útil le ha resultado siempre para abstraerse cuando está donde no quiere: "No importa dónde esté ni lo que haga. Mi subconsciente produce nuevas ideas sin cesar. El ajedrez es la vida".

Fischer solía jugar con su hermana al Monopoly y al parchís hasta que, a los 6 años, descubrió el ajedrez, que al principio le pareció "otro juego, aunque algo más complicado". Ambos se habían trasladado ya con su madre, suiza de origen judío, al barrio neoyorquino de Brooklyn. Allí empezó la meteórica ascensión hacia la cumbre dominada por los soviéticos, así como la indomable rebeldía de Fischer y una integridad ideológica extrema.

Gran maestro a los 15 años

Campeón absoluto de Estados Unidos a los 14 años, y gran maestro –la categoría más alta en ajedrez– a los 15, tenía 16 cuando quiso resolver los problemas económicos para acudir al Torneo de Candidatos al título mundial en Yugoslavia: "Iré, aunque sea nadando". Pero rechazó la ayuda de la revista *Sports Illustrated* porque había sido pedida por su madre; la de la federación estadounidense, porque no quería ninguna relación con ella; la de un millonario, porque éste pidió a cambio que su apadrinado le citase en sus declaraciones, y la propuesta de los pianos Fischer, a cambio de un anuncio, porque le pareció "una ridiculez". Finalmente jugó; terminó el 5.º, superado por cuatro nombres sagrados del ajedrez soviético –Tahl, Keres, Petrosián y Smyslov– a los que acusó, enfurecido, de jugar en equipo.

Antisoviético declarado

La animadversión de Fischer hacia la URSS nació probablemente un año antes, cuando escribió al directivo Alexánder Kótov para proponerle la publicación de un libro con sus partidas en la URSS y la apertura de una cuenta en un banco de



Archivo Jaque

Mundial de Reykjavik, 1972; apoteosis del enfrentamiento entre norteamericanos y soviéticos. De espaldas, Spassky.

Moscú. Kótov se mostró horrorizado de que un mozalbete estuviera interesado en el dinero y describió a Fischer como "una víctima del enfermo sistema capitalista".

Esa frase ya insinuaba la bífida actitud –desprecio en público, admiración en privado– que los mandatarios moscovitas mostraron hacia Fischer durante muchos años. En 1971, Mark Taimánov fue aplastado por el mozalbete por 6-0, un resultado asombroso, en el Torneo de Candidatos. El Comité de Deportes soviético le prohibió salir al extranjero, escribir artículos y dar conciertos como pianista, su segunda profesión, además de quitarle el sueldo bajo la acusación de haberse dejado ganar. Unos meses después, Fischer aplicó la misma paliza al danés Bent Larsen. "En el Kremlin, alguna mente preclara debió de pensar sobre lo raro que resultaba que un gran maestro danés y otro soviético se dejasen ganar por 6-0. De modo que aliviaron un poco mis castigos", manifestó Taimánov 17 años después, durante la *perestroika*.

La furia antisoviética de Fischer, pronto ampliada a la Federación Internacional (FIDE) por no tomar medidas contra las supuestas componendas de los jugadores de la URSS, provocó largas ausencias en torneos internacionales; una de ellas superó los tres años. Fischer aceptó entonces, en 1965, una invitación para jugar en Cuba, que no tenía relaciones diplomáticas con EE.UU. El Departamento de Estado no le autorizó a viajar a La Habana, pero Fischer encontró la solución: jugaría desde Nueva York, a través del teletipo.

Sin embargo, el torneo fue precedido de un duelo telegráfico con Fidel Castro, que el estadounidense comenzó así: "Protesto contra la noticia publicada hoy en el diario *The New York Times* en el que se interpreta mi actitud como una victoria propagandística. Debido a esta circunstancia, debo retirarme del Memorial Capablanca si no me envía inmediatamente un telegrama declarando que ni usted ni su gobierno intentarán capitalizar políticamente mi participación".

El líder cubano recogió el guante y le contestó: "Estoy sorprendido por su acusación. No he dicho una sola palabra al respecto. Sólo las agencias norteamericanas dicen que nuestro país necesita victorias propagandísticas. Es asunto suyo si quiere o no jugar el torneo, pero sus palabras son injustas. Si tiene miedo o se arrepiente de su decisión, sería mejor buscar otra excusa o tener el coraje de mantenerse honrado". Fischer jugó y logró el segundo puesto.

Cifras millonarias

Gracias a él, en 1972, los honorarios de los ajedrecistas profesionales se dispararon. Tras abundantes escándalos y controversias, Fischer se convirtió en el aspirante al título de Spassky, pero se negó a viajar a Reykjavik hasta que, a petición del Secretario de Estado, Henry Kissinger, el mecenas británico, James Slater, añadió 125.000 dólares –una fortuna, si se compara con los premios de entonces– a la bolsa del encuentro.

Aquel duelo traspasó con creces el ámbito deportivo. La victoria de Fischer fue interpretada como un torpedo en la línea de flotación del aparato propagandístico soviético. Los tableros, las piezas, los relojes y los libros de ajedrez se agotaron en países de los cinco continentes. El 1 de septiembre de 1972 casi todas las emisoras de radio y televisión de Estados Unidos interrumpieron sus programas para dar una noticia de enorme impacto: "Bobby Fischer es el nuevo campeón del mundo de ajedrez". El ídolo de millones de aficionados dijo esa misma noche a la recepcionista de su hotel, en la capital de Islandia: "Sólo estoy para el presidente Nixon". Veinticuatro horas después, Nixon le envió un emotivo telegrama.

Ahí empezó la etapa más patética de la vida de Fischer: cayó en picado hacia la miseria económica, fue detenido y maltratado por la policía de Pasadena (Los Ángeles), llegó a ser un antisemita visceral a pesar de ser judío, vivió retirado del ajedrez por sus discrepancias con la FIDE y desapareció durante veinte años. Y se convirtió en un mito viviente.



Una fotografía que dio la vuelta al mundo es esta instantánea, publicada en semanarios de gran tirada como Time *y* Newsweek.

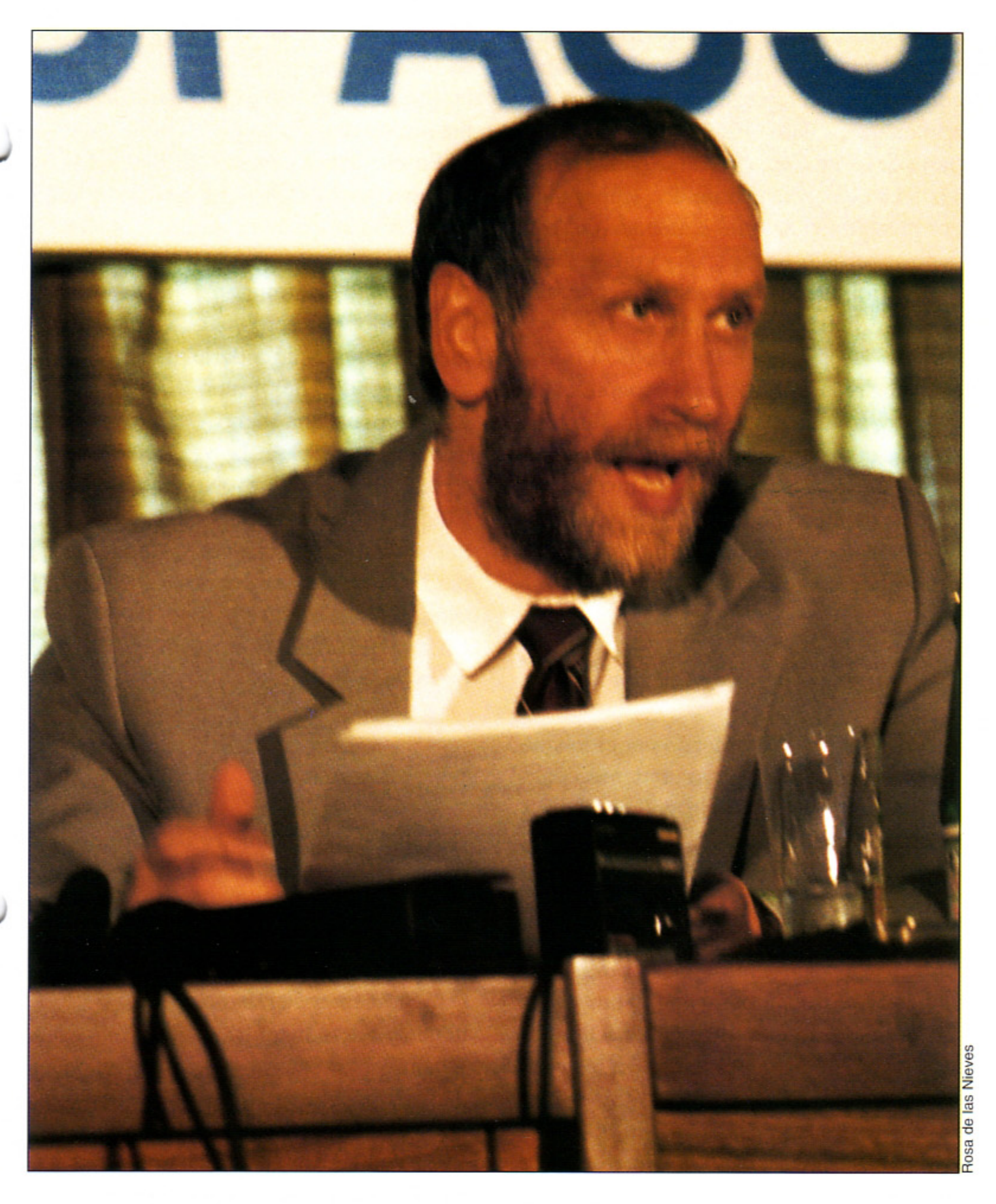
20 años sin Fischer

Los 20 años que transcurrieron desde la ruidosa victoria de Bobby Fischer sobre Boris Spassky en Islandia hasta su fugaz reaparición constituyen uno de los episodios más tristes y misteriosos de la historia del ajedrez. Los millones de aficionados que se habían enganchado al ajedrez en 1972 gracias al genial estadounidense no pudieron ver una sola partida nueva de su ídolo hasta 1992, a pesar de que el presidente de Filipinas, Ferdinand Marcos, ofreció una bolsa de cinco millones de dólares en 1975 para que el duelo por el título entre Fischer y Anatoli Kárpov, designado por el Kremlin para suceder a Boris Spassky y vencedor de Víctor Korchnoi en la final de Candidatos, se celebrase en Baguio (Filipinas).

Pero, aunque sus exigencias económicas marcaron un hito en la forma de vida de los ajedrecistas, Fischer ya había dado muestras de que el dinero no era la máxima prioridad en su escala de valores. Por ejemplo, cuando una marca de champú le hizo una oferta millonaria de publicidad televisiva, tras vencer a Spassky, Fischer pidió una muestra del producto y contestó unos días más tarde: "Este champú es una porquería y yo soy el campeón. Ni por todo el oro del mundo podría anunciarlo".

Lo que en realidad le importaba era que la final del Campeonato del Mundo se celebrase bajo "condiciones justas": sin límite de partidas, a diez victorias, los empates no cuentan; el aspirante debía ganar por dos puntos de diferencia para obtener la corona; al campeón le bastaba con empatar 9-9, para retener el título. La FIDE aceptó la primera pero rechazó las otras dos. Algunos directivos de ese organismo –presidido entonces por el holandés Max Euwe, ex campeón del mundo, pero dominado por los soviéticos– estaban aún irritados por los continuos desplantes de Fischer durante el duelo de Reykjavik. El mayor de ellos fue perder la segunda partida por incomparecencia, tras ser derrotado en la primera, en protesta por el ruido y las molestias que producían las cámaras de televisión.

Así pues, *el genio de Pasadena* se recluyó en esa ciudad del sur de California y puso su título a disposición de Euwe. Éste, tras varias negociaciones tan intensas como inútiles, proclamó campeón del mundo a Anatoli Kárpov, el 3 de abril de 1975, ante la frustración general. Aunque Bobby Fischer no había jugado una sola partida oficial desde septiembre de 1972, partía como claro favorito; pero el joven soviético era un digno candidato a sucederle y el mundo del ajedrez esperaba ansioso otro duelo apasionante, que nunca se celebró.



Rosa de las Nieves

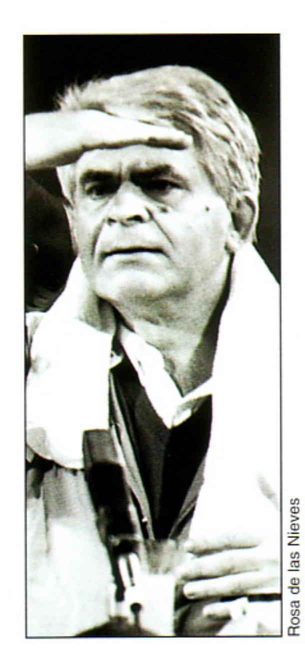
En Sveti Stefan, en 1992. Durante la ceremonia de apertura del Campeonato Mundial de Ajedrez, Bobby Fischer realiza una firme declaración de intenciones: nunca más volverá a los Estados Unidos.

Kárpov-Fischer: un duelo que nunca existió

Kárpov demostró el afán competitivo que siempre le ha distinguido. Además de disputar muchos más torneos que sus antecesores y de contar por victorias durante años casi todos los que jugó, el nuevo campeón oficial intentó negociar con Fischer varias veces para organizar uno de los duelos más deseados de la historia. En 1976, en Córdoba (España), se celebró secretamente la reunión de ambos con la mediación del filipino Florencio Campomanes –quien después se convirtió en el más famoso presidente de la FIDE– y el español Román Torán. Cuando parecía que el acuerdo era inminente –los cuatro volvían en un tren de Córdoba a Madrid–, Fischer exigió que el encuentro se denominase “Campeonato del Mundo”. Aunque es probable que Kárpov hubiese aceptado esa condición a título personal, jamás habría podido convencer de ello a las autoridades deportivas soviéticas. De hecho, años después se supo que le abrieron un expediente confidencial bajo la acusación de “haber intentado vender a Fischer el título de campeón del mundo”. Pero Kárpov se convirtió en un héroe nacional en 1978 al derrotar de nuevo al entonces disidente Víctor Korchnoi en el duelo más escandaloso de la historia, y eso le salvó de ser duramente castigado.

“En el ajedrez hay dos tipos de jugadores: los buenos y los duros. Yo soy de los duros”
Bobby Fischer

El ajedrez pasó a tener dos campeones: el proclamado por la FIDE y el que había conquistado el corazón de millones de aficionados. Pero Fischer parecía huir hasta de sí mismo: desconectó casi todos sus vínculos con el mundo, empezando por el teléfono; cambió a menudo de residencia; se dejó barba y engordó, y acentuó aún más su visceral odio anticomunista y su antisemitismo feroz. Una vez gastado el premio de Reykjavik, Fischer tuvo que recurrir a la ayuda económica de sus pocos amigos para subsistir. También se sabe que entre ellos había algunos alemanes de extrema derecha, lo que contribuye a explicar su radicalismo ideológico. Y, eso sí, analizaba partidas casi todos los días durante muchas horas.


Rosa de las Nieves

Boris Spassky durante unos de los momentos de descanso en el Match-Revancha de 1992.

Las horas bajas de Fischer

En un documento entregado por él mismo a varios periodistas, cuyo contenido nunca fue desmentido por la policía, Bobby Fischer afirma que fue detenido hacia las 14.00 horas del 26 de mayo de 1981 en Lake Street, Pasadena, porque su descripción coincidía con la de un hombre que acababa de atracar un banco. Fischer no se identificó en ningún momento como campeón del mundo de ajedrez. Dijo llamarse Robert D. James e invitó a los policías a visitar su casa, situada a dos bloques de distancia. Pero su actitud debió de parecer sospechosa a los agentes, que decidieron trasladarle a la comisaría.

Los agentes formularon una y otra vez las mismas preguntas, hasta que Fischer se acogió al derecho legal de guardar silencio. La policía confirmó el arresto con la siguiente frase: "Tú crees que estás en Nueva York, pero aquí las leyes son distintas". A partir de este momento, Fischer detalla los malos tratos recibidos.

"(...) Fui inmediatamente esposado de manera brutal. (...) Más tarde me di cuenta de que el metal había rasgado la carne de mis dos muñecas. Fui introducido en uno de los coches policiales, pero no podía moverme lo suficiente como para que pudiera cerrarse la puerta debido a una especie de joroba que había en el asiento trasero. Después de numerosos intentos, (...) el oficial tuvo éxito con el sencillo método de empujar mi pierna con la puerta. Luego vi que mi rodilla derecha se había puesto negra y azul."

En el trayecto hacia la comisaría, Fischer oyó a un oficial que decía por radio: "Eso es. Acaban de capturar al ladrón del banco". Entonces comenzó lo peor. "(...) Al principio se limitaron a llamarme 'tonto del culo' (...) pero cuando, ya en la comisaría, me negué a darles más información, el líder del grupo (...) cogió mi garganta con una mano y comenzó a estrangularme (...) a la vez que gritaba: '¡Habla!' (...) Yo dije: 'No puedo creerlo. Cogido por la garganta, con las manos esposadas a la espalda por un policía que me trajo aquí para conversar. Creía que estas cosas sólo sucedían en los cómics'. Un par de oficiales soltaron risitas ante mi ingenuidad".

En calzoncillos

"(...) Fui llevado a una celda y obligado a desnudarme completamente (...). Cuando me quedé en calzoncillos, pregunté: '¿Esto también?', y el carcelero contestó que sí. Me quité los calzoncillos y se los di (...). Se me negó el derecho a realizar una llamada telefónica (...). La celda no tenía sábanas, ni cama, ni colchón, ni mantas. Absolutamente nada, excepto un par de trozos de papel higiénico. Fui obligado a acostarme desnudo sobre una litera de metal pintado llena de pequeños agujeros redondos. Al cabo de un tiempo, aquello resultaba insoportable y atrozmente doloroso. Permanecí allí encerrado hasta alguna hora de la mañana siguiente, cuando fui transferido a otra celda que hacía que la primera pareciese un *picnic*."

Fischer recuerda que en su nueva celda de castigo sufrió de forma horrenda. Diez días después, cuando escribió este relato, su cuerpo aún tenía huellas. "(...) Grité a numerosas personas que pasaban por la calle pidiéndoles que llamaran a un determinado número de teléfono y diciéndoles que estaba siendo torturado hasta la muerte en la comisaría de Pasadena, lo que era absolutamente verídico (...). Una vez leí un libro sobre la técnica del lavado

de cerebro en el que se contaba cómo, en Corea del Norte, los oficiales americanos capturados durante la guerra eran situados en celdas y forzados a dormir sobre bloques de hierro. Yo, simplemente, no creía que aquí, en los *civilizados* EE.UU., un tratamiento algo modificado, y más lento pero igualmente mortal, podía aplicarse por ciudadanos americanos a otro ciudadano americano."

La policía se negó a llevar a Fischer ante el juez hasta que las formalidades del arresto hubieran sido cumplidas. El detenido reiteró su negativa a hablar, le dijeron que podían llevarle a un hospital psiquiátrico para ser observado, y añadieron: "No realizarás ninguna llamada telefónica, ni verás al juez ni tendrás tu ropa hasta que nos digas lo que queremos saber".

"(...) Se me negó toda alimentación durante unas 24 horas. Les dije que me estaban matando de hambre y frío, y me respondieron: '¡Muérete!'. (...) Para defenderme del frío me metí debajo de la cobertura de linóleo que estaba, anteriormente rota, en el suelo. Un carcelero me dijo que había otro cargo contra mí: destrucción de la propiedad de la prisión."

La odisea terminó cuando el jefe de los carceleros devolvió a Fischer su ropa. No le llevaron ante el juez, pero le permitieron llamar por teléfono. Un amigo se presentó en la comisaría y pagó una fianza de 1.000 dólares. Después de firmar varios documentos que no le dejaron leer, fue puesto en libertad. El ex campeón del mundo asegura que nunca recibió una notificación oficial con los cargos formulados contra él. Fischer no quiso presentar una denuncia contra la policía. Prefirió escribir un folleto que vendió por las calles a cambio de un dólar. Los intentos realizados por varios periodistas para obtener la versión de la policía de Pasadena nunca obtuvieron respuesta.

A pesar de sus penurias económicas, Fischer rechazó varias ofertas muy atractivas para reaparecer. El autor de estas líneas fue testigo presencial de dos de ellas: en la primavera de 1991, el empresario español José Ignacio Borés, representante de la empresa Telemond, se entrevistó con Fischer y un amigo latinoamericano en un hotel de Francfort; un año más tarde, Luis Rentero, organizador del torneo de Linares, le visitó en Los Ángeles para ofrecerle 300 millones de pesetas por disputar un duelo contra Spassky en Sevilla, antes de la Exposición Universal de 1992.

La breve reaparición del genio

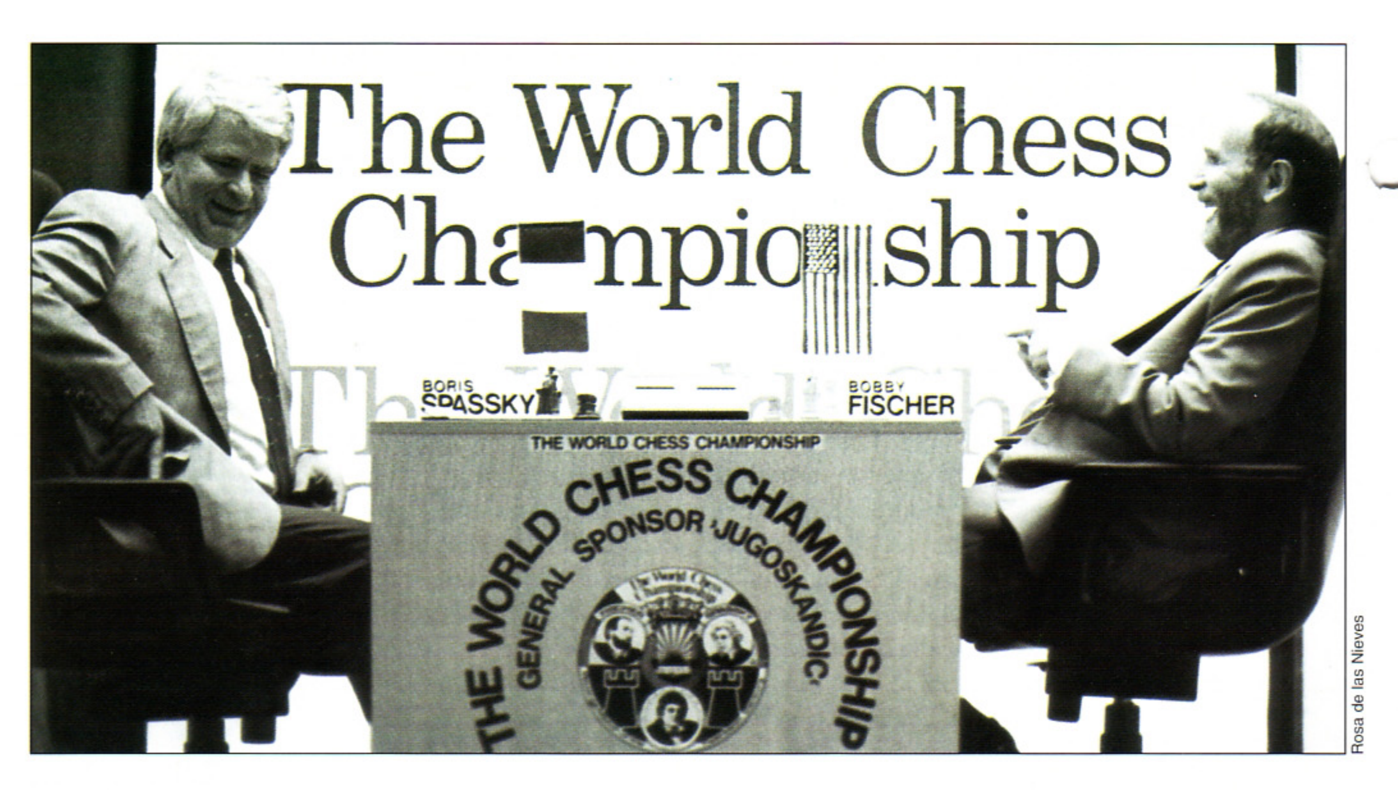
Veinte años después de su simbólico triunfo durante la *guerra fría*, otro conflicto bélico, el de Yugoslavia, fue el detonante para que Fischer volviese a jugar contra Spassky en el lujoso balneario de Sveti Stefan (Montenegro) con una bolsa de cinco millones de dólares aportados por el magnate Yezdímir Vasilíevich, al que varios periodistas locales vincularon con el tráfico de armas y el blanqueo de dinero negro. El duelo, celebrado cerca del frente de Bosnia entre excepcionales medidas de seguridad, fue de película: Fischer se había enamorado de una húngara de 19 años residente en Estados Unidos, Zita Rajcsanyi, con la que deseaba tener hijos. Ella contribuyó a convencerle de que aceptase la oferta, a pesar de que ese acuerdo implicaba una violación del embargo contra Yugoslavia, como advirtió el gobierno de Estados Unidos.

El 1 de septiembre de 1992, mientras muchos soldados heridos o con permiso tomaban el sol en las playas de Sveti Stefan, Fischer celebró el vigésimo aniversario de su proclamación como rey del ajedrez escupiendo públicamente sobre un documento de la Casa Blanca que le conminaba a no disputar el duelo. Entre la multitud de periodistas presentes, muchos eran corresponsales de guerra que habían recibido la orden de abandonar el frente un par de días para cubrir la primera rueda de prensa del *genio de Pasadena* en dos decenios. Con 50 guardaespaldas puestos a su servicio, Fischer reveló entonces las graves acusaciones que había transmitido confidencialmente a sus escasos interlocutores durante el período de reclusión: "Todas las partidas entre Kaspárov y Kárpov han sido amañadas. La FIDE es una organización criminal que debe ser destruida".



Rosa de las Nieves

Momento histórico. Bobby Fischer vuelve al ajedrez después de 20 años de ausencia.



Rosa de las Nieves

Bobby Fischer y Boris Spassky bromean antes de iniciar una de las partidas del Campeonato Mundial, en 1992.

El reloj de Fischer

Además de la enorme alegría que causó a su ejército de admiradores, el estadounidense hizo una aportación muy importante para el ajedrez durante aquel encuentro. Se utilizó un reloj patentado por él mismo con el fin de evitar los apuros de tiempo extremos (por ejemplo, un minuto para diez jugadas); en lugar del sistema tradicional de dos horas y media para los 40 primeros movimientos, cada bando disponía de 90 minutos iniciales y recibía automáticamente dos más tras cada jugada. De esa forma, siempre hay al menos dos minutos para realizar la próxima. Años más tarde, el prestigioso árbitro holandés, Geurt Gijssen, aseguró: "El reloj de Fischer es el mejor invento de la historia del ajedrez".

A los 49 años, Bobby Fischer volvió a vencer a Boris Spassky, demostró que aún podía ser un jugador de elite si jugase torneos con frecuencia, se embolsó los tres millones de dólares asignados al ganador, se separó de su amada Zita, trasladó su residencia a las cercanías de Budapest y no volvió a disputar una sola partida en público hasta la publicación de esta obra. Tras ser visible durante tres meses, Robert James Fischer volvió a convertirse en un mito viviente.

Bobby Fischer

- Robert James Fischer nació en Chicago el 9 de marzo de 1943.
- Campeón de Estados Unidos a los 14 años.
- Gran Maestro más joven de la historia (hasta ese momento) a los 15 años.
- Gana el Torneo Interzonal (clasificatorio para el Mundial) de 1970 en Palma de Mallorca (España) con 3,5 puntos de ventaja sobre sus inmediatos seguidores.
- En el Torneo de Candidatos de 1971, derrota a Taimánov (6-0), Larsen (6-0) y Petrosián (6,5-2,5).
- Se proclama campeón del mundo el 1 de septiembre de 1972 en Reykjavik (Islandia), tras vencer a Boris Spassky por 12,5-8,5.
- Desposeído del título, no vuelve a jugar hasta septiembre de 1992, cuando derrota otra vez a Spassky en un duelo no oficial por 10 a 5, en Sveti Stefan (Yugoslavia). Tras ese triunfo, volvió a retirarse.



Gari Kaspárov


Rosa de las Nieves

Perfil de un terremoto

Los sismógrafos de Bakú registraron un pequeño terremoto el 13 de abril de 1963 cuando Gari Kímovich Kaspárov nació en la capital de Azerbaiyán. Esa casualidad puede interpretarse ahora como un símbolo idóneo para definir la personalidad y la biografía de uno de los mejores ajedrecistas de todos los tiempos. Su vida privada, política y deportiva constituye un seísmo continuo y ofrece argumentos para producir varias películas de gran calidad. El *Ogro de Bakú* ya ocupa un lugar muy especial en la historia del ajedrez.

En una entrevista para TVE en 1987, preguntaron a Kaspárov si, psicológicamente, el ajedrez sustituyó a su padre tras la muerte de éste. Gari comenzó contestando con firmeza; dijo que le resultaba difícil entrar en el terreno de las hipótesis pero que, en buena lógica, si su madre sola logró convertirle en campeón del mundo, sus dos progenitores juntos también lo hubieran conseguido. Al llegar a este punto, la tristeza inundó su cara y sólo

En la fotografía aparece Gari Kaspárov concentrado en su encuentro por el Campeonato del Mundo frente a Anand, en la ciudad de Nueva York, en 1995.


Archivo Revista Jaque

Gari Kaspárov encontró en el ajedrez el camino ideal para desarrollar sus grandes facultades.

acertó a decir, bajando la cabeza de forma insólita: "La verdad es que todavía me cuesta hablar de este tema; fue muy doloroso. Usted me entiende". Esta respuesta confirmó que el momento crucial de su vida fue la muerte de su padre, por enfermedad, cuando el hijo único tenía 7 años.

Bakú está en el Cáucaso, a orillas del mar Caspio. Es la capital de Azerbaiyán, país independiente desde la desintegración de la URSS; curiosamente, este último país es la cuna de la mayor parte de las mejores ajedrecistas del mundo. Queda claro pues que Kaspárov era soviético de nacimiento, pero no ruso (adquirió después esa nacionalidad). La matización es muy importante, para entender mejor la vida de nuestro personaje. La URSS era unas cuarenta veces más grande que España; las diferencias entre un estonio y un azerbaiyano son tan grandes como las que puedan existir entre un ciudadano sueco y uno marroquí.

Gari fue el fruto de la unión entre un judío llamado Harry Weinstein y una armenia, Clara Shaguenovna Kaspárova, que


Archivo Revista Jaque

Clara Kaspárova, la madre de Gari, es sin lugar a dudas la persona que más ha influido en la carrera del campeón.

cedió su apellido al niño tras quedarse viuda. Se ha especulado mucho acerca de que la procedencia no rusa de Kaspárov y de sus ascendientes le perjudicaron en su carrera ajedrecística. Esa teoría se basa en la animadversión que existía entre los rusos hacia las otras repúblicas soviéticas y, sobre todo, en los calificativos de "héroe nacional" y "ruso puro" aplicados a Kárpov desde que éste logró el título.

El talento ajedrecístico de Kaspárov fue descubierto de forma bastante curiosa. Clara y Harry eran aficionados a resolver problemas sobre el tablero cuando volvían a casa por las tardes, después de su trabajo como ingenieros. Un buen día, a los 6 años, el pequeño Gari dijo de pronto: "La solución del problema de ayer es ésta", y dispuso las piezas en el orden correcto. Su padre exclamó: "Pero ¡si no te hemos enseñado a jugar!".

Este hecho quedó grabado en la mente de Clara, que enviudó un año después y vio como su hijo recibía un tremendo golpe psíquico que le convirtió en un niño difícil y enfermizo. Tras algunos escarceos en el terreno de la música, la madre intuyó que la solución estaba en el ajedrez y, tras vencer cierta oposición familiar, logró que Gari ingresara en el departamento de ajedrez de la Escuela de Pioneros de Bakú, donde llamó la atención por su extraordinario talento y su imaginación. "Allí comenzó mi camino hacia el Olimpo", suele decir Kaspárov cuando se le pregunta por esa época de su vida.

♙ Clara Kaspárova, el motor del equipo

¿Hasta qué punto influyó Clara Kaspárova para que su hijo alcanzase el trono ajedrecístico? Hay motivos para afirmar que, sin una madre tan excepcional, el destino de Gari hubiera sido muy distinto. No obstante, Clara Shaguenovna huye en la vida real de todo protagonismo innecesario y sobrelleva como puede los momentos en que debe representar el papel de madre de la estrella. La tremenda energía física y mental desarrollada por Kaspárov fue generada en buena parte por su madre, que le condujo con mano de hierro hasta el Campeonato del Mundo. En unas manifestaciones previas al segundo encuentro frente a Kárpov (verano de 1985), Clara explicó por qué siempre ocupaba la misma butaca: "Así Gari siempre sabe dónde estoy y puede mirarme en los momentos difíciles".

Ella no interviene en las cuestiones puramente técnicas, pero sí en todas las demás; supervisa al personal de servicio, dirige las tareas del equipo de entrenadores y analistas, controla la alimentación de Gari y su régimen horario, cuida todos los detalles, incluso las condiciones de juego en el escenario y, sobre todo, actúa como psicóloga en los momentos difíciles. Por ejemplo, su intervención fue decisiva en el tercer encuentro con Kárpov (Londres y Leningrado, 1986) cuando su hijo, que ganaba por tres puntos de ventaja, perdió tres partidas seguidas pero logró recuperarse en una situación muy delicada. Desde que enviudó hasta finales de 1987, Clara Kaspárova dedicó su vida a Gari de manera exclusiva: "Dejé mi trabajo [ingeniera especializada en armas automáticas] por mi hijo. Servirle es mi felicidad". Los dos formaban un equipo perfecto que no conocía el descanso, según las palabras de Clara: "Hemos trabajado siempre. Ser el primero es muy difícil. Y vivir sólo por el placer de vivir es algo que ni mi hijo ni yo comprendemos".

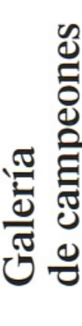
♙ Un campeón sin infancia

Como él mismo reconoce, Kaspárov ha tenido que pagar un gran precio para llegar a lo más alto: su adolescencia fue completamente anormal. Pasó de ser un niño traumatizado por la muerte de su padre a convertirse, a los 22 años, en el campeón del mundo más joven de la historia.

Y ese proceso tuvo momentos muy duros, aunque su progresión deportiva fuese meteórica. Nada más ver sus partidas en los torneos infantiles, el ex campeón del mundo Mijaíl Botvínik le acogió en su escuela especial para grandes talentos, de acceso muy restringido. Pronto se comprobó que esta decisión había sido acertada: ganó el Campeonato Juvenil de la URSS en 1976, a los 12 años, a pesar de



La familia Kaspárov casi al completo. En el centro de la imagen, el joven Gari.



ser el participante más joven. En 1979, cuando Kaspárov tenía 16, los organizadores yugoslavos del torneo de Banja Luka se enfadaron al ver incluido, en la lista de la Federación de Ajedrez de la URSS, a un joven casi desconocido. "Nuestro torneo es de elite y sólo queremos grandes estrellas", argumentaron. "Hemos inscrito a varias estrellas [entre ellas, el ex campeón Tigrán Petrosián] y no vamos a sustituir a Kaspárov bajo ningún concepto", fue la respuesta. El joven desconocido asombró al ganar el torneo con claridad y brillantez, invicto en 15 rondas; poco después, a los 17 años, el palmarés del nuevo astro, que fue campeón del mundo juvenil en 1980, sólo era comparable con el del legendario estadounidense Bobby Fischer.

Su marcha hacia la gloria era imparable: en 1981, a los 18 años, se proclamó campeón absoluto de la URSS (el más joven de la historia), tras empatar en el primer puesto con Lev Psajis. En 1983 llegó hasta las semifinales del Torneo de Candidatos al Mundial tras eliminar a Alexánder Beliavski; su próximo rival iba a ser el disidente Víctor Korchnoi.

A partir de entonces, la carrera del *Ogro de Bakú* fue salpicada por interferencias políticas. Al conceder la sede de esa semifinal a Pasadena (EE.UU.), la FIDE obtuvo una respuesta muy dura de las autoridades soviéticas: "Kaspárov no jugará en Pasadena porque es imposible garantizar su seguridad en Estados Unidos". Además, también se negaron a que la otra semifinal enfrentase en los Emiratos Árabes Unidos al soviético Vasily Smyslov, ex campeón del mundo, contra el húngaro Zoltan Ribli: "Smyslov ya es muy mayor [tenía 62 años] y no podría soportar el calor de los Emiratos", adujeron.

Según el reglamento, la FIDE declaró vencedores por incomparecencia a Korchnoi y Ribli, pero ambos se negaron a ello: "No queremos ganar sin jugar por culpa de cuestiones políticas". La FIDE rectificó y encontró una solución de compromiso, aceptada por los soviéticos: los dos encuentros se disputarían en Londres.

Al ganar –por 7 a 4– ese duelo, Kaspárov mostró su gran talento en el tablero y su revolucionario talante en los pasillos. Desobedeciendo las severas instrucciones recibidas, él y su madre charlaron con el disidente Korchnoi y su delegación durante la ceremonia de clausura. Algunos diarios comentaron: "En ajedrez sí hay distensión Este-Oeste".

El siguiente paso fue el último que Kaspárov pudo dar con relativa tranquilidad; en marzo de 1984, Kaspárov ganó a

Smyslov en Vilnius (Lituania) por 8,5-4,5 y se clasificó para desafiar al héroe nacional Anatoli Kárpov, campeón del mundo indiscutible desde la retirada de Bobby Fischer en 1972.

♙ Kaspárov-Kárpov, algo más que rivales

Ahí comenzó la mayor rivalidad en la historia del deporte, aún vigente cuando se publica esta obra: 165 partidas disputadas entre ellos (28 victorias de Kaspárov, 20 de Kárpov y 117 empates), más de 600 horas frente a frente en un escenario y miles de horas más pensando en cómo vencer al otro.

El primer duelo comenzó en Moscú el 10 de septiembre de 1984 y terminó sin vencedor el 15 de febrero de 1985, cuando el filipino Florencio Campomanes decidió cancelarlo bajo fuertes presiones de las autoridades deportivas soviéticas. Después de 48 partidas en cinco meses, Kárpov ganaba entonces por 5-3 (se jugaba a seis victorias, los empates no contaban), pero había perdido las dos últimas con claros síntomas de agotamiento.

Tal vez no se sepa nunca qué presiones fueron más fuertes. Los rectores del Comité de Deportes de la URSS y el presidente de la Federación Soviética de Ajedrez, el ex cosmonauta Vitaly Sebastiánov, disimulaban a duras penas su simpatía hacia el héroe nacional Kárpov. Pero Kaspárov también tenía fuertes apoyos: entre ellos, el de Guéidar Alíyev, director del KGB en Azerbaiyán y muy influyente en el Kremlin, por motivos de paisanaje, y el de Alexánder Yákovlev, *número dos* del gobierno de Mijaíl Gorbachov, porque veía en el joven ajedrecista a un símbolo de la *perestroika*. Campomanes nunca aclaró quién le obligó a tomar la decisión, si es que alguien lo hizo de forma expresa.


Archivo Revista Jaque


Archivo Revista Jaque

En las fotografías superior e inferior aparecen respectivamente Gari Kaspárov y Anatoli Kárpov, dos eternos rivales, cuyas diferencias sobrepasan el terreno estrictamente deportivo.

El duelo fue bautizado como "el que nunca existió", pero constituyó una experiencia invalorable para Kaspárov. Éste pagó su inexperiencia y su excesivo arrojo ante un Kárpov en plena forma, que ya dominaba por 4-0 tras 9 partidas. Kaspárov recibió entonces un consejo de oro de su antiguo maestro, el ex campeón Botvínik: "Juega como si fueras ganando, no arriesgues nada. Tu resistencia física es mucho mayor que la de Kárpov". Éste cometió el error de intentar ganar por 6-0 para que su adversario recibiera un golpe psicológico del que le fuera difícil recuperarse. Por tanto, tampoco arriesgó lo más mínimo a pesar de su enorme ventaja: las 17 partidas siguientes terminaron en tablas, Kárpov ganó la 27 y empató las cuatro siguientes. Y comenzó a hundirse: perdió la 32 y, tras otros 14 empates, la 47 y la 48. La cancelación produjo tanta polémica que el *New York Times* dedicó un editorial a la decisión de Campomanes, anunciada en la rueda de prensa más escandalosa de la historia de la URSS.

♙ El más joven campeón

Y vuelta a empezar. Kaspárov y Kárpov reanudaron su enfrentamiento, con el marcador a cero y al mejor de 24 partidas, el 3 de septiembre de 1985 en el teatro Chaikovski de Moscú con una enorme expectación en los cinco continentes. El aspirante estaba mucho más maduro que un año antes, y lo demostró al ganar la partida inaugural. Pero pronto comprobó que destronar al campeón iba a ser una tarea durísima: Kárpov, que retenía el título en caso de empate final (12-12), se impuso en la 4ª y la 5ª. Kaspárov igualó el marcador al vencer en la 11ª, aumentó su ventaja en la 16ª y la consolidó en la 19ª. Pero Kárpov no tiró la toalla, y ganó la 22ª. Tras el empate en la siguiente, se llegó a uno de los combates ajedrecísticos de mayor significado histórico. Kárpov, obligado a ganar, se lanzó al ataque con las piezas blancas; pero Kaspárov mantuvo la serenidad, contestó con una defensa brillante y pasó después al contraataque ante el delirio de los seguidores azerbaiyanos y armenios, controlados a duras penas en el patio de butacas por los rudos funcionarios del servicio de seguridad. Gari Kímovich Kaspárov se convirtió en el decimotercer campeón del mundo el 9 de noviembre de 1985 mientras sus familiares y seguidores lloraban de alegría, y los allegados a Kárpov, de tristeza.

El tercer duelo

Sin embargo, la mayor rivalidad en la historia del deporte apenas había llegado a su ecuador. La normativa vigente otorgaba al campeón derrotado el derecho a la revancha, que Kaspárov tuvo que aceptar a regañadientes, tras innumerables protestas y manifestaciones muy agresivas. El tercer duelo, otra vez al mejor de 24 partidas, se celebró en Londres y Leningrado (actual San Petersburgo) durante agosto, septiembre y octubre de 1986. Ni siquiera había pasado un año desde que Kaspárov conquistó la corona, y ya la estaba poniendo en juego.

Quienes esperaban una confrontación puramente deportiva, sin los politiqueos y escándalos de las anteriores, sufrieron otra frustración. Si hubiera que elegir un título cinematográfico, éste sería *el duelo de los espías*. Según se supo después, Kaspárov se trasladó de Londres a Leningrado con la fuerte sospecha de que alguno, o varios, de sus analistas estaban pasando información a Kárpov sobre las aperturas que se preparaban en equipo. A pesar de ello, el nuevo campeón parecía tener un nuevo triunfo en su mano cuando ganaba por tres puntos de ventaja a falta de ocho partidas.

Pero, fuese por la tremenda capacidad de lucha de Kárpov o por los supuestos espías o por ambos factores a la vez, lo cierto es que el ex campeón ganó tres partidas seguidas e igualó el marcador en la 19ª, provocando además un estado de aguda crispación en el cuartel general de su adversario. Para entonces, el equipo de Kaspárov ya había tenido una baja en circunstancias extrañas: uno de sus analistas, Gennadi Timoschenko, volvió desde Londres, y a petición propia, a un cuartel de Novosibirsk donde realizaba el servicio militar, sin dar una explicación convincente.

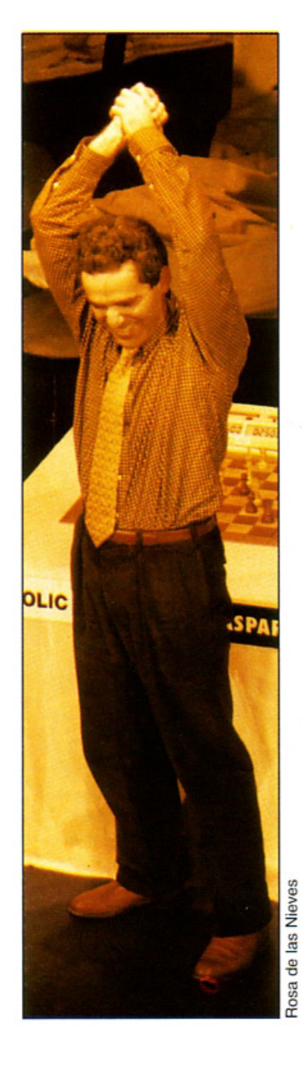
Inmediatamente después de las tres derrotas, Kaspárov expulsó a Yevgueni Vladímirov, a quien el entrenador Alexánder Nikitin había sorprendido semanas antes copiando los análisis del equipo en un papel sin justificación, a pesar de que eso estaba tajantemente prohibido por Kaspárov. Vladímirov, que también prestaba el servicio militar, en Alma Ata, compartía habitación con Iosif Dorfman, que años más tarde fue también acusado, por el agente del KGB Víctor Litvínov –que se encargaba de la seguridad de Kaspárov–, de haber sido sobornado por Kárpov para pasar información. Sin embargo, Timoschenko, Vladímirov y Dorfman negaron siempre las acusaciones.

Especulaciones aparte, es un hecho que el rendimiento de Kárpov bajó sustancialmente tras la expulsión de Vladímirov. Kaspárov revalidó su título... pero nuevamente por poco tiempo: entre *el duelo que nunca existió*, el histórico del teatro Chaikovski, y el de la revancha se habían consumido dos de los tres años del ciclo del Mundial; por lo tanto, el próximo debía disputarse en el otoño de 1987, justo un año después de la victoria en Leningrado. Y el rival sería otra vez Kárpov, que se había impuesto en la final de candidatos a su compatriota Andréi Sokólov.

♙ Kaspárov-Kárpov, cara a cara por cuarta vez

El cuarto encuentro entre los encarnizados rivales se celebró en Sevilla y fue el más emocionante desde el punto de vista deportivo, aunque la calidad de las partidas decayó, en general, con respecto a las anteriores. También hubo incidencias extradeportivas: Kárpov contrató a un parapsicólogo, Igor Dadáchev, que anteriormente había trabajado para Kaspárov; el ex campeón Mijaíl Tahl fue obligado por las autoridades deportivas soviéticas a volver a Moscú desde Sevilla, donde había viajado en calidad de comentarista para el público, bajo la sospecha de que estaba ayudando secretamente a Kaspárov.

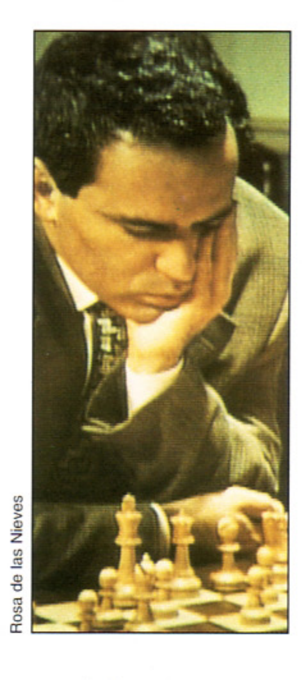
El interés sin precedentes que despertó la última partida motivó su retransmisión en directo por Televisión Española, durante cinco horas en la primera sesión y dos más en la segunda. Según estadísticas oficiales, trece millones de españoles la presenciaron; no es aventurado deducir que ello fue uno de los factores determinantes para convertir a España en el país más activo del mundo en ajedrez pocos años después.



Gari Kaspárov es declarado vencedor en el Torneo de Intel en París, en el año 1994.

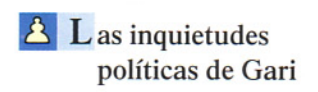
Kaspárov había perdido la 23ª partida y necesitaba ganar la última para igualar el marcador, 12-12, y retener el título. A pesar de que su amargura y depresión eran visibles tras la derrota de la víspera, el campeón fue capaz de reponerse y ganar la decisiva el 19 de diciembre de 1987 en un ambiente de emoción indescriptible. Sólo entonces, después de tres años de tensión extrema, Kaspárov podía disfrutar de su corona durante el trienio reglamentario.

Pero ese disfrute fue muy relativo, a pesar de los impresionantes éxitos deportivos que logró en los años siguientes: fue de nuevo campeón de la URSS, empatado con Kárpov, en 1988, y ese mismo año, ganó con claridad la primera Copa del Mundo –seis torneos organizados por la nueva Asociación de Grandes Maestros (GMA)– y rebasó, en 1990, la mítica barrera de los 2.800 puntos en el *ranking* mundial, comparables con una marca de 9 metros en salto de longitud. Aunque el empate con Anatoli Kárpov en Sevilla había arrojado algunas dudas sobre su liderazgo, Kaspárov demostró que era, indiscutiblemente, el mejor ajedrecista del momento y uno de los mejores de la historia.



Rosa de las Nieves

Uno de los momentos más difíciles de Gari Kaspárov fue su derrota frente a Deep Blue *en Nueva York, en 1997.*



Las inquietudes políticas de Gari

Sin embargo, ese período incluyó momentos trágicos que marcaron la vida del campeón. Cada vez más involucrado en la vida política, Kaspárov sugirió sin ningún éxito a Gorbachov que tomase medidas preventivas muy serias en Azerbaiyán para evitar una guerra interétnica entre azeríes (de origen turco) y armenios; éstos no habían olvidado la masacre que, según varios historiadores, produjo más de un millón de armenios muertos durante el Imperio Otomano.

Los hechos demostraron de forma harto dramática que los análisis políticos del ajedrecista eran acertados. Cuando volvió a Bakú, en enero de 1990, con el fin de comenzar su preparación para un nuevo Mundial contra Kárpov, quien había vuelto a ganar el Torneo de Candidatos, Kaspárov vio cómo sus compatriotas se mataban por las calles y trasladó entonces con suma urgencia a unas cincuenta personas, familiares y amigos, a su campo de entrenamiento habitual, en la localidad de Zagulba, a unos 40 kilómetros de la capital. La situación no hacía más que empeorar: las líneas telefónicas con Zagulba se cortaron y el aeropuerto dejó de funcionar por falta de aviones; la lista de muertos y heridos aumentaba cada día en Bakú, donde los saqueos e incendios eran constantes; buena parte de los allegados de Kaspárov se habían trasladado a Zagulba con lo puesto, abandonando sus casas para salvar sus vidas.

Los amigos moscovitas de Kaspárov se dieron cuenta de que sólo ellos podían montar una operación, muy complicada, para salvar al campeón. Mientras un Tupolev 134 despegaba de Moscú para aterrizar en Bakú al anochecer, Kaspárov apiñó a todos los refugiados en un autocar y dos coches que llegaron al aeropuerto por caminos vecinales. El embarque se realizó en menos de diez minutos; esa misma noche, los rebeldes tomaron el aeropuerto. Nada más llegar a la Casa de Azerbaiyán en Moscú, Kaspárov concedió una entrevista telefónica al diario español *El País* en la que vertió durísimas críticas a la pasividad de Gorbachov. Pocos meses después, Kaspárov empezó a apoyar públicamente a Boris Yeltsin cuando la cotización política de éste era todavía muy baja.

Ese drama acentuó la autoestima y la dureza del carácter de Kaspárov, que se fue separando progresivamente de casi todos sus amigos, e incluso de su fiel entrenador, Alexánder Nikitin, que había trabajado junto a él durante quince años. Todavía le quedaban su inseparable madre, su esposa, su hijo y unos pocos amigos, además de una energía de caballo con la que intentaba revolucionar el ajedrez creando organismos profesionales para luchar contra la carcomida Federación Internacional y atrayendo a potenciales patrocinadores.

Las horas bajas del *Ogro de Bakú*

Esa hiperactividad en varios frentes afectó muy negativamente a la preparación de Kaspárov, mucho más corta de lo habitual ante un Campeonato del Mundo, cuya primera mitad se disputó en Nueva York el 7 de octubre de 1990 para continuar en Lyón (Francia) tras unos días de descanso. La calidad del juego fue más baja que nunca; era más que nada un *show* con su correspondiente ración de incidentes bien condimentados. Así, hubo *guerra de banderas*: Kaspárov rechazó jugar con la soviética y exigió hacerlo con la rusa prerrevolucionaria; el árbitro decidió que se jugase sin banderas. En Nueva York, Kaspárov ganó la 2ª partida y Kárpov la 7ª; el aburrimiento general se mantuvo hasta la 16ª, ya en Lyón, que ganó Kaspárov antes de perder la 17ª y volver a imponerse en la 18ª y en la 20ª. Tras empatar las dos siguientes, el campeón ya había retenido su título; pero había que seguir jugando porque el premio en metálico se repartía al 50 % en caso de empate a 12 puntos. Como Kárpov venció en la 23ª, hubo que disputar la 24ª, que terminó en tablas el 31 de diciembre. Kaspárov terminaba el año con una nueva corona, pero su triunfo (12,5-11,5) había sido mucho menos convincente e impresionante que sus victorias en torneos. Y su pronóstico –"Esta vez voy a machacar a Kárpov"– no se había cumplido.

El lustro siguiente fue particularmente duro para el *Ogro de Bakú*: cada vez más involucrado en la política y en los negocios, ya no podía entrenarse de forma sistemática para jugar como un campeón. Pero cuando lo hacía seguía siendo el mejor, como en el torneo de Linares y la Olimpiada de ajedrez de Manila, en 1992. Cada vez más aislado por sus colegas –la Asociación Profesional de Grandes Maestros se fue a pique–, su vida personal también sufrió un duro golpe: su esposa, María, pidió el divorcio y se marchó a Estados Unidos con Vadim, el hijo de ambos.

Ese trauma ocurrió a finales de 1993, justo después de que Kaspárov ganase en Londres, por 12,5-7,5, al británico Nigel Short en el primer Campeonato del Mundo de la Asociación Profesional (PCA), creada por ambos tras rebelarse contra la FIDE. Short había eliminado a Kárpov en el Torneo de Candidatos de la FIDE, pero este organismo no podía renunciar a la organización del tradicional Campeonato del Mundo, que era su principal fuente de ingresos. De modo que se inventó un campeón postizo: Kárpov, que venció al holandés Jan Timman. El cisma del ajedrez quedaba así totalmente consumado.

Tras su fracaso en el torneo de Linares de 1994, cuando Kárpov triunfó con el mejor resultado de la historia, la madre de Kaspárov le advirtió de forma enérgica: "Gari, no puedes seguir así. Además de estabilizar tu vida sentimental, debes concentrarte en el ajedrez y asegurarte de ser el campeón por lo menos hasta el año 2000. Si luego te quieres dedicar a la política, habrá tiempo. En cuanto a tus labores de promoción, creo que los países prioritarios deben ser Estados Unidos y España. Ahí tienes suficiente trabajo para varios años".

Kaspárov obedeció: aunque con apuros, mantuvo la corona de la PCA contra el indio Viswanathan Anand (10,5-7,5) en Nueva York (1995), se casó con Julia y ambos tuvieron inmediatamente una hija, Polina, adorada por el campeón. Se tomó su entrenamiento con seriedad y ganó casi todos los torneos que jugó. Pero, entre sus pocas derrotas, hubo una particularmente dolorosa, la que sufrió (2,5-3,5) en el segundo duelo contra el programa informático *Deep Blue*, de IBM (Nueva York, 1997) tras haberse impuesto en el primero (Filadelfia, 1996) por 4-2.



Momento crítico de la partida celebrada entre Kaspárov y Kramnik durante la celebración del Torneo de Intel, en París, en 1994.

Un luchador infatigable

No es aventurado deducir que Kaspárov necesita siempre un enemigo contra el que luchar. Tras la sustitución en la cúpula de la FIDE del filipino Florencio Campomanes –con el que Kaspárov intentó, sin éxito, establecer una alianza de reuni-

Gari Kaspárov, en su visita a Salamanca, en 1997, durante la conmemoración del 500 aniversario de la aparición del libro de Lucena, hecho que ha sido considerado como el nacimiento del ajedrez moderno.



J. Senda

ficación en 1994– por el multimillonario ruso Kirsán Iliumyínov, éste –también presidente de la república autónoma rusa de Kalmikia y asesor de Boris Yeltsin– revolucionó el Campeonato del Mundo al ofrecer una bolsa de 5 millones de dólares en premios e implantando un sistema de eliminatorias a sólo dos partidas. La respuesta de Kaspárov fue muy dura: "No me interesa el dinero proveniente de las drogas, el tráfico de armas o la mafia. Como no sé de dónde viene el dinero de Iliumyínov, ésa es una de mis poderosas razones para no jugar el Mundial".

Cuando estas páginas entran en la imprenta, Kaspárov promueve el nacimiento de un nuevo organismo que tome el relevo de la PCA, en vías de extinción, para organizar un Mundial paralelo. Las palabras que su antiguo entrenador, Nikitin, escribió en julio de 1992 adquieren un particular significado: "Las victorias deportivas han suscitado a menudo entre los campeones el deseo de ser los primeros siempre en todo. En el caso de Kaspárov, ese anhelo se transforma en una costumbre, un dopaje, y ha desarrollado un amor propio desmesurado. Ahora corre hacia delante, siempre de frente, a veces sin conocer siquiera por dónde va, sin darse cuenta de que sus amigos y colegas quedan atrás o se van. Corre sin saber hacia dónde, pero convencido de que va a llegar. Pero, ¿Hacia dónde vas así, Gari?".

Gari Kaspárov

- Nace el 13 de abril de 1963 en Bakú (Azerbaiyán).
- Campeón juvenil (sub-18) de la URSS en 1976, con 12 años, y en 1977.
- Campeón del Mundo juvenil en 1980.
- Campeón absoluto de la URSS en 1981.
- Campeón del Mundo, el más joven de la historia, tras ganar a Kárpov en 1985 por 5 victorias, 3 derrotas y 16 empates.
- Renueva el título frente a Kárpov en 1986, 1987 y 1990.
- En 1989 franquea la mítica barrera de los 2.800 puntos en el *ranking* internacional.
- Tras lograr un brillante triunfo en el torneo de Linares de 1993, se rebela contra la FIDE; junto a Nigel Short, funda la Asociación Profesional (PCA) y vence al británico en el primer Campeonato del Mundo de la PCA.
- Renueva su título frente a Viswanathan Anand en 1995.
- Gana a *Deep Blue* en 1996 y pierde en 1997.



Anatoli Kárpov



Rosa de las Nieves

El héroe ruso

Rozó la muerte al poco de nacer, creció enfermo a 80 kilómetros de una central nuclear averiada, recuperó el honor nacional perdido por Boris Spassky ante el estadounidense Bobby Fischer, fue condecorado en el Kremlin tras vencer al disidente Víctor Korchnoi y mantiene con Gari Kaspárov la mayor rivalidad de la historia del deporte. Ha sido campeón del mundo seis veces y ha ganado más torneos que nadie. Anatoli Yevguénevich Kárpov es un luchador de hierro y uno de los mejores ajedrecistas de todos los tiempos.

Pocos seres humanos son capaces de soportar tantas presiones –políticas y deportivas–, que marcan una biografía novelesca. El único antídoto es un gigantesco espíritu de lucha. Pero, ¿de dónde lo sacó este hombre de cuerpo frágil y voz de niño?

De su infancia. Los médicos le desahuciaron nada más nacer (el 23 de mayo de 1951) en Zlatoust, una pequeña ciudad de los Urales, porque desconocían que su enfermedad (probablemente, tos ferina) podía aliviarse con un choque físico tan fuerte como el recibido por el pequeño *Tolia* cuando su cuerpo, siguiendo el rito ortodoxo, fue sumergido por completo en el agua fría de la pila bautismal. “Mi familia practicaba el cristianismo clandestinamente, y eso me salvó la vida”, recordó Kárpov en 1990, cuando reveló que era cristiano practicante.

Anatoli Kárpov fue “proclamado” rey en Linares en 1994, en una de las mejores actuaciones de su carrera.



Sus primeros años debieron de ser traumáticos. Mientras veía, a través de la ventana de su habitación, cómo los demás niños de su edad jugaban en la calle, *Tolia* pasaba muchos días enfermo, en la cama. Él lo recuerda así: “No fui un niño muy saludable. Eso tiene que ver, casi con seguridad, con algo que se descubrió hacia 1992. Yo viví durante quince años [1951-1965] a 80 kilómetros de la central nuclear de Kishtin, que registró dos fugas en 1957 y 1962. En el intervalo entre ambas,

Kárpov y Kamsky, en Sanghi Nagar, en 1995, momentos antes de iniciarse el encuentro entre ambos campeones.


Rosa de las Nieves

un avión espía de Estados Unidos fue derribado en esa zona. El terrible problema es que los residuos nucleares fueron a parar al río. En realidad, tengo suerte por estar vivo y con una salud razonable después de los años que pasé allí".

Derrotas con llanto

Kárpov aprendió a jugar al ajedrez a los 4 años, viendo las partidas de su padre, Yevgueni Stepánovich, con el que pronto empezó a practicar. Pero enseguida surgió un problema: el niño lloraba desconsoladamente cuando perdía. Entonces, su progenitor le amenazó con no volver a jugar si persistía en esa costumbre. La madre, Nina Grigorievna, llegó incluso a retirar el tablero y las piezas de la habitación. "Pero pronto tuve miedo y se los devolví. Yo le veía mirar al techo y comprendía que las piezas de ajedrez seguían saltando dentro de su cabeza, jugaba sin tablero", explicó años más tarde a varios periodistas.

Quien primero apreció el gran talento innato de Kárpov fue un vecino seis años mayor que él, Sacha Kolishkin, que también le contagió la pasión por la filatelia, a la que Kárpov siempre se ha mantenido fiel. Su colección de sellos es muy valorada por numerosos expertos que le visitan durante los torneos. Kolishkin le introdujo en el club de ajedrez de una fábrica metalúrgica; allí, a los 7 años, Kárpov logró los primeros éxitos de una carrera fulgurante.

Pero no todos fueron capaces de ver ese talento a la primera. El gran maestro Eduard Gúfeld, que más tarde fue el entrenador de la campeona del mundo Maia Chiburdanidze, definió así a Kárpov nada más verle: "Este chico nunca será campeón del mundo; es demasiado delgado". También se equivocó –aunque luego rectificó– el ex campeón del mundo Mijaíl Botvínik, director de la escuela especial de la URSS para grandes talentos, cuando se quejó: "Kárpov no entiende la profundidad del ajedrez".

Sin embargo, Kárpov disfrutó de un raro privilegio: abandonó la escuela de Botvínik para trabajar con un entrenador exclusivo, Simeón Furman, conocido como "El Sabelotodo" entre los grandes maestros soviéticos. Dado que era un fumador empedernido, Furman había sido contratado por Botvínik para aprender a concentrarse contra un jugador que fumase sin cesar. Para beber de esa catarata de conocimientos, Kárpov trasladó su residencia de Moscú a Leningrado en 1969. Y la decisión fue muy acertada porque ambos se compenetraron a la perfección: Furman disfrutó del discípulo ideal –"Nunca he obtenido tantas satisfacciones con ningún otro jugador a mi cargo"–; Kárpov encontró al entrenador idóneo, de enciclopédicos conocimientos, para pulir sus defectos. Esa simbiosis se tradujo en un éxito de ambos cuando Kárpov ganó el torneo de Madrid de 1973, en el que Furman logró el tercer puesto. Cuando el entrenador falleció, en 1976, su pupilo ya le había dedicado el primer título mundial, ganado en 1975 por incomparecencia de Fischer.

El pequeño genio

Para llegar hasta ahí, la andadura fue larga pero de ascensión incesante. Así, a los 7 años ya era reconocido como jugador de tercera categoría, a los 8 de segunda y a los 9 de primera. A los 10 era el más joven de los participantes en el Campeonato Escolar de la URSS. Según las cróni-



En Buenos Aires, en 1994, Kárpov frente a Ivanchuck en un postmortem. A la derecha de la imagen aparece Polugaievsky, que observa interesado el desarrollo del análisis.

cas del periódico local *Krasnaia Iskra*, sus partidas atraían especialmente a los espectadores y había que colocarle almohadas en la silla para compensar su baja estatura. De acuerdo con el comentarista Dvórkovich, que 25 años más tarde se convirtió en el secretario de Kaspárov, Kárpov era el más talentoso de todos los participantes, a pesar de que terminó con el 50 % de la puntuación.

A los 11 años era el campeón de la región de Cheliabinsk y el candidato a maestro más joven de la URSS. Los rectores del Comité de Deportes decidieron otorgarle una atención especial, que se plasmó en su presencia intermitente en la escuela especial de Botvínik, cuya negativa opinión inicial cambió pronto: "El joven maestro Kárpov juega muy bien los finales [posiciones con pocas piezas en el tablero], una característica de los grandes maestros", dirían pocos años más tarde. Y sus elogios fueron aún mayores en 1971, cuando Kárpov compartió en Moscú, con Leonid Stein, el primer puesto del Memorial Aliojin (transcrito con frecuencia como Alekhine): "Ha nacido una nueva estrella ajedrecística de primera magnitud", profetizó el patriarca.

Antes de esa consagración, las actuaciones de Kárpov no eran siempre deslumbrantes, pero casi nunca fallaba en los momentos decisivos, como suele ocurrir con los grandes campeones de cualquier deporte. Trasladado a Tula, en la Rusia central, en 1965 por un cambio en el destino profesional de su padre, sus partidas comienzan a publicarse en las revistas especializadas un año más tarde. El salto a la fama internacional llega en 1969, cuando se proclama campeón del mundo juvenil en Estocolmo; sin embargo, ese mismo año fue derrotado por Zoltan Ribli y Andreas Adorjan en un encuentro URSS-Hungría. Dos años más tarde fue campeón absoluto de la URSS por primera vez.

En 1973 comenzó su escalada hacia la cumbre. Ese año ganó el torneo Interzonal de Moscú, y el siguiente venció sucesivamente en el Torneo de Candidatos a tres compatriotas ilustres: Lev Polugaievski, Spassky y Korchnoi, quien luego sería su enemigo más encarnizado, aparte de Kaspárov.

Sólo quedaba Fischer. Pero, en 1975, el genial estadounidense renunció al título por sus desavenencias con la Federación Internacional (FIDE) y Kárpov fue campeón mundial sin mover un peón. Es decir, por primera vez fue considerado como un campeón postizo. Sin embargo, el propio Kárpov se encargó de borrar esa imagen de forma categórica. Contrariamente a sus antecesores en el trono, jugó cuantos torneos pudo y los ganó casi todos durante diez años (1975-1985), hasta que fue destronado por Kaspárov. Durante ese período, sus triunfos se convierten en una brillante monotonía: seis primeros puestos en cada siete torneos, como pro-

medio aplicado a más de 30 competiciones de muy alto nivel.

Kárpov no sólo restituyó el honor nacional perdido por Spassky ante Fischer, sino que se convirtió en un héroe nacional cuando defendió el título dos veces, en 1978 y 1981, contra el "traidor" Víctor Korchnoi.

Análisis psicológicos

Pero antes de profundizar en los espeluznantes detalles de esos dos encuentros, conviene detenerse en las causas de la tenacidad de Kárpov en el transcurso de su formidable carrera hasta la cumbre. Él mismo y casi todos los biógrafos coinciden en relacionar su capacidad de lucha, próxima a los límites humanos, con la dura infancia que se ha relatado en párrafos anteriores.



Kárpov, durante el Torneo-homenaje a Polugaievsky, celebrado en Buenos Aires, en 1994.

Particularmente incisivo es el análisis que realiza el maestro internacional español –y además doctor en Medicina– Ricardo Calvo, en los primeros capítulos de su libro *Merano 1981, Kárpov-Korchnoi* (Editorial Jaque, 1981): "Hay algunos rasgos de la personalidad, y hasta del estilo ajedrecístico del campeón del mundo, que en mi opinión pueden estar relacionados con la experiencia de haber sido [...] un niño seriamente enfermo. El niño enfermo, en general, descubre el mundo trabajosa e incompletamente a través de los cristales de su habitación. Lo que sus compañeros sanos aprenden entre tropezones y juegos, con rienda suelta para la fantasía creadora, tiene que alcanzarlo poco a poco, con reflexión y prolongada digestión de las limitadas vivencias, huyendo de las burlas destructoras, con terrible y concentrada seriedad. El desarrollo de su fantasía anquilosada está sujeto a numerosas trampas peligrosas. En un extremo, la compasión, el mimo, la lástima de sí mismo. En el otro, la vanidad, la manía de grandeza, la terquedad y susceptibilidad excesivas. La actitud hacia el propio yo es difícil y dolorosa: o bien una desconfianza absoluta, que acaba paralizando la voluntad, o bien una supervaloración de sus vivencias, que le impulsan a enfrentarse desaforadamente con los otros. Y el juego se convierte entonces en algo espantosamente serio. Las primeras adversidades y las primeras heridas, inevitables, tienden a hacerle abandonar la comunidad para reconcentrarse en el propio yo, de cuyas fuerzas desconfía en lo más íntimo, pero al que no le queda más remedio que recurrir como último refugio".

El biógrafo oficial de Kárpov, Alexánder Roshal, apunta en la misma dirección: "¿Sabe usted cómo juega Kárpov? No me refiero al ajedrez, sino por ejemplo al billar o al bridge. Sorprendentemente serio. Y si usted le gana y empieza a burlarse un poco, se puede ofender muchísimo [...]. Él no abandona la mesa, pero si realmente resulta ser el más débil acabará encontrando una hora libre para practicar un poco hasta obtener la revancha. Mejora rapidísimamente, absorbiendo todo como una esponja. Y lo que resulta más sorprendente es que, aunque esté extremadamente irritado consigo mismo y con usted, juega utilizando su cabeza, sin perder el autocontrol, lleno de recursos, con la mente muy rápida. De modo que no se trata simplemente de fervor competitivo, sino de algo cualitativamente distinto".

Un examen de la trayectoria deportiva de Kárpov permite comprobar que la búsqueda febril de la revancha es una constante. Uno de los muchos ejemplos es la victoria que obtuvo sobre el húngaro Lajos Portisch en el torneo de Portoroz (Yugoslavia) de 1975, en su primera partida como campeón. Kárpov escribió entonces: "Por supuesto, yo no había olvidado que Portisch era uno de los pocos grandes maestros que me había derrotado sin respuesta por mi parte. Fue en San Antonio, en 1972, y ello me obligó a compartir el primer premio". El ex campeón del mundo Mijaíl Tahl aportó estas dos definiciones de Kárpov: "No le gusta estar en deuda con nadie. Y su capacidad para elegir lugares en la tabla de clasificación resulta extraordinariamente limitada". Roshal apostilló: "Entre los rasgos del carácter de Kárpov, el sentimentalismo, si es que existe, está profundamente escondido". Y Korchnoi fue aún más sintético: "Es un maximalista". Por algo le bautizaron como *El gélido Tolia*.


Rosa de las Nieves

Anatoli Kárpov del brazo de su esposa Natalia, durante la ceremonia inaugural del Mundial de Elistá 96.

Parecía que Anatoli Kárpov había superado la parte más difícil de su ajetreada existencia cuando se proclamó campeón del mundo en 1975 sin disputar la final por la retirada de su antecesor, el estadounidense Bobby Fischer. El nuevo rey del tablero no podía imaginar que las mayores tensiones aún estaban por llegar.

Mientras contabilizaba sus torneos como victorias, Kárpov intentó entrevistarse varias veces en secreto con Fischer para convencerle de que ambos debían disputar un duelo por el que suspiraban millones de aficionados. Pero las negociaciones no cuajaron y Kárpov tuvo que consolarse demostrando, una y otra vez, que era el mejor ajedrecista del mundo en activo. Y entonces llegó Korchnoi, vencedor del Torneo de Candidatos tras escaparse de la URSS y retador oficial, por lo tanto, de Kárpov en Baguio (Filipinas) en 1978. El disidente aprovechó la resonancia mundial del acontecimiento para exigir, con los métodos más ruidosos, la libertad de su esposa e hijo, retenidos en la URSS. Fue el duelo más escandaloso de la historia. Sus numerosos incidentes serán tratados con todo detalle en las páginas de esta obra que incluyen la biografía de Korchnoi. Desde el punto de vista puramente deportivo, el duelo fue sumamente emocionante.

Se jugaba a seis victorias, sin límite de partidas. Las siete primeras terminaron en tablas; Kárpov ganó la 8ª, perdió la 11ª y venció en la 13ª, 14ª y 17ª. Todo parecía encarrilado para la renovación de su título. Pero Korchnoi reaccionó muy bien, ganó la 21ª y, tras perder la 27ª, se impuso en las dos siguientes y también en la 31ª; del 5-2 para el campeón se había pasado a un 5-5 que elevó la tensión todavía más. A pesar de su tremendo cansancio –tenía la cara demacrada y había perdido varios kilos de peso–, Kárpov sacó fuerzas de no se sabe dónde para dar el golpe definitivo en la siguiente.

El *gélido Tolia* era de nuevo campeón del mundo, y en circunstancias políticas muy especiales, como demuestra este efusivo telegrama del líder soviético Leonid Bréznev, quien después le condecoró en el Kremlin: "Le felicito calurosamente por la victoria en una competición tan

Rosa de las Nieves

comprometida. Nuestro país está orgulloso de la maestría, el espíritu y la voluntad inquebrantable que usted ha mostrado [...]. Le deseo mucha salud y suerte, y muchas victorias brillantes para la gloria de nuestra gran patria".

Convertido ya en héroe nacional, Kárpov siguió ganando torneos sin parar (14 primeros premios en las 17 competiciones de elite que disputó entre 1978 y 1981) antes de volver a poner en juego su corona ante Korchnoi en Merano (Italia), durante el otoño de 1981. La parafernalia que rodeó a la nueva confrontación, cuyos detalles se reflejarán también en la biografía de Korchnoi, tuvo poco que envidiar a la de Baguio. Pero el desarrollo deportivo del encuentro, al mejor de 22 partidas y con el empate a 11 favorable al campeón, fue mucho menos emocionante que el anterior porque Kárpov dominó con claridad desde el principio: ganó la 1ª, 2ª y 4ª, dejando el asunto casi liquidado. Kárpov revalidó su título demostrando que era uno de los jugadores más completos de todos los tiempos. Y parecía que por fin iba a ser feliz en su gloria de campeón y de ídolo nacional. Casado, con un hijo, licenciado en Economía, autor de

Polugaievsky y Kárpov juegan una partida de exhibición en Buenos Aires, en 1994. El tablero, las piezas y el reloj son los mismos con los que Capablanca y Aliojin disputaron el Campeonato Mundial de 1927.



una tesis doctoral sobre la utilización del tiempo libre, tres veces campeón del mundo, cercano al objetivo de acumular cien victorias en torneos, *número uno* indiscutible, Anatoli Kárpov vislumbraba un futuro plácido y confortable ante la ausencia de un rival comparable en grandeza deportiva.

Los parásitos de Kárpov

En realidad, esa feliz perspectiva duró poco. En la lejana Azerbaiyán crecía otro genio, Gari Kímovich Kaspárov, cuya meteórica progresión fue interrumpida por constantes zancadillas de los burócratas parásitos de Kárpov, el héroe del Kremlin. Uno de ellos, Nikolái Krogius, vicepresidente ejecutivo de la Federación Soviética de Ajedrez, lanzó esta frase lapidaria: "¿Para qué necesitamos otro campeón del mundo si ya tenemos uno?".

Los entresijos de los cinco duelos entre Kárpov y Kaspárov han sido minuciosamente explicados al glosar la biografía de Kaspárov en esta obra. Pero resulta conveniente enfocar, desde la perspectiva de Kárpov, la escandalosa cancelación del

Rosa de las Nieves

Mundial de Elistá 96. Todo está dispuesto para el comienzo del Campeonato. Kamsky y Kárpov componen sus piezas.

primero por parte del filipino Florencio Campomanes, cuando Kárpov ganaba por 5-3 (se jugaba a seis victorias) tras perder las dos últimas partidas con claros síntomas de agotamiento.

En mayo de 1992, Kárpov recordó los momentos clave de su vida para el diario *El País*. Cuando el periodista le recordó la frase de Krogius, no eludió la cuestión, sino que la utilizó como un bumerán: "Todo eso es cierto, pero nadie debe olvidar que Kaspárov también tenía un poderoso padrino, Guédar Alíev [presidente del KGB en Azerbaiyán y muy influyente en Moscú]".

♙ Hiperactividad constante

Kárpov se casó por segunda vez en 1987 y nunca dejó de mantener una vida hiperactiva, con viajes incesantes a torneos, exhibiciones y reuniones. Parlamentario durante muchos años, presidente de la Fundación de Ayuda a las víctimas de Chernobyl y del Fondo para la Paz, no quiso concentrarse exclusivamente en su entrenamiento, ni siquiera cuando la edad comenzó a pasarle su inexorable factura.



Con independencia de las derrotas ante Kaspárov, que nunca le venció de forma abultada, el primer golpe fuerte llegó en 1992, cuando el británico Nigel Short le eliminó del Torneo de Candidatos. Todo indicaba que asistíamos al fin de una era, la de Kárpov. Sin embargo, éste no arrojó la toalla. "Mis problemas son el cansancio y la falta de preparación. Voy a corregirlos para ser campeón de nuevo en 1996", dijo tras la derrota. Kárpov no podía imaginar lo que ocurriría un año más tarde, cuando Kaspárov y Short se rebelaron contra la FIDE y crearon la Asociación Profesional (PCA). La FIDE reaccionó organizando su Campeonato del Mundo entre Kárpov y el holandés Jan Timman, eliminado por Short en la final de candidatos. La primera mitad del duelo, con graves dificultades financieras, se disputó en varias ciudades holandesas; la segunda, en Yakarta (Indonesia). El ruso venció (12,5-8,5) y se convirtió en un campeón postizo por segunda vez.

Esa imagen le incomodaba en grado sumo y se sintió obligado a hacer algo grande para demostrar su valía. La gran oportunidad le llegó en el Torneo de Linares de 1994, y Kárpov la aprovechó prota-

gonizando una hazaña histórica frente a todos los mejores del mundo: dos meses antes de cumplir 43 años, logró el primer premio, invicto, con 2,5 puntos de ventaja sobre Kaspárov. Dos años más tarde defendió el título de la FIDE en Elistá (Rusia) frente al estadounidense Gata Kamsky, al que derrotó por 10,5 a 7,5.

Pero volvió a la hiperactividad, y lo pagó muy caro otra vez, con fracasos sucesivos en torneos de primera fila. Particularmente graves fueron las consecuencias de su último puesto en el sextangular a doble vuelta de Las Palmas de Gran Canaria (diciembre de 1996), superado por Kaspárov, Anand, Topálov y Krámnik, y empatado a puntos con Ivanchuk. Los organizadores interesados en un duelo de reunificación entre Kaspárov y Kárpov dejaron de pujar o redujeron drásticamente sus ofertas. En 1997, todas las actuaciones de Kárpov se contaron por fracasos, excepto el aceptable 2º puesto en Biel (Suiza), detrás de Anand.


Rosa de las Nieves

En una de las partidas celebradas por el campeón en Dos Hermanas, en 1996, Kárpov avanza un peón.

Su ocaso deportivo parecía inevitable, pero la FIDE le salvó otra vez. El nuevo presidente, Kirsán Iliumyínov, organizó un nuevo Mundial por el revolucionario sistema de eliminatorias a sólo dos partidas (semifinales a cuatro y final a seis), con 750 millones de pesetas en premios. Para asegurarse una buena cobertura periodística, la FIDE necesitaba al menos a uno de los dos campeones del mundo, por lo que decidió concederles plazas directas en semifinales. Pero como Kaspárov no quería saber nada con la FIDE, decidieron que Kárpov jugase directamente la final contra el superviviente de siete eliminatorias previas entre 97 jugadores. Y con un privilegio inaudito: la final, en el Museo Olímpico de Lausana (Suiza), se jugaría inmediatamente después de la clausura de las eliminatorias en Groningen (Holanda). Es decir, mientras Kárpov se entrenaba concienzudamente en Gran Canaria, Anand era sometido a un tremendo estrés y viajaba a Lausana sin descansar. Las seis partidas previstas terminaron con un empate, 3-3. En el desempate –dos partidas de 25 minutos para cada jugador–, Anand logró una posición ganadora y 8 minutos de ventaja en la primera. Pero algo falló en su cabeza en el momento decisivo, y Kárpov no perdonó: ganó esa partida con precisión de computadora, y la siguiente, sin apenas lucha. A los 46 años, a pesar de haber bajado al 6º puesto del *ranking* mundial, era campeón del mundo por sexta vez y campeón postizo por tercera. Pero había vuelto a demostrar, por enésima vez, que es uno de los mejores deportistas de todos los tiempos.



Anatoli Kárpov

- Anatoli Yevguénevich Kárpov nació en Zlatoust (Rusia) el 23 de mayo de 1951.
- Aprendió a jugar a los 4 años.
- Candidato a Maestro a los 11 años.
- Campeón del mundo juvenil y Maestro Internacional en 1969.
- Gran Maestro en 1970.
- Ganó el Torneo de Candidatos de 1974 y fue proclamado campeón del mundo en 1975.
- Defendió el título contra el disidente Víctor Korchnoi en 1978 y 1981.
- Perdió la corona en 1985 ante Gari Kaspárov, contra el que disputó cinco duelos, entre 1984 y 1990, en la mayor rivalidad de la historia del deporte.
- Recuperó el título en 1993, al vencer al holandés Jan Timman.
- Ganó, invicto, el Torneo de Linares de 1994 con 2,5 puntos de ventaja sobre Kaspárov.– Mantuvo la corona en 1996 frente al estadounidense Gata Kamsky.
- Se proclamó campeón de la FIDE por sexta vez el 9 de enero de 1998, al derrotar en el desempate al indio Viswanathan Anand.
- Acumula un largo centenar de primeros premios en torneos, más de lo que ningún otro ajedrecista ha logrado en cinco siglos de competiciones.



Viswanathan Anand

Archivo Revista Jaque

Anand y su joven esposa vestidos según mandan los cánones del rito hindú, en el día de su boda celebrada en Madrás y a la que asistieron más de 3.500 invitados.

Jaque a los rusos

Bajaba el telón de la década de los ochenta cuando *El Rápido de Madrás* irrumpió en el ajedrez de elite, aún bajo el imperio de Gari Kaspárov y Anatoli Kárpov. Aquel joven indio regalaba exotismo y simpatía a un deporte acaparado por la URSS. Pero no sólo eso: las ideas geniales brotaban de su mente a la velocidad de la luz; meditaba las jugadas tan poco que sus rivales apenas tenían tiempo de ir al servicio durante las partidas. Pronto se vio que su talento era comparable al de los jugadores más legendarios. Un decenio más tarde, Viswanathan Anand es un campeón sin corona. Pero pocos dudan que su reinado llegará pronto.

De un superdotado no se espera una frase como ésta: "Mi potencia mental me importa un bledo". Anand la pronunció espontáneamente al enterarse de que el lado derecho de su cerebro, el que rige la intuición, tiene una capacidad descomunal. Su amigo alemán Frederic Friedel lo descubrió al realizar un experimento con varias estrellas del ajedrez. Pero quienes le habían visto analizar partidas con sus colegas ya lo sabían: ni siquiera necesitaba ver la posición de las piezas para descubrir jugadas excelentes en décimas de segundo. Cuando alguien le insinuó que sus resultados podrían ser todavía mejores con un poco de calma en la reflexión, su contestación fue asombrosa: "Si pienso, juego mal".

¿Será talento innato o trabajado? Nadie lo puede saber con exactitud, pero él aporta un dato muy significativo: "Cuando era niño, tenía que esforzarme mucho en ganar partidas rápidas [cinco minutos para cada jugador] en un club de Madrás porque, si perdía, debía ponerme en una larga lista de espera para volver a jugar.


Rosa de las Nieves

El joven héroe indio aparece en la fotografía al iniciarse una partida en la que juega con las piezas blancas.

Es probable que ese drástico método desarrollase mi intuición. En cualquier caso, no me molesta que hablen de mí como el moreno indio que juega muy rápido. A la gente le gusta poner etiquetas. Sin embargo, me parece una tontería atribuir mi éxito a mi origen asiático".

♙ Paradojas de la vida

Quien busque ejemplos excelentes de las paradojas de la vida encontrará varios en la infancia de Anand. Aquel club de Madrás (al sudeste de la India) fue creado y financiado por el consulado de la URSS, cuyos funcionarios no podían imaginar que apadrinaban a uno de los poquísimos ajedrecistas que han cuestionado la hegemonía soviética. El pequeño *Vishy*, que había aprendido a jugar a los 5 años con su madre, también asombró a los 9 en Manila, donde su padre, un alto cargo de los ferrocarriles indios, fue trasladado como asesor a finales de 1978. Unos meses antes, Anatoli Kárpov había sido campeón de mundo por segunda vez tras derrotar al disidente Víctor Korchnoi en otra ciudad filipina, Baguio. Anand ni siquiera llegó a soñar que Kárpov, su ídolo de entonces, iba a ser su rival veinte años más tarde en un Mundial, el de la Federación Internacional (FIDE), casi tan polémico como el de Baguio. Aunque, mirado de un modo objetivo, *Vishy* tenía motivos para hacerlo, ya que ganó muchos premios en un concurso diario de televisión sobre problemas de ajedrez. Tantos que, según su padre, "optaron por no dejarle participar más".

Más casualidades del destino: fue precisamente en la ciudad de Baguio donde Anand saltó a la fama internacional, en 1987, al ganar el Campeonato del Mundo juvenil. Sin embargo, los aficionados de los cinco continentes apenas le prestaron atención porque estaban hechizados por la apasionante rivalidad entre Kaspárov y Kárpov, que ese mismo año empataron, 12-12, en uno de sus inolvidables duelos en Sevilla.

Pronto se empezó a hablar mucho de él en India y en España, debido a la exhibición de sus prodigiosos reflejos en los torneos de Linares, *el Wimbledon del ajedrez*. La consagración llegó en la primera semana de 1992, cuando triunfó en Reggio Emilia (Italia) por delante de Kaspárov y Kárpov. Sus compatriotas le ascendieron a la categoría de héroe nacional: unos días después, al salir a la calle tras disputar la cuarta ronda del Torneo de Calcuta con el británico David Norwood, los cazadores de autógrafos le asediaban por doquier. Norwood le ayudó a librarse de ellos, y de los guardaespaldas que se empeñaban en protegerle, y sugirió cenar en un restaurante vegetariano que él conocía. Pero estaba cerrado; cuando ya se alejaban en busca de otro, oyeron un gran revuelo a su espalda. Era el dueño, que

había salido de su domicilio para llamar a la puerta de las casas de los camareros. Los alcanzó y dijo: "No se preocupe, señor Anand, abriremos el restaurante para usted".

Ídolo de los indios

La idolatría hacia el joven ajedrecista en el segundo país más poblado del planeta (unos 950 millones de habitantes) no había hecho más que empezar. India tenía buenos deportistas en críquet, squash y hockey sobre hierba, pero ninguno en un deporte universal como el ajedrez [158 países afiliados a la FIDE]. "Anand es el ídolo nacional que India necesita", decían en 1995 los periodistas nativos a sus colegas extranjeros en Sanghi Nagar. Así intentaban explicar su repentina transfiguración desde el sosiego habitual a una pasión desmedida durante el duelo de Anand con el estadounidense Gata Kamsky –semifinales del Torneo de Candidatos de la FIDE– en ese minúsculo pueblo cercano a Hyderabad. Las cadenas de televisión interrumpían sus programas cada vez que terminaba una partida. El indio ganó las dos primeras, de las seis previstas, pero cayó eliminado.

Sin embargo, la tragedia nacional duró poco: unos meses después, Anand derrotó a Kamsky en Las Palmas de Gran Canaria con facilidad en la final de candidatos del otro Mundial, el de la Asociación Profesional (PCA). Entre las razones aportadas para explicar el contraste de ambos resultados, el padre de Anand apuntó directamente al asedio de la prensa en el primer duelo. Su hijo, temeroso de enojar a casi mil millones de paisanos, fue más cauto. "Borré del disco duro de mi mente todo lo que había pasado en Sanghi Nagar y jugué mucho más relajado", comentó.

La nueva estrella del ajedrez crecía sin cesar, pero su lado oculto escondía una seria carencia: el *instinto asesino*, esa ferocidad competitiva que distingue a Kaspárov y a Kárpov. El carácter de Anand es incompatible con el deseo de exterminar deportivamente al adversario; ve en el ajedrez un escenario idóneo para expresar su capacidad creativa frente a un colega de profesión, pero no puede concebirlo como un cuadrilátero de boxeo mental.

Kaspárov, un gladiador despiadado, supo sacar partido de esa laguna en el duelo por el título de la PCA que ambos disputaron en Nueva York, durante el otoño de 1995, al mejor de 20 partidas. Después de ocho asaltos de tanteo que terminaron en tablas, Anand ganó el 9º y empezó a ver el título en lontananza. Pero perdió las dos siguientes y se hundió.

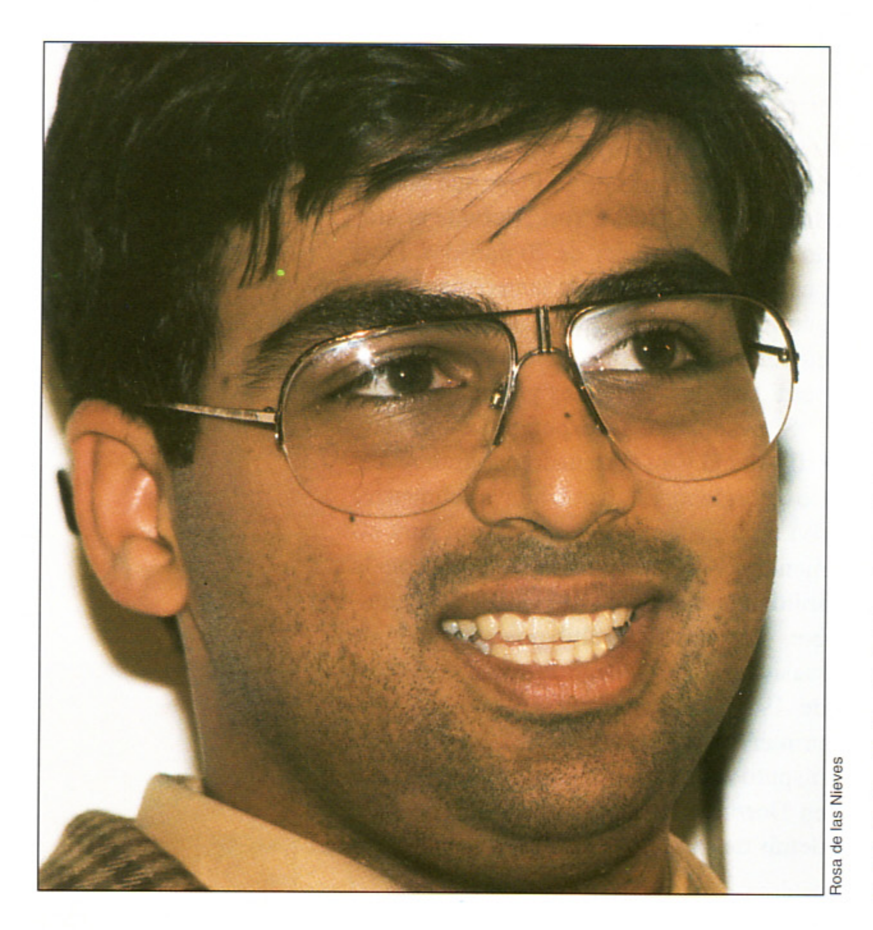
Sin embargo, la experiencia fue muy útil. Anand y su entrenador, el gran maestro georgiano Elizbar Ubilava, comenzaron un trabajo arduo y muy largo para cimentar el gran talento del indio con la solidez requerida en el camino a la cumbre. Tras algunos altibajos, la recogida masiva del fruto llegó a partir de marzo de 1997: Anand triunfó o compartió el primer puesto en todos los torneos que disputó durante el resto del año, excepto en Dortmund, donde terminó el segundo, detrás del ruso Vladímir Krámnik.

"Muerto contra impotente"

Tras la renuncia de Kaspárov y Krámnik a participar en el revolucionario Torneo de Candidatos de la FIDE en Groningen (Holanda), Anand partía como primer favorito, pero con reservas: el nuevo sistema de eliminatorias a dos partidas (desempates por medio de partidas rápidas) implicaba que cualquier error podía ser decisivo. Con algunos apuros, Anand ganó a seis rivales –y permaneció invicto durante 23 partidas en 20 días–, mientras Kárpov, exento de la criba, se preparaba tranquilamente en una playa de Gran Canaria. Fue un duelo muy desigual, que se disputó en Lausana (Suiza), entre un contendiente fresco y otro exhausto. Kaspárov lo definió como "el de un muerto contra un impotente". Las seis partidas normales terminaron con un empate, 3-3, que dejaba al indio con una supuesta ventaja ante la *muerte súbita,* dada su gran habilidad para las partidas rápidas. De hecho, Anand logró una posición muy favorable y con 8 minutos de ventaja en la primera, pero cayó en una astuta trampa urdida por su rival, que ganó con facilidad


Rosa de las Nieves

La principal virtud de Anand es sus grandes dotes de intuición, muy superiores a las de la mayoría de jugadores de ajedrez.


Rosa de las Nieves

Anand ha fijado su residencia en España, por ser éste el país que más tor neos de elite organiza y por las buenas comunicaciones con el resto de Europa y el continente americano.

la segunda. Pero el perdedor evitó la frustración excesiva. Dijo: "No hay motivo para ello. Entre Groningen y Lausana, yo he corrido una maratón a la que Kárpov se unió en los dos últimos kilómetros".

Era un nuevo tropiezo a las puertas de la cumbre, pero el indio no se desanimó: unos días después, y a pesar del cansancio acumulado, ganó el Torneo de Wijk aan Zee (Holanda), donde Kárpov terminó el séptimo, y un mes más tarde se llevó el primer premio de uno de los mejores torneos de la historia, Linares-98, por delante de Shírov, Krámnik, Kaspárov, Svídler, Ivanchuk y Topálov. Anand, doble subcampeón del mundo, se perfilaba como un campeón sin corona.

De etnia tamil, religión hindú y casta bramán (una de las más altas), graduado en Comercio, Anand vive en la sierra madrileña a unos cientos de metros del matrimonio formado por Mauricio y Nieves Perea, a quienes él denomina "padres españoles", que actúan como sus apoderados ante la prensa y los organizadores. "Me gusta mucho España, hasta el punto de que la añoro cuando paso varias semanas fuera. Además, es el país que más torneos de elite organiza y está bien comunicado con el resto de Europa y América", explica en español el vecino más exótico de Collado Mediano, cuya boda en Madrás duró dos días, con 3.500 invitados.

A pesar de que lleva una vida muy sencilla cuando está en casa –largos paseos en bicicleta, régimen vegetariano, música de grupos modernos y varias horas de entrenamiento diario con Ubilava–, Anand también contribuye a veces al tópico de la filosofía asiática. Así, cuando se le pregunta si algún día reunirá la ambición suficiente para ser campeón del mundo, contesta: "Mi gran objetivo es jugar cada vez mejor, llegar a la esencia del ajedrez. Ser campeón me ayudaría a lograrlo. Mientras tanto, soy razonablemente feliz como un indio que vive en España". Por cierto, Anand nunca se ha molestado en aclarar que ése es en realidad su nombre de pila, y Viswanathan, el apellido. En India suelen escribirse en el orden inverso, pero cuando los periodistas occidentales se dieron cuenta, ya era demasiado tarde.

Viswanathan Anand

- Nació en Madrás (India) en 1969.
- Campeón mundial juvenil en 1987.
- Gran maestro internacional en 1988.
- Superó a Kárpov y Kaspárov en el torneo de Reggio Emilia en 1992.
- Derrotó en 1995, en la final de candidatos de la PCA a Kamsky, y se proclamó aspirante oficial al título.
- Disputó el Campeonato Mundial de la PCA en 1995 en Nueva York frente a Kaspárov.
- Ganó el torneo de Candidatos de la FIDE en Groningen en 1998.
- Se enfrentó a Kárpov por el título mundial de la FIDE en Lausana en 1998, y perdió en el desempate.
- En 1998 quedó en el primer puesto de los torneos internacionales de Wijk aan Zee y Linares.



Gata Kamsky

Rosa de las Nieves

Gata Kamsky a punto de iniciarse la partida contra Shírov, durante la celebración del Torneo de Linares del año 1995.

El tártaro precoz

Fueron un vendaval siberiano que azotó a la elite del ajedrez durante seis años muy conflictivos. Gata Kamsky y su agresivo padre, Rustam, se escaparon de la URSS porque la sombra de Gari Kaspárov y Anatoli Kárpov era demasiado alargada. Tras convertirse en uno de los probables sucesores de ambos y ser subcampeón del mundo, Gata se retiró a los 22 años para estudiar Medicina en Estados Unidos. Su carrera fue tan corta como intensa.

"Gata es un niño", repetía Rustam constantemente para justificar su ubicua presencia junto al hijo, incluso cuando éste ya había cumplido 20 años. Rustam, que se ganaba la vida como boxeador, decidió trasladarse con su familia a Leningrado para que el talento de su hijo como pianista pudiera florecer con la ayuda de buenos profesores. Y allí empezó el complejo persecutorio de ambos. "Ser de origen tártaro y de religión musulmana no era una buena tarjeta de visita en la ciudad" afirmaba Rustam, quien pronto decidió que sería más fácil aprovechar las grandes facultades de su hijo en el ajedrez.

En efecto, Gata tuvo éxitos precoces. Pero Rustam se encontró pronto con un muro que le pareció infranqueable: "Kaspárov y Kárpov se dieron cuenta de que mi hijo podía ser el futuro campeón, y utilizaron su enorme influencia para boicotearle. Nos hacían la vida imposible". De modo que, con la ayuda de algunos grandes maestros ex soviéticos, especialmente Lev Alburt, Rustam decidió huir de la URSS. Para ello solicitó que el español José Cuchí, organizador del Open de Nueva York, enviase una carta al Comité de Deportes soviético invitando a Gata a la edición de 1989. Cuchí, que ignoraba las verdaderas intenciones de los

Kamsky, accedió. Después de la última ronda, los Kamsky pidieron asilo político y la prensa estadounidense reaccionó con entusiasmo ante el "pequeño genio de Siberia".

El sueño americano

A pesar de que los Kamsky eran unos emigrantes privilegiados, los primeros tiempos del sueño americano fueron difíciles, como reconoció Gata en 1994: "Tenía 14 años y venía de un ambiente muy pobre. Estaba rodeado de riqueza y de gente de todas las razas. Era un choque cultural tremendo". Fue muy duro acostumbrarse al capitalismo. "Me costaba entender algunas cosas. Por ejemplo, yo tenía un ordenador que me parecía maravilloso. Pero al llegar a Nueva York me dijeron que era una pieza de museo. Además creía que dominaba el inglés pero, en realidad, mi vocabulario era técnico y ni siquiera servía para pedir el desayuno. Para viajar por EE.UU. jugando torneos, mi padre comía una vez cada tres días, y yo una vez al día. Y entrenaba doce horas diarias", explicaba.

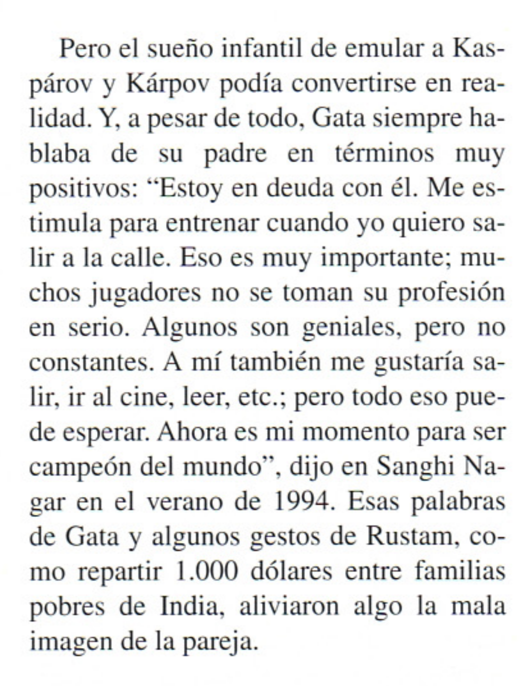


Rosa de las Nieves

Gata Kamsky pasea por las calles de Linares durante su estancia en la localidad andaluza en el año 1995.

Lógicamente, Gata no decía una palabra sobre la rudeza de su padre. Varios testigos vieron cómo, en diversos países, Rustam golpeaba a su hijo tras perder una partida. La vida del joven genio era espartana: no tenía amigos de su edad, no iba a la universidad, nunca salía con chicas, siempre estaba trabajando.

El carácter hosco de ambos provocó que los jugadores profesionales de EE.UU. les dieran la espalda. El dramaturgo español Fernando Arrabal, residente en París, logró para ellos el patrocinio de una empresa francesa. Sin embargo, los resultados y el juego de Gata no impresionaban a casi nadie. Aunque empezaba a ganar torneos importantes y se consolidaba entre los diez mejores del mundo, mostraba un estilo demasiado técnico para su edad. Rustam fue categórico. "Si Gata no se convierte en campeón del mundo de la PCA [Asociación Profesional] o de la FIDE en este ciclo, tendrá que dejar el ajedrez y buscarse la vida en otra profesión", aseguró en enero de 1994.



Pero el sueño infantil de emular a Kaspárov y Kárpov podía convertirse en realidad. Y, a pesar de todo, Gata siempre hablaba de su padre en términos muy positivos: "Estoy en deuda con él. Me estimula para entrenar cuando yo quiero salir a la calle. Eso es muy importante; muchos jugadores no se toman su profesión en serio. Algunos son geniales, pero no constantes. A mí también me gustaría salir, ir al cine, leer, etc.; pero todo eso puede esperar. Ahora es mi momento para ser campeón del mundo", dijo en Sanghi Nagar en el verano de 1994. Esas palabras de Gata y algunos gestos de Rustam, como repartir 1.000 dólares entre familias pobres de India, aliviaron algo la mala imagen de la pareja.

Incidentes habituales

Pero su buena imagen duró poco. Unas semanas después de vencer a Anand en el desempate, Kamsky también eliminó al británico Nigel Short en las semifinales de candidatos de la PCA; antes, en cuartos de final, había derrotado con inesperada facilidad al ruso Vladímir Krámnik por 4,5-1,5 en Nueva York, manteniendo una racha de casi 30 partidas sin perder. El duelo frente a Short, que se disputó en Linares, incluyó algunos incidentes cómicos y otros muy graves.

Para empezar, Rustam exigió que la mesa de Gata y Short estuviera separada de la que iban a ocupar Anand y el británico Michael Adams en la otra eliminatoria por un biombo de 1,75 metros de altura. Su argumento fue que Short era amigo de Anand y compatriota de Adams. También exigió que los retretes estuvieran conectados con las mesas respectivas por pasillos cerrados.

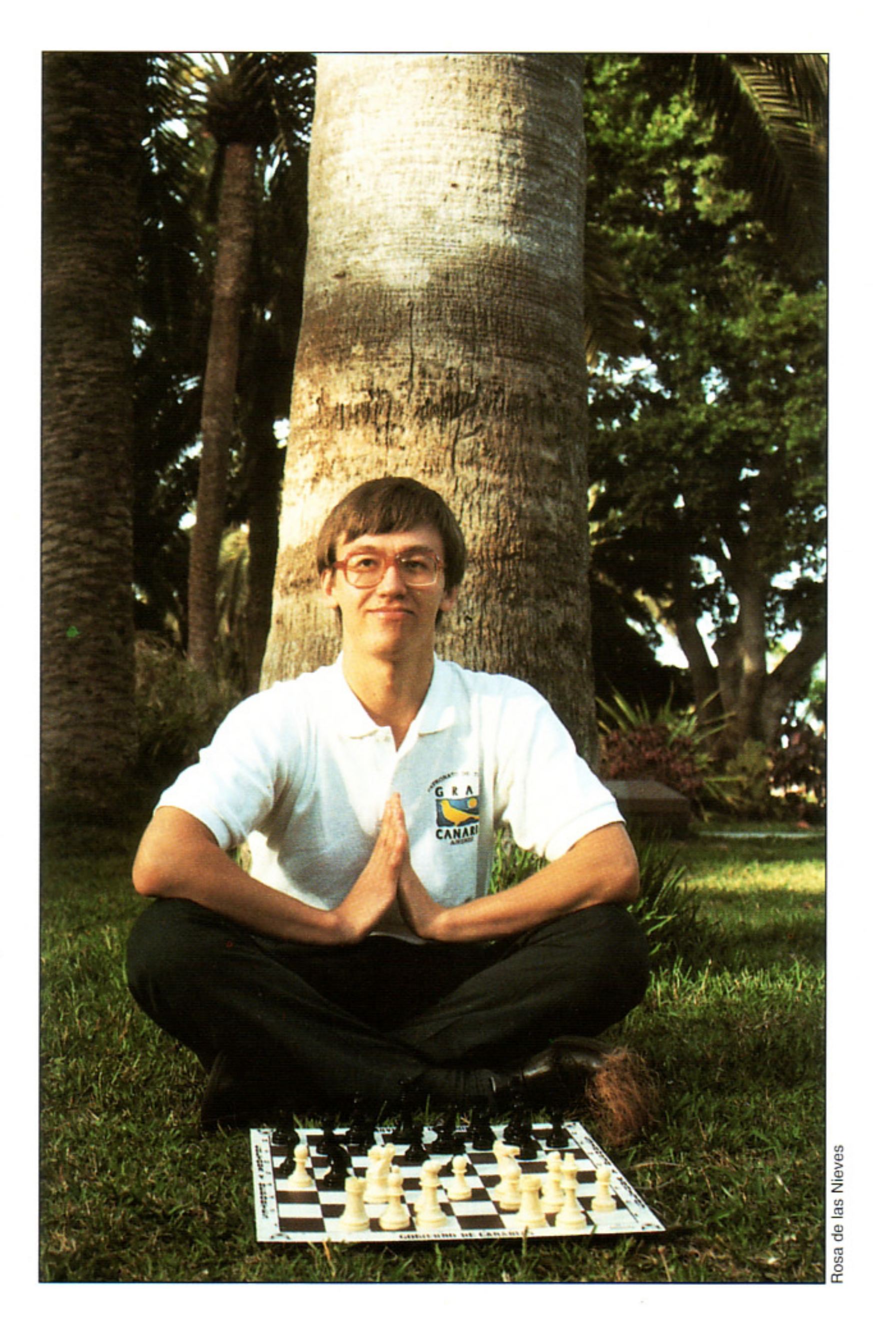
Kamsky ganó las tres primeras partidas pero perdió la siguiente. Durante la misma, Short había recriminado a su rival, sin dirigirse al árbitro como estipulan las reglas: "He protestado porque Kamsky tosía constantemente, hasta 15 veces seguidas cuando me tocaba jugar", dijo Short inmediatamente después de su victoria. A partir de ese momento, Kamsky jugó muy mal. Rustam, se quejó al árbi-

tro: "Gata no tiene la culpa de estar resfriado", argumentó. El conflicto parecía liquidado. Pero, 90 minutos más tarde, Rustam irrumpió en el restaurante y, colocando su cara a pocos centímetros de la de Short, le amenazó: "Si continúas rompiendo las reglas en cada partida, te mataré". Short denunció el hecho a la policía.

Según los presentes, la escena en comisaría tuvo toques dignos de Groucho Marx. Un fornido agente intentó, sin éxito, encontrar alguna coherencia en la narración de una recepcionista de hotel con uniforme, un británico encorbatado y el desastrado Rustam. Éste admitió en todo momento que había amenazado de muerte a Short, pero aclaró que se trataba de una mera expresión verbal, fruto de su enfado, sin ánimo de ejecutar el ultimátum. El policía, boquiabierto, no podía entender la relación entre ese incidente *deportivo*, la tos de Kamsky, los biombos y los retretes separados que Rustam había exigido.

El ex boxeador aceptó a regañadientes su castigo y siguió las partidas siguientes desde la sala de prensa. "Cuando Gata pierde limpiamente, yo felicito a su rival y le agradezco la lección. Pero Short utilizó trucos sucios", comentó. Kamsky ganó el duelo, por 5,5-1,5, sin más escándalos.

Cinco meses después, los Kamsky afrontaban su siguiente combate en la ascensión hacia la cumbre: la final de candidatos de la FIDE contra el ruso Valeri Sálov. El escenario era otra vez el pequeño pueblo de Sanghi Nagar, al sudoeste de India, donde Rustam protagonizó otro penoso incidente con uno de los analistas de su hijo, el estadounidense Alexánder Shabálov, que volvió inmediatamente a EE.UU. con un moratón en los labios. El filipino Florencio Campomanes, presidente de la FIDE, y el indio Ravi Sanghi, patrocinador de las semifinales, recriminaron al padre de Kamsky "por utilizar la violencia física y dañar la imagen del ajedrez". Kamsky eliminó a Sálov con mucha más facilidad de la esperada, por 5,5-1,5. Rustam aprovechó la última conferencia de prensa para acusar a Kaspárov: "Ha montado una confabulación contra mi hijo en conexión con Campomanes y Sanghi".


Rosa de las Nieves

En actitud oriental, vemos a Gata Kamsky en el espléndido marco de Las Palmas de Gran Canaria, durante la celebración, en 1995, de la final de candidatos de la PCA.

Pero no había tiempo para lamentos ni celebraciones. Los Kamsky se quedaron unos días más en Sanghi Nagar preparándose intensamente para la inmediata final de candidatos de la PCA contra Anand, que se iba a celebrar en Las Palmas de Gran Canaria tres semanas después. Era evidente que la PCA profesaba una gran animadversión contra los Kamsky y que deseaba a Anand como candidato. Solamente así puede entenderse que no retrasaran algunas semanas el duelo de Las Palmas para que el estadounidense pudiera descansar, o que esperasen hasta la inauguración del duelo para anunciar unas estrictas normas de comportamiento, claramente dirigidas contra Kamsky,



Rosa de las Nieves

Rustam Kamsky, el padre de Gata, se muestra extremadamente protector hacia su hijo en las ruedas de prensa. En la fotografía, padre e hijo en Sanghi Nagar, en 1995.

que recibió la solidaridad de siete de los participantes en el Torneo de Linares: Kárpov, Illescas, Shírov, Topálov, Lautier, Akopián y Tiviákov.

Vida espartana

Gata se levantaba a las 5.00 para comenzar su entrenamiento. Tras cuatro horas de trabajo intenso, llegaba el momento de la preparación física: bajo las estrictas órdenes de Rustam. Ejercicios con un balón, carrera de tres kilómetros, chapuzón en la piscina, siesta y otra vez a sentarse ante el tablero, hasta la hora de cenar.

Sin embargo, Kamsky había acumulado mucho cansancio, y Anand jugó mejor que en Sanghi Nagar. El estadounidense aguantó las ocho primeras partidas, 4-4, pero se hundió en la fase decisiva hasta que fue eliminado por 6,5-4,5. Para colmo, fue engañado por la PCA, que le envió por fax un documento falso. Supuestamente, el dinero de su premio ya había sido transferido a su cuenta bancaria. En realidad, los directivos de la PCA querían comprobar si los Kamsky aprovechaban la ceremonia de clausura para hacer declaraciones hostiles contra ellos, como de hecho ocurrió, y descontarle una parte en concepto de multa.

Rustam volvió a montar en cólera pero casi nadie le hacía caso. Su hijo, que dos meses después ganó el Torneo de Dos Hermanas tras vencer en la penúltima ronda a Kárpov, iba a retar a éste por el título de la FIDE cuando casi todo el mundo reconocía a Kaspárov como el verdadero campeón. Hubo serios problemas para lograr patrocinadores: el duelo se retrasó hasta el verano de 1996 en Elistá, capital de la república autónoma rusa de Kalmikia, cuyo líder era Kirsán Iliumyínov, que también presidía la FIDE como sucesor de Campomanes.

En Elistá, Rustam volvió a las andadas. Además de buscar, sin éxito, una esposa para su hijo, acusó al gran maestro Yevgueni Vasiukov, que trabajaba como comentarista para el público, de pasar jugadas a Kárpov durante las partidas. En el tablero, el ruso hizo valer su mayor experiencia para imponerse sin grandes dificultades. Gata jugó el Torneo de Tilburg y anunció después su retirada para estudiar Medicina. El sueño de los Kamsky había terminado. Aunque nunca más vuelvan al ajedrez, su huella permanecerá indeleble en la historia.

Gata Kamsky

- 1974. El 2 de junio nace en Novokusnetsk (URSS).
- 1989. Primer puesto en Long Beach y segundo en el Open de Palma de Mallorca (GMA).
- 1990. Gran maestro internacional. Consigue el primer puesto de Nueva Delhi y Tilburg.
- 1991. Campeón de Estados Unidos.
- 1994. Venció en la fase de candidatos de la FIDE a Van der Sterren, Anand y Sálov. En ese mismo año vence en el ciclo de candidatos de la PCA a Kramnik y Short. Pierde la final frente a Anand en 1995.
- 1996. Se enfrenta a Kárpov por el título mundial de la FIDE.



Judit Polgar

Rosa de las Nieves

Las tres hermanas Polgar. De izquierda a derecha, Sofía, Judit y Susan, durante un intermedio del Torneo de Linares.

La perla del tablero

De niña, Judit ponía un león de peluche como talismán al lado del tablero cuando se enfrentaba a los mejores jugadores de Hungría –una potencia mundial en ajedrez– que visitaban la casa de los Polgar. Los huéspedes no podían imaginar que aquella criatura iba a superarles a todos en el Campeonato Nacional de 1991. Judit es la única mujer en la historia que se codea con la elite; junto a sus hermanas, Susan y Sofía, ha causado una revolución.

La biografía de Judit empieza mucho antes de que ella naciera. Sus padres, Clara y Lazslo, ambos pedagogos, comprobaron durante el noviazgo que no sólo compartían sentimientos, sino también inquietudes y opiniones: los dos sostenían que los genios no nacen, sino que se hacen; también coincidían en que los sistemas educativos al uso eran manifiestamente mejorables y que existía una clara discriminación de la mujer desde la infancia; además, eran aficionados al ajedrez.

La naturaleza deparó que el fruto de su matrimonio fuera exclusivamente femenino, así que decidieron llevar la teoría a la práctica: sus tres hijas no irían nunca al colegio, "porque eso sería perder el tiempo", excepto para los exámenes; iban a ser educadas en casa por ellos mismos, con el ajedrez como asignatura importante.

Judit Polgar, ataviada con vestidos y complementos vistosos, pone un toque de alegría y juventud en los torneos de ajedrez.



Rosa de las Nieves

El experimento resultó muy duro al principio. Sus propios vecinos y las autoridades escolares de Budapest no lo veían con buenos ojos. Pero ellos mantenían sus ideas: "Un niño normal puede ser un genio si vive en el ambiente adecuado". Una parte de su método consistía en que Lazslo se encerraba en una habitación con Susan, la hija mayor, lo que provocaba celos positivos en las pequeñas. "Si queréis entrar ahí, tenéis que aprender a jugar al ajedrez", les decía Clara.

Para minimizar el riesgo de que las tres niñas fueran insociables, los Polgar abrieron las puertas de su casa de par en par a los ajedrecistas de la ciudad, que acudían a menudo para jugar con sus hijas. Esa actitud fue tal vez decisiva para que el experimento resultara positivo. Años después, cuando las tres húngaras saltaron a la fama, podían dar la imagen de ser tres *monstruitos* cuya única destreza era visible en un tablero de 64 casillas. Pero, al conocerlas, la realidad no era así: las tres parecían totalmente normales, amables, sonrientes, bromistas y más bien extravertidas. "También podían haber sido genios de la música o las matemáticas, pero

elegimos el ajedrez porque es una amalgama perfecta de arte, ciencia y deporte", explicaba Lazslo, el padre de Judit.

La revolución de las hermanas Polgar

Con la asistencia de las hermanas a la Olimpiada de Ajedrez de Salónica (Grecia), en 1988 se inició la revolución que las tres integrantes de la familia Polgar iban a realizar. El día de la inauguración, los periodistas más madrugadores levantaron las cejas al ver que tres de las cuatro componentes del equipo húngaro femenino tenían el mismo apellido, y dieron un brinco al comprobar sus edades: 19, 14 y 12 años. La sorpresa se convirtió en asombro al analizar sus partidas: las tres jugaban de maravilla, lo que se tradujo en un hecho histórico: Hungría ganó la medalla de oro, superando a las insuperables soviéticas, cuyos triunfos se habían convertido en monótonos. La hazaña se repitió en la siguiente Olimpiada (Novi Sad, Yugoslavia, 1990) pero lo insólito no terminó ahí.

No a las competiciones femeninas

Pronto se supo que la familia Polgar no deseaba participar en competiciones femeninas "porque sólo se aprende jugando contra hombres", y que habían disputado esas dos Olimpiadas bajo presiones del gobierno húngaro. El argumento del honor nacional y la promesa de un apoyo económico les llevaron a aceptar pero, tras ganar las dos medallas de oro, decidieron no participar nunca más en Olimpiadas femeninas.

Eso causó un serio conflicto ante la siguiente (Manila, 1992): a pesar de proclamarse campeona absoluta de Hungría en 1991 –uno de los mayores éxitos logrados por una mujer–, Judit fue seleccionada en calidad de suplente de la selección *masculina*; a pesar de terminar cuarta en ese mismo Campeonato de Hungría, Susan ni siquiera fue convocada.

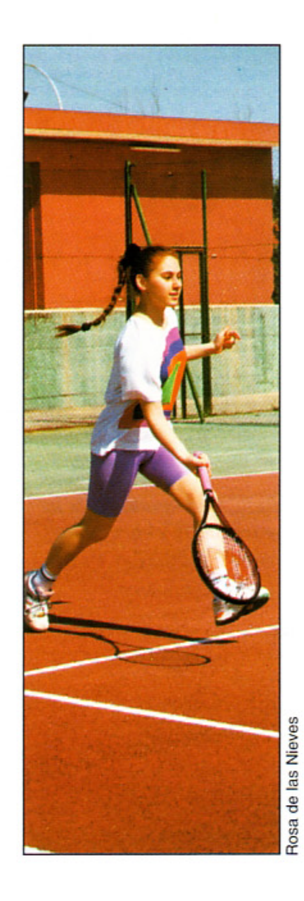
Pero los resultados de las tres hermanas eran demasiado impresionantes para que nadie pudiera cuestionarlos. Incluso Sofía, que nunca se ha dedicado profesionalmente al ajedrez, dejó atónitos a los aficionados cuando ganó, de forma arrasadora (8,5 puntos de 9 posibles), el Torneo de Roma de 1989 por delante de muchos grandes maestros. Susan rompió una de las leyes familiares para proclamarse campeona del mundo de mujeres al batir en Jaén a la china Xie Jun por 8,5-4,5, en el año 1996.

La pequeña gran Judit

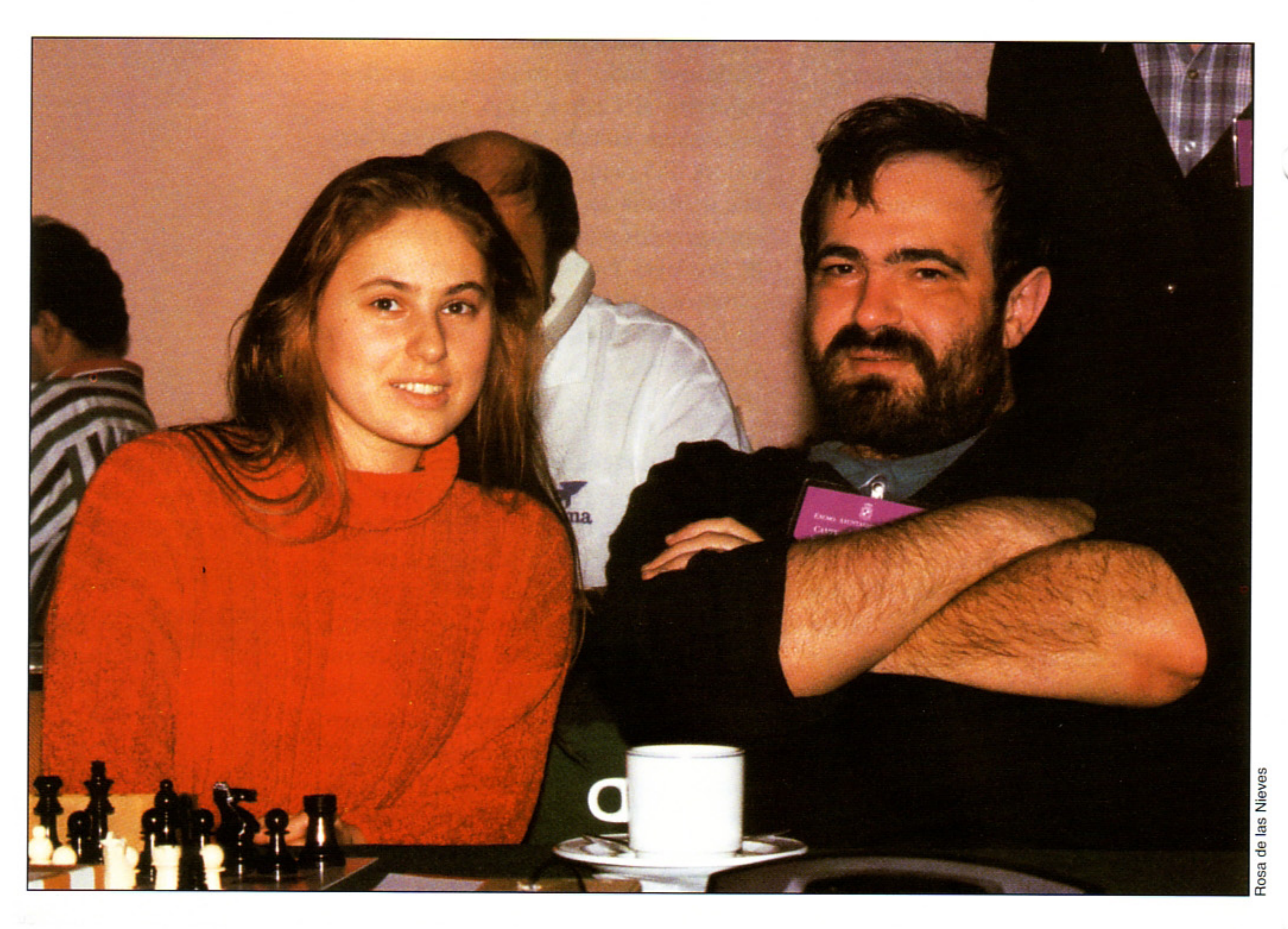
Tal vez porque, como ella dice, se aprovechó de la experiencia acumulada por sus dos hermanas mayores, el caso es que Judit fue decantándose como la más sobresaliente de las tres hijas del matrimonio Polgar. Sus repetidos éxitos frente a rivales de elite no dejaban lugar a dudas, pero su sensacional actuación en el Torneo Comunidad de Madrid de 1994 borró las pocas que podían quedar. Fue el mejor resultado logrado por una mujer en más de 15 siglos de historia del ajedrez.

Diario de una hazaña

La fortuna acompañó a la joven húngara en la jornada inaugural, cuando derrotó a Pablo San Segundo en una partida que éste debió ganar en buena lógica. Esa inmerecida victoria fue esencial para la estabilidad psicológica de Judit, que otorga una enorme importancia a su resultado en la primera partida de cualquier torneo. "Necesitaba un triunfo como éste para darme cuenta de que puedo subir aún más», dijo Polgar tras ganar en la segunda al entonces letón –nacionalizado poco tiempo después español– Alexéi Shírov, tercero del mundo en aquel momento. Unos días más tarde, el perdedor se mostró impresionado por la actuación de la húngara y posteriormente declaró: «Siempre ha sido muy peligrosa en las complicaciones tácticas; pero ahora ha desarrollado una profunda concepción estratégica que la convierte en una rival muy peligrosa. Estoy convencido de que su participación en el Torneo de Linares [unas semanas antes] a


Rosa de las Nieves

Judit, así como sus hermanas, no vive sólo para el ajedrez. El deporte, y en concreto el tenis, forma parte de su preparación.



Rosa de las Nieves

Judit, acompañada de su entrenador, el gran maestro siberiano, Lev Psajis.

los 17 años, a pesar de los sufrimientos que eso conlleva, ha sido una escuela impagable».

Judit, que ocupaba el puesto número 21 en la lista de la FIDE, se mostró comedida en la valoración del éxito: «Aunque hoy he ganado al tercer jugador del mundo, esta victoria no es, ni mucho menos, la mayor alegría de mi carrera. Estamos en la segunda ronda; aún quedan siete. Si le hubiera ganado a Shírov en la última, con el primer puesto en juego, mi alegría sí sería enorme. Espero ser capaz de mantener mi buena forma en lo que queda de torneo".

Lo hizo. A partir de la siguiente ronda, Judit demostró que estaba en un momento dulce de su carrera y acaparó la atención de los espectadores. Todo lo demás, a pesar de la presencia de grandes estrellas y de tres jugadores españoles, apenas importaba ante la personalidad y el juego de la magiar. Judit se sorprendía de que, tras cinco años de éxitos incesantes, algunos de sus rivales masculinos encajasen muy mal las derrotas ante ella. En la tercera ronda, el bosnio Iván Sokólov se marchó abruptamente del escenario y no quiso analizar.

Pasado el berrinche, Sokólov enjuició así el resultado de la revolucionaria magiar y manifestó: «Tuvo mucha suerte al ganar en la primera ronda a San Segundo tras pasar por una posición perdedora. Pero sus victorias posteriores son inapelables y demuestran una gran madurez. Por ser una mujer, tiene la gran ventaja de seguir recibiendo invitaciones a torneos aunque baje puestos en el *ranking*. Eso le permite jugar cada partida sin miedo. Y lo hace muy bien".

A pesar de su trepidante comienzo, Judit huía de la euforia. «He demostrado que tengo un sitio entre la elite pero necesito un éxito sonado para subir aún más y acercarme a los diez primeros puestos, que es donde quiero estar lo antes posible. Siento que estoy en buena forma; además, atravieso un momento de gran estabilidad en mi vida personal; eso es fundamental para cualquier trabajo creativo, como el ajedrez", declaró.



Rosa de las Nieves

Judit Polgar, en Linares, ante el tablón examina y toma nota de los números de sorteo de los participantes del Torneo.

Un toque de color en los torneos

Más de 400 espectadores que abarrotaban la sala cada día admiraban su elegancia dentro y fuera del tablero. Ataviada siempre con ropa muy escogida, sobre la que caía su larga y lisa melena pelirroja, Judit mantuvo su marcha triunfal con dos victorias sobre los rusos Serguéi Tiviákov y Yevgueni Baréiev, y dos empates con Miguel Illescas y el estadounidense Gata Kamsky, 5º del mundo en ese momento. Polgar se mostró sorprendida, y algo molesta, porque Baréiev se negó a analizar la partida con ella tras su derrota en la 7ª ronda y declaró: «No entiendo esa actitud; nos conocemos hace varios años, pero ahora parezco una extraña». Cuando abandonó el escenario y sonrió a su madre, sentada en la tercera fila de butacas, Judit estaba radiante y dicharachera: "Me siento como en el cielo. Esto es maravilloso y puede ser la mayor alegría de mi vida deportiva. Pero aún quedan dos partidas muy duras, y no debo relajarme».

En los dos últimos obstáculos, Polgar demostró una madurez impropia de su edad. Contra el ruso Valeri Sálov no cometió el error de buscar el empate a toda costa, lo que le había llevado a la derrota en ocasiones similares, sino que se lanzó al ataque y obligó a una precisa defensa de su rival, que finalmente propuso las añoradas tablas.

Jordi Magem, que ya había perdido por tiempo ante Sokólov con dos piezas de ventaja, tenía una posición ganadora en la última contra Polgar cuando le quedaban sólo 11 segundos para llegar al control. Judit hizo su jugada y propuso tablas. Magem, desconcertado ante la malicia de la húngara, optó por estrechar su mano. Así se consumó el mejor resultado de una mujer en un deporte secularmente dominado por los hombres.

Judit dedicó su buena actuación a sus padres, que habían celebrado sus respectivos cumpleaños durante las últimas rondas. Su proeza dejó abierta la esperanza de que una mujer pudiese luchar pronto por el título mundial absoluto.

Experimento pedagógico positivo

A pesar de que Gari Kaspárov les llamó una vez "perrillos amaestrados", su opinión sobre las hermanas Polgar cambió muy pronto. Hoy califica como gran éxito el experimento educativo realizado por Laszlo y Clara. "Es ridículo pensar que yo he tratado a mis hijas como si fueran ratones. Nadie cree que cuando un niño aprende a leer eso sea un experimento. Nosotros hemos aplicado un método que desarrolla la mente mucho más de lo normal y el riesgo es mínimo porque, en realidad, no hacemos nada nuevo. Muchos genios se han educado así, pero temen reconocerlo públicamente. No hay que olvidar que estoy especializado en psicopedagogía y filosofía, y que mi esposa es maestra", explica Laszlo.

Al preguntarle si ese experimento plantea problemas éticos en cuanto a las libertades individuales de sus hijas, contesta: "Sí, pero al revés. ¿Es ético que un padre no intente aprovechar al máximo las posibilidades de sus hijos? El 95 % no lo hacen. El ajedrez es una faceta importante, pero secundaria, de mi método. Mis hijas hablan entre cinco y siete idiomas, practican el tenis de mesa, el kárate y la natación, han visitado unos cuarenta países, son muy famosas y ganan bastante dinero. La felicidad completa no existe, pero se acercan a ella".



Rosa de las Niieves

Judit Polgar rompe con la imagen de los grandes del ajedrez al ser mujer, ser joven y lucir siempre una sonrisa en su rostro. Esta jugadora ha revolucionado un mundo que hasta su aparición era eminentemente masculino.

Las tres hermanas comparten esa opinión. Y Judit está especialmente satisfecha: "Me gusta como me educaron. Pero, mi vida no es sólo ajedrez. Me gusta divertirme, hablar con la gente, jugar al tenis y al tenis de mesa, correr, practicar el aerobic, ver deportes por televisión, oír música, estar con mis amigos, etc.". Sin embargo, sabe que abandera la lucha por la igualdad de sexos: "Durante las partidas eso no me preocupa. Fuera del tablero, puede resultar desagradable porque implica una cierta responsabilidad, aunque no me sienta presionada por ello. Lo hago lo mejor que puedo y espero ser útil en el futuro para este fin".

Aunque se van acostumbrando, a los jugadores de elite les cuesta aceptar la posibilidad de perder ante una mujer. Judit lo soporta con resignación y sabe que su presencia ha cambiado la vida de los torneos: "A veces me siento un poco sola, pero todo se borra cuando ganas. Además, supongo que los jugadores se sienten algo incómodos por la presencia de una mujer. Así, si van al servicio durante la partida, han de entrar necesariamente en el de hombres, y no en cualquiera de los dos, como hacían habitualmente. Una vez, en Linares, me encontré a Kaspárov en el de señoras. Se quedó muy cortado".



Judit Polgar

- Nació en Budapest el 23-VII-76.
- 1988: Medalla de oro en la Olimpiada de Ajedrez de Salónica (Grecia).
- 1990: 3ª en Nueva Delhi (tras Anand y Kamsky). Campeona del mundo infantil en Wisconsin (EE.UU.). Medalla de oro en la Olimpiada de Novi Sad (Yugoslavia).
- 1991: Campeona Absoluta de Hungría. Se convierte en el gran maestro más joven de la historia.
- 1992: 2ª en Madrid y en Nueva York.
- 1993: 1ª en Hastings (Inglaterra). 2ª en Dos Hermanas (España). Vence en un duelo al ex campeón del mundo Borís Spassky por 4,5-3,5.
- 1994: Logra el mejor resultado de una mujer en la historia del ajedrez al ganar el Torneo Comunidad de Madrid, terminando invicta. Además, 4ª en el Melody Amber de Mónaco (rápidas). Se consolida entre los 15 mejores del mundo.
- 1995: 3ª en el Memorial Donner de Amsterdam; 4ª en Dos Hermanas; 4ª en Madrid; 4ª en Mónaco (rápidas).
- 1996: 1ª, con Topálov, en Léon; 5ª en Dortmund.
- 1997: 5ª en Linares, el mejor resultado de su carrera junto al triunfo en Madrid-94.



Wilhelm Steinitz



Wilhelm Steinitz ante el tablero en un torneo de la época.

El primer campeón del mundo

Un joven de Praga llegó a Viena dispuesto a estudiar en la Escuela Politécnica. Pronto comenzó a frecuentar los cafés vieneses, cuyo ambiente le deslumbraba, en particular el mundillo del ajedrez donde pronto se hizo un nombre. Con el suyo: Wilhelm Steinitz. Y Viena era uno de los grandes centros ajedrecísticos de Europa. A medida que su dedicación al ajedrez aumentaba, los estudios se iban difuminando. Acabó dejándolos, consiguió trabajo como periodista y también adquirió cierta arrogancia.

En 1862 ganó el campeonato de Viena y ese mismo año participó en el Torneo Internacional de Londres, donde decidió establecerse como profesional de ajedrez. En los años siguientes disputó y ganó varios encuentros, siendo el más importante el que le enfrentó a uno de los más fuertes maestros de la época, Blackburne, al que aplastó por el apabullante tanteo de 7-1 y 2 tablas. Tres años después su fama había alcanzado una altísima cotización en los círculos londinenses y varios organizadores pusieron en marcha un duelo con Anderssen que resultaría decisivo para su futuro. Wilhelm Steinitz venció al maestro de Breslau y desde ese momento fue considerado el campeón mundial oficioso.



En la fotografía, la imagen de Wilhelm Steinitz correspondiente al año 1891, cuando el gran maestro vivía uno de sus mejores momentos ajedrecísticos.

Estalla una revolución estratégica

En la década de 1860 y principios de 1870, Steinitz todavía jugaba como la mayoría de los maestros de su tiempo: aparatosos ataques al rey, juego de gambito, abierto y sin precauciones. Pero se estaba gestando una revolución estratégica cuyos principios y formulación Steinitz había ido madurando con sus profundas reflexiones y con su propia experiencia. Además de una serie de experimentos en la apertura, la nueva teoría propugnaba el estudio de las estructuras de peones. De pronto adquirían vida detalles "anecdóticos" del juego sobre los que nadie se había parado a pensar: peones aislados, doblados, agujeros y debilidades permanentes, piezas sobrecargadas, conceptos todos que más tarde influirían sobre grandes jugadores como Tarrasch, Nimzovich y Capablanca. Desde su columna en el diario londinense *The Field* analizó y comentó las partidas más notables de sus contemporáneos. Las nuevas ideas de Steinitz se imponían. Se declaró enemigo acérrimo de los gambitos y del juego de ataque en general, convirtiéndose en un brillante maestro de la defensa. En general, su aportación teórica fue más sintética que analítica y nada hacía sospechar que alguien con una existencia tan



Archivo Revista Jaque

La imagen de Wilhelm Steinitz fue utilizada como reclamo publicitario por una importante marca de cigarrillos de la época.

bohemia pudiese condenar con tal convicción el aventurerismo en el tablero: nunca se debía incurrir en riesgos. Wilhelm Steinitz fue probablemente el primero en concebir y planificar la partida como un proceso que conduce inevitablemente a la fase final, excluyendo que pudiese decidirse la lucha en la apertura o en el medio juego.

Sus triunfos en 1872 (Torneo de Londres y encuentro con Zukertort) confirman su superioridad. Al año siguiente empata en el primer puesto del Torneo de Viena con Blackburne, superándole en el desempate por 2-0, con lo que registra una impresionante serie de 16 victorias consecutivas.

Aquí surge un lapso en el que apenas juega, excepción hecha de un nuevo encuentro con Blackburne, al que aplasta por 7-0. Pero toma una decisión importante: tras veinte años de residencia en Inglaterra, emigra a Estados Unidos.

Una figura emergente comenzaba a hacerle sombra: Johannes Zukertort, también centroeuropeo. Lo había frenado, años atrás, con una aplastante victoria, pero el tiempo había ido pasando. Y con su brillante triunfo en Londres 1883, Zukertort había arrastrado a una importante masa del público, que reclamaba su derecho moral a un duelo con Steinitz por la corona mundial. El encuentro se organiza en 1886 y un Steinitz, con casi 50 años, resulta claro vencedor. Su triunfo lo debe a una estrategia superior y a su gran voluntad de vencer. Defendería luego su título en varias ocasiones (dos encuentros contra Chigorin y uno con Gunsberg), conservándolo en los tres casos.

Por esa época desarrolló una gran actividad como jugador profesional, como periodista (escribía la columna del *New York Tribune* y publicaba su revista, *International Chess Magazine*) y como autor, escribiendo sus dos libros *The Modern Chess Instructor* (El moderno instructor de ajedrez) y el que trataba del macrotorneo de Nueva York 1889, donde comenta todas y cada una de las 432 partidas. Además de estas actividades disputaba encuentros, simultáneas, participaba en la organización de torneos y empleaba gran parte de su tiempo viajando.

♙ Derrota, irracionalidad y miseria

La llegada de Enmanuel Lasker acabaría con su supremacía: le arrebató el título en 1894, ratificando su dominio un par de años más tarde, en el duelo-revancha.

La última década del siglo fue un calvario para Steinitz, pues su salud se deterioró. Pero aún tendría tiempo para jugar una de las partidas más famosas de la historia del ajedrez: la que le ganaría a Von Bardeleben en Hastings (1895).

Un experto llegó a decir que las teorías de Steinitz tienen para el ajedrez la misma importancia que el descubrimiento del microscopio para la investigación científica.

Luchador nato, polemista y pensador profundo, al final de su vida su carácter fue agriándose ante las penurias económicas y de salud. Murió, en la miseria, en un hospital de Nueva York. Dicen que en sus delirios proclamaba: "A Dios puedo darle peón y salida de ventaja". Quizá no sea cierto, lo que sí es cierto es que había desentrañado todos los secretos del ajedrez.

Wilhelm Steinitz

- Nació en Praga, el 18 de mayo de 1836.
- 1º en los torneos internacionales de Dublín 1865, Londres 1872, Viena 1873 y Viena 1882.
- 2º en los torneos de Dundee 1867, Baden-Baden 1870, Londres 1883, Nueva York 1894 y San Petersburgo 1895-96.
- Venció en encuentros que lo enfrentaron a Mongrédien (1863), Blackburne (1863 y 1876), Anderssen (1866), Zukertort (1872), Chigorin (1889 y 1892), Gunsberg (1890-91) y Schiffers (1896).
- 1886: Se proclamó campeón del mundo al vencer a Zukertort.
- Fue derrotado, con el título mundial en juego, por Lasker en 1894 y 1896.
- Murió en Nueva York, el 12 de agosto de 1900.



Víctor Korchnoi

Rosa de las Nieves

Víctor Korchnoi en un interesante análisis post mortem*, en el Torneo Internacional de Madrid de 1995, del que resultaría vencedor.*

El terrible gladiador

Es uno de los ajedrecistas más luchadores de todos los tiempos. Quizás el motivo de esa combatividad extrema de Víctor Korchnoi es un episodio de su infancia, durante el sitio de Leningrado, que él explicaba así: "Buscaba cartillas de racionamiento en los bolsillos de los cadáveres y derretía hielo para beber". Antiguo disidente soviético, nacionalizado suizo, dos veces subcampeón del mundo, *Víctor El Terrible* justifica su longevidad deportiva y su energía con explicaciones dietéticas, como la siguiente: "Tomo un poco de caviar en el desayuno todos los días".

Korchnoi vio la primera luz en Leningrado el 23 de julio de 1931. El padre, de familia aristocrática polaca, era profesor de Literatura rusa pero tuvo que trabajar como mecánico en una fábrica durante los primeros años del gobierno de Stalin y logró ahorrar lo necesario para que el pequeño Víctor estudiase alemán con un profesor particular. La madre, procedente de una pequeña ciudad cercana a Kíev (hoy, la capital de Ucrania), había estudiado piano en el conservatorio. El matrimonio no duró mucho, y Víctor se quedó a vivir con la familia de su padre, añorando a su madre. "Me dijo muchas veces que la gran tragedia de su vida fue verse obligada a abandonarme porque no podía darme de comer. Su extrema pobreza siempre me impresionó. En su casa no había más que una cama, una silla, una mesa y un trozo de espejo. Su piano fue siempre alquilado", declara Korchnoi.

Bautizado clandestinamente en el rito católico, Korchnoi aprende a jugar al ajedrez a los 6 años, en el entorno familiar. A

En la fotografía de la derecha, una imagen reciente de Korchnoi.

los 10, es evacuado junto a sus compañeros de escuela durante la invasión alemana. Pero, tras oír que algunos trenes escolares habían sido bombardeados, su madre le lleva otra vez a Leningrado, que poco después sufre el histórico bloqueo. El padre y el tío de Korchnoi mueren en el frente, y él tiene que arrastrar, con la ayuda de un vecino, los cadáveres de su abuela materna y del hermano de ésta a lo largo de varios kilómetros hasta el cementerio. Las estufas y el transporte no funcionan. Debido a esta situación, a los 11 años, Víctor es internado en un hospital por falta de nutrición.


Rosa de las Nieves

El talento irregular


Archivo Revista Jaque

Korchnoi, cuando todavía era ciudadano soviético.

La penuria se suaviza a partir de 1943. Atendido por su madrastra, con la que siempre mantuvo una estrecha relación, Korchnoi acude a la escuela y al Palacio de Pioneros, donde combina el ajedrez con la música y la literatura. El primero en descubrir su talento es el maestro Batúyev, quien tras una partida a la ciega entre ambos le dice: “Muchacho, ¡tú serás un gran jugador!”. Pero quien lo cultiva a conciencia es el entrenador Zak, que en 1945 es nombrado director del club de ajedrez, frecuentado también por el futuro campeón Borís Spassky. A pesar de que Korchnoi manifestó después que el tiempo que no dedicó al ajedrez fue un desperdicio, el caso es que no tuvo problemas para terminar su educación básica en 1948 y, seis años más tarde, la carrera de historia.

A partir de ahí empieza una de las trayectorias más largas y envidiables de la historia del ajedrez, aunque la irregularidad sea una de las constantes. El escritor y maestro internacional español Ricardo Calvo, que estudió la biografía de Korchnoi, describe así sus constantes altibajos: “Una y otra vez, en un titánico esfuerzo de voluntad, consigue llevar la carga de sus aspiraciones a la cima, para verlas rodar de nuevo cuesta abajo [...]. Sus partidas no son claras, sino turbulentas. El concepto se subordina siempre al cálculo de variantes concreto, exacto y laborioso. En estos laberintos que requieren un despliegue titánico de energía, el reloj aparece, desde sus primeros torneos, como su más persistente enemigo [...]. En él no destaca la luz de la idea, sino la oscuridad de la fuerza”.

Sus mejores resultados se mantienen durante 11 años (1954-1965), para transformarse después en una racha de éxitos casi ininterrumpidos hasta 1974, cuando el apellido Kárpov abre el período más tormentoso de una vida en constante ebullición. El primero de los tres duelos oficiales –hubo otro de entrenamiento, secreto, en 1971– entre ambos (final del Torneo de Candidatos) se celebró ese año en Moscú, precedido de una situación muy desfavorable para Korchnoi. Después de que la derrota de Spassky ante el estadounidense Bobby Fischer en 1972 fuera recibida en la URSS como una vergüenza nacional, el Kremlin necesitaba fabricar un nuevo ídolo capaz de recuperar el honor de la patria. Ese perfil correspondía mucho mejor al joven Kárpov, un ruso puro de familia humilde y rasgos culturales muy soviéticos, que al maduro Korchnoi, de origen judeo-polaco y aristocrático, miembro de la *inteligentsia* (corriente intelectual más o menos crítica con el régimen) y carácter turbulento.



Rosa de las Nieves

Víctor Korchnoi juega una partida contra Nigel Short, durante la celebración del Torneo Internacional de Madrid de 1995.

“Yo me escapé”

Desde ese momento, la vida en la URSS empezó a ser insoportable para Korchnoi. Aparte de los matices políticos, sin duda secundarios en este caso, Korchnoi sentía sobre todo, a los 45 años, una enorme frustración profesional.

Sólo si se tiene en cuenta que el ajedrez era no únicamente su profesión sino también la gran pasión de su vida, se puede comprender por qué decidió, en 1976, dejar en la URSS a su mujer y a su hijo, encarcelado después por negarse a realizar el servicio militar, y escapar, aprovechando el torneo IBM en Amsterdam, donde pidió asilo político. Después se trasladó a la República Federal de Alemania y finalmente se instaló en Suiza con su antigua secretaria Petra Leuwerik, cuyo anticomunismo es, si cabe, mayor aún que el de su actual marido.

A pesar del desorden que presidía su vida, el gladiador Korchnoi eliminó consecutivamente a la armada soviética –Petrosián, Polugaievski y Spassky– en el Torneo de Candidatos y se convirtió en el aspirante al título de Kárpov, proclamado campeón en 1975 por incomparecencia de Fischer. Sin embargo, Kárpov había demostrado su enorme categoría ganando torneos sin cesar. Millones de aficionados deseaban ver un duelo de titanes entre dos ajedrecistas en plena forma.

El Mundial más escandaloso de todos los tiempos se celebró en Baguio (Filipinas) en 1978. Los incidentes, que no terminaron nunca, empezaron en la conferencia de prensa inicial y en las negociaciones previas al duelo entre los dos jefes de delegación: el coronel del KGB Víctor Baturinski, a quien Korchnoi odiaba sin disimulo –“Debería ser ejecutado, descuartizado y arrastrado por las calles de Moscú por su destacado papel en las purgas de Stalin”, declaró una vez–, y Petra Leuwerik. El aspirante quería jugar con la bandera de Suiza, donde residía a la espera de que le concedieran la nacionalidad; los soviéticos se negaron y propusieron una bandera blanca con la inscripción “Apátrida”. Korchnoi aceptó la bandera blanca pero cambiando esa palabra por la frase “Yo me escapé”. Tras largas discusiones, se optó por jugar sin banderas en las mesas. En cuanto a los himnos, Korchnoi eligió la *Novena Sinfonía* de Beethoven y se regodeó cuando la orquesta se equivocó al interpretar la *Internacional* en lugar del himno soviético.

KGB y rayos X

Además de enviar una respetuosa carta al presidente de la URSS, Leonid Bréznev, en la que suplicaba la libertad de su esposa e hijo, Korchnoi protestó airadamente por el excesivo número (16) de miembros de la delegación soviética, desmenuzando las funciones de algunos y pidiendo más detalles: "Además de reputados ajedrecistas (como el ex campeón del mundo Mijaíl Tahl, acreditado como periodista), hay un médico, un experto en telecomunicaciones, un psiquiatra o psicólogo, un experto en química, un preparador físico y dos agentes del KGB", declaró en esa ocasión. Sin embargo, Baturinski replicó que el reglamento no le obligaba a dar más detalles, pero sí exigió que la silla de Korchnoi en el escenario fuera examinada por rayos X para asegurarse de que no escondía ningún micrófono.



Víctor Korchnoi, durante la celebración del Mundial de Groningen, en 1997.

El ambiente tormentoso del duelo –a seis victorias, los empates no contaban– se mantuvo hasta la última partida, alcanzando su doble cenit en las famosas *guerras de yogures y parapsicólogos*, que se tratan con detalle en *Historias en blanco y negro* ("Parapsicólogos o similares"). En general, los trucos empleados por Kárpov afectaron mucho al juego de Korchnoi que, tras empatar las siete primeras partidas, perdió la octava después de que Kárpov se negase a estrechar su mano al llegar al escenario.

El aspirante perdía por 5-2 tras la 27ª, pero, en un impresionante alarde de la combatividad que le define, empató a cinco en la 31. Sin embargo, Kárpov logró la victoria decisiva en la siguiente, tal vez por una mezcla de tres factores: 1) él jugó muy bien, como suelen hacer los grandes campeones en los momentos decisivos; 2) Korchnoi actuó mucho peor que en las partidas anteriores; y 3) Vladímir Zújar, el psicólogo ayudante de Kárpov, volvió a sentarse en las primeras filas sin que nadie lo evitase, a pesar de que ambas delegaciones habían acordado lo contrario varias semanas antes. Después de tres meses de suplicio, Kárpov retuvo el título.

Pero la capacidad de lucha de Korchnoi no terminó ahí, porque volvió a ganar el Torneo de Candidatos. Ambos se enfrentaron de nuevo en 1981 (Merano, Italia) en otra pugna no exenta de incidentes: el árbitro determinó la colocación de una tabla transversal debajo de la mesa para evitar que se dieran patadas. Esta vez Kárpov ganó con relativa facilidad (11-7) y confirmó que Korchnoi había tenido muy mala suerte al coincidir en la época de uno de los mejores ajedrecistas de la historia.

Sin embargo, Korchnoi ha continuado ganando torneos importantes con brillantez durante muchos años más –así, por ejemplo, el de Madrid de 1995– y se mantiene en la elite mundial, a los 67 años de edad, cuando esta obra se publica (1998).

Dice que ya no ambiciona ser campeón del mundo. Pero, tras leer su biografía, cabe dudar de su sinceridad.



Víctor Korchnoi

- Nace en Leningrado el 23 de julio de 1931.
- Campeón Juvenil de la URSS en 1947.
- Campeón Absoluto de la URSS en 1960, 1962, 1964 y 1970.
- Campeón de Holanda en 1977.
- Campeón de Suiza en 1982, 1984 y 1985.
- Subcampeón del mundo en 1978 y 1981.
- Clasificado para los Torneos de Candidatos de 1962, 1968, 1971, 1974, 1983, 1985, 1988 y 1991.
- Ganador, entre otros muchos torneos, de: Bucarest-54, Cracovia-59, Córdoba-60, Budapest-61, La Habana-63, Yerevan-65, Budva-67, Palma de Mallorca-68, Wijk aan Zee-71, Montreux-77, Biel-79, Roma-81, Lone Pine-81, Bad Kissingen-81, Sarajevo-84, Titograd-84, Wijk aan Zee-84, Tilburg-85, Wijk aan Zee-87, Lugano-89, Las Palmas-91, Amberes-94, San Francisco-95, Madrid-95 y Copenhague-96.



Alexánder Aliojin

Archivo Revista Jaque

De origen aristocrático, Alexánder Aliojin siempre tuvo junto a él un tablero de ajedrez

El drama de un campeón inmortal

Gloria y tragedia, alegría y amargura, amor y soledad, triunfo y fracaso. La vida de Alexánder Aliojin refleja a la perfección el blanco y el negro del tablero y de la vida. Aunque las biografías de muchos ajedrecistas pueden inspirar excelentes películas, la de Aliojin sería probablemente la más dramática. Fue un hombre extraordinario, en el sentido estricto del término, y es un campeón inmortal.

Moscú, 1902. El pequeño Alexánder, de 9 años, se queda atónito al ver la exhibición de simultáneas a la ciega que da el estadounidense Harry Nelson Pillsbury, el nuevo meteoro del ajedrez. No es aventurado afirmar que ese día marcó la vida de Alexánder Alexándrovich Aliojin –cuyo apellido fue después mal transcrito en España como Alekhine–, que pronto encontró en el ajedrez el hilo conductor para huir de la soledad con "un entusiasmo incontenible", según decía él mismo.

De familia aristocrática, sus padres, ocupados en alternar con la nobleza, no dedicaban mucho tiempo a Alexánder, Bárbara y Alexis, su hijo mayor. Éste, ajedrecista de alto nivel, y la abuela de los tres sembraron el germen del ajedrez en el futuro campeón, que también aprendió pronto el francés y el alemán. Después de conocer a Pillsbury, ya era imposible apartar del tablero a Aliojin, que lo escondía bajo la almohada para analizar durante la noche, alumbrado por un candil, y llenar cuadernos con desordenados apuntes.

Aunque aún era un adolescente cuando logró sus primeros éxitos contra rivales

fuertes, no se puede afirmar con rigor que fuese un niño prodigio. Su ascensión fue paulatina y se basó, principalmente, en un férreo espíritu autocrítico: "Por un lado, la búsqueda de la verdad y, por otro, la tendencia a la lucha hicieron de mí un maestro. De niño ya advertí que tenía una especial capacidad para este juego y que me entusiasmaba de forma incontenible. Eduqué mi carácter en el ajedrez que, como toda actividad humana, enseña a ser objetivo y contribuye a adquirir maestría si uno reconoce sus defectos y errores".

Nunca abandonó sus estudios, ni siquiera los universitarios –cursó Derecho–, pero la pasión por el deporte mental le obnubiló desde muy joven. Su compañero de pupitre, George Korsákov, recordó más tarde: "Un día el profesor Bachinsky nos puso un problema de álgebra mientras Aliojin estaba abstraído con los diagramas de varias posiciones que había dibujado en un papel. Y de pronto, el profesor le preguntó: 'Alexánder Alexándrovich, ¿lo ha solucionado?'. Y él contestó sin dudar: 'Por supuesto, sacrifico el caballo, llevo el alfil a... y ¡las blancas ganan!'. La clase se descoyuntaba de risa y al discreto y correcto Bachinsky se le movieron las guías de sus largos bigotes".


Archivo Revista Jaque

Fotografía de Alexánder Aliojin, tomada hacia los años veinte.

Los éxitos comienzan a llegar paulatinamente. Primero en torneos moscovitas y después en Düsseldorf (Alemania). La víspera de su 16 cumpleaños, gana por 4,5-0,5 al maestro Benjamín Blúmenfeld. Después cultiva la amistad de José Raúl Capablanca durante las visitas de éste a Moscú. No sabían entonces que protagonizarían una de las mayores rivalidades de la historia, aunque sí empezaba a estar claro que Aliojin tomaría el testigo de Mijaíl Chigorin (fallecido en 1908) como héroe del ajedrez ruso. Él mismo se refirió a ello: "No sé si seré capaz de alcanzar el altísimo nivel del pensamiento de Chigorin. En cualquier caso, procuraré organizar mi vida de otra manera; o sea, no permitiré que perturbaciones externas influyan en mi juego, como le sucedió a él constantemente". No dudamos de su sinceridad; sin embargo, Aliojin comprobó muy pronto que su destino iba a ser la antítesis del ascetismo. Su vida tendría de todo, menos tranquilidad.

Guerra y aventuras

Tras compartir con Aaron Nimzovich, en San Petersburgo, el primer puesto del Campeonato de Rusia de 1914 y terminar el tercero –superado por Lasker y Capablanca– en el torneo de grandes maestros que se disputa poco después en la misma ciudad, Aliojin vuelve a Alemania para jugar en Mannheim. Ocupa el primer lugar cuando el torneo es interrumpido al estallar la Primera Guerra Mundial. Todos los participantes rusos son detenidos.

Los datos sobre ese período de su vida son confusos. Su astucia –finge una enfermedad para que le internen en un hospital– y la influencia de su familia se combinan para que sea repatriado, pero por poco tiempo. Se apunta como voluntario en la Cruz Roja y es destinado al frente austriaco, donde resulta herido.

Nuevamente al hospital –esta vez al de Tarnopol–, donde se convierte en la estrella de los pacientes por la brillantez de sus partidas; entre ellas, una muy famosa que le gana a Feld. Ese percance le permite no volver al frente, pero le esperan más contratiempos graves: estalla la Revolución de 1917, particularmente trágica para las familias aristocráticas, como la suya, cuyos bienes fueron confiscados.

El citado embrollo de sus biógrafos aumenta en ese punto. Una hipótesis bastante verosímil indica que los altos dirigentes revolucionarios –Lenin y Trotsky jugaban al ajedrez– se mostraron muy sensibles al talento de Aliojin, que trabajó primero como juez instructor (en 1920, año en el que ganó el primer Campeonato de la URSS) y después como traductor en el Komintern. También quiso ser artista de cine, y se preparó para ello en los estudios Gardin.

Otras fuentes aseguran que fue condenado a muerte –lo que podría haber ocurrido sin el conocimiento previo de Lenin– y logró ser salvado por la periodista y enfermera suiza Anneliese Ruegg, que entrevistó a Lenin el 16 de noviembre de 1920. Para entonces, Aliojin ya había empezado a desarrollar una marcada gerontofilia (tendencia a enamorarse de mujeres de edad muy superior). Tuvo una hija, Valentina, en 1913, con la baronesa Von

Sewergin, viuda de un hacendado, y se casó con ella en 1920 para legitimarla. Y después, un hijo con Anneliese, que también le ayudó a marcharse legalmente de Rusia, a través de Letonia. Cuando ambos llegaron a Suiza, Aliojin abandonó a su segunda esposa y se instaló en París, donde adquirió la nacionalidad francesa en 1925. Por ello, el prestigioso periodista británico Harry Golombek escribía: "Esa conducta despiadada concuerda perfectamente con su carácter profundamente amoral. Los que le conocieron de cerca aseguraron que sus dos únicas pasiones eran él mismo y el ajedrez".

Con independencia de los juicios morales, es lógico deducir que Aliojin tenía motivos de peso para irse de su país natal. Procedente de noble cuna y con la frustrada perspectiva de heredar una fortuna, las condiciones de vida en Moscú tras la Revolución no eran las mejores para luchar por el título mundial, como reconoce su principal biógrafo, Alexánder Kótov: "En 1918, él y sus colegas se las ingeniaron para jugar torneos de duración indeterminada, disputando una ronda por turnos en casa de cada participante. Se alumbraban con teas; unos las sostenían y otros meditaban. Jugaban hambrientos y movían constantemente los pies debajo de la mesa, tratando inútilmente de calentárselos".

La viuda del maestro Nicolás Zubáriev relató a Kótov cómo recibía ilustres invitados en su casa, a los que obsequiaba con tortas de harina, endulzadas con sacarina, y té sin azúcar: "Aliojin se guardaba en el bolsillo los caramelos que servía con el té para consumirlos durante las partidas que jugaba en casa. Era un intento para conservar la capacidad del cerebro, que no funciona bien sin azúcar".

Esplendor en París

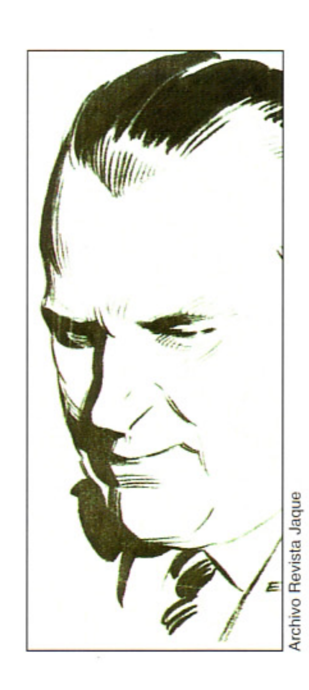
Y entonces llega la época de mayor esplendor. Tras la sequía de torneos motivada por la guerra, el mundo del ajedrez estaba sediento de competición y quería ver a sus grandes ídolos de nuevo. Aliojin ya era uno de ellos y lo confirma con éxitos incesantes por toda Europa. Entre gira y gira, disfruta de los innumerables encantos de la vida burguesa en el París de la posguerra, donde además tuvo tiempo para doctorarse en Derecho y mantener un idilio con Esperanza Semionovna, viuda del general Vasíliev.

Al principio, Aliojin no se obsesiona por disputar el título a Capablanca, reconocido de forma unánime como campeón indiscutible. El campeón ruso, ahora francés, mantiene una progresión firme y sostenida, a base de un trabajo riguroso. Su capacidad autocrítica, plasmada en los magníficos análisis de sus partidas que se publican en libros y revistas, le convierte en uno de los mejores comentaristas que ha dado la historia del ajedrez. Aliojin busca la profundidad y la exactitud, pero también la belleza: "Concibo el ajedrez como arte y no como juego, y acepto todas las obligaciones que impone como arte a los aficionados".

Pero cuando pasa la frontera de los 30 años de edad –entonces se consideraba que la plenitud del ajedrecista llegaba a los 35–, Aliojin comienza a ponerse nervioso, aunque no deja de ganar casi todos los torneos que disputa. La hegemonía de Capablanca empieza a ser ligeramente cuestionada. "Lasker tiene los resultados, Capablanca el título y Aliojin el estilo de un verdadero campeón del mundo. Es el buscador de la verdad ajedrecística según el indómito espíritu ruso", escribe Savielly Tartakower, uno de los autores más agudos que ha dado el ajedrez. Sin embargo, la exigencia impuesta por el cubano para defender la corona constituye un serio problema: "El retador tendrá que depositar 10.000 dólares como bolsa de premios". Era mucho dinero en aquella época, y Aliojin no podía conseguirlo. Además, hacían falta unos 5.000 dólares más para gastos de organización.

El duelo memorable

Bastante desanimado en cuanto a su empeño en retar a Capablanca, Aliojin se va de gira por Latinoamérica. Y de allí sale un télex que da la vuelta al orbe: "El gobierno argentino aporta el dinero necesario para el encuentro entre Capablanca y Aliojin con el título en juego. La compe-



Dibujo a pluma de Alexánder Aliojin, en su madurez

En la fotografía, un juego de piezas que reproducen el modelo exacto, en peso, tamaño y forma, de las utilizadas en el Campeonato de Buenos Aires, en 1927, entre Capablanca y Aliojin.


Archivo Revista Jaque

tición se celebrará en Buenos Aires". Previamente, ambos se ven la caras en el Torneo de Nueva York de 1927, en el que Aliojin logra el segundo puesto, superado por el campeón.

A pesar de los progresos del nacionalizado francés, todo el mundo daba por favorito al cubano. Éste contaba además, lógicamente, con un ambiente muy favorable en la capital argentina. Se iba a jugar a seis victorias, sin límite de partidas, lo que propició un certero pronóstico de Aliojin en cuanto a la dureza extrema del duelo: "No sé cómo le puedo ganar seis partidas a Capablanca, ni cómo me las puede ganar él a mí", dijo cuando embarcaba hacia Buenos Aires en compañía de su nueva esposa, la estadounidense Grace Wishaar, viuda del capitán inglés Archibald Freeman. Ella fue seguramente la mujer que mejor comprendió a Aliojin, y la más amada por éste.

Según Kótov, "la victoria de Aliojin en la primera partida resonó como una bomba". Aunque su rival acusa el golpe, empata la segunda y logra ganar la tercera; la situación vuelve al cauce natural. De hecho, Capablanca se impone en la séptima y roza la victoria en la novena, mientras Aliojin lucha también contra sus muelas: le extraen seis. Pero el aspirante saca a relucir su capacidad ofensiva y su brillantez para derrotar al campeón en la undécima y duodécima. Un golpe tremendo para Capablanca, cuyo trono se tambalea con el marcador 2-3. El cubano pide un aplazamiento del duelo para continuar unos meses después, pero su adversario se niega. Capablanca juega entonces para hacer tablas mientras recobra su moral, y lo consigue en ocho partidas seguidas, ante el aburrimiento general. Sin embargo, Aliojin gana la 21ª y se coloca a dos pasos del título.

Ante una expectación enorme en todo el mundo y especialmente en Rusia, donde se ansía que el hijo pródigo vuelva como campeón, los asaltos siguientes son un toma y daca constante, pero terminan en tablas. Capablanca renace con una victoria en la partida 29ª: el reglamento establece que ganará el título aquel jugador que consiga seis victorias.

El duelo es titánico. Aliojin juega muy bien para imponerse en la 32ª partida y aplazar la 34ª, tras cinco horas de lucha, en posición ganadora. Al día siguiente, Aliojin y su esposa se presentan en la sala, y el reloj se pone en marcha. Entra un botones con una nota de Capablanca: "Me rindo y le deseo mucha suerte en su nuevo puesto de campeón del mundo. Saludos de mi parte a su esposa".

Ése fue, sin duda, el día más feliz de Alexánder Aliojin. A partir de entonces, la curva de su vida no dejó de entrar y salir en un negro túnel de amargura y tragedia.





Archivo Revista Jaque

Alexánder Aliojin en una exhibición de partidas simultáneas, en 1944.

La amargura del campeón errante

Tras destronar a Capablanca en uno de los duelos más apasionantes de la historia y producir partidas inmortales, Aliojin tenía motivos de sobra para esperar grandes recibimientos y aclamaciones allá donde fuera. Así ocurrió en Buenos Aires después de su triunfo y también unas semanas más tarde en el puerto de Barcelona, adonde llegó en compañía de su esposa y fue triunfalmente agasajado. Todo iba bien en la vida del campeón. Sin embargo, como si estuviera predestinado a una vorágine de alegrías y amarguras, la placidez le duró poco.

Aunque Aliojin nunca negó cierta nostalgia hacia su patria de origen, la escasez de franceses en la estación de París, cuando llegó procedente de Barcelona, debió de ser un duro golpe para él. Sólo amigos íntimos, periodistas, emigrados rusos y algún curioso le esperaban. Esos días fueron particularmente tristes para el campeón, que pronto se vio envuelto en otra situación desagradable. Varios periódicos le atribuyeron estas palabras durante un discurso en el Club Ruso de París: “Deseo que el mito de la invencibilidad bolchevique se disipe, como ha ocurrido con el de Capablanca”. A pesar de que Aliojin negó que las hubiera pronunciado –y ningún cronista logró confirmarlas–, la reacción de Moscú fue inmediata y contundente. El comisario Krilenko manifestó la postura del Kremlin de esta forma: “Hemos decidido romper nuestra relación con Aliojin y considerarlo enemigo nuestro a partir de ahora”. Y eso no fue todo; su propio hermano, Alejo Aliojin, se sumó a la condena.

♙ Su esposa y el ajedrez

Roto el vínculo con la madre Rusia –la revista *Shajmati* le anunció que no publicaría más artículos suyos–, aún le quedaban dos amores: Grace Wishaar y el ajedrez, aunque no necesariamente por ese orden. Y además era un campeón indiscutible, como demostró a continuación arrasando de forma impresionante en los torneos, especialmente en San Remo-1930 y Bled-1931, dos de los más importantes de todos los tiempos: Aliojin se impuso con 14 puntos de 15 partidas y 20,5 de 26,

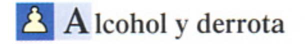
respectivamente, a casi todas las estrellas de la época. Una de las más brillantes, Aaron Nimzovich, dijo de él: "¡Nos gana como si fuéramos inexpertos!".

Decidido a que Capablanca probase el mismo jarabe que él –le exigió un depósito de 15.000 dólares para concederle la revancha–, Aliojin puso en juego su título dos veces frente a Efim Bogoljubov (ruso emigrado a Alemania), quien fue masacrado en ambas a pesar de su innegable fortaleza: 15,5-9,5 en el año 1929 y 15,5-10,5 en 1934. Con la única excepción del genial cubano, quien nunca obtuvo el desquite, sus rivales coincidían en admirar la magnífica creatividad del campeón, su enorme capacidad para producir ideas y combinaciones brillantes, y para actuar "de forma implacable en todas las fases de la partida", como declaró el holandés Max Euwe, quien añadió: "Aliojin reúne todos los dones que la divinidad concede a los genios".

A primera vista, Aliojin poseía los elementos básicos de la felicidad: salud, dinero, amor y la gloria de los campeones. Para entender el bache que empieza a sufrir en 1932, conviene recordar que el ajedrez, su profesión y su gran pasión, era mucho menos popular en Europa Occidental que en la Unión Soviética, donde la entrada le era negada a pesar de su nostalgia. Y a partir de entonces, su estrella comienza a languidecer.


Archivo Revista Jaque

Alexánder Aliojin, en los últimos años de su vida.



Alcohol y derrota

El juego de Aliojin ya no es tan brillante, y su moral también baja, como constata el gran maestro checo Salo Flohr, cuando dice: "En 1933 vi tristeza por vez primera en la mirada de Aliojin. Me acompañó a la estación de Praga, donde yo tomé el tren para enfrentarme a Botvinnik en Moscú. Mi juventud y poca experiencia impidieron que comprendiese lo trágica y triste que fue aquella despedida para él".

Su salud se resquebraja, tal vez por el alcohol, pero acepta el reto de Euwe para defender el título en varias ciudades holandesas durante el otoño de 1935. Aliojin cumple los pronósticos en la primera fase del duelo: pierde la 2ª partida, pero gana la 1ª, 3ª, 4ª y 7ª; con ventaja de 4-1, todo parece bajo control. De pronto, empieza a perder partidas y, lo que es más preocupante, a jugar muy mal porque está ebrio. Al comienzo de una de ellas tiene serias dificultades para subir al escenario. Euwe, siempre caballeroso, le dice: "Si le parece bien, lo dejamos para otro día". Pero Aliojin responde, a duras penas: "¡De ninguna manera!".

El marcador está igualado tras la 15ª (se juega al mejor de 30); Aliojin se repone y tiene dos puntos de ventaja después de la 19ª, pero pierde las dos siguientes. El ímpetu de Euwe, la baja forma de Aliojin y la suerte de los campeones se unen para que el holandés se imponga en la 25ª y 26ª. Aunque el francés de adopción gana la 27ª y empata las tres siguientes, su actitud ante la última es la de un derrotado: "Me he puesto el frac en honor del doctor Euwe", comenta al llegar al escenario con corbata blanca y zapatos de charol.

El desenlace es de los que hacen feliz a un periodista. Aliojin propone tablas con dos peones de menos. Euwe acepta y estrecha su mano. El derrotado grita: "¡Viva el nuevo campeón del mundo! ¡Viva la afición ajedrecista holandesa!". La alegría se desborda entre los aficionados, que abrazan, besan y pasean a hombros a Euwe hasta su casa, mientras la gente le vitorea desde los balcones. Aliojin se queda un largo rato a solas en el estrado antes de pasear sus zapatos de charol por los charcos para llegar al hotel. Ni siquiera le apetece beber.

Durante el encuentro, Aliojin había enviado a Moscú este telegrama, publicado posteriormente en el diario *Izvestia*: "Como antiguo colaborador en el ajedrez y persona que reconoce lo que ha hecho la URSS por la cultura, saludo sinceramente a los ajedrecistas de la Unión Soviética en el 17 aniversario de la Revolución de Octubre". Ese gesto provocó la cólera de la colonia rusa en Francia, donde se publicaron varios artículos en su contra. Sin embargo, poco después de su derrota, Aliojin recibe una invitación para el Torneo de Moscú. Pero la rechaza porque desea regresar a su país natal como campeón del mundo.

Sobriedad y victoria

Todo indica que la época de Aliojin ha terminado. Sus resultados en los torneos siguientes a la pérdida del título son, en general, bastante flojos.

Euwe no pone objeciones a disputar un encuentro de revancha, en el año 1937, no solamente por su conocida nobleza de carácter, sino también por el evidente declive deportivo del ex campeón, como él mismo reconoció. De hecho, el holandés negociaba al mismo tiempo con Botvinnik para poner en juego la corona, tras defenderla frente a Aliojin.

Pero éste se aleja del alcohol –consume la afamada leche holandesa durante la revancha– y su genio resurge de las cenizas a pesar de perder la primera de las 30 partidas previstas: gana la 2ª, pierde la 5ª y deja el duelo encarrilado al imponerse en la 6ª, 7ª y 8ª. Después de caer derrotado por 15,5-9,5, Euwe vuelve a dar ejemplo de deportividad, cuando declara: “Aliojin ha jugado de forma impecable todo el encuentro, ha restablecido la reputación de ser el mejor ajedrecista entre los vivientes y ha confirmado la creencia de que es el más grande de cuantos han sido”.

Entre sus regalos, el campeón recibe uno muy peculiar de la Sociedad Contra el Alcoholismo: una cesta de leche, nata y queso del país.

El ajedrez vuelve a rendirle pleitesía. Sus resultados brillan de nuevo, Capablanca sigue suspirando por el desquite que nunca llegó, Flohr firma un acuerdo con él para retarle y Botvinnik también muestra interés para disputar un duelo en Moscú. Ha vuelto a la cumbre.

Sin embargo, una vez más, el destino maltrata a Aliojin, quien encabeza el equipo de Francia en la Olimpiada de Buenos Aires, en 1939, cuyo desarrollo coincide con la invasión de Polonia por parte de los nazis y el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Debido a estos acontecimientos, varios participantes europeos optan por pedir asilo en Argentina. Aliojin, que se niega a jugar contra Alemania, prefiere volver en compañía de su esposa en lugar de emigrar a Estados Unidos, aprovechando la nacionalidad de Grace.

Agonía de un genio

Aliojin llega a Lisboa, donde conoce a su gran amigo Francisco Lupi, un maestro portugués que le ve “con porte señorial y aspecto muy saludable, aunque abusa del café a pesar de los consejos de Grace”. Se alista voluntario en el ejército francés, donde sirve como intérprete, pero el teniente Aliojin acepta la protección de los nazis cuando conquistan Francia y disputa varios torneos en la zona ocupada, como hicieron muchos otros ajedrecistas, con relativo éxito.

La decadencia ya había empezado en abril de 1941, cuando vuelve a Portugal. Lupi lo ve envejecido, triste, fumando y bebiendo constantemente y con el deseo de lograr visados para Estados Unidos o cualquier otro país americano, pero nadie se los da. Un mes antes se habían publicado en el diario *Pariser Zeitung*, editado por los alemanes en la capital francesa, los famosos tres artículos antisemitas, bajo el título global “El ajedrez ario y el ajedrez judío”, que él siempre negó haber escrito. Pero no quedan dudas sobre su autoría, excepto una: las enormes presiones que pudo haber recibido para hacerlo, si bien Aliojin ya se había mostrado profundamente antijudío muchos años antes, según aseguraba su colega Savielly Tartakower. También hay indicios para pensar que su texto original fue modificado y exagerado por algún funcionario nazi.

Y Aliojin cae en picado. Es internado en Praga tras contraer la escarlatina, y decide refugiarse en España. El doctor Casimiro Rugarcía, de Gijón, descubre una cirrosis hepática y le advierte que morirá muy pronto si no deja de beber. Algunos aficionados españoles, como Manuel de Agustín, son imprescindibles para su supervivencia: organizan torneos de entrenamiento, simultáneas (en las que se deja ganar o empatar por personas influyentes) y clases al entonces niño prodigio Arturo Pomar, además de ayudarle a escribir libros y a mantener la moral alta.

Y lo consiguen –Aliojin asegura que ha dejado de beber mientras se prepara en Portugal, con Lupi, para jugar el Torneo de Londres, previsto para enero de 1946– hasta que llega otro mazazo. Los organi-


Archivo Revista Jaque

En la fotografía puede verse al gran maestro Alexánder Aliojin, a los pocos minutos de producirse su trágica muerte, en un hotel de Estoril. A escasa distancia, su tablero de ajedrez.



Archivo Revista Jaque

La tumba de Aliojin, en el cementerio de Montparnasse en París. La losa de mármol que cubre el sepulcro es un tablero de ajedrez.

zadores londinenses, muy presionados desde Estados Unidos según algunas fuentes, se retractan y le retiran la invitación por sus artículos antijudíos. Y aún más: un grupo de jugadores se reúne en Londres para debatir sobre la legitimidad de su título. Pero el judío Tartakower, entre otros, lo defiende y organiza una colecta en su favor.

Aliojin se reanima en Estoril, donde el 4 de febrero abre un telegrama de Botvinnik con la propuesta de un duelo por el título entre ambos. El campeón rezuma alegría y se prepara a conciencia, dispuesto a luchar contra todo. Pero un camarero lo encuentra muerto –parece que se había asfixiado con un trozo de carne – cuando va a servirle el desayuno el 25 de marzo en un viejo y triste hotel de Estoril. Sentado en un sillón ante el tablero, Aliojin estaba comentando la partida Medina-Rico, del Campeonato de España de 1945. Por expreso deseo de Grace, enterrada junto a él, su tumba está en el cementerio parisino de Montparnasse.

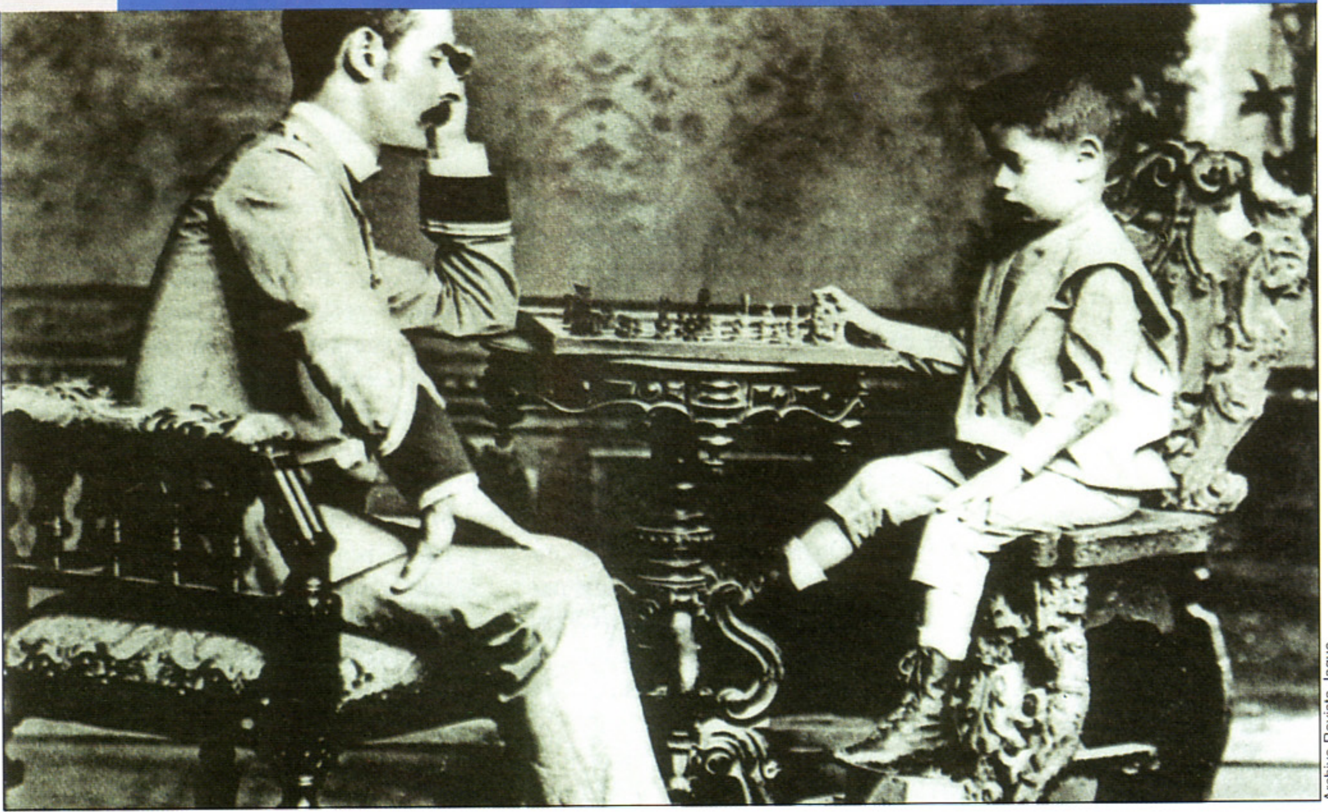
El periodista español Pablo Morán plasmó magistralmente los últimos años de Aliojin en el libro *Agonía de un genio*, en el que se queja de la incomprensión general de los aficionados hacia un genio pobre y enfermo: "¿Puede haber mayor tragedia que llamarse Van Gogh y no vender un cuadro, Beethoven y no poder oír la *Novena Sinfonía* o Aliojin y no poder luchar y crear belleza? [...] La vida de Aliojin tuvo el dolor de *La Patética* de Chaikovski, el ímpetu de las sinfonías de Sibelius y la grandiosidad, empuje y serenidad de las obras de Wagner".

Alexánder Aliojin

- Nace el 1 de noviembre de 1892, en Moscú.
- Campeón del Mundo en 1927 (gana a Capablanca por 6-3 y 25 empates), 1929 (a Bogoljubow, por 15,5-9,5), 1934 (a Bogoljubow, por 15,5-10,5) y 1937 (a Euwe por 15,5-9,5). Había perdido el título en 1935 ante Euwe por 15,5-14,5; murió como campeón el 25 de marzo de 1946 en Estoril (Portugal).
- Ganó, entre otros muchos, los siguientes torneos: Moscú-1908, San Petersburgo-1909, Estocolmo-1912, San Petersburgo-1912, Mannheim-1914, Moscú-1920, Budapest-1921, Hastings-1922, París-1925, Buenos Aires-1926, Kecskemet-1927, Venecia-1929, San Remo-1930, Bled-1931, Londres-1932, París-1933, Zurich-1934, Orebro-1935, Dresden-1936, Montevideo-1938, Caracas-1939, Salzburgo-1942, Praga-1943 y Madrid-1945.



José Raúl Capablanca



José Raúl Capablanca juega con su padre, en 1894. El gran maestro tenía entonces 4 años de edad.

El mito del Caribe

Es uno de los nombres sagrados de la historia del ajedrez. Dotado de un talento natural casi inigualable, el cubano José Raúl Capablanca y Graupera nunca destacó por un entrenamiento riguroso, pero deslumbró por una comprensión profunda e instantánea de la estrategia y de la táctica. Además de ser campeón del mundo y de parecer invencible en su mejor época, ejerció como diplomático profesional y adquirió una merecida fama de galán irresistible. Se puede decir que es una leyenda viva.

El mito comienza a forjarse en 1893, cuando Cuba todavía pertenece a España. Después de las insurrecciones de 1868 y 1879, el Gobierno de Madrid ha decretado la abolición de la esclavitud, pero no logra frenar el ansia de rebelión, que está fomentada además desde Estados Unidos. José Raúl, nieto de un emigrante español (navarro) e hijo de un militar al servicio del ejército colonial, tiene 4 años de edad y suele observar con gran atención las partidas que su padre, José María Capablanca, disputa en casa con algunos amigos. Existe algo en ese juego que le produce una gran fascinación.

Tanto es así, que su primer contacto con el ajedrez es un hito histórico. José María y el general Loño están enfrascados en su pasión favorita, cuando el primero efectúa un movimiento ilegal con su caballo; Loño no se apercibe de ello, pero José Raúl sí lo hace. José María se queda pasmado. "¿Cómo aprendiste a mover las piezas?", pregunta el padre en una mezcla de asombro y enojo. "Viéndote jugar", es la evidente respuesta del niño.

Aunque la madre, María Graupera, no acepta de muy buen grado la asombrosa precocidad de su hijo, éste consigue que su padre le lleve un domingo por la tarde al Club de Ajedrez de La Habana, cuyo ambiente señorial es frecuentado por hombres maduros de largos bigotes.

Uno de ellos, Ramón Iglesias, accede a medir sus fuerzas con José Raúl, sin embargo, consciente de que la ilusión de su rival podría quedar muy dañada con una

derrota inapelable, le otorga la dama de ventaja y juega con cierta relajación. El niño, arrodillado en la silla y con serios problemas para llegar con la mano al otro extremo del tablero, no se arredra ante la gran expectación despertada y gana sin demasiado esfuerzo.

Corre el mes de septiembre de 1893. La prensa local se hace eco al día siguiente de la anécdota del niño precoz, cuya fama crece por una ciudad que daba culto al ajedrez: en enero de 1892, Steinitz y Chigorin han disputado el Campeonato del Mundo en los elegantes salones del Centro Asturiano.

A pesar de que algunos biógrafos señalan que el pequeño José Raúl presenció varias partidas de ese duelo y quedó muy impresionado, esas afirmaciones no están contrastadas. Otros van más allá y ahondan en el terreno de la fantasía al afirmar que, a los 3 años recién cumplidos, Capablanca sugirió una jugada que Steinitz, el campeón del mundo, no había visto.


Archivo Revista Jaque

Capablanca, en su juventud, con actitud pensativa, durante el curso de una partida.

La guerra de Cuba

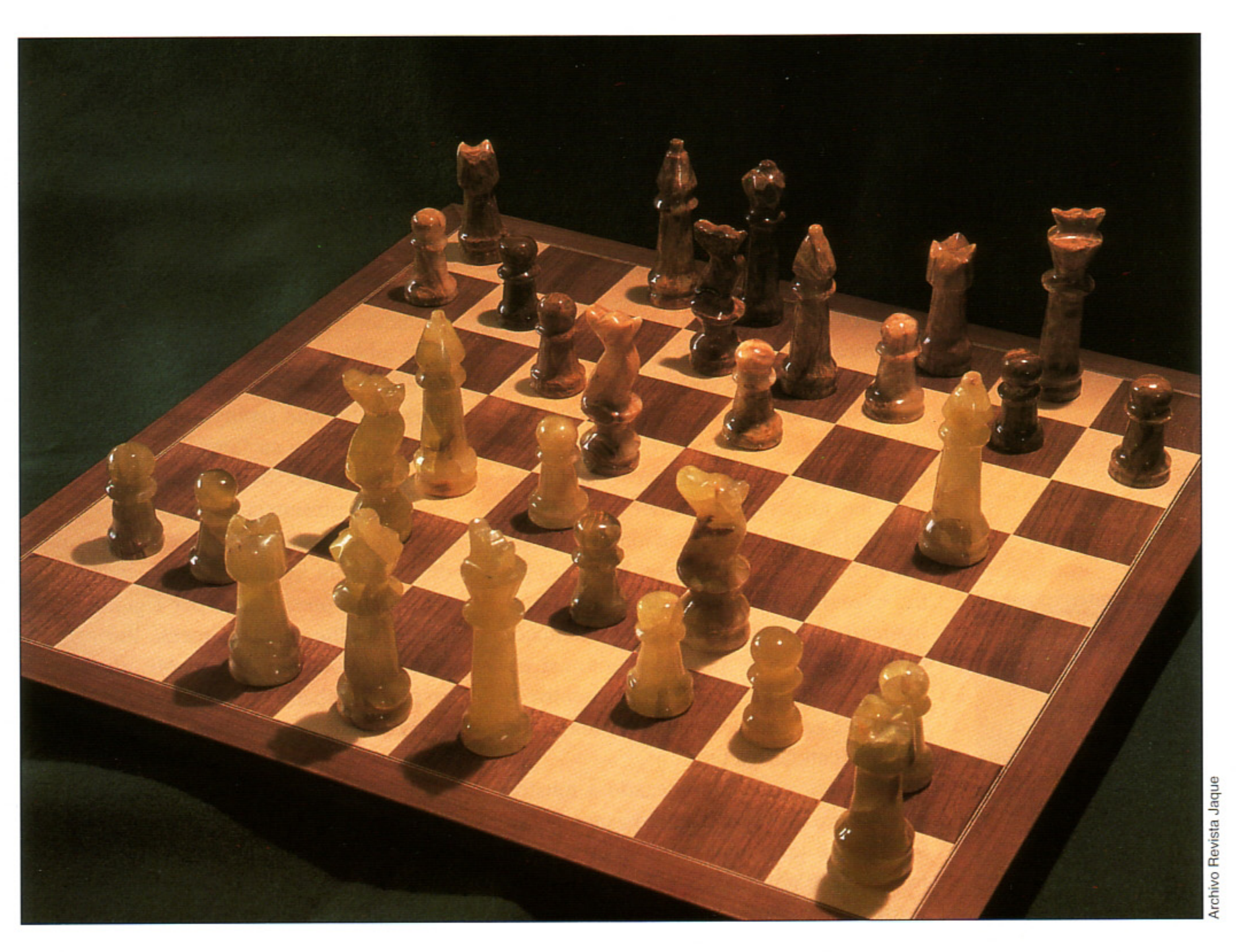
La antítesis de la fantasía es la guerra, que estalló en 1894. El comandante Capablanca es trasladado, con su familia, a la ciudad de Santa Clara, donde decide cambiar de bando y actuar como espía de los insurrectos.

Su negativa a acudir al frente con vagas excusas está a punto de costarle la vida en un consejo de guerra, pero alguien influyente intercede por él. Cuando la guerra termina y el dominio español es sucedido por el estadounidense, José María se marcha del ejército y traslada a su familia a una finca rural en Aguacate, donde José Raúl se aleja del ajedrez –aunque juega de vez en cuando– y se convierte en un apuesto adolescente, curtido por el aire del campo. Cuando cumple 12 años, sus padres deciden enviarle a la casa de sus abuelos maternos en la ciudad de La Habana, con la intención de que él y su hermano Salvador reciban una educación de mayor calidad.

Ese traslado marca decisivamente el futuro de José Raúl, que vuelve a frecuentar el Club de Ajedrez poco antes de la visita a Cuba del nuevo genio del ajedrez estadounidense, Harry Pillsbury, cuya capacidad para dar exhibiciones de partidas simultáneas *a la ciega* produce una fuerte impresión en Capablanca. El progreso de éste a partir de ese día es evidente; de modo que, a petición de algunos aficionados, se organiza un duelo entre el joven prodigio y el campeón de Cuba, Juan Corzo, nombre cuya mera mención produce un enorme respeto entre los aficionados. De hecho, José Raúl es derrotado en las dos primeras partidas. Pero luego se recupera y, tras celebrar su decimotercer cumpleaños durante el encuentro, se impone al campeón nacional. El eco de esa hazaña es tremendo: agasajos allá donde va y grandes titulares en la prensa.

Sin embargo, la adolescencia no es un período propicio para lograr resultados sólidos de forma continuada. Capablanca sufre las primeras frustraciones amorosas, y también las deportivas: poco después de su deslumbrante triunfo contra Corzo, éste le supera con claridad en un torneo donde la joven estrella cubana termina en el cuarto puesto. Al mismo tiempo, el patrón de su padre, Ramón Pelayo, sugiere a la familia que Capablanca se dedique más a los estudios y menos al ajedrez. De momento, Capablanca terminará los estudios de bachillerato en Matanzas. Sin embargo, el nuevo traslado resulta muy agradable para el estudiante, porque su anfitrión en aquella ciudad es un amigo de la familia, Mateo Fiol, muy aficionado al ajedrez.

Dos años después, y con el objetivo académico cumplido, José Raúl vuelve a La Habana, donde Pelayo vuelve a la carga, pero esta vez muy en serio. Dado que España había perdido no sólo la influencia política, sino también la económica, y que el idioma francés perdía terreno constantemente a favor del inglés, don Ramón hace una propuesta concreta, que la familia de Capablanca no puede rechazar: pagará los estudios de José Raúl en Nueva York a cambio de que éste trabaje después en su industria de producción de azúcar y de que reduzca el ajedrez a la categoría de simple pasatiempo. El chaval se rebela al principio, pero su fuerza resulta escasa ante la presión paterna.


Archivo Revista Jaque

Una de las posiciones que recibe el nombre de Capablanca: la maniobra simplificadora en el Gambito de Dama.

Triunfos en Nueva York

De modo que José Raúl, consciente de que podrá dar rienda suelta a su pasión en el Club de Ajedrez Manhattan, adopta un enfoque más pragmático y astuto, y embarca con destino a la capital estadounidense, donde logra combinar con buenos resultados sus estudios de ingeniería química, algunos amoríos, su creciente afición por el béisbol y las discretas escapadas al Manhattan Chess Club, cuyos socios le reciben con gran cordialidad. Uno de ellos, Herman Helms, se convierte en su protector ajedrecístico.

Entre los estímulos que José Raúl recibe para que los alfiles y caballos revoloteen sin cesar en su mente, está su asistencia a una exhibición de simultáneas a la ciega que el campeón del mundo, Emanuel Lasker, da en un local de los suburbios. Aunque Capablanca queda muy impresionado, ninguno de los dos puede imaginar en ese momento que el joven cubano será el próximo retador del campeón prusiano. Sin embargo, esa perspectiva empieza a tomar cuerpo poco después, cuando José Raúl derrota a Lasker en la final de un torneo de partidas rápidas organizado por el Manhattan Chess Club. "Es notable, joven; usted apenas comete errores", le dice el derrotado al estrechar su mano después de inclinar el rey en la partida decisiva.

Pero ese triunfo, y algunos más que llegan a continuación en torneos menores, llegan al conocimiento de don Ramón. A pesar de que el rendimiento académico de Capablanca sigue siendo bueno, el empresario se enfada y reacciona de forma drástica: envía a Nueva York el dinero suficiente para que José Raúl regrese a La Habana. El estudiante acusa el golpe, pero decide luchar contra la adversidad: se niega a obedecer, ficha por un equipo profesional de golf, logra que las revistas de ajedrez le paguen por sus artículos técnicos y, con la inestimable ayuda de Helms,

Firma realizada por Capablanca, en 1922, durante el Torneo Internacional de Londres.

Archivo Revista Jaque

organiza numerosas exhibiciones de simultáneas por ciudades de Estados Unidos. Su fama ya era considerable pero aumenta bastante más en 1909, cuando gana de forma contundente –ocho victorias, una derrota, catorce empates– nada menos que al campeón de EE.UU., Frank Marshall, toda una institución del ajedrez americano. Antes del duelo, Marshall había exigido 600 dólares de bolsa; Capablanca sólo reunió 300, pero el campeón estadounidense aceptó esa suma, así como la necesidad de que el encuentro se disputase en varios escenarios, única forma de recaudar los premios.

Capablanca ya ha empezado a mostrar el estilo excelso que le hará pasar a la historia como un genio: capta la esencia de la posición, elimina las piezas superfluas y logra pequeñas ventajas para transformarlas en victoria a través de una técnica exquisita en los finales de partida. Aunque es consciente de que su preparación de aperturas deja mucho que desear, regresa triunfal a la ciudad de La Habana, en cuyo puerto recibe un multitudinario agasajo. Nadie, ni siquiera sus padres, tienen ahora argumentos de peso para frenar su carrera ajedrecística. Además, su progenitor decide vender las propiedades familiares ante el aumento de la inestabilidad reinante, política, económica y racial.

Archivo Revista Jaque

Fotografía que Capablanca envió al Presidente del Club Argentino de Ajedrez, José Pérez Mendoza, en 1911.

El salto a Europa

Al joven cubano le sobran ahora razones para intensificar su entrega al ajedrez desde un enfoque profesional. De modo que se convierte en un trotamundos incansable por la enorme geografía de EE.UU., dedicado principalmente a las exhibiciones de simultáneas con resultados impresionantes: al cabo de unos meses ha jugado 538 partidas (con 25 adversarios de promedio), con 494 victorias, 18 derrotas y 16 tablas; es decir, un 94 % de éxitos. También gana el Campeonato de Nueva York (éxito que incluye otra victoria sobre Marshall) y su fama en Europa es ya tan grande que los aficionados piden su inmediata presencia. Después de otra gira triunfal por Estados Unidos, los organizadores de San Sebastián logran vencer las reticencias presentadas por algunos jugadores de elite –especialmente Bernstein y Nimzovich– bajo el endeble argumento de que el cubano no tiene todavía la categoría suficiente para jugar el gran torneo que se avecina.

El 20 de febrero de 1911, bajo la típica llovizna invernal de la costa cantábrica, quince astros del ajedrez comienzan su lucha en los salones del Gran Casino de la preciosa ciudad vasca, lugar de veraneo preferido por la aristocracia de la época. La primera víctima de Capablanca es precisamente Bernstein; unos días después, Nimzovich se suma a la lista; ese desquite se confirma durante una jornada de descanso cuando Nimzovich, de carácter más bien altanero, desafía al cubano a disputar unas partidas rápidas. El gran maestro letón sufre un severo castigo y, humillado ante sus colegas, abandona la sala sin decir palabra.

Capablanca atraviesa un momento dulce y triunfa en un torneo histórico, que termina así: 1º Capablanca, 9,5 puntos; 2º-3º Rubinstein y Vidmar, 9; 4º Marshall, 8,5; 5º-7º Nimzovich, Schlechter y Tarrasch, 7,5; 8º-9º Bernstein y Spielmann, 7; 10º Teichmann, 6,5; 11º-12º Janowski y Maroczy, 6; 13º-14º Burn y Duras, 5; 15º Leonhardt, 4. Ya nadie puede dudar sobre la valía del joven cubano, que se perfila como el legítimo aspirante al trono de Lasker. Pero el camino hacia la cumbre esconde muchos obstáculos que pondrán a prueba la paciencia de Capablanca.



Archivo Revista Jaque

Exhibición de partidas simultáneas de José Raúl Capablanca.

El laberinto hacia el trono

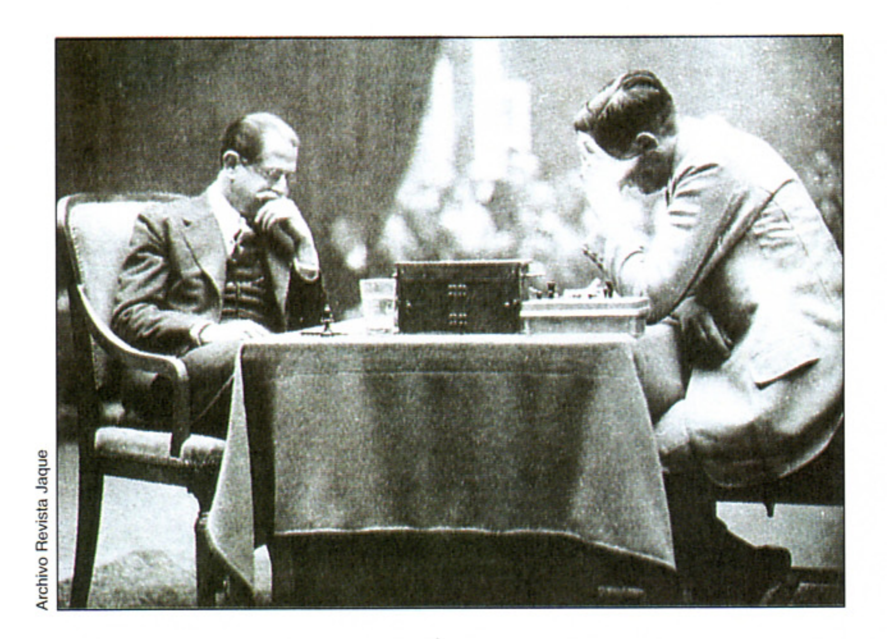
El triunfo del cubano en San Sebastián produce una descarga eléctrica. Capablanca es agasajado sin mesura allá donde hace escala en su camino hacia Berlín, donde el campeón del mundo, Emanuel Lasker, tiene el caballeroso detalle de darle la bienvenida con un emotivo discurso, al que Capablanca responde con otro del mismo cariz. A partir de ese momento, la nueva estrella del ajedrez empieza a girar como una peonza por innumerables ciudades de Europa y América, acosado por no menos incontables mujeres. Su don de gentes cautiva a los aficionados, que reivindican la necesidad de un enfrentamiento inmediato entre el campeón y el popular aspirante.

Todo parece ir bien, de modo que Capablanca se decide a enviar una carta lacónica y formal a Lasker, invitándole a que dicte sus condiciones para el duelo. Pero el entusiasmo de Lasker comienza a enfriarse en proporción directa a los buenos resultados de Capablanca. De hecho, el alemán le contesta con un prolijo pliego de condiciones que el cubano considera inaceptables. Es en ese momento cuando Capablanca empieza a tener serios problemas con su tensión arterial, que sube peligrosamente.

Las relaciones entre ambos se vuelven gélidas y acaban en una ruptura casi total a raíz de una polémica rueda de prensa que Capablanca da en Nueva York con fuertes ataques al campeón. Éste responde con un artículo de similar estilo en el que minimiza la estatura deportiva del cubano, quien gana cuatro torneos en Nueva York entre 1912 y 1913.

♙ Genio y galán

Las posibilidades de que el deseado enfrentamiento tenga lugar son un incesante vaivén. Capablanca aminora su pasión por el ajedrez y consigue el nombramiento oficial como agregado en la Embajada de Cuba en San Petersburgo, ciudad de gran esplendor. La fama de galán de Capablanca crece aún más, pero sus devaneos amorosos son compatibles con nuevos



Archivo Revista Jaque

Amsterdam, 1931. Capablanca en su encuentro con Euwe, que ganaría por 2-0 y 8 tablas.

triunfos deportivos; entre ellos, un triunfo sobre Aliojin por 2-0. San Petersburgo organiza en 1914 un torneo histórico, cuya nómina incluye al campeón del mundo y a varias de las estrellas del momento. Capablanca barre en la primera vuelta, que termina con 1,5 puntos de ventaja sobre Lasker y Tarrasch. Pero durante la segunda es seducido por la amante de un hermano del Zar; duerme poco, no acude a las comidas y llega tarde al escenario. Ese desorden se traduce en que desciende al segundo puesto. Aunque Lasker sólo le supera en medio punto al final, la desilusión cunde entre muchos aficionados. Sin embargo, este torneo sirve para consolidar una peculiar relación, con más admiración mutua que inquina, entre los dos mejores ajedrecistas del mundo.

En 1914, cuando estalla la Primera Guerra Mundial, empieza un decenio de enorme gloria para el cubano, cuya genialidad y fama trascienden ampliamente el ámbito del ajedrez; hasta entonces, sólo Paul Morphy había logrado algo parecido. Triunfa en los torneos de Nueva York de 1915, 1916 y 1918, y arrasa por 5-0 en un duelo contra Borís Kóstic en La Habana a pesar de que poco antes, a principios de 1919, se había enamorado de Gloria Simoni Betancourt, con la que se casó dos años después y tuvo dos hijos.

Su dominio es tan incontestable –sólo pierde una partida en diez años– que se refleja en una desaparición de la modestia. "Conozco más profundamente el ajedrez que cualquier gran maestro contemporáneo. [...] Podría enfrentarme simultáneamente a los 30 mejores jugadores de EE.UU. sin perder una sola partida", son algunas de las frases publicadas en el *New York Times*, que provocan un tremendo enfado de varios colegas. Pero nadie duda de que Capablanca es ya el mejor jugador del mundo. Su fama de invencible sigue aumentando, hasta el punto de que se le conoce con el sobrenombre de *La Máquina*.

Por desgracia, esa creencia natural es tergiversada por la política. En absurda consecuencia con la derrota alemana, un grupo de políticos británicos pretenden desposeer del título a Lasker y que el Torneo de Hastings de 1919 sirva para designar a su sucesor. El encandilamiento con Gloria no constituye un impedimento para que Capablanca siga cediendo a los encantos de otras damas, ni cortapisa que impida su triunfo. Pero el cubano reacciona con honradez y escribe a Lasker aclarando que él no se considera campeón. Sin embargo, el alemán está deprimido por la humillación de haber sido injustamente discriminado y deslegitimado, y añade una nota patética a la situación, renunciando formalmente a su título en 1920.

No obstante, Capablanca lucha para buscar un patrocinador: los aficionados ansiaban un duelo entre ambos, y lo tendrían. Cuba disfrutaba entonces de una economía floreciente. Sin embargo, cuando algunos magnates del azúcar estaban dispuestos a financiar el Campeonato del Mundo, estalla una crisis, bajan los precios y, por enésima vez, el sueño es abortado. Finalmente, en 1921, gracias a una enorme presión popular, los hacendados que han salido indemnes de la crisis y algunos miembros de la colonia estadounidense en La Habana reúnen 25.000 dólares, con el compromiso de que la mitad sea para Lasker.

♙ Victoria aplastante

Paradójicamente, el ansiado duelo, que se disputa entre el 15 de marzo y el 21 de abril de 1921, es el más desigual de la historia de los campeonatos del mundo.

Capablanca logra su primer triunfo en la sexta partida, tras cinco empates, y aumenta su ventaja en la 11ª y 12ª. Siguen dos empates más, y un nuevo triunfo del cubano. Aunque se jugaba a ocho victorias, Lasker se rinde. Capablanca es oficialmente proclamado campeón, tras muchos años de espera, y confirma su dominio en el Torneo de Londres de 1922, adonde acude en compañía de su esposa. El rey del tablero está en la cima de la gloria, deportiva y personal: todos le aclaman, ha sido nombrado Inspector de Consulados por su gobierno y su mujer espera un hijo. Además, establece unas normas claras para la defensa del título, conocidas como "Las Reglas de Londres", muy bien acogidas por sus colegas.

Pero no todo es felicidad. De vuelta a La Habana, Capablanca siente casi a la vez la amargura de la muerte de su padre, el 28 de julio de 1923, y la alegría del nacimiento de su hijo, unos días después. En los meses anteriores ha rechazado invitaciones de medio mundo para disputar torneos y exhibiciones de simultáneas. Lo prioritario era la familia.

El sosiego acaba pronto, y no sólo por el anuncio de un fortísimo torneo en Nueva York (1924), sino por las constantes reprimendas que el campeón recibe de sus amigos: debe entrenarse de manera sistemática, como un verdadero profesional, y no basar su fuerza exclusivamente en su gran talento natural. Capablanca no hace caso y comienza la histórica competición con fuerza, pero no la gana. Una derrota ante Reti y muchos empates le llevan al segundo puesto, superado por Lasker en un punto y medio. Aliojin, del que ya se empieza hablar como el más cualificado aspirante al título, finaliza el 3º, a 2,5 puntos del campeón.

Capablanca entra en un período turbulento al aceptar una invitación para el Torneo de Moscú de 1925. ¿Cómo es posible que un diplomático cubano firme acuerdos con los demonios comunistas?, se preguntan algunos de sus jefes, y también su esposa. Pero es un desafío que el campeón no puede rechazar, ni en lo deportivo ni en lo humano. El conocimiento del nuevo sistema soviético por dentro le va bastante mejor que el torneo, donde termina el 3º, superado por Bogoljúbow y Lasker. Parece que el ajedrez ya no le motiva como antes; de hecho, Capablanca propone que el tamaño del tablero aumente de 64 casillas a 100. Casi nadie le hace mucho caso.

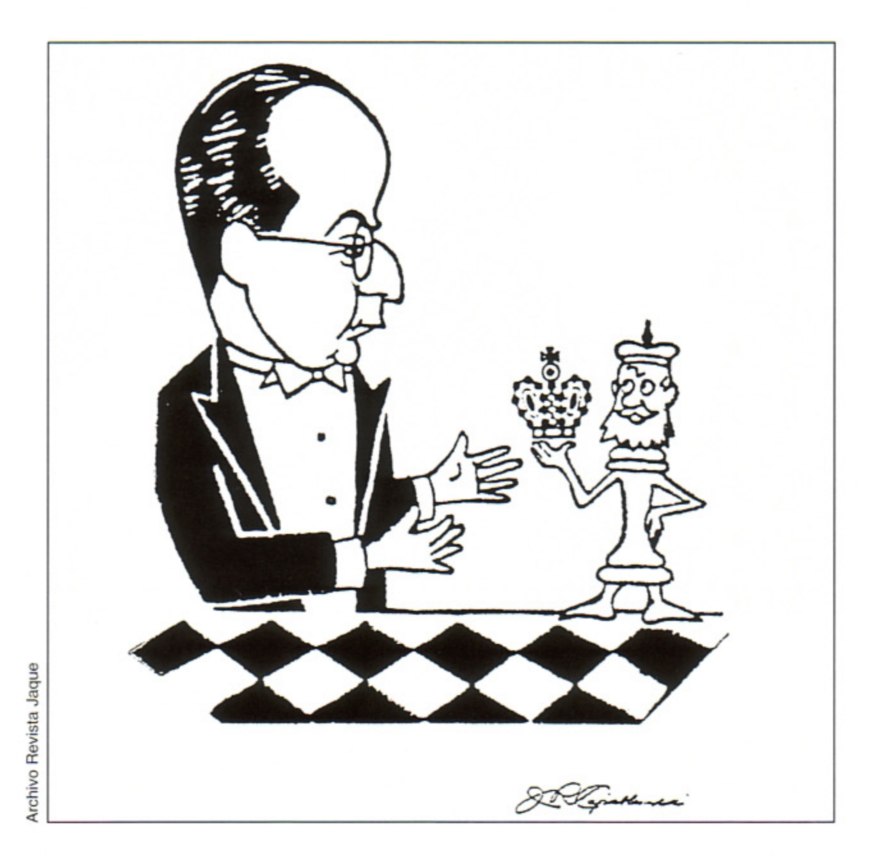


Capablanca, con Olga, su segunda esposa, en 1938.

Sigue una etapa de intensa dedicación familiar, ante la evidencia de que a su madre ya le queda poca vida. Pero quienes auguraban su declive deportivo callan súbitamente al ver su triunfo en otro torneo histórico: Nueva York, 1927, por delante de Aliojin, Nimzovich, Vidmar, Spielmann y Marshall. Inmediatamente después llega a un acuerdo con Aliojin, que por fin tendrá la oportunidad para un duelo entre ambos con el título en juego. Pero Capablanca, deprimido por la muerte de su madre y muy seguro de su fuerza ajedrecística, apenas se prepara para la pugna entre los dos colosos; reconociendo la valía de Aliojin, todo el mundo da como favorito al cubano.

Todo sale mal

Es la época más negativa en la vida de Capablanca, que pierde el título ese mismo año en Buenos Aires (véanse los detalles en las páginas de esta obra dedicadas a Aliojin) y sufre una severa crisis matrimonial, motivada en parte por sus amoríos con la actriz argentina Gloria Guzmán durante el Campeonato del Mundo, que terminará en separación. Además,



Archivo Revista Jaque

Divertida caricatura de Capablanca.

Cuba cae en un período de larga inestabilidad política, hasta el punto de que el famoso ajedrecista debe escapar a Estados Unidos para que su vida no corra peligro. Para colmo, las subidas de tensión arterial suceden cada vez con mayor frecuencia. Y eso no es todo: a pesar de que vuelve a triunfar en varios torneos, el nuevo campeón se escabulle ante el clamor popular de un encuentro de revancha. De hecho, Aliojin procura evitar los torneos donde juega Capablanca.

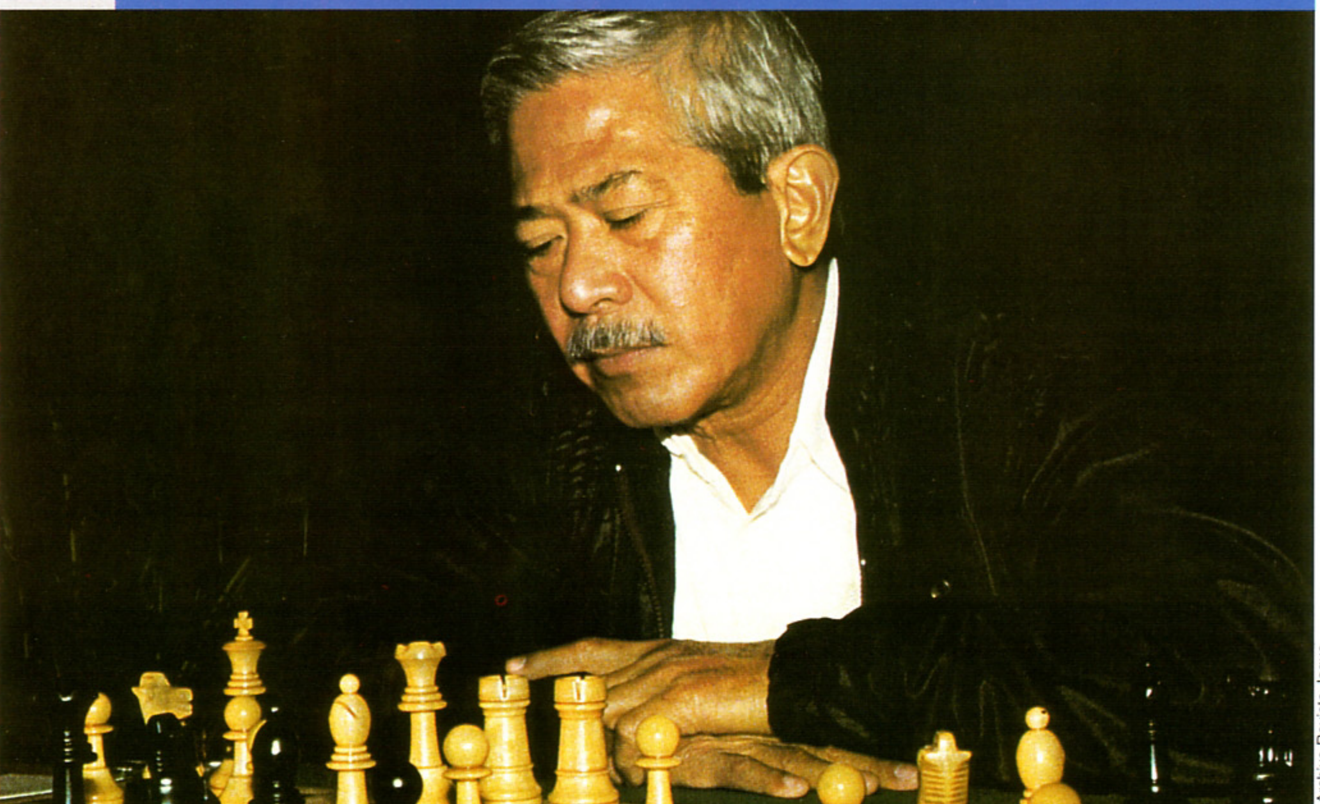
Las actuaciones del cubano ya no son tan impresionantes en general, aunque todavía logra éxitos sonoros, como su triunfo en Moscú-1936 con un punto de ventaja sobre el nuevo astro Mijaíl Botvínik, o el primer puesto compartido con éste en Nottingham-1936, por delante de Euwe (campeón del mundo en ese momento), Fine, Reshevsky, Aliojin, al que derrota, y Flohr. Un año más tarde, Capablanca se divorcia de su primera esposa para casarse con la rusa Olga Chubárov, a la que conoció en 1934.

Cuando se da cuenta de que el entrenamiento sistemático es una condición indispensable para recuperar el trono, todo está en su contra. La crisis económica mundial hace que los 10.000 dólares exigidos por Aliojin –que ha recuperado el título frente a Euwe– como bolsa de premios sean muy difíciles de reunir. Y el gobierno cubano le trata con una dureza inmerecida de la que algunos políticos se arrepentirán después: le obligan a trabajar como agregado comercial con un sueldo bajo, y poco tiempo para entrenarse y jugar torneos. Además, la edad pasa factura y su salud está cada vez más deteriorada. El 8 de marzo de 1942, Capablanca sufre un ataque al corazón mientras presencia una partida amistosa en el Manhattan Chess Club de Nueva York y muere poco después en un hospital. Algunos se dieron cuenta sólo entonces de que había desaparecido un ajedrecista irrepetible. Afortunadamente para los aficionados, sus partidas inmortales y sus dos principales obras literarias –*Mi carrera ajedrecística* y *Fundamentos del ajedrez*– son un legado de incalculable valor para la historia.

José Raúl Capablanca

- Nace el 19 de noviembre de 1888 en La Habana.
- Campeón del mundo en 1921 (La Habana), tras ganar a Emanuel Lasker por cuatro victorias, 14 empates y ninguna derrota.
- Pierde el título ante Alexánder Aliojin en 1927 (Buenos Aires) por tres victorias, seis derrotas y 25 empates.
- Su larga lista de éxitos incluye el primer puesto en diez torneos celebrados en Nueva York (1910, 1912, tres en 1913, 1915, 1916, 1918, 1927 y 1931) y en los siguientes: San Sebastián-1911, Hastings-1919, Londres-1922, Lake Hopatkong-1926, Budapest-1928, Berlín-1928, Ramsgate-1929, Budapest-1929, Barcelona-1929, Hastings-1929, Moscú-1936, Nottingham-1936 (empatado con Botvínik) y París-1938.
- Muere en Nueva York el 8 de marzo de 1942.

Florencio Campomanes



Archivo Revista Jaque

Florencio Campomanes, un dirigente nato habituado a mover los hilos del poder.

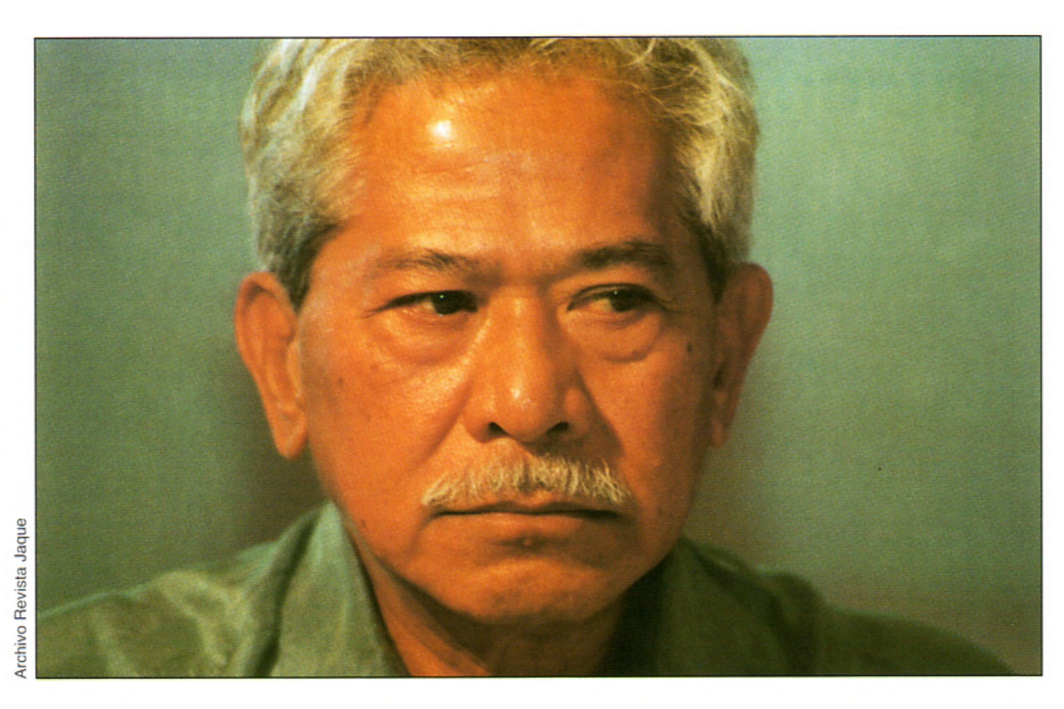
Campomanes, el *Papa* del ajedrez

Los numerosos dramas representados en el escenario del ajedrez mundial desde 1983 no hubieran existido sin la intervención de un hombre de baja estatura, rasgos asiáticos, tez oscura, pelo blanco, bigote imprescindible y mirada penetrante. Hasta sus más encarnizados enemigos, que no dudan en calificarlo como "un gran dictador", reconocen su extraordinaria inteligencia y admiran su endiablada astucia. Por si fuera poco, este filipino nacido en 1926 derrocha carisma y domina el arte de la diplomacia debido, en su opinión, "a once años de educación benedictina". Entonces aprendió latín y otras cosas muy útiles para ser el presidente de la Federación Internacional de Ajedrez (FIDE), desde 1982 a 1995, bajo el lema "25 horas al día, y cada día es lunes".

Fue profesor de estudios orientales en la Universidad de Georgetown (Estados Unidos), para sumergirse a continuación en el intrincado mundo de las 64 casillas, en el que ha sido jugador, árbitro, periodista, organizador y directivo. Casado, con cuatro hijos, habla correctamente varios idiomas. Goza del discutible privilegio de haber sido uno de los pocos presidentes de una federación deportiva casi tan famoso, como el campeón del mundo. El ajedrez es su pasión, el avión su segunda casa y *el fin justifica los medios* parece ser su doctrina, aunque él niegue esta última afirmación.

Campomanes define el ajedrez como "una religión extendida por más de 150 países", que ha visitado en su mayoría; fue elegido patriarca –presidente de la FIDE– en 1982. Durante sus 13 años de mandato llevó una vida trepidante. Un día estaba en las islas Fidji; el siguiente, tal vez en Canadá; y 24 horas más tarde, en Moscú. En una de sus campañas electorales recorrió 14 países africanos en 18 días. Para ello, se mantenía en una envidiable forma física, principalmente jugando al tenis. "Mientras nuestros enemigos duermen, nosotros trabajamos", solía decir. Entre sus defectos no está, por cier-

Florencio Camponanes ha ocupado durante 13 años la presidencia de la FIDE.



Archivo Revista Jaque

to, el de ser poco trabajador. Por algo se le conoce también por *Rambomanes*.

Pero, muchas veces, Campomanes dejaba un mal recuerdo en los sitios que visitaba, especialmente por su jactancia. Consideraba justo y necesario viajar en primera clase, ser invitado a los mejores restaurantes, pedir el vino más caro de la carta, alojarse en las mejores *suites* de los hoteles de lujo o tener un coche con chófer. Esa ostentación, ese mirar de arriba a abajo a todo aquel que le llevase la contraria y el excesivo poder presidencial que le otorgaban los estatutos de la FIDE –este último punto fue reconocido en privado hasta por sus más allegados colaboradores– fueron los avales para ganarse muchas antipatías.

Sin embargo, fue reelegido en 1986, 1990 y 1994, después de campañas electorales siempre salpicadas de escándalos, pero demostrativas de sus innegables virtudes. Una memoria prodigiosa le permitía saludar por el nombre de pila a los delegados de cualquier país, cuando se cruzaba con ellos en un aeropuerto o en los pasillos de un hotel.

Puesto que la elección del presidente de la FIDE se basa en que cada país tiene un voto, el de la URSS, con sus cinco millones de jugadores, tiene el mismo peso que el de las islas Seychelles, cuya federación aglutina a muy pocos ajedrecistas, por citar sólo un ejemplo.

El duelo que nunca existió

El hito más importante de su mandato es un hecho histórico que le permitió popularizar el ajedrez de una manera harto discutible, original y escandalosa. Corría el 15 de febrero de 1985, en Moscú. El campeón Anatoli Kárpov y el aspirante Gari Kaspárov luchaban desde hacía cinco meses por el título en un encuentro que ganaría el primero al lograr seis victorias. Kárpov, que empezó ganando por 5-0, dominaba ahora por 5-3 y daba claras muestras de agotamiento físico después de 48 partidas contra el joven retador.

Lo que ocurrió en esos días es un misterio que aún no se ha desentrañado. Los directivos del Comité de Deportes de la URSS estaban muy preocupados por la salud de Kárpov y, sobre todo, por la posibilidad de que su héroe nacional, cuyos éxitos les daban trabajo y seguridad en el puesto, perdiera el título ante un joven rebelde azerbaiyano de madre armenia y padre judío.

Se supone que una preocupación similar, pero en sentido contrario, afectaba a las altas instancias de la *perestroika* de Mijaíl Gorbachov, que veían a Kaspárov como un potente símbolo de sus ideas. Alexánder Yákovlev, quien era el *número dos* del Kremlin en ese momento, nunca ocultó sus simpatías hacia la nueva estrella de uno de los deportes más populares



Pocas personas pueden presumir, como Florencio Campomanes, de haber conocido el ajedrez desde todas sus facetas: jugador, árbitro, periodista, organizador y directivo.

en la URSS. Tampoco lo hizo, por razones de paisanaje, el temido Guéidar Alíyev, quien entonces presidía el KGB en Azerbaiyán y que, tras la independencia, fue elegido presidente de esa república. Es probable que ambos tuvieran dudas sobre qué teclas debían tocar: si bien es cierto que Kaspárov había remontado un 5-0, lo que invitaba a desear la continuación del duelo sin pausa, no lo es menos que cualquier pequeño error del joven aspirante podía significar su derrota definitiva.

Por lo tanto, los protectores de Kárpov querían parar el duelo y reanudarlo unos meses más tarde con el marcador 5-3 a favor de Kárpov. También veían en Campomanes a un fiel aliado, por su vieja amistad con Kárpov. Además de *Rambomanes*, al presidente de la FIDE también le llamaban *Karpomanes*. Éste se dio cuenta, sin duda alguna, de que si accedía a los deseos de los jerifaltes del Comité de Deportes, pertenecientes a la vieja guardia del régimen, podía disgustar irremediablemente a los nuevos rectores del país más grande del mundo y más importante en el ajedrez. Y obró en consecuencia, con astucia.

A media mañana del 15 de febrero de 1985, Kárpov se trasladaba velozmente en un coche con chófer por las calles de Moscú, tras una reunión con Campomanes y otros directivos. "Acordamos que habría dos días de descanso antes de reanudar el duelo normalmente", aseguró después. El campeón estaba cansado, pero tranquilo y satisfecho con el pacto. De pronto, sonó el teléfono del coche; una voz amiga le dijo: "Anatoli Yevguénevich, vuelva inmediatamente. Campomanes está dando una conferencia de prensa explosiva".

¡Y tanto! El anuncio de que el Campeonato del Mundo iba a cancelarse sin vencedor y a reanudarse con el marcador 0-0 a primeros de septiembre encolerizó a Kaspárov, que tomó el micrófono y echó pestes contra las autoridades de la FIDE y el Comité de Deportes de la URSS. En un momento dado, el acto fue interrumpido para una reunión secreta entre bastidores, cuyo contenido quedó en el mayor de los misterios. Al día siguiente, el *New York Times* publicó un editorial muy crítico hacia Campomanes y buena parte de la prensa mundial se hacía eco del escándalo. El filipino se había convertido así en un hombre famoso.

♙ La guerra con Kaspárov

Pero también se convirtió en el enemigo acérrimo de quien fue el campeón más joven de la historia, en noviembre de ese mismo año. "Puedo vencer a Kárpov pero no al gran dictador Campomanes sin la ayuda del mundo del ajedrez", manifestó Kaspárov al día siguiente de que el presidente de la FIDE colocase la corona de laurel en sus hombros.



La guerra fue muy cruenta. Parapetado desde 1986 en la Asociación de Grandes Maestros (GMA), bajo el mecenazgo del holandés Bessel Kok, Kaspárov no dejaba de lanzar dardos contra la FIDE, mientras mantenía su título contra Kárpov una y otra vez, en 1986, 1987 y 1990. Pero, Campomanes y la FIDE lograron mucho dinero a raíz de esos duelos interminables, cuyo reglamento incluía la siguiente cláusula: "Los *principales* [directivos de la FIDE, miembros del Comité de Apelación y árbitros] tendrán derecho a comer y beber cuanto quieran, donde quieran y cuando quieran a costa del Comité Organizador del Campeonato del Mundo".

Al final, la relación entre el presidente y el campeón fue de amor y odio. En el año 1993, Campomanes montó en cólera cuando, desaparecida la GMA, Kaspárov se alió con su retador, el británico Nigel Short, para crear la Asociación Profesional (PCA) y disputar el título entre ambos fuera de los auspicios de la FIDE; es decir, sin que la FIDE cobrase un duro. Ambos jugadores fueron eliminados durante algún tiempo del *ranking* mundial, pero tuvieron que ser readmitidos ante la presión de los organizadores de torneos. Mientras tanto, el filipino sufrió lo indecible para encontrar patrocinadores del Mundial paralelo de la FIDE, entre Kárpov y el holandés Jan Timman.


Archivo Revista Jaque

Discurso de apertura del Torneo de Linares del año 1995.

Sin embargo, el espíritu pragmático hasta el límite que siempre exhibió Campomanes –"Yo negocio hasta con el diablo"– propició unas conversaciones entre Kaspárov y el presidente de la FIDE, que se plasmaron en el siguiente preacuerdo: se reunificaba el título mundial bajo el control de la PCA, que se comprometía a colaborar económicamente con la FIDE para una buena promoción del ajedrez en los países subdesarrollados.

Ese pacto cambió el rumbo de Campomanes, quien no pensaba optar a la reelección en el Congreso de Moscú de 1994: presentó su candidatura fuera de plazo; provocó otro escándalo mayúsculo; hizo intervenir en la trifulca a Juan Antonio Samaranch, presidente del Comité Olímpico Internacional –que comentó: "Veo que el cisma de ajedrez ha terminado"–; enfureció a Kárpov –quien declaró: "Estoy harto de tanto juego sucio"–, pero consiguió ser reelegido por otros dos años.

Sin embargo, sólo duró uno más en el cargo. Kárpov movió sus peones con habilidad y utilizó unos documentos que acusaban a Campomanes de malversación de 492.000 dólares durante la Olimpiada de Ajedrez de Manila, en 1992. La Asamblea de la FIDE rechazó el acuerdo con Kaspárov y sustituyó al filipino por el ruso Kirsán Iliumyínov. A pesar de todo, Campomanes ocupó el nuevo puesto de consejero delegado.

Cuando se le pide un balance de su gestión, Campomanes suele contestar: "Yo duermo con la conciencia tranquila. El caso es que ahora el ajedrez es más popular que nunca". Según cómo se mire, tiene razón. Durante la ceremonia de inauguración del encuentro de revancha (Londres, 28 de julio de 1986), la primera ministra británica, Margaret Thatcher, estaba en el escenario, en posición de firmes y flanqueada por Kaspárov y Kárpov, escuchando los himnos nacionales de la URSS y el Reino Unido. Campomanes se encontraba al lado de un periodista y, con lágrimas en los ojos, le dijo: "¿Ves? Este momento tan solemne no existiría si yo no hubiera cancelado el primer encuentro". Nadie puede negarlo.

Florencio Campomanes

- Nació en Manila en 1926.
- Fue un jugador de alta competición. Por ejemplo, defendió el primer tablero de Filipinas en la Olimpiada de Leipzig (Alemania Oriental) en 1960.
- Sustituyó al islandés Olafsson como presidente de la FIDE en 1982.
- Canceló sin vencedor el primer duelo entre Kaspárov y Kárpov, el 15 de febrero de 1985.
- Fue reelegido presidente de la FIDE en 1986, 1990 y 1994.
- Dimitió en el año 1995, pero fue nombrado consejero delegado de la FIDE.



Vasili Ivanchuk



J. Senda

Vasili Ivanchuk frente a Piket en el Torneo Melody Amber 1998, celebrado en Montecarlo.

Un genio simpático

Su talento es comparable al de los grandes campeones y trabaja como el que más. Ha ganado tres veces el Torneo de Linares y es uno de los diez primeros del *ranking* desde que irrumpió en la elite, a los 20 años. Sus despistes monumentales, su simpatía natural y su genialidad producen un trato cariñoso de jugadores, aficionados, organizadores y periodistas. Pero es nervioso como un polvorín en los momentos de máxima tensión. Por eso, al ucranio Vasili Ivanchuk le falta ser campeón del mundo.

Linares, marzo de 1989. Los clientes del restaurante del hotel Aníbal, sede tradicional del *Wimbledon del ajedrez*, son testigos de una escena patética: Ivanchuk ha pedido un plato de sopa pero tiene serios problemas para que la cuchara llegue a su boca sin que se derrame el contenido. Tras varios fracasos, sale corriendo; vuelve al poco rato, lo intenta con un filete, pero los temblores continúan. Faltan pocas horas para que el joven soviético dispute la última ronda del torneo más prestigioso del mundo y los nervios le atenazan.

Ivanchuk fue capaz de ganar ese torneo, un año después de triunfar en el Open de Nueva York. Durante los 15 días anteriores se había ganado la simpatía de los vecinos de Linares, que le vieron por las mañanas jugando con los niños o cantando, mientras correteaba por la ciudad. Tras la entrega de premios, Ivanchuk se sintió obligado a corresponder a tanta amabilidad y, superando su timidez, entonó un par de canciones de Ucrania. Para entonces ya se conocía un pronóstico muy preciso de Anatoli Kárpov: "Ivanchuk será campeón del mundo, si sus nervios se lo permiten".

♙ Liberar la tensión

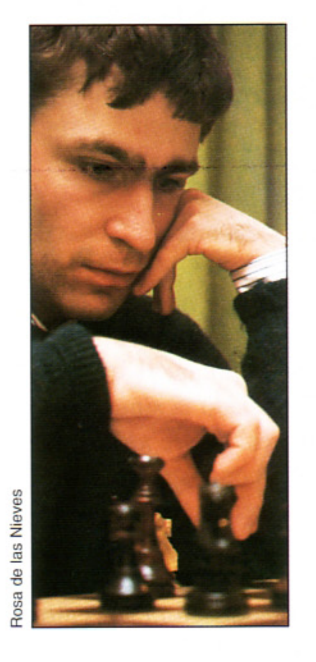
"Necesito ir a correr cuando le toca jugar a mi rival, porque así libero la tensión. El ejercicio hace que mi cabeza esté más fresca, y juego mejor", dijo para explicar sus carreras por las calles durante las partidas, costumbre que luego erradicó. También miraba con frecuencia, y lo sigue haciendo, al público en lugar del tablero, cuando le correspondía jugar. "Eso lo ha-

go sin darme cuenta. Desde pequeño me acostumbré a calcular las posibles variantes sin ver las piezas. Así, mis ojos no se cansan demasiado", comentó.

Ivanchuk ya dedicaba entonces 10 horas diarias a su entrenamiento. "El ajedrez es mi vida. Algunos colegas, los que no pueden llegar a lo más alto, dicen que también hay que dedicarse a otras cosas. Pero si luchas por ser campeón del mundo, el ajedrez te llena por completo. De todas formas, mi caso no es de los más extremos. De vez en cuando me gusta ir al cine y al teatro, leer o pasear con mi novia", decía.

Dos años después, volvió a triunfar en Linares superando a Kárpov y a Kaspárov. Con estas palabras, dedicó el éxito a su esposa ante las cámaras de televisión: "A mí me beneficia mucho que mi mujer sea ajedrecista [Alisa Galliámova, 9ª del *ranking* femenino en aquel momento], aunque comprendo que otros colegas lo consideren excesivo".

El 1 de julio de 1991, el nuevo astro ucranio aparecía en el segundo puesto de la lista mundial. Era una trayectoria fulgurante para un ajedrecista que no había logrado ser campeón del mundo juvenil a pesar de sus repetidos intentos. Nacido en Copichinsi, cerca de Termópolis, del matrimonio entre un procurador y una profesora de física, Ivanchuk aprendió a mover las piezas a los 6 años, justo cuando Kárpov ganó su primera corona. "Él se convirtió en mi ídolo. Después tuvimos una excelente relación y nos entrenamos juntos varias veces", declaró.


Rosa de las Nieves

Vasili Ivanchuk, uno de los jugadores que más simpatía despierta entre los aficionados al ajedrez.

♙ Cerca de la cima

Tres lustros más tarde, Ivanchuk estaba muy cerca de la cima. Los especialistas le señalaban, junto al indio Viswanathan Anand, como el más probable sucesor de Kaspárov y Kárpov. Y todo indicaba que tenían razón: nada más casarse, venció con facilidad (4,5-0,5) a Leonid Yudasin en la primera eliminatoria del Torneo de Candidatos. Pero entonces conoció la faceta dramática del deporte. Ocurrió en Bruselas, durante el mes de julio de 1991: a Ivanchuk le bastaba el empate en la octava partida para eliminar a Artur Yusúpov en cuartos de final. Tras llegar a una posición muy complicada, el ucranio pensó durante una hora y creyó encontrar una variante forzada de tablas. Pero sus análisis contenían un error que Yusúpov aprovechó para ganar el punto y forzar el desempate, que constaba de dos partidas rápidas. El ruso ganó la primera y propuso tablas en la segunda, cuando su rival rozaba la derrota por tiempo.

Fue un golpe muy duro para Ivanchuk, quien tardó años en recuperarse. Volvió a ganar torneos importantes, como el de Linares en 1995, y se mantiene entre los mejores del mundo, pero ya no es el principal candidato para suceder a Kaspárov y Kárpov. Sigue siendo muy apreciado por todos y no es raro verle jugando partidas amistosas con cualquier aficionado. En todo caso, pasará a la historia por su inmenso talento, su completísima preparación teórica y sus divertidas anécdotas como la siguiente.

En el Torneo de Tilburg (Holanda) de 1989, Ivanchuk paseaba un día por el escenario en un silencio sepulcral, esperando la respuesta de su adversario. Soliviantado porque éste tardaba mucho, no pudo resistir la tentación de golpear el *gong* que utilizan los jueces para indicar el comienzo de cada sesión. Los presentes se llevaron un susto de muerte.

Vasili Ivanchuk

- Nació en Copichinsi (Ucrania) el 18 de marzo de 1969.
- Campeón de Europa juvenil en 1987.
- Medalla de oro con el equipo de la URSS en la Olimpiada de ajedrez de 1990.
- Vencedor, entre otros, de los siguientes torneos: Tallin (1986), Lúov (1987), Debrecen (1988), Nueva York (1988), Linares (1989, 1991 y 1995), Yereván (1989), Tilburg (1990), Interzonal de Manila (1990), Reykjavik (1991), Horgen (1995), Wijk aan Zee (1996) y Belgrado (1997).



David Bronstein

Miguel Coluccelli

David Bronstein quedó a las puertas de proclamarse campeón mundial frente a Botvínik, en 1951.

El poder de la imaginación

Pocos meses después de la invasión nazi de la Unión Soviética, el joven de 17 años David Bronstein deambulaba por el Cáucaso, entre Osetia del Norte y Georgia. Se ganaba la vida jugando al ajedrez, disputando torneos locales y dando exhibiciones en hospitales y cantinas de soldados. A punto de ser movilizado, fue declarado inútil por miopía y destinado a lo que habría de ser el centro neurálgico de la resistencia soviética: Stalingrado. Aunque lejos del frente, para colaborar en la reconstrucción de la fábrica siderúrgica *Octubre Rojo*.

Finalizada la guerra, se fue a Moscú, donde llevó una existencia bohemia, pues tenía que buscar dónde dormir prácticamente cada día. Pero su ajedrez iba adquiriendo cada vez mayor consistencia.

Devik iba a cosechar importantes éxitos en el ajedrez. Su victoria en el Torneo Interzonal de Saltsjöbaden, primero, y luego en el Torneo de Candidatos de Budapest, le valieron un prestigio universal. Pero la vida es caprichosa. Tendría que dirimir el derecho a enfrentarse al campeón del mundo con Isaac Boleslavsky, con quien tantas veladas había pasado jugando y charlando de ajedrez. Casi se lo echan a suertes. Boleslavsky era un extraordinario ajedrecista, pero su ambición estaba todavía más adormecida que la de Bronstein.

Entretanto, Bronstein había reforzado su posición en el ajedrez soviético, al ganar el Campeonato de la URSS, por dos

"Si un jugador tiene miedo a reveses competitivos, nunca creará nada nuevo."
Bronstein

veces consecutivas, en 1948 y 1949. Sus combinaciones causaban sensación y su afición al Gambito de Rey (considerada la apertura romántica por excelencia) aunque le proporcionaba satisfacciones, ¡también le acarreaba críticas! Incluso llegaron a amonestarle veladamente para que jugase con "sentido de la responsabilidad nacional", en vísperas del encuentro URSS-EE.UU.

Duelo de titanes

Ahora había que ganar a Botvínik. Boleslavsky lo creía imposible. Bronstein, no. Se sabía mejor, sabía que podía enloquecer a Botvínik con su juego fantasioso e imprevisible. Pero Botvínik era el campeón por antonomasia y en la Unión Soviética se le consideraba un dios, desde que había conquistado el título mundial, a la muerte de Aliojin. Además, Botvínik se confesaba un comunista convencido y no rehusaba adular a Stalin, el padre de la patria. El propio Bronstein llegó a escribir: "Todas las opiniones del ajedrez soviético eran unánimes al considerar a Botvínik como el mejor jugador de las dos últimas décadas y sostenían que conservaría el título de campeón del mundo. ¡Casi daba miedo quitárselo!"



Imagen de Bronstein, obtenida en 1955.

Pero para comprender el comportamiento de un ajedrecista, hay que sacarlo del tablero. El dilema que se le planteaba a Bronstein era que, si ganaba a Botvínik, no sabía *si sabría comportarse como un campeón*, asistir a recepciones y actos públicos. El régimen había encarcelado a su padre, un gerente de factoría, por respaldar las reivindicaciones de los obreros. Sospechaba que quizá también él fuese considerado un *enemigo del pueblo*. Y eso le angustiaba.

El duelo con el *pope* Botvínik estaba programado a 24 partidas. Desde el comienzo Bronstein le creó problemas al campeón, con sus ataques a la salida de la apertura y su agresivo juego táctico, aunque también dejó escapar algunas posiciones favorables. Después de 22 partidas, Bronstein dominaba el marcador por 11,5-10,5. ¡Le bastaba un punto, en las dos partidas restantes, para proclamarse campeón del mundo! Pero, tras un fatal error de Bronstein, Botvínik ganaría la penúltima partida y, al acordarse tablas en la última, conservaría el título. El padre contemplaba la catástrofe de *Devik*, rodeado de autoridades.

Zurich, Torneo de Candidatos

En el año 1953 Bronstein volvió a la carga. Tenía que luchar con los mejores: los "soviéticos" Petrosián, Smyslov, Keres, Geller y Taimánov, junto con los occidentales (Najdorf, Reshevsky, Euwe, Stahlberg) y otras figuras del Este (Gligoric y Szabo).

El torneo dio lugar a que nuestro hombre escribiese uno de los mejores libros jamás publicados sobre ajedrez, declarado por una encuesta entre expertos como *el más influyente de la literatura ajedrecística*. En un atractivo estilo, Bronstein, explica el desarrollo de todas las partidas, no solo desde una perspectiva estratégica, sino deteniéndose en el carácter dramático de cada confrontación.

Sin embargo, Bronstein guarda malos recuerdos de aquella competición, en la que finalizó segundo (empatado con Keres y Reshevsky). El Comité de Deportes de la URSS había decidido, antes de que el torneo comenzase, **quién** debía ganar en Zurich, y un coronel del KGB era el encargado de velar por los intereses **nacionales**. Unas rondas antes del final, Bronstein se encontró en los jardines del hotel con un Keres compungido: "Me acaban de prohibir que trate de ganarle a Smyslov. Ahora te toca a ti". Las autoridades deportivas soviéticas temían al norteamericano Reshevsky, por lo que le allanaron el camino a su favorito, Smyslov. "Por supuesto, seguimos las consignas –confiesa Bronstein–, ¿qué otra cosa podíamos hacer?"

Nuevos asaltos a la corona

El triple empate entre Bronstein, Keres y Reshevsky debía resolverse, porque sólo había una plaza para el siguiente ciclo de candidatos. Keres y Bronstein se sintieron

humillados y decidieron participar en el Interzonal de Gotemburgo para ganarse su plaza a pulso. Bronstein venció con autoridad y de paso consiguió el premio de belleza por su extraordinaria partida con Keres. Pero en el Torneo de Candidatos sólo pudo finalizar tercero-séptimo y fue otra vez Smyslov quien consiguió el derecho a enfrentarse al hombre de acero, a Botvínik.

Se dice que a partir de este momento Bronstein perdió su fuerza competitiva y, aunque siguió muchos años entre los mejores, ya no pudo acercarse al título mundial. Todo esto no deja de ser cierto, aunque en los Interzonales de Amsterdam (1964) y Petrópolis (1973), Bronstein se clasificó de hecho, pero debió ceder su plaza a jugadores que finalizaron detrás de él, debido a la injusta regla que establecía un cupo de jugadores de la misma nacionalidad.

♙ Computadoras para el desayuno

Bronstein siempre se interesó mucho por la evolución de las computadoras y programas de juego en ajedrez. Hasta tiene su propia teoría. Afirma *entenderlas* y *sentirlas*, es decir, comprender su mecanismo "reflexivo".

En 1963 disputó varias partidas contra una computadora experimental moscovita (M-63), a la que venció brillantemente. Más tarde se ha enfrentado a la temible *Deep Thought* y ha comentado en voz alta para el público sus encuentros experimentales en Nueva York y Palo Alto, por lo que la firma Hewlett Packard le ha distinguido con un diploma honorífico, en reconocimiento a su valiosa contribución a la ciencia y la tecnología.

En su segunda juventud el gran maestro ha sido invitado a participar en una competición única en su género: la que anualmente organiza la firma AEGON en La Haya, *Humanos contra máquinas*, en la que toman parte destacados jugadores profesionales junto con los más sofisticados programas de juego.

En 1992 y 1993 ganaría el torneo, sin dejar la menor duda sobre su pericia: todas las criaturas de silicio cayeron ante un soberbio Bronstein que, según dijo un periodista holandés, "se había desayunado con computadoras".

♙ El hombre de las mil ideas

El frenético ritmo del deporte actual ha hecho sugerir a David Bronstein, en más de una ocasión, que si los profesionales del ajedrez pretenden mantener vivo el interés del público hay que acelerar el ritmo de juego.

"Podemos entender a los jugadores de torneo: necesitan ganar puntos y nadie quiere perder, de modo que, ¿por qué razón asumir riesgos? Pero si los grandes maestros pretenden exhibir su creatividad (¡creatividad, sí, y no resistencia atlética!) y ser admirados por el público, deben adecuar sus competiciones a las fórmulas deportivas vigentes."

Por fin, la FIDE, en el Congreso de Sevilla (1987) dio satisfacción a las propuestas de Bronstein, endosando de una forma entusiasta el ajedrez rápido de 30 minutos y aprobando su reglamento. Poco después, la GMA (Asociación de Grandes Maestros) haría lo propio con su peculiar fórmula, 25 minutos por jugador y partida.

Las partidas rápidas constituyen un vistoso espectáculo. Bronstein destacó en el *ajedrez relámpago* (partidas de 5 minutos; *Blitz*, en la jerga), con numerosos primeros puestos, pero más espectacular es aún la modalidad de partidas simultáneas con el mismo rival. Así disputó Bronstein varios duelos, contra Tahl y Vaganián, entre otros, para deleite del público.

El reloj *de Fischer* (cuya novedad consiste en que *inyecta* tiempo adicional) fue adoptado por la FIDE en Groninga (1997), en las eliminatorias selectivas para el Campeonato Mundial. La idea se le había ocurrido a Bronstein mucho antes que a Fischer.

También ha conseguido cierto eco en la prensa especializada la propuesta de Bobby Fischer de situar de forma azarosa las piezas en la primera fila de cada bando, el denominado *Random-Chess* o "ajedrez barajado". Pues bien, David

"Bronstein es una figura clave. Sin él, ni Tahl ni Fischer habrían podido jugar un papel tan importante en la historia del ajedrez."

Gedeon Barcza



Archivo Revista Jaque

Caricatura de David Bronstein.



Archivo Revista Jaque

En la fotografía, David Bronstein durante su participación, en el Torneo de Oviedo, de 1993.

"El lugar de Bronstein en la historia está asegurado. Es uno de los mayores jugadores creativos de todos los tiempos."
Anthony Saidy

Bronstein publicó exactamente la misma idea hace ya varios decenios.

El ajedrez es arte para David Bronstein, quien reconoce como sus maestros inspiradores a La Bourdonnais, Chigorin y Tartakower, quien puede hablar con la misma soltura (y generosidad) de una partida desconocida de Zukertort que de la que ayer ganó un muchacho islandés. ¿Desaparecido del tablero internacional? Quizá. Tan sólo ha recorrido una veintena de países pronunciando conferencias, realizando exhibiciones de simultáneas, jugando para clubes de ajedrez de lugares tan dispares como Oslo, Reykjavik, Ginebra y Oviedo; ha escrito varios libros, además de la mejor columna de la prensa soviética durante veinte años; ha lanzado infinidad de propuestas y se ha batido por sus ideas con una intensidad y lucidez admirables.

Con todo, quizá lo mejor que pueda decirse de él sea la escueta declaración de un campeón mundial, Tigrán Petrosián: "Las jóvenes generaciones creen que el ajedrez moderno empezó con el *Informator* y cosas por el estilo, pero nosotros sabemos que empezó con Bronstein".

David Bronstein

- Nació en Bielaia Tsérkov (Ucrania), el 19 de febrero de 1924.
- 1° en el Torneo Interzonal de Saltsjöbaden, 1948.
- 1° (empatado con Kótov) en el Campeonato de la URSS de 1948.
- 1° (empatado con Smyslov) en el Campeonato de la URSS de 1949.
- 1° (empatado con Boleslavsky) en el Torneo de Candidatos, en Budapest, 1950.
- Vence en el desempate a Boleslavsky y se proclama aspirante al título mundial.
- Empata con Botvínik en 1951, por el Campeonato del Mundo (5-5 y 14 tablas).
- 1° en el Torneo Interzonal de Gotemburgo, 1955.
- 2° (empatado) en el Torneo de Candidatos de 1953.
- 3° (empatado) en el Torneo de Candidatos de 1956.
- Campeón de Moscú en 1946, 1953, 1957, 1961 y 1968.
- Vencedor de los torneos de Gotha 1957, Moscú 1959, Szombathely 1966, Berlín 1968, San José 1974, Sandomierz 1976, Budapest 1977, Yurmala 1978, Tallinn 1983, La Haya-AEGON (*Hombres contra máquinas*) 1992 y 1993.
- Participó con el equipo de la URSS en las olimpiadas de Helsinki (1952), Amsterdam (1954), Moscú (1956) y Munich (1958), con el increíble récord de 30 partidas ganadas, 18 tablas y 1 perdida.



Mijaíl Tahl

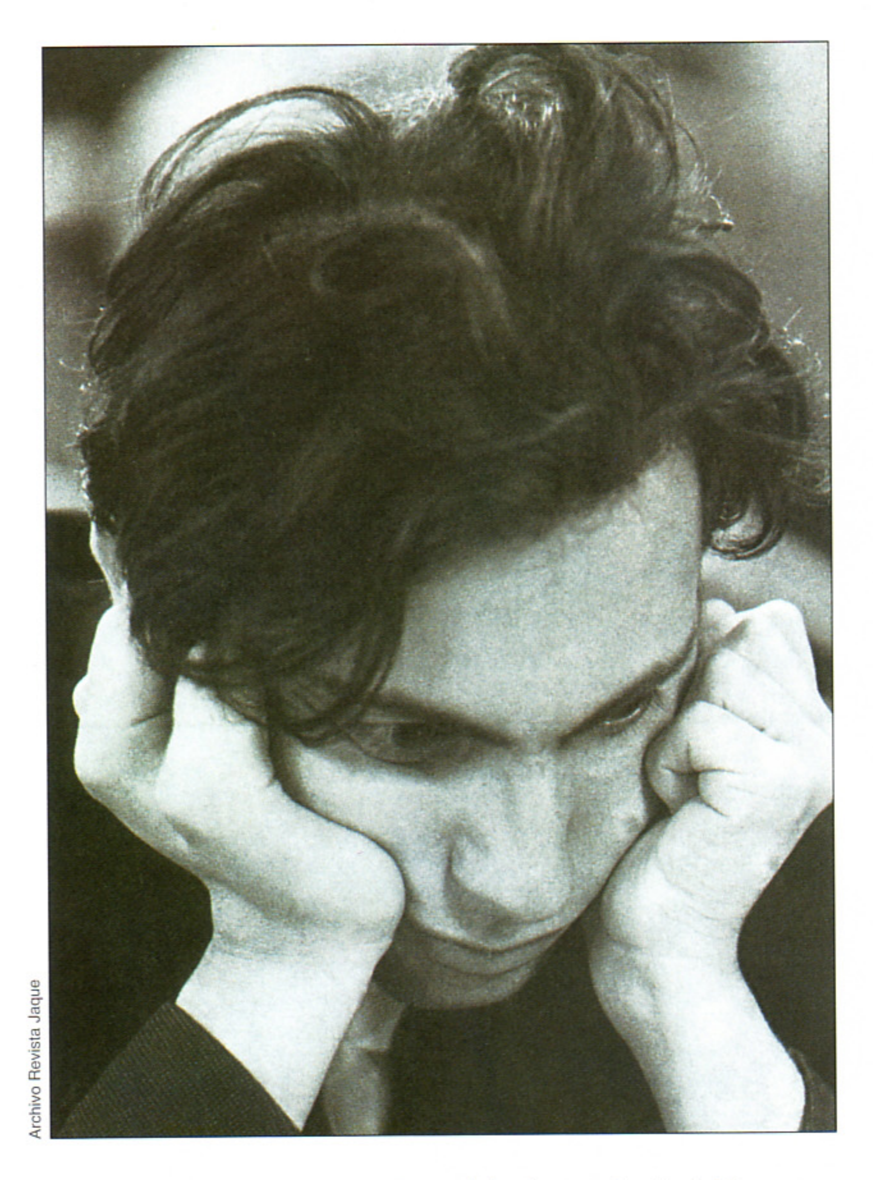
Archivo Revista Jaque

Amante, amado y genial

A Mijaíl Tahl, con su estilo aventurero, le gustaba el riesgo continuo en el ajedrez.

En su última entrevista periodística pidió que en su epitafio se leyera: "Fue uno de los últimos jugadores aficionados". Mijaíl Tahl, fallecido en 1992, a los 56 años, será recordado siempre, pero no sólo por haber sido campeón del mundo: su irrepetible y enrevesado talento, constante búsqueda de la belleza en las partidas, gran calidad humana y fino sentido del humor, le convierten en uno de los ajedrecistas más queridos. Por desgracia, su enorme pasión por el ajedrez se vio lastrada por una salud muy débil, nada favorecida por el alcohol y el tabaco. Fue campeón sólo durante un año, pero su obra y su recuerdo son imborrables.

El cirujano que dirigió una de las múltiples operaciones sufridas por Tahl –la mayoría por problemas renales–, definió así el estado de ánimo de su paciente: "Habló de ajedrez sin parar hasta que le pusimos la mascarilla". El *Mago de Riga* se aferraba a la vida y a todo aquello que le ayudara a sentirse moderadamente feliz: su familia, sus múltiples lugares de residencia –"Si quieren saber dónde vivo, tendrán que llamar a mi mujer"–, las conversaciones con ajedrecistas, la música –"Es un arte muy similar al ajedrez"–, los libros, la botella de whisky siempre cercana y el cigarrillo casi permanente en su mano izquierda. Muchos de los que tuvieron el privilegio de convivir con él le definían como "un genio y una excelente persona".


Archivo Revista Jaque

El joven Mijaíl Tahl consiguió, a los 20 años, proclamarse campeón de la Unión Soviética.

Fue original en todo, incluida su trayectoria deportiva, que no resultó fulgurante en los primeros años, contrariamente a lo que suele ocurrir con los grandes genios. Es decir, nunca fue un niño prodigio en ajedrez, aunque sí destacó en el colegio por su impresionante memoria, que le permitía efectuar mentalmente multiplicaciones con factores de tres cifras y retener poemas y capítulos enteros de libros, tras una breve lectura.

El virus del ajedrez

Nacido en Riga, en el seno de una familia de origen judío y elevado nivel cultural –su padre era médico–, el pequeño *Misha* se interesó por el ajedrez al presenciar una partida en la sala de espera de su casa, cuando tenía 7 años. Tres decenios más tarde, cuando redactaba su autobiografía, Tahl comparó la pasión por los trebejos con un virus: "Supongamos una gripe de Hong Kong que acaba de afectar a un hombre. Éste pasea por la calle sin saber que está enfermo. Se siente bien, saludable, pero los microbios están haciendo su trabajo. Algo parecido, aunque menos doloroso, ocurre con el ajedrez. Aprendes a mover las piezas, pierdes tu primera partida, logras tu primera victoria y te sientes muy orgulloso. Los días pasan y, de pronto, te das cuenta de que sin ajedrez faltaría algo importante en tu vida. Entonces tienes que reconocerlo. Perteneces a ese grupo de personas que no están inmunizadas contra la enfermedad del ajedrez".

Como tantos otros grandes ajedrecistas de la URSS, Tahl entró un día en el Palacio de Pioneros de Riga –con la idea de apuntarse en un grupo de teatro–, descubrió las clases de ajedrez, simpatizó con el profesor (Yanis Krúzkop) y ya no pudo desengancharse de la adicción que marcó su vida. Tenía 10 años; a los 11 venció en una exhibición de simultáneas al gran maestro Jólmov; a los 12 vio interrumpido su primer torneo, el Campeonato Juvenil de Riga, por una escarlatina que exigió su internamiento en un hospital tras ganar las tres primeras rondas. La convivencia con la enfermedad fue una de las constantes de su vida.

El progreso fue relativamente lento, pero incesante. No podía ser de otra manera en un jugador que, como todo apasionado con talento, soñaba con las posiciones aplazadas tras cuatro o cinco horas de juego. Venció a Keres, un ídolo de los letones en aquel momento a pesar de ser estonio, en unas simultáneas con reloj y se proclamó campeón de Letonia en 1953 tras perder una sola partida, ante Alexánder Kóblenz, quien después fue su entrenador. La admiración de éste hacia Tahl nació precisamente en esa partida, cuando su rival le advirtió que aún le faltaba una jugada para superar el control de tiempo. Kóblenz, quien por equivocación había apuntado 40 movimientos, comprobó que solamente había realizado 39 e hizo el último con sólo unos pocos segundos disponibles. Como la posición era desesperada,

Tahl abandonó inmediatamente. Kóblenz incluyó siempre esa anécdota entre sus recuerdos imborrables.

Artista incomprendido

Para entonces, Tahl ya había inaugurado una dolorosa costumbre que nunca fue capaz de abandonar: perdía con mucha frecuencia la primera partida de un torneo, sin que importase demasiado si su rival era más o menos fuerte. A su delicada salud y a esa falta de concentración inicial –que le produjo bastantes sufrimientos hasta que se acostumbró–, se unió otro molesto problema que también perduró durante años: algunos comentaristas criticaban su estilo alocado, de riesgo continuo, agresivo a ultranza, e infravaloraban incluso sus brillantes triunfos, bajo el argumento de que sus sacrificios y combinaciones no eran correctos, dado que habían sido refutados tras sesudos análisis posteriores a la partida. Y no sólo eso: los capitanes de los equipos que incluían a Tahl en su alineación le exigían que jugase "con tranquilidad y orden, sin hacer locuras", sin comprender que estaban reprimiendo la creatividad de un genio cuyo gusto por el caos en el tablero era la fuente de su inspiración.

El tiempo demostró que esas críticas y malos consejos eran un producto de la incomprensión y la impotencia: a menudo, los sacrificios y las combinaciones de Tahl atentaban contra la lógica y rompían los esquemas mentales al uso. Los aficionados gozaban con la brillantez estética de sus ideas, pero, salvo para algunos privilegiados, era inútil intentar entenderlas en su máxima profundidad. Claro que muchos de sus sacrificios eran científicamente incorrectos; pero ni siquiera los mejores ajedrecistas del mundo eran capaces de detectar los agujeros con el reloj en marcha, bajo la tensión de una partida y la confusión que Tahl creaba con su mente enrevesada. La precisión de la ciencia, marginada en esos momentos por el arte y el deporte, resurgía después –a veces, varias semanas después– en los análisis que enriquecían la obra del artista, sin nerviosimo ni necesidad perentoria de elegir una jugada con rapidez. A diferencia de los seres humanos, las computadoras no cometen errores de cálculo, pero tampoco crean nada.


Archivo Revista Jaque

El juego de Mijaíl Tahl con frecuencia desorientaba a sus rivales.

Tahl necesitaba crear. Eso explica la vergüenza que sintió en 1955, cuando eligió con las piezas blancas la variante del cambio de la Defensa Francesa (1. e4 e6 2. d4 d5 3. ed5) contra Víctor Korchnoi, uno de los rivales que siempre se le atragantaba. "Ese día me di cuenta de que buscar el empate a toda costa con blancas es un crimen contra el ajedrez", dijo años después. Y también debió de sentir irritación cuando algunos periodistas le llamaban "el afortunado Tahl", por lo expresado en el párrafo anterior, sin mencionar casi nunca el número de posiciones ganadoras que Tahl malograba por problemas de salud, por su calenturienta imaginación, por exceso de confianza o por simple distracción.



Archivo Revista Jaque

Mijaíl Tahl jugando con Susan Polgar, bajo la atenta mirada de una niña de corta edad: Judit Polgar.

♙ Campeón de la URSS con 20 años

Pero los resultados eran contundentes: en 1957, Tahl se convirtió en el campeón soviético más joven tras ganar un torneo fortísimo cuya nómina incluía, entre otros, a Taimánov, Bronstein (ídolo de Tahl), Korchnoi, Geller, Boleslavsky, Petrosián y Keres. Como era imposible triunfar en esa competición sin ser un ajedrecista de primera fila mundial, el éxito tuvo un inmediato reconocimiento: pocos meses después, la Federación Internacional (FIDE) le otorgó el título de gran maestro, a pesar de que no tenía el de maestro internacional y de que el Campeonato de la URSS no era una prueba internacional, como exigía el reglamento.

Y la evolución deportiva de Tahl también sirvió para comprobar que su "estilo alocado" no excluía el sentido común. Un año más tarde, tras ganar de nuevo el Campeonato de la URSS, explicó por qué había sacrificado una pieza contra Áverbaj sin justificación aparente: "Muchos criticaron el sacrificio porque decían que mi rival disponía de una jugada intermedia que le hubiera dado ventaja. La clave está en un aspecto psicológico. A Áverbaj le gustan las posiciones absolutamente claras, donde todo está en orden. En consecuencia, se siente incómodo en el caos y no encuentra las mejores jugadas. Mi sacrificio hubiera sido una temeridad contra Korchnoi o Jólmov, que simbolizan precisamente el estilo opuesto, pero fue muy acertado contra Áverbaj".

Algunos no entendían esa lógica, y le atribuían un enorme poder mental o incluso poderes hipnóticos. Así, el estadounidense Pal Benko, de origen húngaro, se puso unas gafas oscuras para enfrentarse a Tahl; éste replicó con otras aún mayores, que le prestó Petrosián; cuando Benko se quitó las suyas, hacia la jugada 20, su posición ya era perdedora. No menos curiosa es la actitud de Bobby Fischer, un mozalbete de 15 años en ese momento, durante el Torneo Interzonal de Portoroz (Yugoslavia), en 1958. En aquel vibrante enfrentamiento de dos genios, Fischer tenía dos posibilidades razonables en la jugada 22, tras haber sacrificado una pieza a cambio de un fuerte ataque. Apuntó 22. ♖ae1 con mucha parsimonia con la clara idea de estudiar la reacción de su adversario. Éste, sorprendido, no sabía qué hacer; de modo que se levantó, se encontró con Petrosián y bromeó con él mientras Fischer no dejaba de mirarle ni un segundo. A continuación, el estadounidense optó por 22. ♕c6, y quedó perdido. Cuando Tahl le preguntó por qué razón no había jugado 22. ♖ae1, que era mucho más fuerte, la respuesta de Fischer fue: "¡Usted empezó a reírse cuando la vio escrita!".

El campeón más joven y fugaz

En realidad, Fischer tenía algo de razón, porque Tahl se rió de todo y de todos, incluido él mismo, durante toda su vida. En el camino hacia el Campeonato del Mundo, que incluyó el primer puesto en Portoroz y en el Torneo de Candidatos de 1959 –también en Yugoslavia (Bled, Zagreb y Belgrado)–, los problemas renales se fueron agravando hasta el punto de requerir el paso por el quirófano, donde le extirparon... el apéndice, según asegura Tahl en su autobiografía, sin dar más detalles de tan extraño proceder.

Mijaíl Botvínik era el campeón desde 1948 (excepto durante un año en el período 1957-1958, cuando perdió el título y lo recuperó ante Smyslov) y el indiscutible favorito frente a Tahl. Pero éste se encontraba cargado de ilusión y aún mantenía un estado de salud aceptable, a pesar de que ya fumaba moderadamente, como él mismo reconoce. No cita para nada el alcohol, por lo que cabe deducir que su adicción comenzó más tarde. Lo cierto es que *El Mago de Riga* se impuso con relativa facilidad –seis victorias, trece empates y dos derrotas– y se convirtió en el campeón del mundo más joven de la historia hasta ese momento (1960).

Los aficionados reaccionaron con entusiasmo ante el estilo imaginativo y agresivo del nuevo campeón, pero su reinado fue muy efímero. Entre otras razones, porque Tahl subestimó la capacidad de lucha de Botvínik y su extraordinario rigor científico para planificar el entrenamiento cotidiano. Haciendo uso del derecho a la revancha que le concedían las normas –y de su influencia para que el nuevo duelo se jugase también en Moscú, a pesar de que el campeón prefería Riga–, Botvínik recuperó la corona en 1961, tras imponerse por 10 victorias, cinco empates y cinco derrotas. Sobre las causas de resultados tan distintos en el plazo de un año se escribió mucho. Uno de los hechos es que Tahl rechazó el aplazamiento del duelo de revancha –que Botvínik le propuso– tras sufrir un cólico nefrítico. El resto fueron especulaciones que indujeron a Tahl a publicar las siguientes líneas.

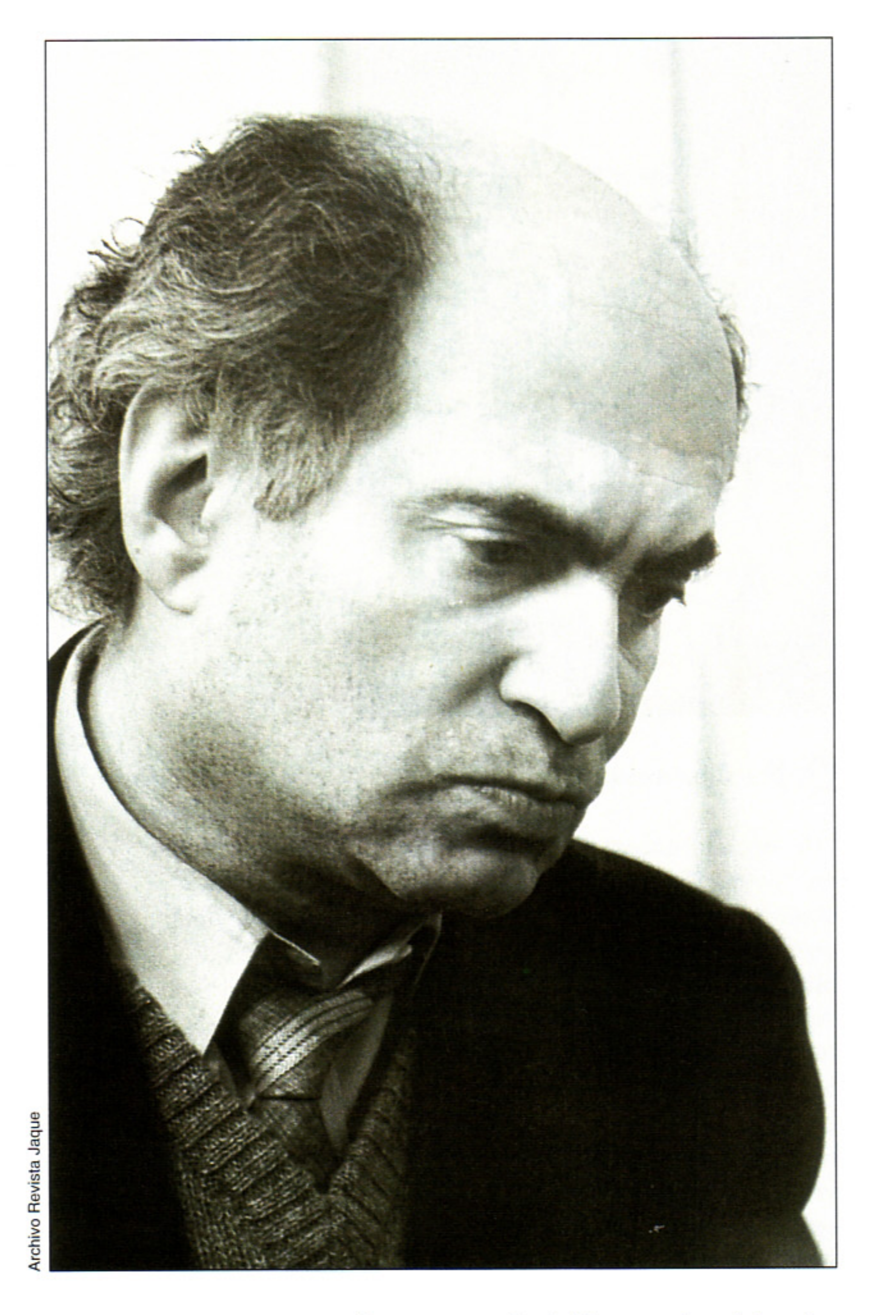

Archivo Revista Jaque

Tahl, en los últimos años de su vida, pensativo, antes de realizar una jugada.

Peculiar autocrítica

"He logrado encontrar dos razones para mi derrota. El lector juzgará por sí mismo sobre su seriedad. 1) Durante el primer encuentro, Botvínik y yo ocupábamos habitaciones adyacentes en el hotel Moscú. Antes de las partidas, mi entrenador [Kóblenz] me hacía feliz entonando canciones napolitanas que me inspiraban tanto como, probablemente, desmoralizaban a mi rival. Durante el segundo duelo, Botvínik no estuvo en el hotel Moscú. 2) Necesité ocho partidas del encuentro de revancha para encontrar mi bolígrafo de la suerte. Pero, qué desgracia, me lo dejé en la mesa tras mi victoria, y cuando volví ya no estaba. Tal vez se lo había llevado algún simpatizante desconocido de Botvínik. Y no logré encontrar una respuesta adecuada. Todo eso es, como dicen algunos, *periodismo*. Hablando en serio, yo dediqué a la preparación del segundo duelo el mismo tiempo y esfuerzo que a la del primero, pero no estaba preparado para el cambio que tuvo lugar en Botvínik, que empezó la revancha con agresividad y disciplina férrea, siempre dispuesto para meterse en una lucha tormentosa, si la consideraba favorable. Algo que no era capaz de hacer en 1960. [...] Por otro lado, debo resaltar que la derrota no produjo ninguna crisis en mi

"Hay dos clases de sacrificios: los correctos y los míos"
Mijaíl Tahl



Archivo Revista Jaque

En los últimos años, la salud frágil de Tahl le impidió dar continuidad a su carrera y conseguir muchos más triunfos, que sin duda estaban a su alcance.

juego, como he leído en varios sitios, dado que gané el fuerte Torneo de Bled solamente tres meses más tarde."

Cuando se le preguntó a Botvínik por el mismo asunto, su respuesta fue muy contundente: "Si Tahl hubiera aprendido a planificar su entrenamiento y su vida, habría resultado imposible vencerle".

♙ El último aficionado

El resto de su vida fue una sucesión de altibajos, frustraciones, visitas a hospitales y pasos por el quirófano, pero salpimentada por partidas fantásticas y numerosos éxitos deportivos de un ajedrecista cuya capacidad atacante tal vez no haya sido igualada, ni lo sea nunca. Además, Tahl nunca dejó de comportarse como un gran amante del ajedrez, "el último aficionado", como él decía, ni de dar la imagen de un sabio despistado y enfermo, que a veces se escapaba del hospital para jugar partidas rápidas en el club más cercano.

Entre las numerosas anécdotas que adornan su vida, es muy significativa la que ocurrió durante una partida contra Vasiúkov en el Campeonato de la URSS, que Tahl relata así:

"Llegamos a una posición muy tortuosa, y yo meditaba sobre la conveniencia de sacrificar un caballo. Las variantes eran muy complicadas y numerosas. Intenté calcular cada una de ellas siguiendo el viejo método del árbol de variantes, pero era inútil. Las ramas y ramitas se entrelazaban de forma caótica, de modo que las jugadas caían sobre mi cabeza desordenadamente, a montones. De pronto, por alguna razón, me acordé del clásico relato en el que Chukovsky cuenta lo difícil que es sacar un hipopótamo de un pantano. No sé por qué asociación de ideas el hipopótamo entró en el tablero. Pero el caso es que, mientras el público estaba convencido de que yo estudiaba concienzudamente la posición, mi mente se esforzaba en un problema bien distinto. Recuerdo que veía poleas, grúas, helicópteros, y cuerdas por todas partes, pero no encontraba una solución científica para el pobre animal. Hasta que me dije: 'Bueno, ¡pues que se ahogue!', y el hipopótamo desapareció de mi cabeza. Entonces volví a ver la posición y no me pareció tan complicada. Recordé que había prometido jugar una partida interesante ese día, me di cuenta de que el sacrifico de caballo era natural, intuitivo, imposible de calcular con detalle, y lo hice. A la mañana siguiente, sentí un placer especial al leer en la prensa cómo 'Mijaíl Tahl, tras sopesar cuidadosamente la posición durante 40 minutos, optó por un preciso y calculado sacrificio de pieza'."

La cita en Bled de 1961 fue calificada como "el torneo del siglo" en aquella época y constituye una de las hazañas más llamativas en el largo palmarés de Tahl: aventajó en un punto a Fischer (el

único que logró vencerle); en dos, a Petrosián, Keres y Glígoric; y en cuatro, a Geller y a Trifúnovic, sobre un total de 20 participantes. Después siguió ganando muchos torneos internacionales, llegó a ser seis veces campeón de la URSS y participó en varios ciclos del Campeonato del Mundo, pero nunca volvió a convertirse en el aspirante al título. La única explicación razonable es su delicada salud, que le hizo retirarse varias veces de torneos importantes, o jugarlos en condiciones harto penosas.

Su producción ronda las 4.000 partidas de competición, una cifra alcanzada solamente por jugadores muy especiales, como Víctor Korchnoi, al que pronto se añadirá probablemente Anatoli Kárpov. Debe subrayarse que Tahl mantuvo un nivel de calidad muy alto hasta el final de sus días, incluso cuando ya estaba gravemente enfermo, como ocurrió en el Torneo de Buenos Aires de 1991, donde empató a puntos en el primer puesto con el peruano Julio Granda y el cubano Jesús Nogueiras.

La última entrevista

Tahl, acribillado por múltiples enfermedades, falleció en Moscú el 28 de junio de 1992. Poco antes concedió una entrevista a los periodistas Leontxo García y Lincoln Maiztegui, cuyo extracto se ofrece a continuación.

Pregunta: Su aspecto es mucho mejor que hace dos años en Skelleftea (Suecia).

Respuesta: Entonces estaba muy mal. Sufría una hepatitis. Mi mujer tenía serios problemas para llevarme a la sala de juego. Una vez, aplacé la partida contra Anderssen; yo quería abandonar sin reanudar porque mi posición era totalmente perdedora. Pero ella insistió, así que fui e hice tablas.

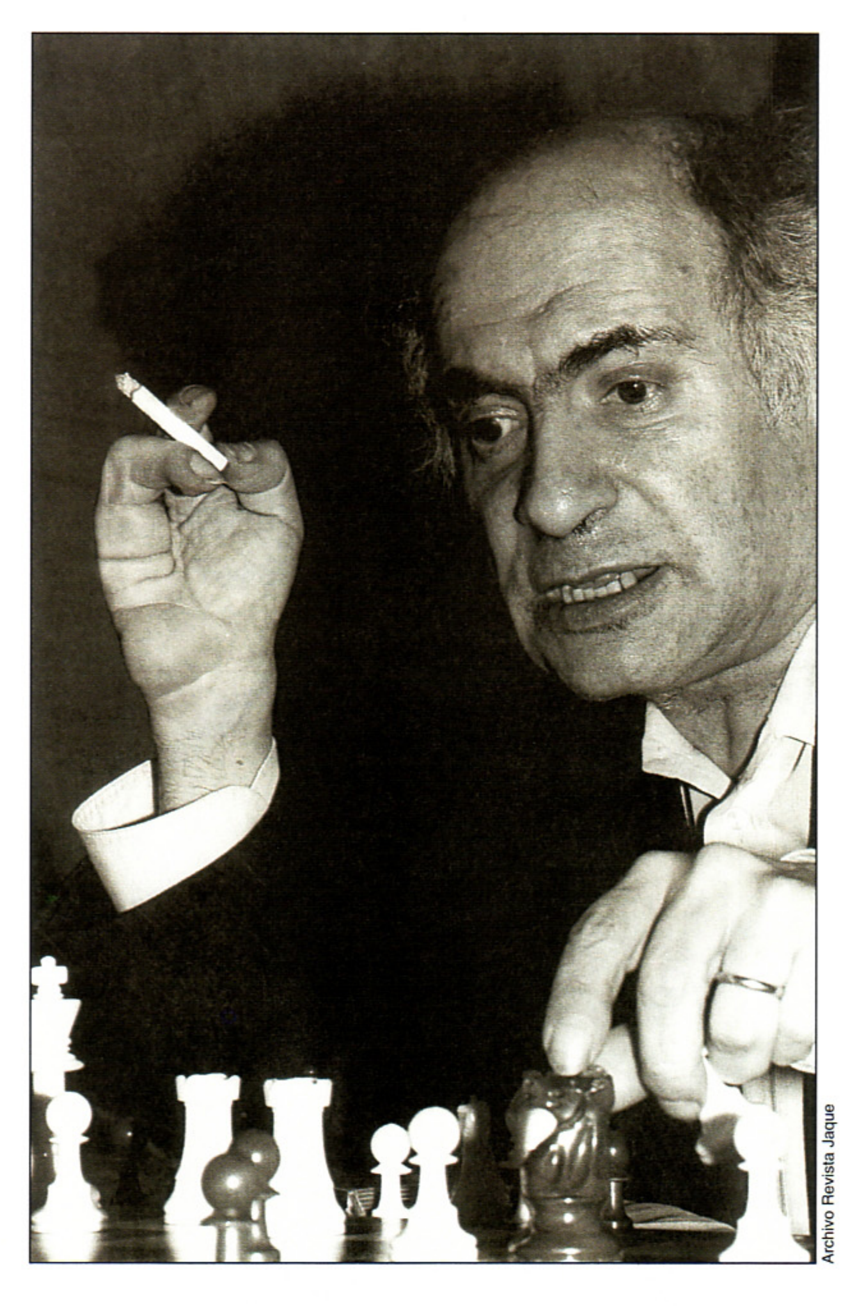
P: Usted destronó a Botvínik en 1960, pero él ganó la revancha un año después. ¿Hasta qué punto influyó en ello su delicada salud?

R: Tuve suerte porque 1960 fue bisiesto y pude ser campeón un día más. Mi salud no tuvo nada que ver. Simplemente, Botvínik jugó mejor. Pero eso no me preocupa porque el título de campeón es provisional, mientras que el de ex campeón es eterno.

P: A lo largo de su carrera se aprecia un debate interno sobre las facetas artísticas, deportivas y científicas del ajedrez.

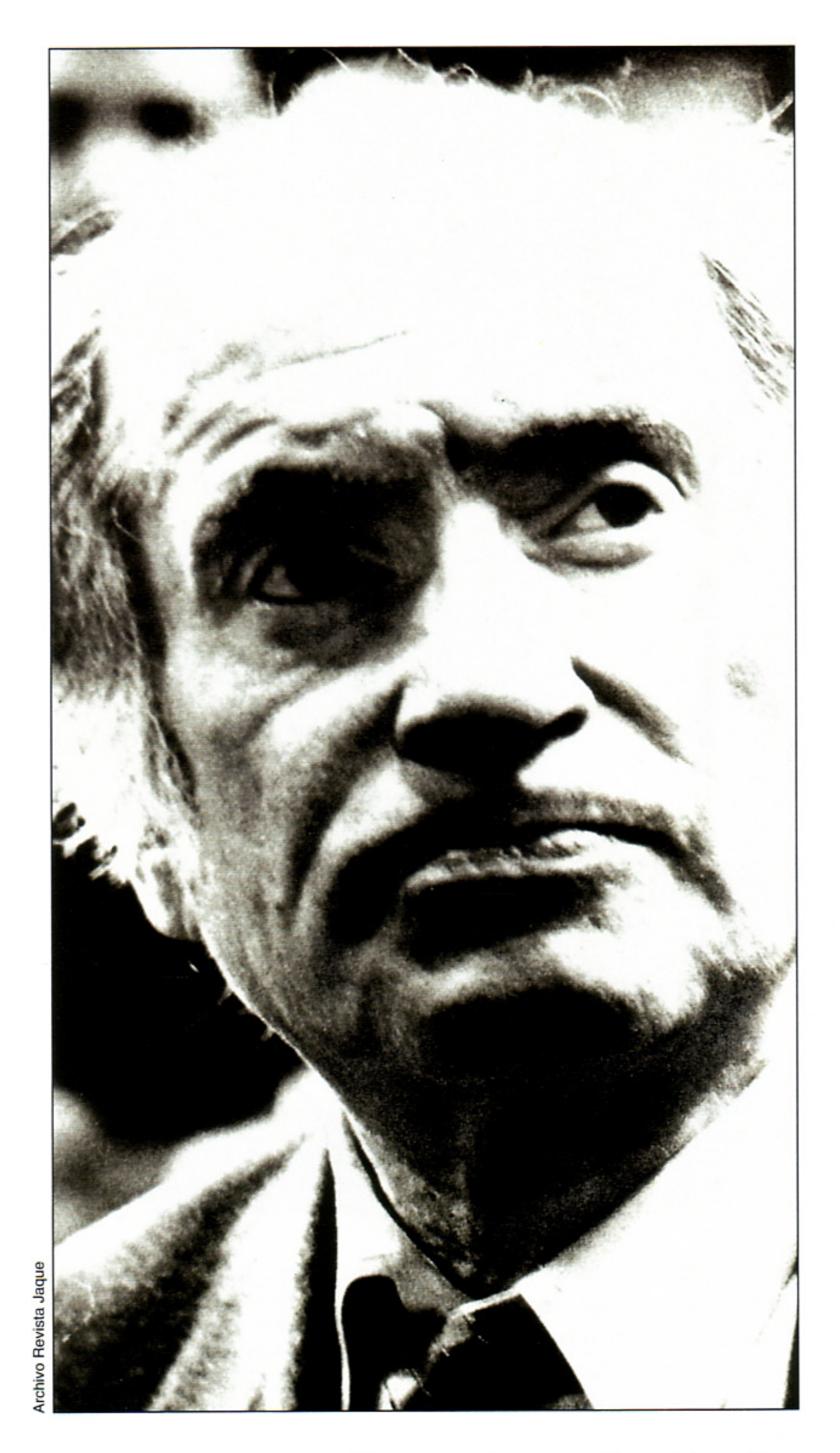
R: Antes, mi sentido artístico se rebelaba con frecuencia contra los condicionantes deportivos. Ahora tengo miedo a la preparación técnica de mis rivales. En las últimas olimpiadas he podido comprobar que hasta las chicas de Papúa-Nueva Guinea estudian muchos libros de ajedrez.

P: En el año 1987, los organizadores del Mundial de Sevilla le contrataron para comentar las partidas. Sin embargo, tuvo que marcharse enseguida debido a que



Archivo Revista Jaque

Imagen habitual de Mijaíl Tahl, con un cigarrillo en la mano derecha y moviendo pieza con la izquierda.



Mijaíl Tahl fue campeón mundial durante un año.

Mijaíl Tahl

- Mijaíl Tahl nació en Riga (Letonia) el 9 de noviembre de 1936.
- Fue campeón del mundo en 1960, tras derrotar en Moscú a Botvínik, quien recuperó el título un año más tarde.
- Ganó seis veces el Campeonato de la URSS, permaneció invicto durante 80 partidas consecutivas en 1972 y contribuyó decisivamente a muchos triunfos de la URSS en olimpiadas y otras competiciones por equipos.
- Su larga lista de primeros premios en otros torneos incluye los siguientes: Campeonato de Letonia (1953 y 1965), Interzonal de Portoroz (1958), Zurich (1959), Candidatos en Yugoslavia (1959), Estocolmo (1961), Bled (1961), Hastings (1964 y 1973), Reykjavik (1964), Interzonal de Amsterdam (1964), Kislovodsk (1964), Sarajevo (1965), Palma de Mallorca (1966), Tiblisi (1968 y 1986), Tallin (1970, 1973, 1976 y 1982), Wijk aan Zee (1972), Sochi (1973, 1977 y 1982), Lublin (1974), Novi Sad (1974), Halle (1974), Leningrado (1977), Montreal (1979), Interzonal de Riga (1979), Riga (1980), Yurmala (1985 y 1987), Berlín (1985) y Río Hondo (1987).
- Murió en Moscú el 28 de junio de 1992

Kárpov creyó que usted ayudaba a Kaspárov y llamó a Moscú para que le sacaran de España.

R: Quizás ayudé a Kaspárov, pero sólo mentalmente, él no lo sabía. Mis relaciones con Kárpov se habían deteriorado, pero no por mi culpa. Yo le ayudé a prepararse contra Fischer y contra Korchnoi por una razón vital: una derrota de Kárpov hubiera supuesto la prohibición de ajedrez en la URSS. Después le dije a Kárpov que sólo le ayudaría si su rival volviese a ser Korchnoi.

P: Kárpov dice que no hay que temer el progreso de las computadoras porque la invención de la bicicleta no terminó con el atletismo.

R: Ésa es una cuestión psicológica. El hombre acepta sin problemas que una máquina corra más rápido que él, pero difícilmente aceptará que una máquina piense mejor que él.



José Cuchí

Archivo Revista Jaque

José Cuchí, con el fondo de la ciudad de Nueva York, sede de sus famosos torneos.

El mejor Open del mundo

A los 23 años cambió el acueducto de Segovia por los rascacielos de Nueva York, adonde se había ido de vacaciones atraído por una chica a la que conoció en la base militar de Torrejón (Madrid).

Cuatro decenios más tarde, José Cuchí es el artífice del torneo abierto más importante del mundo, en una ciudad dominada por la prisa, el ruido y el dólar. Cada primavera, este joyero heráldico hace felices a cientos de ajedrecistas de los cinco continentes.

"Nosotros somos muy brutos para jugar al ajedrez, nos van más los deportes de acción", le decían sus amigos estadounidenses cuando, en 1982, se empeñó en organizar un torneo, multiplicando por 20 los premios habituales en los torneos norteamericanos. "Vino gente desde Alaska, a pesar del pesimismo de mis allegados", recuerda Cuchí, que pisó la tierra prometida por primera vez el 24 de septiembre de 1960.

Después de los habituales apuros para forjarse un futuro, el éxito de la serie televisiva *Raíces*, a finales de los setenta, se tradujo en una gran afición por la búsqueda de los ascendientes genealógicos, lo que benefició mucho a su negocio de joyería heráldica y le permitió dedicar parte de su energía y tiempo a su verdadera pasión: el ajedrez.

Su torneo es el símbolo de esa pasión a lo grande, al estilo americano. Negros, blancos, amarillos y cobrizos; hombres y mujeres; jóvenes y viejos, ricos de Wall Street y pobres vagabundos. Más de 800 jugadores de todos los confines, aliñados con periodistas, árbitros, acompañantes, aficionados y apostadores, montan el circo del jaque cada año en alguno de esos hoteles de 40 pisos de Manhattan.

El sueño americano

Entre los participantes, habitualmente cercanos al millar, suele haber un centenar de profesionales, casi todos de origen eslavo. Si las bebidas de cola, los vaqueros y la idolatría por el dólar eran los símbolos del sueño americano en la extinta URSS, el Open de Nueva York representa eso mismo en versión ajedrecística. Cuchí no engaña a nadie. "Todos saben que sólo unos pocos van a llevarse mucho dinero. Pero vienen atraídos por un imán, porque la ambición y el juego forman parte de la naturaleza humana", declara. Ya lo dijo Péter Svídler, triple campeón de Rusia: "En mi país no eres un verdadero gran maestro hasta que juegas el Open de Nueva York".



José Cuchí, en 1998.

En realidad, los premios rondan los 150.000 dólares (unos 25 millones de pesetas en 1998), una cantidad casi irrisoria si se compara con las que Kaspárov, Kárpov y Anand se han repartido en los últimos Campeonatos del Mundo. Además, la cuota de inscripción supera los 250 dólares, bastante más cara que en los torneos europeos. Todo ello induce a pensar que debe de haber otro factor de atracción. Battsetseg Tsagaan, campeona de Mongolia, da una pista: "Durante la semana del Open soy muy feliz. Conozco gente de todo el mundo y me enfrento a rivales durísimos, que me enseñan mucho". Y John Needham, de Virginia, lo confirma, si bien parece confundir los límites del mundo con los de EE.UU.: "Es fantástico estar junto a tantos grandes maestros. Y, además, viene gente de todo el país".

Cuchí hace lo imposible para amoldar el torneo al frenético estilo de vida de EE.UU., donde las vacaciones largas, y los *puentes* escasean. ¿Es usted de Nueva York o sus alrededores, pero no puede faltar al trabajo de lunes a viernes? No hay problema: juega las cuatro primeras rondas el fin de semana anterior y las cinco últimas a partir de las 17.00 h del viernes siguiente. ¿Vive usted a 3.000 kilómetros de Nueva York y tampoco le dan tantos días? Arreglado: pida sólo uno, vuele el jueves por la noche para jugar cuatro partidas rápidas (de una hora) desde las 9.00 h del viernes y se incorpora a las 17.00 h al ritmo normal. Es decir, otras dos partidas de cinco horas el sábado, otras dos el domingo, y el lunes, como un clavo en su puesto de trabajo. La fiebre del jaque llega a tal extremo, que algunos se inscriben en la primera de esas fórmulas y, tras varias derrotas, se retiran para reengancharse en la segunda, previo pago de otros 130 dólares.

Zoco árabe

Los vestíbulos del hotel elegido como sede del torneo suelen recordar a un zoco árabe. Una abigarrada marabunta de ajedrecistas de todos los colores, desparramados por mesas y alfombras, discuten, analizan o juegan partidas rápidas (con o sin apuestas) desde antes de desayunar hasta la madrugada. Nada que ver con los ambientes de torneos de superelite.

Así, las grandes estrellas del tablero son renuentes a participar en el Open de Nueva York: no hay honorarios fijos, los empates sin lucha son rarísimos y apenas hay tiempo de preparar las partidas. Sin embargo, varios ajedrecistas que luego se convirtieron en astros se curtieron en el mejor torneo abierto del circuito.

Entre las innumerables anécdotas vividas, Cuchí recuerda cómo, sin saberlo, contribuyó a que Gata Kamsky se escapara de la URSS y pidiera asilo político en EE.UU. en 1989. O sus baldíos esfuerzos para convencer a los padres de las hermanas húngaras Polgar de que no les convenía pedir dinero para que sus hijas acudieran al popular programa televisivo *Buenos días América*. O las peripecias para que el cubano Guillermo García eludiera el embargo contra su país y cobrase el primer premio.

Cuchí, agobiado frecuentemente por múltiples imprevistos y con la principal ayuda de Mariette, su paciente esposa, tiene sensaciones contrapuestas cada vez que clausura uno de sus famosos torneos: "Tengo ganas de que ésta sea la última vez, porque es un trabajo agotador con el que no gano dinero; el ajedrez no tiene aquí ningún tipo de subvención. Por otro lado, sé que hago felices todos los años a cientos de ajedrecistas. Quizá sea ésa la justificación de mi masoquismo".



Nigel Short



Rosa de las Nieves

Kárpov juega con Short durante la celebración del Torneo de Linares de 1995.

El rockero que derribó a Kárpov

Un rockero que va a los torneos acompañado por su mujer y por su hija de un año, que toca la guitarra antes de las partidas y que habla con cualquiera es un adversario poco temible. Eso decían las leyes no escritas del ajedrez hasta 1992, cuando el británico Nigel Short, que respondía a esa descripción y tenía 26 años, marcó el principio del fin de una época al eliminar a Anatoli Kárpov del Torneo de Candidatos. Un año más tarde, Short fue también el compañero de rebeldía que Gari Kaspárov necesitaba para provocar el cisma del ajedrez.

La caída de Kárpov en las semifinales, disputadas en Linares, se producía dos decenios después de que otro occidental, Bobby Fischer, asestase un golpe terrible a la hegemonía soviética al desbancar del trono a Borís Spassky. Cuando Fischer alcanzó la gloria, Short tenía 7 años, disfrutaba de una infancia tranquila en Leigh, una pequeña ciudad al noroeste de Londres, y analizaba con deleite las partidas del estadounidense. "Repudiaba sus extravagancias, que no encajaban con mi educación británica, pero admiraba su talento", recordó después.

El talento de Short tampoco ofrecía dudas a sus padres desde cuatro años antes: su madre, embarazada por tercera vez, se levantó de la siesta y vio que Nigel había resuelto seis rompecabezas en una hora. Pero fue el tremendo carisma de Fischer lo que galvanizó la ilusión de aquel niño británico: "En aquel preciso instante sentí que yo podía ser campeón del mundo. No que yo deseaba serlo, sino que podía serlo. Pensé que si yo podía entender aquellas partidas de Fischer y Spassky siendo un niño, ¿qué no sería capaz de hacer de mayor ante un tablero?", recordó muchos años más tarde. Es decir, Short ya sabía, a los 7 años, que iba a ser ajedrecista profesional.

Nigel Short puede presumir de haber sido el campeón británico más joven de la historia.



Rosa de las Nieves

Niño prodigio

Pronto recibió un nuevo estímulo. En el año 1973, el mecenas James Slater anunció un premio de 50.000 libras esterlinas para el primer ajedrecista británico que lograse el título de gran maestro. Fue el detonante de una explosión de ajedrez: Inglaterra se convirtió en la segunda potencia mundial, y Nigel Short, en un niño prodigio. A los 10 años, jugaba 180 partidas de torneo por año, unas tres veces más que en su época adulta. En una de ellas, correspondiente a una exhibición de simultáneas, venció al subcampeón del mundo Víctor Korchnoi. Y a los 12 años ya recibió una carta del fisco británico reclamándole el pago de impuestos. Evidentemente, era un ajedrecista profesional.

Pero no todo eran alabanzas: algunos colegas, y compatriotas, de Short consideraban que su padre le empujaba en exceso. Escribió un libro titulado *Nigel Short: el prodigio del ajedrez*, cuando su hijo tenía 12 años, y a veces llamaba a un torneo en el extranjero para interesarse exclusivamente por el resultado y las ganancias económicas de Nigel. Pero éste siempre ha dicho: "Nunca me vi forzado a hacer algo que no quisiera".

A pesar de tantos éxitos, a Short le faltaba algo esencial. Mientras Kaspárov era sistemáticamente entrenado desde niño por profesionales especializados, Short se podía considerar casi un autodidacta. "Si alguien hubiera corregido mis errores de entonces, creo que hubiera sido excepcionalmente bueno", añora Short, como si ser subcampeón del mundo (en 1993) no fuera suficiente.

Sin embargo, el joven Nigel pronto se dio cuenta de que, en el caso de Kaspárov, no todo el monte era orégano. Ambos se encontraron en 1977 y 1980 en torneos juveniles. "En aquel momento me pareció que era un buen chico. Aún tenía rasgos de humanidad. Pero me dio cierta lástima. Era increíblemente serio, parecía mucho mayor que nosotros y sólo hablaba de ajedrez. La música pop, las chicas y todo eso no le importaban. Por otro lado, él ya sabía cosas de ajedrez que yo aprendí doce años después. Mientras yo estaba tumbado en la cama sin hacer nada, él recibía la educación en ajedrez que a mí siempre me faltó". Así ve las diferencias Short cuando todavía se acuerda del doble trauma que sufrió entre los 13 y los 15 años: el divorcio de sus padres y el último puesto en el Torneo de Londres de 1980, tal vez el más fuerte en la historia del ajedrez en el Reino Unido, donde empató cuatro partidas y perdió nueve. Nigel empezó a tartamudear, perdió la confianza en sí mismo y también el hambre de ajedrez. Además, los resultados escolares comenzaron a ser malos.

Dos medidas drásticas

En cuanto a los deportivos, la irregularidad comenzó a ser sospechosa. Pocos meses después del disgusto que se llevó en el Torneo de Londres, quedó el segundo –superado por Kaspárov– en el Mundial juvenil y obtuvo el título de maestro internacional. En 1982 ganó el Torneo de Amsterdam, pero volvió a terminar el último en Londres, frente a rivales de primera fila mundial. Tenía 17 años, y había tomado dos medidas importantes: cambiar los estudios por el ajedrez e integrarse como guitarrista en un grupo de rock. Fueron sabias medidas: todo empezó a ir mejor inmediatamente.

Llegó una cascada de éxitos que le catapultaron a la elite del ajedrez: fue el campeón británico más joven de la historia en 1984; ese mismo año también obtuvo el título de gran maestro y ganó la medalla de plata en la Olimpiada de Salónica; se clasificó para el Torneo de Candidatos en 1985 –ningun británico lo había logrado hasta entonces– y triunfó en la edición de 1986 del clásico Torneo de Wijk aan Zee (Holanda), con 1,5 puntos de ventaja sobre Ljubójevic, Níkolic y Van der Wiel. Pronto quedó claro que Short era un serio aspirante al título: pocos meses más tarde ganó a Kaspárov en Bruselas, contribuyó a otra medalla de plata para Inglaterra (Olimpiada de Dubai) y logró la de oro al mejor resultado individual.

Sin embargo, ejercía una persistente vagancia que le impedía llegar a la cumbre, como ocurrió en 1988 cuando –a pesar de ser el 3º del *ranking* mundial, tras Kaspárov y Kárpov– fue eliminado por su compatriota Jonathan Speelman en cuartos de final del Torneo de Candidatos. Por entonces se había enamorado de una mujer de origen griego, Rea, psicóloga de profesión, cuya influencia modificó drásticamente su carácter.

Justo ahí comenzó un duro trabajo para ser campeón del mundo. Asesorado por Rea y el amigo de ambos, Dominic Lawson, director del semanario *The Observer*, Short contrató como entrenador al estadounidense de origen checo Lubosh Kavalek, que había sido analista de Bobby Fischer. Y todo fue bien: se clasificó en el Interzonal de Manila de 1994, se tomó la revancha sobre Speelman eliminándole en la primera ronda del Torneo de Candidatos. Después, tras derrotar al bielorruso Borís Gélfand, llegó el momento dramático de un duelo para la historia: contra Kárpov en Linares.

♙ Paredes contiguas

Fuera por casualidad o a propósito, Kárpov y Short ocuparon dos habitaciones de paredes contiguas, lo que les obligaba a hablar susurrando con sus analistas para no desvelar ideas. Además, Short registró minuciosamente la habitación en busca de micrófonos. Para añadir otra dosis de misterio a la situación, la delegación del ruso incluía a un supuesto parapsicólogo, Rudolf Zaigánov, quien, durante el duelo, mostró un gran interés hacia Jayne, la prima de Short, que ayudaba a cuidar de su hija, Kiveli.


Rosa de las Nieves

Nigel Short, con su analista, Robert Hübner.

En el tablero, la determinación de Short –consciente de que una espera de otros tres años sería insoportable– y la biología de Kárpov –siempre magistral en la estrategia pero con evidentes dificultades para ver la mejor jugada sin apurarse de tiempo– fueron las causas principales para explicar el triunfo del británico por 6-4. Con la moral por las nubes, Short continuó viviendo como un monje con el objeto de vencer al holandés Jan Timman en la final de candidatos, que se disputó en San Lorenzo del Escorial (Madrid), en enero de 1993.

Era el aspirante al título de Kaspárov, a quien había mostrado odio en público, y llegó el momento de aplicar el pragmatismo a ultranza: ante la perspectiva de una oportunidad tal vez irrepetible de convertirse en millonario, Short pasó a ser el aliado ideal que el campeón necesitaba para rebelarse contra la Federación Internacional (FIDE). El motín, muy escandaloso, desembocó en la creación de la Aso-



Rosa de las Nieves

Nigel Short, en compañía de su hija Kiveli.

ciación Profesional (PCA) y en una oferta de 342 millones de pesetas (de ellos, 214 para el vencedor) garantizados por el diario *The Times*, para que el duelo se disputase en Londres a partir del 6 de septiembre de 1993.

Obsesionado por la idea de humillar a Kaspárov en su propio terreno –el juego agresivo y lleno de riesgo–, lo que originó serias disputas entre los asesores del británico, éste demostró en las primeras partidas que tenía talento suficiente para destronar al campeón, pero no la estabilidad psicológica imprescindible.

Después de los tres primeros asaltos, Kaspárov dominaba por 2,5-0,5, a pesar de que el marcador podría haber sido el inverso si Short hubiese aprovechado sus posiciones ventajosas. Tras el décimo, en el que el aspirante llegó a desperdiciar cinco variantes ganadoras, el campeón ya vencía por 7,5-2,5. El resultado final fue 12,5-7,5.

Short, que además perdió la ambición, tardó bastante en recuperarse de aquel varapalo, pero volvió a estar entre los mejores del mundo cuatro años más tarde. Con el pelo teñido de amarillo y recuperando la vida monacal que tan buen resultado le había dado, llegó hasta las semifinales del Torneo de Candidatos de Groningen (Holanda). Se marchó con un cheque de 25 millones de pesetas después de ser eliminado por su compatriota Michael Adams en la *muerte súbita*, tras rozar la victoria en varias ocasiones a lo largo de un duelo agotador. Pero Short no perdió su pragmatismo: "No me importa sacrificar algunas neuronas a cambio de tantos dólares".

Nigel Short

- Nigel Short nació en Leigh el 1 de junio de 1965.
- Su adolescencia fue un éxito continuo. Ganó, entre otros, en simultáneas a Korchnoi y Petrosián, e hizo tablas con Portisch y Spassky, además de triunfar en numerosos torneos.
- Campeón del mundo sub-17 y subcampeón del mundo juvenil (superado por Gari Kaspárov) en 1980.
- En 1984 se convierte en gran maestro y en el campeón británico más joven de todos los tiempos. Ya había sido subcampeón en 1979, y repitió el triunfo en 1987 y en 1991.
- Subcampeón del mundo de la PCA en 1993 tras perder ante Kaspárov por 12,5-7,5 en Londres. Antes había eliminado a Speelman, Gélfand, Kárpov y Timman.
- Semifinalista del Torneo de Candidatos en Groningen (Holanda), en 1997.
- Vencedor, entre otros, de los siguientes torneos: BBC Master Game (1981), OHRA Amsterdam (1982), Bakú (1983), Esjberg (1984), Wijk aan Zee (1986 y 1987), Interzonal de Subótica (empatado con Speelman y Sax, 1987), Hastings (1988 y 1989), Memorial Euwe Amsterdam (1991, empatado con Sálov y por delante de Kaspárov, Kárpov y Korchnoi) y Parnu (1996).
- Campeón de Europa con Inglaterra en Pula (1997).



Vladímir Krámnik

J. Senda

La promesa indolente

Vladímir Krámnik es una joven realidad del ajedrez mundial. El mismo Kaspárov le ha destacado como su posible sucesor.

Su talento es tan grande que no admite discusiones. Y sus resultados brillan: gana torneos sin cesar y fue el primero del *ranking* mundial en enero de 1996, a los 20 años. Gari Kaspárov, uno de sus antiguos profesores, le señaló como el más probable sucesor. Pero sus intentos para ser campeón del mundo han fracasado hasta el momento de publicar esta obra. Quizá tenga mucho que ver su indolencia: Vladímir Krámnik empataba sin luchar numerosas partidas que el público esperaba con ilusión.

Manila, Olimpiada de Ajedrez de 1992. Rusia participa por primera vez con ese nombre desde la descomposición de la URSS. Además de las estrellas consagradas, su equipo tiene un jugador muy atractivo para los periodistas: se apellida Krámnik, mide casi dos metros, aún no ha cumplido los 17 años y juega de maravilla; va a lograr la medalla de oro individual tras una actuación impresionante: 8,5 puntos de 9 posibles. Acaba de nacer una estrella.

Hasta entonces, había sido una más de las numerosas promesas del ajedrez soviético. Sus resultados eran brillantes, pero la comunidad ajedrecística aún no había captado en él a un futuro campeón. En cualquier caso, una actuación inmediatamente anterior a la Olimpiada ya auguraba algo extraordinario: ganador invicto en 1992 del Torneo de Chalkidiki (Grecia), donde superó a Lautier, Illescas, Adams, Sokólov, Jenkin y Akopián, entre otros.



J. Senda

Dos niñas entregan un galardón a Krámnik, durante la ceremonia de clausura de Mónaco 98.

Si se bucea en la historia, es muy raro que un futuro astro triunfe en el primer torneo internacional de alta categoría que disputa. En todo caso, comparten el lugar de honor. Por ejemplo: Anatoli Kárpov, en el Memorial Aliojin de 1971, con Stein; Yevgueni Baréiev, en el Campeonato de la URSS de 1990, con Beliavski, Yudasin y Vizmanavin; y Gata Kamsky, en el Torneo de Tilburg de 1990, con Ivanchuk.

De modo que la impresionante actuación de Krámnik en Manila no fue una explosión momentánea, sino la culminación de un año triunfal, que también incluye éxitos en Gausdal (Noruega), Dortmund (Alemania) y Oakham (Reino Unido). Todo ello fue más que suficiente para que recibiese el título de gran maestro durante la misma Olimpiada.

Por otro lado, si se profundiza en su biografía, hay hechos deslumbrantes, sobre todo en la progresión de su *ranking* Elo. Por ejemplo, es harto significativo que Krámnik aparezca por primera vez en la lista con 14 años recién cumplidos (julio de 1989) y 2.490 puntos, un valor altísimo para esa edad.

El éxito de Manila le incluyó entre los 20 mejores del mundo (2.625 puntos) como regalo de su 17º cumpleaños. Y sólo tardó cuatro años más en compartir con Kaspárov el primer puesto de la lista: 2.775 puntos en enero de 1996, cuando tenía 20 años y seis meses. Nadie había alcanzado a una edad tan temprana una cota tan alta, que le colocaba con la cuarta mejor puntuación de la historia hasta ese momento, sólo superada por Kaspárov, Bobby Fischer y Anatoli Kárpov. Se mire por donde se mire, Krámnik tendría que haber disputado una final del Campeonato del Mundo antes del cambio de siglo, pero todo indica que tendrá que esperar hasta el XXI.

♙ ¿Alumno de Kaspárov?

En las entrevistas que concedió en Manila, donde fue incluido en la selección rusa gracias a las presiones de Kaspárov sobre las autoridades deportivas de su país, Krámnik reveló que había nacido en Tuapse, pequeña ciudad de 70.000 habitantes cercana a Sochi, una de las famosas playas del Mar Negro, cerca de la frontera con Georgia y Armenia. Su padre le enseñó a jugar a los 5 años y, cuando comprobó su gran talento, gestionó su ingreso en la escuela Botvínik-Kaspárov, exclusiva para superdotados del ajedrez. Preguntado acerca de aquella experiencia, Krámnik se deshizo en elogios: “Fue una experiencia maravillosa. Nos reuníamos varias veces al año y nos daban trabajo para entrenar en casa en los intervalos. Hice diez o doce grandes amigos. Kaspárov venía de vez en cuando; Botvínik estaba siempre. Ambos nos ayudaban a comentar nuestras partidas y corregir los errores; además, podíamos consultar con

ellos por carta o por teléfono desde casa. También disputábamos partidas de entrenamiento y terminábamos con unas simultáneas frente a Kaspárov".

Cuatro años más tarde, Krámnik había perdido su inocencia juvenil y se empeñaba en forjar una personalidad independiente. "Yo estuve en la escuela de Kaspárov, pero nunca fui alumno personal suyo, aunque recibí enseñanzas de su equipo. Él estuvo allí algunas veces, pero las lecciones que impartía eran para todos. Por el contrario, puedo considerarme alumno del gran maestro Vitaly Cheskovsky. Trabajó mucho para mí, es una gran persona, pero se va haciendo mayor. Hace tres años fue mi entrenador en el Torneo de Madrid y le estoy muy agradecido. Es un gran amigo, todavía un gran jugador y debo reconocer que me ayudó mucho", declaró.

Para entonces, Krámnik había disfrutado de una experiencia valiosísima: ser analista de Kaspárov durante el Mundial de la Asociación Profesional (PCA) contra el indio Viswanathan Anand, que se jugó en Nueva York en 1995. Es muy raro que un campeón incluya en su equipo a uno de sus más probables sucesores, pero, por alguna razón, Kaspárov lo hizo. Y Krámnik no se arrepintió. "Creo que ese tiempo en común fue muy satisfactorio para ambos. Para mí es importante ver cómo trabaja un jugador tan fuerte como Kaspárov, y analizar con él. Estoy seguro de que la experiencia ha sido muy beneficiosa para mí, puesto que después de finalizar mi colaboración con él he conseguido unos resultados excelentes. Gané en Horgen (Suiza), empaté en el primer puesto en Belgrado, también gané varios torneos de ajedrez activo y ahora acabo de lograr otro triunfo en Dos Hermanas", reconoció durante la clausura de ese último torneo.

Torneos durísimos

El caso de Krámnik es paradigmático a la hora de ilustrar el perfil de las nuevas estrellas: llegan muy jóvenes a la cumbre, utilizan el ordenador como herramienta imprescindible para su entrenamiento cotidiano, ganan bastante más dinero que sus predecesores y participan sin cesar en torneos de muy alta categoría.

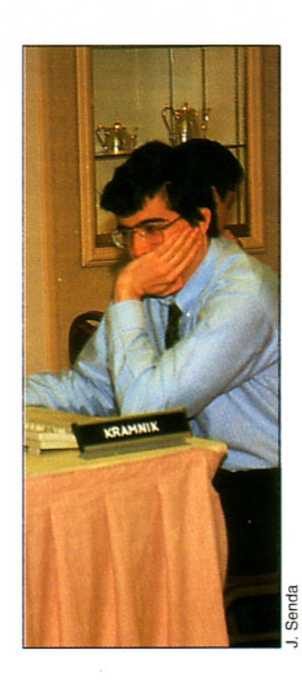
Si se toman los 50 torneos más fuertes de todos los tiempos, Krámnik ha intervenido aproximadamente en la mitad. Y todo indica que esa proporción irá en aumento si el ruso se mantiene entre los diez mejores del mundo durante un cierto tiempo. De hecho, si se exceptúa su época juvenil, Krámnik apenas ha disputado competiciones que no sean de superelite, algo realmente excepcional.

Queda claro, por lo tanto, que sus méritos para aspirar a la corona mundial son indiscutibles. Sin embargo, sus ciclos en campeonatos del mundo se cuentan por fracasos. Durante el cisma que sufría el ajedrez en 1993, Krámnik pasó satisfactoriamente las cribas de los Interzonales de Biel (Suiza), organizado por la FIDE, y Groningen (Holanda), perteneciente al Mundial de la PCA. Pero, en 1994, el favorito de muchos aficionados –y del propio Kaspárov– cae eliminado en ambas competiciones, ante Gélfand (Sanghi Nagar, India) y Kamsky (Nueva York), respectivamente.

Aquellos que deseaban una rápida sustitución de Kaspárov y Kárpov en el trono pensaron que eran tropiezos normales en un ajedrecista tan joven. De hecho, Krámnik continuó ganando torneos con frecuencia y se instaló sólidamente entre los cinco primeros del *ranking*.

Otro fracaso

Como el cisma no se arregló, Krámnik vio otra doble oportunidad en perspectiva en 1997. Pero, en una actitud que le hizo ser admirado por muchos colegas, renunció a participar –y, probablemente, a ganar mucho dinero– en el Torneo de Candidatos de la FIDE como protesta contra los privilegios de Kárpov, que iba a defender su título contra el vencedor sin que éste pudiera descansar ni un solo día. Ya se barruntaba que la PCA iba a ser sustituida por el Consejo Mundial (WCC) y que la primera actividad del nuevo organismo sería organizar un Campeonato del Mundo para que Kaspárov pusiera en jue-



Krámnik, en el transcurso de una partida de Montecarlo 98.



En la fotografía, Vladímir Krámnik (a la derecha) y Vassili Ivanchuk.

go su corona. Krámnik decidió concentrar su energía en esa dirección.

En efecto, todo parecía ir en su favor. El WCC se fundó en febrero de 1998, y Krámnik fue nominado para disputar un duelo de candidatos contra el español Alexéi Shírov tras la renuncia de Anand, que había firmado un contrato de exlusividad con la FIDE. Pero Krámnik no fue capaz de ganar una sola partida en Cazorla, y perdió por 5,5-3,5. Con independencia de los méritos de Shírov, cuyo gran talento se vio enriquecido por una gran serenidad ante el tablero, Krámnik fue una sombra de sí mismo.

Aunque su explicación de la derrota apuntó en otra dirección –"He jugado con tan poca ilusión como el conductor de un autobús. Tenía que haber descansado un mes antes del duelo"–, todo indicaba que Krámnik había vuelto a sufrir las consecuencias de un problema psicológico. El mismo que provocó su eliminación de los Mundiales de 1993. El mismo que le incitaba a defraudar a los aficionados cuando firmaba empates sin lucha en partidas muy importantes. El mismo que se aprecia en estas frases, pronunciadas en enero de 1998: "Estar en forma es algo muy difícil. A veces se va por unas causas, y luego reaparece por otras. Lo único que puedes hacer es trabajar. [...] Cuando se pierde la buena forma, viene el pánico".

Vladímir Krámnik

- Vladímir Krámnik nació el 25 de junio de 1975.
- Campeón sub-15 de la URSS en 1987 (Krasnodar).
- Subcampeón del mundo sub-14 en 1989 (Puerto Rico).
- Subcampeón del mundo sub-18 en 1990 (Singapur).
- Campeón del mundo sub-18 en 1991 (Guarapuava, Brasil).
- 4º en el Europeo Juvenil de 1991 (Groningen, Holanda).
- Dos medallas de oro, individual y colectiva, en el Mundial por equipos juveniles de 1991 (Maringa, Brasil).
- Dos medallas de oro, individual y colectiva, en la Olimpiada de 1992 (Manila). También contribuyó a las medallas de oro de Rusia en las ediciones de 1994 (Moscú) y 1996 (Yereván, Armenia).
- Ganador, entre otros, de los siguientes torneos: Chalkidiki 1992, Gausdal 1992, Madrid 1993, Horgen 1995, Dos Hermanas 1996 y Dortmund en 1995, 1996, 1997 y 1998.



Mijaíl Botvínik

Revista Jaque

Mijaíl Botvínik se enfrentó a Lévenfish, en 1937.

El patriarca soviético

Sus venas estaban repletas de historia. Su memoria almacenó miles de recuerdos que, hasta poco antes de su muerte, relataba con asombrosa exactitud. Si el ajedrez fuera sólo ciencia, Mijaíl Moiséyevich Botvínik (1911-1995) sería acreedor del Nobel. Como deportista, fue muy beneficiado por el discutible derecho a la revancha, pero nadie puede negarle el mérito de haber recuperado la corona dos veces. Su rigor científico y su tenacidad deportiva le permitieron producir muchas obras de arte. Además de ser campeón del mundo, símbolo del esplendor del ajedrez soviético y maestro de Anatoli Kárpov y Gari Kaspárov, Botvínik fue un pionero de la Informática aplicada al ajedrez. Un sabio patriarca a quien la historia ensalzará.

Una de las deducciones más impresionantes de la biografía de Botvínik es que carece de una deslumbrante genialidad innata: se trata, por lo tanto, del más célebre de los trabajadores incansables del tablero, cuya infancia no tiene nada que ver con la de los niños prodigio, como Capablanca. "Ése es Misha Botvínik; juega bien, pero aquí tenemos chicos con condiciones muy superiores", es la respuesta que el maestro Ilhin Yenevski da a Capablanca, entonces campeón del mundo, cuando éste se interesa por el muchacho de 14 años que le ha derrotado inapelablemente en una exhibición de simultáneas (Leningrado, actual San Petersburgo, 1925). Los cronistas no dicen si el cubano esbozó una sonrisa de escepticismo al oír esa opinión.

En ese momento, el virus ajedrecístico llevaba dos años instalado en la mente de

Iniciado en el ajedrez de forma tardía, Mijaíl Botvínik pronto destacó en este deporte.



Archivo Revista Jaque

Botvínik, que hasta los 12 tuvo otras aficiones. Son tiempos bastante duros. Tras la Primera Guerra Mundial y la Revolución de 1917, la inmensa mayoría de los niños soviéticos crecen mal vestidos y peor alimentados. El pequeño Mijaíl, hijo de dos dentistas, es enjuto y cargado de espaldas; a los 9 años ya lee –con poca luz, durante las famosas noches blancas de Leningrado o Petrogrado, como se llamaba en ese momento– a Pushkin, Lermóntov, Gogol y Turguéniev, lo que daña su vista y le obliga a utilizar gafas desde la adolescencia. Quiere ser escritor teatral, pero también le interesan la música, los gatos y la fotografía. Ya está impregnado de la ideología comunista, a través de los periódicos, aunque no logrará ser admitido como candidato a miembro del Konsomol hasta los 15 años.

Un personaje influyente en su vida es Lenia Baskin, amigo de su hermano Issy. Primero, por ser el culpable de la única torta que Botvínik recibe de su padre: Lenia convence a Misha para que se apropie sin permiso de algunas piezas de dentadura postiza; una vez descubierto, Misha se niega a delatar al instigador. Tres años después, Lenia le enseña a jugar al ajedrez. "Y todo lo demás pasó a un segundo plano", asegura Botvínik en su autobiografía, antes de precisar lo que le atrajo irremediablemente de su nueva pasión: "Es una actividad intelectual similar a la que cualquier persona normal realiza cada día para resolver sus problemas. Primero se limita el ámbito del problema, reduciéndolo a sus elementos más importantes, y después se busca la solución más exacta posible; es decir, la mejor jugada".

Progresión rápida

Aunque la vocación ajedrecística de Botvínik es relativamente tardía, recupera el terreno perdido a gran velocidad. Tanta, que su madre comienza a preocuparse. "¿Acaso crees que vas a ser como Capablanca?", le dice antes de visitar discretamente al profesor Parjonenko, director del colegio de Mijaíl, para expresarle su temor. "No debe preocuparse. Su hijo es muy estudioso, déjele tranquilo", es la respuesta. Gana su primer torneo serio, con 18 rublos de premio, lo que le convierte "en una persona independiente", según consta en su autobiografía. Y también el segundo, en dura pugna con un jugador sordomudo, Folga, con el que protagoniza un incidente de los que no se olvidan. Cada vez que Botvínik tiene dificultades en una partida, Folga hace visibles gestos de alegría. Por fin, el joven Misha ve su desquite cuando Folga está a punto de perder la partida decisiva: no contento con devolverle las muecas, va al tablero de su rival y tumba el rey blanco. El presidente del club echa una enorme bronca y amenaza con la expulsión a Botvínik, que casi 60 años después escribe: "Nunca volví a hacer algo así en toda mi carrera".

Poco más tarde, otro personaje crucial entra en la vida de Botvínik. El temido comisario bolchevique Nikolái Vasílievich Krilenko, miembro muy activo de los tribunales que gestionaron las terribles purgas estalinistas, pasó de verdugo



Archivo Revista Jaque

En 1960, durante el Campeonato del Mundo, se enfrentaron dos generaciones del ajedrez soviético. Resultaría vencedor el joven Tahl, frente al veterano Botvínik.

a víctima al ser ejecutado en 1938. Pero, con independencia de ello, Krilenko era un apasionado del ajedrez, sobre el que construyó la siguiente teoría: si el destino de la Revolución es crear al *hombre nuevo* –más sólido, culto, inteligente y libre que el espécimen producido por el capitalismo burgués–, el ajedrez es el terreno ideal para demostrar la superioridad del primero sobre el segundo, del comunismo sobre el capitalismo. Por sorprendente que pueda parecer, esa tesis de Krilenko –que además era un buen ajedrecista– es uno de los bastiones fundamentales de la hegemonía del ajedrez soviético durante casi todo el siglo XX.

No es extraño que Botvínik se deshaga en elogios sobre Krilenko, en primer lugar por la organización del inolvidable Torneo de Moscú de 1925 (Bogoljubov, Capablanca, Lasker, Rubinstein, Torre, etc.), que tuvo un eco formidable entre los escolares soviéticos. Como se verá más adelante en este relato, Krilenko y Botvínik formaron un binomio que hizo historia.

Si el comisario bolchevique no hubiera organizado aquel torneo, el adolescente Mijaíl Moiséyevich no habría derrotado en simultáneas a Capablanca, que viajó a Leningrado tras su actuación en Moscú. Botvínik, como es natural, estaba pletórico de alegría. Pero sufrió un importante chasco cuando, al día siguiente, se dirigía hacia la niña de sus ojos, Murka Órlova, hermana de su amigo Shurka. Éste le salió al paso: "Es mejor que no te acerques, porque no te va a besar; eres judío". Botvínik se acordó entonces de que su padre le había puesto un apellido rusificado para ocultar su origen, y también de que en su casa estaba prohibido hablar en yiddish por prejuicios raciales.

La ayuda de Krilenko

Así se fue forjando el férreo carácter del futuro campeón del mundo, cuya sucesión de éxitos no se interrumpió, a pesar de que nunca se dedicó al ajedrez por completo, porque decidió cursar la carre-



Archivo Revista Jaque

Acompañado de su mujer y de su hija, Mijaíl Botvínik analiza una partida.

ra de ingeniero eléctrico. Desde el principio, Botvínik dio prioridad a la faceta más científica del ajedrez, analizando cuidadosamente cada una de sus partidas y publicando sus análisis con el fin de que las críticas estimulasen su afán por el rigor. No tenía miedo a nadie, pero tampoco se arriesgaba si ello no era consecuente con el espíritu de la posición.

Su fama aumenta sin pausa hasta que se proclama campeón de la URSS por primera vez, en 1931, si bien entre sus contrincantes no estaban todos los que eran. Más fuerte resultó la edición de 1933, que Botvínik también ganó. Krilenko decidió entonces que había llegado el momento oportuno para que el campeón soviético pasara una prueba de fuego: un duelo contra Salo Flohr, el checo que en ese momento ya estaba entre los mejores del mundo y que cinco años después llegó a ser nombrado aspirante oficial al título.

El encuentro, cuya primera mitad se disputó en Moscú y la segunda en Leningrado, mostró el inmenso poder de recuperación y aprendizaje que Botvínik exhibió después en otros momentos culminantes de su carrera deportiva: el ruso iba perdiendo por 4-2 (dos derrotas y cuatro empates), cuando el enfrentamiento cambió de sede, pero invirtió ese resultado (dos victorias y cuatro empates) en las últimas seis partidas, para terminar con el marcador igualado. Era un resultado que nadie había augurado cuando se llegó al ecuador en Moscú; todo el mundo daba entonces a Botvínik como seguro perdedor. Quizá con el resentimiento como motor, la Casa de los Científicos organizó un debate "sobre los aspectos creativos del encuentro", una vez terminado éste. Lévenfish y Romanovsky, dos representantes de la vieja guardia, criticaron a Botvínik por su excesiva precaución y por el abundante número de empates. El campeón soviético recordó a Romanovsky el duelo que éste perdió en 1924 por 6,5-2,5 ante Bogoljubov, y le preguntó: "Si usted jugó entonces correctamente desde el punto de vista creativo, ¿dónde estaría ahora el prestigio del ajedrez soviético en el caso de que yo hubiera jugado *a la Romanovsky*?".

Hubo más críticas, de otro tipo, cuando el profesor Tolvinsky reunió a los futuros ingenieros al final del curso: "Todo ha ido bien. Todos los estudiantes han cumplido satisfactoriamente con sus planes de trabajo, excepto dos. Uno de ellos estaba enfermo; el otro se ausentó para dar un espectáculo público".

Tras algunos problemas de salud, y un relativo fracaso en Hastings-1934 (5º sobre 10 participantes), Botvínik sigue dando satisfacciones a Krilenko y a la creciente masa de aficionados soviéticos. Se venden más de 5.000 entradas para presenciar la ronda inaugural del Torneo de Moscú de 1935, que Botvínik gana empatado con Flohr a 13 puntos, seguidos de Lasker con 12,5, Capablanca con 12 y Spielmann con 11,5. Lo más importante es la actuación de Lasker, de 66 años, que aguanta las 19 rondas sin desmayo, bate a Capablanca y termina invicto.

Es el momento apropiado para ordeñar la gran ubre estatal. Bajo el argumento de que sería muy interesante organizar un torneo en el que todos los rivales fueran fortísimos, Botvínik propone otro para 1936 con sólo diez participantes: cinco soviéticos y cinco extranjeros. Krilenko, muy satisfecho porque el lanzamiento masivo del ajedrez da excelentes frutos, da su aprobación y consigue los fondos necesarios para volver a demostrar que la URSS está en el camino de la excelencia ajedrecística.

Un año triunfal

El torneo es muy emocionante y confirma la impresionante progresión de Botvínik, 2º a un punto de Capablanca en la última gran actuación de éste. Por detrás quedan Flohr, Lilienthal, Ragozin, Lasker, Kan, Lévenfish, Ryumin y Eliskases.

Para Botvínik, es un año triunfal. Dos meses más tarde disputa el Torneo de Nottingham, que supone la consolidación de su gran prestigio internacional. Termina invicto en el primer puesto, empatado a puntos con Capablanca. La clasificación es elocuente y no precisa comentarios: 1º-2º Botvínik y Capablanca, 10 puntos; 3º-5º Euwe, Fine y Reshevski, 9,5; 6º Aliojin, 9; 7º-8º Flohr y Lasker, 8,5; 9º Vidmar, 6; 10º-11º Bogoljubov y Tartakover, 5,5; 12º Taylor, 4,5; 13º Alexander, 3,5; 14º Thomas, 3; 15º Winter, 2,5.

Krilenko ve entonces la oportunidad de oro para ganar la gloria ante Stalin: redacta una carta firmada por Botvínik en la que éste dedica el triunfo al "camarada presidente" (una práctica frecuente de todo artista, deportista o científico soviético que lograba un éxito en el extranjero por aquella época), condecora a Botvínik y se refiere a él durante un discurso en el Comité Central, subrayando que "su triunfo en Nottingham contribuye al avance de la Revolución socialista", nada menos.

Casado con una bailarina, y sin renunciar nunca a su carrera de ingeniero, Botvínik se ha convertido en uno de los firmes candidatos al título mundial, lo que le incita a reforzar un entrenamiento espartano: continúa publicando análisis muy exhaustivos de sus partidas para ser criticado; se entrena con jugadores muy fuertes –especialmente Ragozin–; lo hace con la radio puesta y pide a algunos de ellos que fumen y le echen el humo a la cara con el fin de acostumbrarse al ruido y a un ambiente cargado; duerme en esa misma habitación sin abrir la ventana; presta especial atención a cómo evitar los apuros de tiempo y al análisis de las partidas aplazadas, y cuida diariamente su preparación física con ejercicios gimnásticos. En el terreno de las aperturas, Botvínik rechaza tajantemente las novedades de usar y tirar; en lugar de ello, busca sistemas sólidos cuyo conocimiento profundo le permita utilizarlos durante años. Tanto rigor, asombroso en aquella época, es el espejo donde se han mirado después muchos ajedrecistas profesionales para planificar su entrenamiento.


Archivo Revista Jaque

Mijaíl Botvínik durante el desarrollo de una exhibición de simultáneas celebrada en Leningrado, en 1950.

Frustración y guerra

El Torneo AVRO (una emisora de radio holandesa) de 1938 es el más fuerte de la historia hasta ese momento, pero abre un período de caos. Cada ronda se juega en una ciudad diferente, lo que perjudica a Capablanca y Aliojin, los participantes de más edad, sometidos a un trajín difícil de soportar: Amsterdam, La Haya, Rotterdam, Groningen, Zwolle, Haarlem, Amsterdam, Utrecht, Arnhem, Breda, Rotterdam, La Haya, Leiden y Amsterdam. Triunfa Keres, empatado a puntos con Fine y seguido de Botvínik, Aliojin, Euwe, Reshevsky, Capablanca y Flohr. Éste, nominado por la FIDE un año antes como candidato al título de Aliojin, pero con graves problemas para lograr el dinero de los premios, queda definitivamente descartado.

En teoría, Keres debe ser elegido por su triunfo en tan magnífico torneo. Pero Aliojin ya ha dicho que está dispuesto a defender el título contra aquel de sus siete rivales en el AVRO que aporte 10.000 dó-

Olimpiada de Leipzig de 1960. Botvínik juega contra Lombardy.





El veterano Mijaíl Botvínik analiza una posición.

lares, excepto Capablanca, a quien exige 10.000 dólares oro (unos 18.000 normales) por las pésimas relaciones que existen entre ambos. Previa consulta con el Kremlin, Botvínik se entrevista con Aliojin y llega con él a un preacuerdo secreto, del que Flohr es testigo, para que el duelo entre ambos se dispute en Moscú.

Pero nunca más vuelven a verse, a pesar de que Botvínik recibe pocos días después un telegrama firmado por Molótov, pero muy probablemente dictado por Stalin: "Si decide retar al ajedrecista Aliojin en un duelo, le deseamos un completo éxito. Todo lo demás puede ser fácilmente garantizado".

La condición de Botvínik como ídolo nacional está por encima de apoyos políticos concretos, como el de Krilenko, purgado y ejecutado en 1938; curiosamente, Botvínik no cita este hecho en su autobiografía. Un año antes, no disputó el Campeonato de la URSS porque estaba ocupado con su tesis; le permiten desafiar al campeón Lévenfish, en un duelo que sólo consigue empatar. Tras ganar la edición de 1939, comparte el 5º puesto en 1940. Temeroso de que ese fracaso pueda desanimar a las autoridades del Kremlin en cuanto a las negociaciones con Aliojin –que siguen su curso–, Botvínik logra que se organice el "Campeonato Absoluto de la URSS", en 1941, con los seis primeros del campeonato anterior, incluido Keres. Gana con claridad (nueve victorias, nueve empates y dos derrotas) y dice: "Está claro quién debe jugar contra Aliojin".

La Segunda Guerra Mundial rompe las negociaciones. Exento del servicio militar por su miopía y aprovechando que el ballet Kírov (donde trabaja su esposa) ha sido destinado a Perm, Botvínik logra que le trasladen a esa misma ciudad, en los Urales, como ingeniero. El tren sale de Leningrado el 19 de agosto de 1941; dos días después, los nazis cortan la vía. En Perm, Botvínik se convierte en padre y, aunque escribe un libro con profundos análisis sobre el último campeonato, trabaja mucho en el departamento de energía de alto voltaje. Le asusta que ello pueda repercutir negativamente en su futuro ajedrecístico y se decide a escribir a Molótov; éste ordena que tenga tres días libres a la semana para entrenarse. Un año después le trasladan a Moscú.

Éxitos y corona

Su disciplina en el entrenamiento vuelve a producir una buena renta. En su tercer decenio, Botvínik alcanza ese equilibrio ideal entre lo técnico, lo físico y lo psíquico, que garantiza éxitos. Los suyos son sonados entre 1943 y 1947, lo que le



Botvínik analiza una posición durante el duelo Anand-Ivanchuk (Linares, 1992)

Rosa de las Nieves



consolida como candidato indiscutible al título de Aliojin, cuya colaboración con los nazis (véase su biografía en esta obra) complica mucho las negociaciones. Por desgracia para el mundo del ajedrez, Aliojin muere en 1946, cuando se ultimaban los preparativos para el duelo en Londres.

La FIDE reacciona entonces organizando un torneo (La Haya y Moscú, 1948) a quíntuple vuelta entre cinco candidatos, que termina de forma concluyente: 1º Botvínik, 14 puntos; 2º Smyslov, 11; 3º -4º Keres y Reshevsky, 10,5; 5º Euwe, 4. Por fin, Botvínik es proclamado campeón del mundo.

Ni siquiera el título le desvía de su gran dedicación a la ingeniería. Es más, recién conseguido éste vuelve a ella como prioridad, quizá debido a que su motivación deportiva ya está en declive tras haber demostrado sus méritos sobradamente. Después de lograr el doctorado, defiende la corona en 1951 ante David Bronstein, que le hace sufrir lo indecible. "Si Bronstein hubiese tenido una técnica más depurada en los finales de partida, me habría ganado", reconoce el campeón, que mantiene el título tras empatar el duelo con cinco victorias, cinco derrotas y catorce empates.

Botvínik tampoco logra ganar al nuevo candidato, Vasily Smyslov, en 1954 (siete victorias por bando y diez tablas), pero vuelve a ser beneficiado por la cláusula que favorece al campeón en caso de empate. Sus resultados ya no deslumbran, aunque gana a Taimánov en el encuentro de desempate del Campeonato de la URSS de 1952 y logra el primer puesto, igualado a puntos con Smyslov, en el Torneo de Moscú de 1956.

Aprender de los errores

En los cinco años siguientes, Botvínik resulta muy favorecido por otra polémica cláusula del reglamento: la que otorga el derecho a la revancha al campeón destronado; pero no es menos cierto que demuestra otra vez su gran espíritu deportivo y su tremenda capacidad para aprender de los errores propios. Pierde la corona ante Smyslov en 1957, pero la recupera en 1958; la pierde de nuevo frente a Tahl en 1960, pero vuelve a ganarla un año más tarde. En ambos casos, Botvínik detecta con precisión de cirujano los puntos débiles de los dos campeones efímeros –el juego abierto de Smyslov y el cerrado de Tahl– y conduce el juego a esos terrenos, tras un intensivo entrenamiento, durante los encuentros de revancha. Finalmente, Petrosián le destrona en 1963 y la FIDE opta por abolir el derecho al des-



Una de las últimas imágenes del gran maestro Mijaíl Botvínik.



Rosa de las Nieves

quite. En 1970, Botvínik decide retirarse de la competición para concentrarse en la creación de una computadora que juegue al ajedrez como un gran maestro. También dedica mucha energía a la preparación de grandes talentos. Su escuela especial para ellos, cuyo alumno más aventajado es Kaspárov, es la más famosa de la historia.

Todo indica que el ex campeón sintió un gran placer intelectual como pionero de las computadoras ajedrecistas. Pero también padeció una gran frustración. "Cualquier estudiante chino posee medios tecnológicos más avanzados que yo. Estoy muy cerca de la meta, pero no puedo alcanzarla sin una ayuda mínima", se lamentaba durante una entrevista en Moscú, en enero de 1988. El rigor y la ortodoxia que siempre dedicó a todas las facetas de su vida quedaron patentes en la siguiente anécdota, que se produjo en 1992, tres años antes de su muerte, en Linares, donde fue invitado para presenciar el duelo Anand-Ivanchuk.

En un momento cuyos testigos jamás olvidarán, Botvínik y Smyslov analizaban juntos en la sala de prensa. El joven gran maestro estadounidense Patrick Wolff sugirió una idea. Botvínik le interrumpió de forma abrupta: "Ésa es una jugada de ajedrez activo [modalidad de partidas rápidas]; aquí estamos hablando de ajedrez serio".

Mijaíl Botvínik

- Nació en Kuokkala (cerca de la actual San Petersburgo) el 14 de abril de 1911.
- Campeón del mundo al ganar el Torneo de Candidatos de La Haya/Moscú en 1948. Mantiene el título ante Bronstein (en 1951, +5 -5 =14) y Smyslov (1954, +7 -7 =10). Lo pierde ante Smyslov (1957, +3 -6 =13), gana la revancha (1958, +7 -5 =11), cae ante Tahl (1960, +2 -6 =13), vence en el desquite (1961, +10 -5 =6) y pierde definitivamente ante Petrosián (1963, +2 -5 =15).
- Campeón de la URSS en 1931, 1933, 1939, 1941, 1944, 1945 y 1952.
- Además, ganó los siguientes torneos, entre otros: Leningrado (1930, 1932, 1933, 1934 y 1938), Moscú (1935, 1947 y 1956), Nottingham (1936), Sverdlovsk (1943), Groningen (1946), Hastings (1961 y 1966), Noordwijk (1965) y Wijk aan Zee (1969).
- Fallece en Moscú el 5 de mayo de 1995, a los 84 años.



Miguel Najdorf

Rosa de las Nieves

Un hombre irrepetible

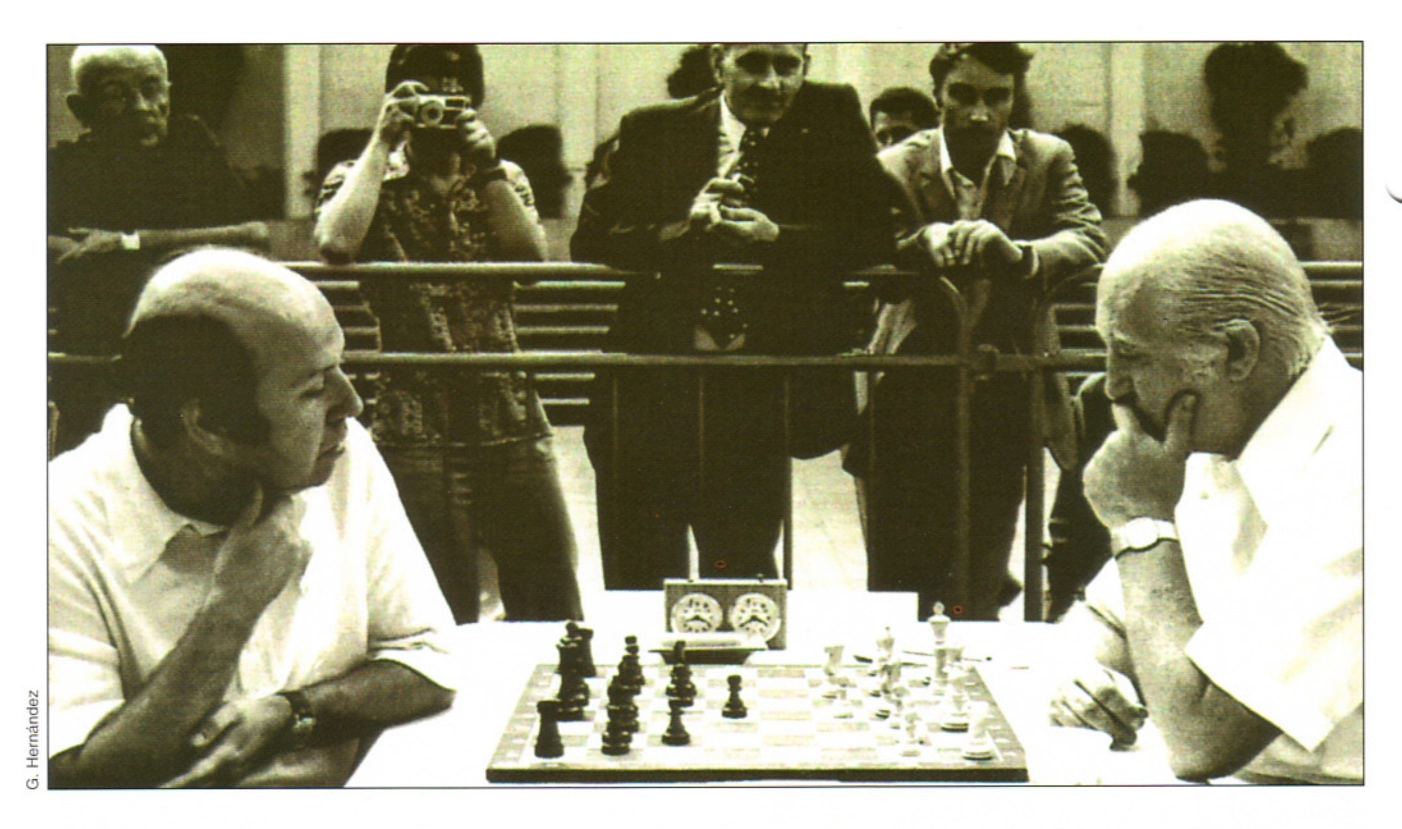
Viajero incansable, era habitual la presencia de Miguel Najdorf en las salas de prensa de torneos y campeonatos.

Vivió 87 años trepidantes. No fueron más porque, desoyendo la opinión de los médicos, Miguel Najdorf no paraba de viajar. "Me gustaría morir viendo un torneo", dijo en Buenos Aires pocos días antes de fallecer en España, el 5 de julio de 1997. Además de servir para una novela muy larga e interesante, su biografía es de las que mejor ilustran cómo la pasión del ajedrez puede dominar una vida. Sin embargo, *El Viejo*, como le llamaban cariñosamente en Argentina, nunca fue un jugador profesional, a pesar de que estuvo entre los mejores del mundo durante 25 años. Con su presencia, los torneos tenían un ambiente especial.

«Era muy sanguíneo. Era todo o nada. No quería, adoraba. No comía, devoraba. Fue muy difícil ser su hija, pero fue un gran honor...» Así le despidió una de sus dos hijas, Liliana, en el cementerio de Tablada (Buenos Aires), antes de irrumpir en llanto.

Más de 50 coches formaron parte del cortejo fúnebre, escoltado por la Guardia de Honor del Regimiento 1 de Patricios. Sus restos fueron depositados en la misma tierra donde yacen dos de sus tres esposas. Previamente, se rezó el *caddish* (oración de duelo en la religión judía). Entre las coronas recibidas había una del presidente de Argentina, Carlos Ménem.

Sus compatriotas ajedrecistas le habían despedido en el Club Argentino, donde tantas horas pasó, como a él le hubiera gustado: jugando partidas rápidas con la variante Najdorf de la Defensa Siciliana, a la espera de la llegada del féretro desde España, mientras centenares de personas desfilaban por la sala para tributarle el último homenaje. Una vez, en ese mismo club, interrumpió bruscamente su habi-



G. Hernández

Miguel Najdorf frente a Arturo Pomar.

tual sesión de partidas rápidas por una razón de fuerza mayor, exclamando: "Ché, me tengo que ir al hospital. Me operan dentro de un rato".

Najdorf era una leyenda viva, un personaje de película. Nació el 15 de abril de 1910 en Polonia; su padre era un comerciante de pieles que deseaba dejar en herencia el negocio a su hijo. Pero éste había sido cautivado por la pasión del ajedrez desde los 9 años, cuando le enseñó a jugar el padre de un amigo.

Esa pasión pudo costarle cara durante el servicio militar: estuvo a punto de ser acusado de deserción al ausentarse sin permiso del cuartel para jugar al ajedrez. Afortunadamente, su rival en esas partidas era el hermano del caudillo de Polonia, Jozef Pilsudski.

Quemados por los nazis

Representó a su país natal en tres olimpiadas; pero la tercera de ellas, Buenos Aires 1939, tuvo un epílogo trágico para él: finalizada la guerra, al volver a Varsovia descubrió que las tropas de Hitler habían quemado vivos a todos sus familiares y amigos (unas 300 personas, incluyendo a su esposa y a un hijo). "El ajedrez me libró de la muerte", solía comentar *Don Miguel* cuando buceaba en sus memorias. En Polonia había tenido como maestro a Savielly Tartakower, otro personaje inmortal del ajedrez, de quien fue uno de sus más destacados alumnos.

A pesar de no conocer el idioma local, rehizo su vida en Argentina, cambió de nacionalidad en 1944 y se convirtió en uno de los mejores jugadores del mundo. "El ajedrez es un reflejo de la vida", era otra de sus frases favoritas. Su trabajo como capitán de la selección argentina dejó una huella imborrable, como recuerda el gran maestro Oscar Panno, compañero de fatigas y alegrías en múltiples competiciones: "Nunca fue posible sustraerse a la vorágine de su temperamento. Y recuerdo que no era sencillo soportar el natural liderazgo de Miguel, ni habituarse a las improntas de su agresivo estilo, pues no había descanso para nadie en la preparación de la partidas, como tampoco posibilidades de dormir en caso de que se aplazaran. Nuestro admirado, pero temido, capitán hacía suyas todas las partidas y quería optimizar los resultados".

Compitió con el equipo de su país de asilo en otras once olimpiadas –3 medallas de plata y una de bronce– y contribuyó muchísimo a la popularidad del aje-

drez en Argentina, donde no tardó mucho en ser un ídolo nacional. No era de extrañar que los taxistas se negasen a cobrarle el servicio o bien que todos los camareros de un restaurante le saludasen cordialmente a la entrada.

Su desmedida pasión se tradujo en numerosas hazañas: además de ser uno de los mayores fanáticos de las partidas rápidas, y a pesar de que nunca quiso ser un jugador profesional (trabajó para un compañía de seguros y se convirtió en millonario), batió el récord del mundo de simultáneas en 1943 (ganó 182, perdió 8 y empató 12) y rozó el umbral de lo sobrehumano al batir también el de simultáneas a la ciega en 1947 (45 jugadas, 39 ganadas, 2 perdidas, cuatro empates).

Amigo de los campeones

Ganó 52 torneos internacionales, fue ocho veces campeón de Argentina y se mantuvo activo hasta 1992, en uno de los casos más impresionantes de longevidad deportiva. Conoció a todos los campeones del mundo oficiales, excepto Steinitz. En su lista de *víctimas* figuran Botvínik, Smyslov, Petrosián, Tahl y Fischer.

Hablaba ocho idiomas; conoció y jugó al ajedrez, entre otras personalidades, con Nikita Kruschev, John Kennedy, el mariscal Tito, Fidel Castro, Perón, el *sha* de Persia, Churchill y el Che Guevara. Todos aceptaron su ofrecimiento de tablas excepto el último, al que no tuvo «más remedio que ganarle».

Era frecuente colaborador del diario *Clarín*, creó el torneo anual que lleva su nombre y contribuyó de manera decisiva a la famosa variante de la Defensa Siciliana, creada por varios maestros checos. Por encima de casi todo, amó el ajedrez. «Sólo mi familia es más importante», dijo tras casarse con Rita, su tercera esposa. Cuando ésta falleció, poco antes de la Olimpiada de Armenia, fue aún más rotundo: «El ajedrez es lo que me da fuerzas para seguir viviendo».

Como deportista, esa fuerza aumentó precisamente después de la tragedia provocada por las tropas de Hitler. Sus resultados antes de la guerra no fueron muy brillantes, si se exceptúa su triunfo en el Campeonato de Hungría de 1936, donde participó fuera de concurso. Terminó el 6º en el Torneo de Margate de 1939, donde empató con Capablanca. Por el contrario, su progresión, después de emigrar a Argentina, fue muy rápida: 2º en 1941, superado por Stahlberg, en el Mar del Plata, que ganó seis veces consecutivas entre 1942 y 1947.



Rosa de las Nieves

Miguel Najdorf, entrevistado por Leontxo García en Madrid, en 1997, poco antes del fallecimiento del gran ajedrecista.

Tras la muerte de Aliojin, que dejó vacante el título mundial, Najdorf estaba entre los diez mejores del mundo sin duda alguna. Pero la FIDE no quiso invitarle al Campeonato del Mundo –en formato de torneo– de 1948 (La Haya y Moscú), a pesar de la renuncia del estadounidense Reuben Fine.

Poco antes, Najdorf había dicho: "Estoy preparado para ser campeón mundial. Tengo 36 años y me hallo en la cumbre de mi juego. Creo que no soy inferior a los que tomarán parte en el torneo [Botvínik, Smyslov, Keres, Reshevsky y Euwe]. Ninguno de estos jugadores tienen un historial mejor que el mío. No he jugado tanto como ellos por mi profesión, lo admito, pero estoy muy satisfecho con mis resultados. Los soviéticos están mejor preparados que yo en la teoría de aperturas, pero, como dijo mi maestro

Tartakower, es en el medio juego y el final donde se revela el buen jugador".

Esa dolorosa contrariedad no hizo disminuir ni un ápice la importancia del ajedrez en su vida. "No sé quién es el mejor jugador del mundo, pero sí sé quién es el que más ama el ajedrez, Miguel Najdorf", le dijo una vez a Tartakower. Logró una gran cantidad de éxitos en los años siguientes, incluyendo el 5º puesto en el Torneo de Candidatos de 1950 (Budapest) y el 6º en el histórico de 1953 (Zurich).

El último acto

«España es el mejor destino para un amante del ajedrez en vacaciones. Por eso estoy aquí. Además, las españolas siguen tan guapas como siempre», dijo Miguel Najdorf con su desbordante vitalidad, en un escenario de Madrid el 26 de junio de 1997, nueve días antes de morir en Marbella. Fue el último acto público del patriarca, abrazado por Gari Kaspárov, que se acercó a las escalerillas para ayudarle a subir al estrado. Los espectadores le dedicaron una ovación interminable, como había ocurrido un año antes en la Olimpiada de Yereván (Armenia), donde la Federación Internacional (FIDE) le había nombrado miembro de honor. A juzgar por la energía que derrochó en los minutos siguientes, nadie podía imaginar que un edema pulmonar –con complicaciones renales y cardíacas– iba a terminar con su vida poco después.


Rosa de las Nieves

Dos generaciones de ajedrecistas: el veterano Miguel Najdorf y Gari Kaspárov, en Madrid en 1997.

Mientras Kaspárov luchaba contra 16 internautas, Najdorf subió a la primera planta, donde Miguel Illescas comentaba las partidas para los espectadores. Y allí actuó en su línea habitual: analizando variantes, sugiriendo jugadas, contestando preguntas, contando chistes y dejándose querer por los aficionados. A más de uno le saltaron las lágrimas al ver la energía y el amor al ajedrez de un hombre irrepetible que jamás tiró la toalla. Sus allegados cuentan media docena de anécdotas similares, ocurridas en distintos sitios durante los últimos años de Miguel Najdorf. Éste sufría un desfallecimiento y tenía que ser atendido por un médico o trasladado a un hospital. Tras recobrar el conocimiento, su primera pregunta era siempre de este tipo: "¿Cómo acabó la partida de Kaspárov? ¿Jugó por fin ♕h4?". Y la respuesta, cualquiera que fuese, solamente podía ser replicada más o menos así: "¡Ché, la ronda de hoy fue extraordinaria, fantástica!"



Miguel Najdorf

- Miguel Najdorf nació en Varsovia el 15 de abril de 1910. Adquirió la nacionalidad argentina en 1944.
- Ganó 52 torneos internacionales; entre otros: Praga (1946), Barcelona (1946), Venecia (1948), Bled (1950), Amsterdam (1950), La Habana (1962) y Mar del Plata (1942, 1943, 1944, 1945, 1946, 1947, 1959, 1961, 1965 y 1969).
- Otras actuaciones destacadas: 2º en Mar del Plata (1941, 1953, 1955 y 1957) y en Buenos Aires (1947), 5º en el Torneo de Candidatos de 1950 y 6º en 1953, 6º en Margate (1939).
- Ocho veces campeón de Argentina (1949, 1951, 1955, 1960, 1964, 1967 y 1975). Campeón de Hungría (fuera de concurso) en 1936.
- Participó en 14 olimpiadas de ajedrez, tres con Polonia y once con Argentina. Contribuyó a dos medallas de bronce (1935 y 1937) y una de plata (1939) para Polonia, y a tres de plata (1950, 1952 y 1954) y una de bronce (1962) para Argentina. Además, logró dos de oro al mejor resultado individual (1950 y 1952).
- Batió el récord de simultáneas (1943, 202 partidas, 182 ganadas, 8 perdidas, 12 tablas) y *a la ciega* (1947, 39 ganadas, 2 perdidas, 4 tablas).
- Murió en Marbella (España) el 5 de julio de 1997.



Kirsán Iliumyínov

Rosa de las Nieves

El joven Iliumyínov, presidente de la FIDE desde 1995, sucedió en el cargo al carismático Florencio Campomanes.

Ángel o diablo

Parecía imposible que Florencio Campomanes pudiera ser sucedido al frente de la Federación Internacional de Ajedrez (FIDE) por otro presidente de gran carisma. Sin embargo, el joven multimillonario Kirsán Iliumyínov también vuela muy alto. Diplomático de carrera, presidente de la república autónoma rusa de Kalmikia, asesor de Borís Yeltsin e hiperactivo, fue elegido en 1995, a propuesta del filipino. Algunos le ven como el salvador de la FIDE. Otros, con Gari Kaspárov a la cabeza, como un gran dictador. Cuando estas líneas entran en la imprenta (agosto de 1998), Iliumyínov acaba de ser salpicado por las conexiones del asesinato de una periodista.

Kalmikia, cercana al volcán político de Chechenia, parecía condenada a la ignorancia mundial. Como tantas otras, su población fue diezmada por las masivas deportaciones de Stalin a Siberia. Gracias a Iliumyínov, esta pequeña república es la que más votos proporcionales (59 %) dio a Yeltsin en los comicios de 1996. Iliumyínov fue reelegido en 1995 hasta el 2002 con el 85 % de los votos, tras regalar 1.000 dólares en acciones del Banco Exterior de Kalmikia a cada habitante. Sus fotos junto a Yeltsin, el Dalai Lama, el Papa y el patriarca de la Iglesia Ortodoxa pueden admirarse en avenidas y edificios. Desea hacer famosa su república a través del ajedrez y la religión; ha construido ocho templos budistas, dos iglesias ortodoxas y una mezquita. "Sólo hay un Dios con diferentes interpretaciones; los kalmikios somos el único pueblo budista en el área europea, pero respetamos todas las religiones", declara. En cuanto al ajedrez,

se imparte como asignatura obligatoria en todas las escuelas de Kalmikia. "Necesito unos ciudadanos inteligentes. Está científicamente demostrado que el ajedrez contribuye a lograr ese objetivo", explica el presidente.

Iliumyínov tiene tiempo para todo porque sólo duerme tres o cuatro horas al día. Si no viaja a Moscú, o a la sede de la FIDE en Lausana (Suiza), o a cualquiera de los casi 160 países afiliados, el presidente acude a su lujoso despacho en la Casa Blanca a las 7.00 h y no se marcha hasta más tarde de la medianoche siguiente, salvo fugaces escapadas para estar con su esposa e hijo o visitar alguno de los proyectos en construcción con el fin de convertir a Kalmikia en una próspera zona libre de impuestos.



Primer plano de Kirsán Iliumyínov, quien compagina su cargo en la FIDE con la presidencia de la República autónoma rusa de Kalmikia.

Negocios con Japón

El polémico presidente sitúa el origen de su fortuna en varias empresas japonesas. Tras ser rehabilitado de la acusación de espiar para los rebeldes afganos –"Mis enemigos políticos aprovecharon mi amistad con el hijo del presidente de Afganistán para calumniarme"–, fue contratado por una compañía nipona, cuyo director de personal había comprobado previamente que Iliumyínov tenía una inteligencia superior a la normal, que hablaba japonés e inglés y que había cursado la carrera de Relaciones Exteriores, especializándose en Japón. Su primer sueldo, de 5.000 dólares mensuales, subió pronto a 10.000 y se fue transformando en acciones. Después creó sus propias empresas. Ésa es la versión que él mismo ofrece. Pero sus enemigos le atribuyen conexiones con la mafia chechena y con toda clase de negocios sucios. Sin embargo, las seis comisiones de investigación enviadas desde Moscú no han encontrado ninguna irregularidad en sus finanzas. La gran ambición de Iliumyínov es ser un día presidente de Rusia.

Ya sea de forma natural o artificial, Iliumyínov proyecta una imagen de gran transparencia. En 1996, durante la disputa en Elistá del Mundial de la FIDE entre Anatoli Kárpov y el estadounidense Gata Kamsky, la mesa de su despacho estaba presidida por tres fotos de Vanga, una anciana vidente búlgara, ciega, muy famosa en los Balcanes por sus predicciones, que falleció unos meses más tarde. Iliumyínov consultó con ella antes de optar a la presidencia de Kalmikia y de la FIDE, y volvió a visitarla. "Me dijo que Yeltsin ganaría las elecciones, pero que sólo sería presidente durante dos años, como máximo, y que yo podría ocupar su cargo en el futuro", comentó. ¿De dónde saca tiempo para su familia? "Mi esposa y mi hijo comprenden que sólo les dedique unas pocas horas cuando estoy en Elistá. Saben que me debo a Kalmikia y al ajedrez", declaró. Para demostrar que es humano, Iliumyínov se va a bailar a una discoteca de vez en cuando: "Yeltsin me dijo que era poco recomendable para mi imagen. Le respondí que si los ciudadanos bailan no hay razón para que no lo hagan los presidentes". Como presidente de la FIDE, Iliumyínov también ha intentado dar esa imagen de persona muy importante pero campechana al mismo tiempo; así, ejecutó con desparpajo una danza kalmikia en el escenario durante la inauguración del duelo Kárpov-Kamsky.

Oficialmente, Campomanes dimitió durante la Asamblea General de 1995 en París porque había fracasado en su intento de convencer a Gari Kaspárov, campeón de la Asociación Profesional (PCA), para reunificar el título mundial, y propuso a Iliumyínov para sustituirle. Otras fuentes señalaron que Kárpov había ejercido presiones muy fuertes contra el filipino para evitar el pacto con Kaspárov. El nuevo dirigente de la FIDE anunció un primer objetivo muy ambicioso: "Reunir a los dos campeones ante una mesa con un plato de cordero a la kalmikia y un litro de vodka". Logró que ambos negociasen durante varios meses de 1996, pero el diálogo fue improductivo.

Afrontar el cisma

¿Por qué razón el presidente millonario de una república rusa quería presidir también la federación de un deporte envuelto en escándalos, cismas y toda clase de problemas? "Amo el ajedrez, cuyas leyes es-

tratégicas utilizo en mi vida política. Campomanes me invitó a la Asamblea General en París con el fin de que yo pronunciase un discurso sobre la candidatura de Kalmikia para organizar la Olimpiada de 1998. Cuando llegué, vi una gran batalla entre Campomanes, Kaspárov, Kárpov, etc. Ya me había dado cuenta en Rusia de que, desgraciadamente, el ajedrez estaba dividido en dos bandos, lo que me parecía inconcebible. Todo esto es muy negativo porque la gente cambia, pero el ajedrez sigue ahí. Por eso, cuando Campomanes me propuso para el cargo, decidí aceptar", declara para justificarse.

De las abundantes acciones de Iliumyínov, algunas se transformaron en gestos para la galería; otras, en sorprendentes realidades. Al primer grupo pertenece su visita en las cercanías de Budapest al estadounidense Bobby Fischer, campeón del mundo en 1972 y retirado despúes por sus desavenencias con la FIDE. Le regaló un terreno en Kalmikia y 100.000 dólares, pero ni siquiera esos argumentos hicieron mella en el díscolo norteamericano.

Iliumyínov, que se encontró las arcas de la FIDE casi vacías al tomar posesión, fue mucho más eficaz en otras facetas. Pagó de su bolsillo los gastos de estancia y viaje de sus directivos en varias ocasiones y se propuso organizar el Campeonato del Mundo por el revolucionario sistema de eliminatorias a dos partidas. Con el fin de demostrar que el proyecto era interesante para eventuales patrocinadores mutinacionales, garantizó cinco millones de dólares para la primera edición, cuyo Torneo de Candidatos se disputó en Groningen (Holanda) con un centenar de participantes. Ganó el indio Viswanathan Anand, que inmediatamente después se enfrentó a Kárpov en Lausana.

Iliumyínov también estrechó los lazos de la FIDE con Juan Antonio Samaranch, presidente del Comité Olímpico Internacional (COI). Le entregó un informe muy amplio con múltiples argumentos para demostrar que el ajedrez es un deporte y solicitó su inclusión en los Juegos Olímpicos. Samaranch vio la idea con agrado, pero exigió la reunificación del título mundial como condición previa indispensable. "Usted ha hecho mucho por el ajedrez y por su país. Ambas cosas deben serle reconocidas. Pero aún le queda algo muy importante por hacer, terminar con el cisma del ajedrez. Para ello, contará con la colaboración de este Comité Olímpico y de su presidente", declaró Samaranch durante el acto de clausura del Mundial de Lausana (enero de 1998), al que Mijaíl Gorbachov acudió como invitado especial.


Rosa de las Nieves

Imagen de Iliumyníov, tomada en su despacho en 1996.

♟ Lazos con Hussein

Dos años antes, la perentoria necesidad de lograr una sede para el citado Campeonato del Mundo entre Kárpov y Kamsky hizo que Iliumyínov, comisionado por

Kirsán Iliumyínov observa una partida entre Alain Delon, hijo del famoso actor, y Anatoli Kárpov, en 1996.



Yeltsin para lograr un acercamiento entre Rusia e Irak, aprovechase su visita a Sadam Hussein para ofrecerle la organización del duelo. El presidente iraquí aceptó, pero las protestas de varios países occidentales se plasmaron en que el gobierno de Estados Unidos prohibió la presencia de Kamsky en Bagdad. Iliumyínov optó entonces por celebrar el encuentro en Elistá.

Aún mayor fue el desgaste de su imagen provocado por el asesinato, en junio de 1998, de la periodista Larisa Yudina, que investigaba supuestos abusos en la utilización de dinero público por parte del gobierno de Iliumyínov. "Debemos encontrar a los asesinos", dijo Yeltsin mientras varios miembros de su gobierno se mostraban convencidos de que el crimen había tenido un claro móvil político. Paralelamente, Iliumyínov aparecía en una lista de personas ricas e influyentes cuyas fuentes de ingresos estaban siendo investigadas por el Kremlin para estimular con castigos ejemplares el pago de impuestos, una práctica inusual en la nueva Rusia.

Mientras tanto, Iliumyínov construía una Villa Olímpica a marchas forzadas en Elistá para celebrar allí la Olimpiada de Ajedrez en octubre. Varios grandes maestros anunciaban su ausencia por motivos políticos. Y el ínclito presidente de la FIDE huía hacia delante con un anuncio de gran impacto: "Me presentaré como candidato a suceder a Yeltsin en el 2000".

Kirsán Iliumyínov

- Kirsán Iliumyínov nació en Elistá (Kalmikia, Rusia), el 5 de abril de 1962.
- Se graduó en el Instituto de Relaciones Internacionales de Moscú en 1989.
- Inmediatamente después creó varias empresas de cooperación soviético-japonesa.
- Fue elegido miembro del Parlamento de Rusia en 1990, presidente de la Cámara de Empresarios de Rusia en 1993 y presidente de Kalmikia ese mismo año. Como único candidato, logró la reelección para siete años en este último cargo en 1995.
- A propuesta de Florencio Campomanes, la Asamblea General de la FIDE le eligió como presidente en 1995 y le renovó la confianza en 1996.
- Organizó el Mundial entre Kárpov y Kamsky de 1996 en Elistá y la primera edición del Campeonato del Mundo por eliminatorias en Groningen (Holanda) y Lausana (Suiza) entre diciembre de 1997 y enero de 1998.



Vasili Smyslov

Archivo Revista Jaque

Por la armonía hacia Dios

En su dilatada carrera, Smyslov ha dejado para la historia del ajedrez partidas de gran belleza.

No es un jugador agresivo, ni un gran teórico ni un estajanovista del entrenamiento. Pero su nombre ya está en la historia con letras de oro debido a que fue campeón del mundo, por su extraordinaria longevidad deportiva y, especialmente, por la impresionante belleza de sus partidas. Él lo llama armonía, la palabra que más repite en las entrevistas, el nexo de unión entre sus dos grandes pasiones, el ajedrez y la música. Lo que, según Vasili Smyslov, le lleva hacia Dios.

Además de ser muy religioso, Smyslov cree en las experiencias místicas. Una de las más importantes de su vida fue la aparición en sueños del inolvidable tenor italiano Enrico Caruso. Ocurrió en 1975: "Yo había cantado en casa de unos amigos. Esa noche, se me apareció Caruso y comenzó a criticar mi técnica porque respiraba mal. Acto seguido, me hizo practicar una forma distinta de respiración y es-

tuve un largo rato ensayando con él. Cuando me desperté, tenía el pecho dolorido, como si hubiera estado toda la noche haciendo un esfuerzo".

Smyslov está convencido de que su talento ajedrecístico es innato y mucho mayor que el musical. Ello explicaría que el contenido de la mayoría de los libros de ajedrez de la biblioteca de su padre –un jugador tan fuerte que ganó a Alexánder Aliojin en el Torneo de San Petersburgo de 1912– le sonara a algo ya sabido. Y también explicaría que no superase la segunda criba de selección de barítonos para el Bolshoi en 1952. "Tal vez lo hicieron porque no querían que dejase de jugar al ajedrez", apunta.

Lo cierto es que, tras aprender el movimiento de las piezas a los 6 años, Smyslov disfrutó a los 13 de una experiencia similar a la de otras estrellas del tablero: quedó subyugado al ver de cerca a grandes campeones. En su caso, Capablanca y Lasker, de gira por Moscú. Su progresión fue muy visible a partir de ese momento: comenzaron sus éxitos en torneos juveniles, en los Campeonatos de Moscú y de la URSS y en el duelo Moscú-Leningrado, mientras estudiaba en el Instituto de Aviación de la capital soviética. Todavía era casi desconocido en el extranjero, a pesar de que sus resultados no ofrecían dudas –por ejemplo, 2º tras Botvínik en el Campeonato de la URSS de 1944– y de que Aliojin ya se había apercibido de su gran clase.


Archivo Revista Jaque

En la fotografía, el joven Smyslov.

El artista que deslumbra

El brillo de la nueva estrella no tardó en deslumbrar. Influido por su profundo estudio de las partidas de Chigorin, Nimzovich y Aliojin, y una vez digeridas sus primeras experiencias en torneos, Smyslov ganó dos veces al estadounidense Samuel Reshevsky, uno de los genios de la época, en el famoso duelo por radio URSS-EE.UU. de 1945, y finalizó el tercero –tras Botvínik y Max Euwe– en Groningen-1946, el primer torneo de elite después de la Segunda Guerra Mundial. Ello le permitió ser invitado al Torneo de La Haya y Moscú de 1948, organizado para elegir al sucesor de Aliojin a la muerte de éste. Smyslov terminó el segundo, detrás de Botvínik, superando a Keres, Reshevsky y Euwe.

Después del tercer puesto en el Torneo de Candidatos de 1950 –Budapest, 1º Boleslavsky, 2º Bronstein–, el momento dulce de Smyslov coincide con uno los mejores torneos de todos los tiempos: Zurich-1953. Quince jugadores de lujo disputaron 28 rondas agotadoras (liga a doble vuelta) durante casi dos meses. Smyslov consiguió uno de los triunfos más memorables de la historia: una sola derrota (ante Kótov) y dos puntos de ventaja sobre sus seguidores. Así quedó la clasificación final: 1º Smyslov 18 puntos; 2º-4º Bronstein, Keres y Reshevsky 16; 5º Petrosián 15; 6º-7º Geller y Najdorf 14,5; 8º-9º Kótov y Taimánov 14; 10º-11º Áverbaj y Boleslavsky 13,5; 12º Szabo 13; 13º Glígoric 12,5; 14º Euwe 11,5; 15º Stahlberg 8. Para relajarse, Smyslov cantaba extractos de ópera en una emisora suiza de radio.

Así llega el duelo más esperado: retar a Botvínik con el título en juego. El enfrentamiento fue extremadamente dramático en cuanto a la marcha del marcador. El campeón impone su experiencia, gana los dos asaltos iniciales, empata el tercero, gana el cuarto y empata los dos siguientes. Todo indica que el encuentro no tiene color y que terminará pronto. Pero Smyslov se reencuentra consigo mismo, supera la humillación, gana la 7ª partida, empata la octava y, a continuación, consigue algo que parecía imposible: Botvínik sufre tres derrotas seguidas. El campeón perdía por un punto y era evidente que su corona corría un serio peligro.

Pero pronto se vio que destronar a Botvínik requería un esfuerzo titánico. Smyslov pierde la 12ª y la 13ª, empata el encuentro al ganar la 14ª, pero vuelve a ser noqueado en las dos siguientes. Esta vez, el aspirante parece fuera de combate, sobre todo después de los tres empates que siguen. Sin embargo, el aspirante da el primer aviso de que se puede ser un competidor muy temible con un carácter muy pacífico: vence en la 20ª, empata la 21ª y la 22ª y obtiene otra victoria en la 23ª. Con el marcador igualado, la última parti-

da es de una emoción indescriptible; pero Botvínik tiene ventaja porque el empate final le favorece. Lo consigue y retiene el título. Smyslov sabe que ha jugado muy bien, pero eso es un triste consuelo: tendrá que esperar tres años más.

Por la intuición al poder

Smyslov confirma que él también es un titán, aunque su temperamento indique lo contrario. Vuelve a ganar el Torneo de Candidatos (Amsterdam, 1956), con 1,5 puntos de ventaja sobre Keres, y desafía de nuevo a Botvínik, en 1957. Esta vez, la situación psicológica es bien distinta porque Smyslov también cuenta con el bagaje de su gran experiencia en la alta tensión: como ha ocurrido tantas veces, el aspirante ha aprendido del campeón y utiliza esos conocimientos contra éste. Además, su formidable intuición para conducir las posiciones con pocas piezas le da una ventaja que él mismo calificó después como "decisiva". Smyslov da el primer golpe en la partida inaugural y, aunque pierde la 4ª y la 5ª, iguala el marcador en la 6ª. Sólo encaja una derrota más, en la 13ª, y se impone inapelablemente por 12,5-9,5. La armonía ha llegado al trono.

Pero el reglamento concede el derecho a la revancha al campeón destronado. Éste, como tantas veces en su impresionante carrera, realiza un ejercicio de implacable autocrítica, estudia minuciosamente los puntos débiles de su rival, llega a la conclusión de que debe llevar la lucha al terreno del juego abierto y le devuelve una humillación pendiente a Smyslov al ganar las tres primeras partidas del tercer duelo entre ambos, en 1958. Esa distancia en el marcador resultó insalvable y Smyslov se convirtió en un campeón muy efímero al caer derrotado por 12,5-10,5.

Fue candidato tres veces más, pero no volvió a disputar el título mundial a pesar de sus numerosos éxitos en torneos importantes. De ese hecho se puede deducir que la derrota ante Botvínik marcó muy negativamente a Smyslov, a pesar de la envidiable estabilidad psicológica que siempre mostró, en cuanto a la lucha por el cetro. Con la perspectiva que dan los



La armonía es la palabra que mejor define el estilo de juego de Smyslov.

años, está claro que pasará a la historia como uno de los más grandes, muy perjudicado por los privilegios de que gozaba el campeón a mediados del siglo XX. Su palmarés incluye 15 primeros puestos (compartidos o en solitario), unos resultados brillantes en nueve olimpiadas de ajedrez y un hecho incontestable: es muy raro ver su nombre por debajo del cuarto puesto. Además, como remate, toda una hazaña: su escalada, a los 63 años, hasta la final del Torneo de Candidatos de 1984, que perdió ante Gari Kaspárov. Antes había adornado su palmarés con una trayectoria casi impensable en un hombre de su edad: 2º en el Torneo de Candidatos de Las Palmas-1982, empata con Hübner en cuartos de final –el desempate se basó en la ruleta de un casino, que favoreció a Smyslov– y vence a Ribli en semifinales.

Palabras de un virtuoso

Alto, plácido, de andar pausado, muy simpático, Smyslov elige sus palabras con cuidado, y rara vez opta por alguna que pueda ser ofensiva para otra persona. Tiene pocos enemigos y muy pocos amigos. Es posible que ello sea una consecuencia lógica de su paso por la cumbre. "Al vol-



Caricatura de Vasili Smyslov, en la que se unen sus dos pasiones: el ajedrez y la música.

La dilatada carrera de Smyslov en el ajedrez llegó a su punto culminante en 1957, al conseguir el Campeonato del Mundo, tras derrotar a Botvínik.


Archivo Revista Jaque

verme viejo, entendí que proclamarse campeón del mundo es un crimen. En el camino hacia el trono haces infelices a muchas personas que no soportan verte triunfar", dijo entre carcajadas durante una entrevista concedida al periodista holandés Dirk Jan Ten Geuzendam.

El periodista uruguayo Lincoln Maiztegui define a Smyslov como "un hombre culto, sereno, de exquisitas maneras, tan diferente de otros maestros de su misma nacionalidad que permite asegurar que incluso en el supuesto estado obrero había clases". Y continúa diciendo: "Sus opiniones son medidas, ecuánimes, eluden de excesivos compromisos y, en todo momento, da una imagen entrañable de hombre justo y bueno".

Y todo ello bajo la sagrada ley de la armonía, que él define, aplicada al ajedrez, como "la capacidad de juzgar una posición de un simple vistazo, sin calcular". Smyslov considera que Capablanca y Mozart tenían esa armonía, cada uno en su arte, y así declara: "Mi estilo en ajedrez y mis preferencias musicales se inclinan a un ideal de perfecta belleza, de armonía esencial, que para mí es la expresión más alta de la espiritualidad".

Vasili Smyslov

- Vasili Vasilíevich Smyslov nació en Moscú el 24 de marzo de 1921.
- Su primer éxito importante fue la victoria en el Campeonato Escolar de la URSS de 1938. Este mismo año empató con Belavenets en el primer puesto del Campeonato de Moscú, torneo que ganó en solitario en 1942 y 1944-45.
- No ganó nunca el Campeonato Absoluto de la URSS en solitario, pero empató en el primer puesto con Bronstein en 1949, y terminó el segundo, después de Botvínik, en 1944.
- Logró el primer premio, entre otros, en los siguientes torneos: Zagreb-1955, Torneo de Candidatos de Zurich-1953 con dos puntos de ventaja, Torneo de Candidatos de Amsterdam-1956 con 1,5 puntos de ventaja, Moscú-1960, Moscú-1963, La Habana-1965, Hastings-1968-69 y Montecarlo-1969.
  Empató a puntos con Botvínik en el primer puesto del Memorial Aliojin de 1956, en Moscú.
- Campeón del mundo en 1957 (ganó a Botvínik).
- Subcampeón del mundo en 1948 (Torneo La Haya-Moscú), 1954 (empató con Botvínik) y 1958 (perdió ante Botvínik).
- En 1984, a los 63 años, perdió la final del Torneo de Candidatos con Kaspárov tras finalizar segundo en el Interzonal de Las Palmas (1982) y eliminar a Hübner y Ribli (1983).
- Campeón del mundo de veteranos en 1991, a los 70 años.
- Participó en nueve olimpiadas, con 69 victorias, 42 empates y 2 derrotas.

François André Philidor



Ilustración de la época en la que aparece Philidor jugando a la ciega.

El alma del ajedrez

El mejor ajedrecista músico y el mejor músico ajedrecista, François André Danican Philidor fue sin duda el *número uno* del siglo XVIII. La coincidencia de su vida (1726-1795) con la Revolución Francesa es uno de los más claros ejemplos del paralelismo histórico entre la supremacía en ajedrez y el liderazgo cultural de un país. Además de ser el campeón del mundo oficioso durante 50 años, aportó un lema fundamental e inmortal a la estrategia: "Los peones son el alma del ajedrez".

El apellido familiar era Danican pero, dado que todos sus antepasados próximos habían sido músicos de la corte, Luis XV le puso el apelativo de Philidor, tras exclamar: "He encontrado a un segundo Filidori", en recuerdo de un famoso músico italiano. Las hazañas infantiles del pequeño François André ya permitieron vaticinar lo que hoy es diáfano: la música y el ajedrez son las dos actividades humanas, junto a las matemáticas, que producen más niños precoces. A la inusual edad de 6 años formaba parte del coro de la Capilla Real de Versalles. A los 10, mostró un formidable talento para el ajedrez de forma curiosa, al retar a una partida a uno de los músicos de la corte, que acostumbraban a practicar el deporte mental en sus ratos libres. Cuentan las crónicas de la época que su adversario aceptó la invitación socarronamente, y que el humor de éste cambió de forma radical cuando se vio en una posición perdedora. Temeroso de la ira del vencido, Philidor salió disparado de la sala tras dar jaque mate.

A los 11, logró que el coro interpretase un motete suyo, y a los 14, era uno de los mejores ajedrecistas de Francia, teniendo como entrenador al campeón indiscutible, Légal, que en ese momento le concedía una torre de ventaja. Tres años más tarde ya jugaban en igualdad de condiciones, hasta que el discípulo derrotó al maestro en un duelo disputado en 1750. Seis años antes, Philidor fue capaz de jugar dos partidas simultáneas con los ojos vendados. En la actualidad, gracias al progreso de la técnica de entrenamiento, cualquier jugador profesional –o incluso un aficionado de alto nivel– puede hacer lo mismo, pero eso era

entonces una hazaña portentosa que maravilló al público. Philidor explicó que había desarrollado su habilidad al imaginar partidas en la cama por las noches.

Ganar para comer

A finales de 1745, Philidor llegó a Rotterdam para dar 12 conciertos con una orquesta cuyos virtuosos eran una precoz estrella del clavicordio, llamada Lanza, de 13 años, y el violinista Geminiani. La chica murió, los conciertos se cancelaron y Philidor se vio anclado en Holanda sin dinero. El placer de mostrar su talento ajedrecístico en el extranjero se convirtió en necesidad: sus incesantes triunfos en el tablero le sirvieron además para ganar la amistad de varios oficiales del ejército en La Haya, que le dieron cartas de presentación muy favorables, dirigidas a entusiastas ingleses de alcurnia. Con ellas fue en 1747 a Londres, donde un fuerte jugador inglés, Abraham Jansen, le presentó a varios ajedrecistas de prestigio internacional; entre ellos, el sirio Stamma. Philidor derrotó a todos ellos y demostró que merecía ser considerado como campeón del mundo a pesar de que nunca se enfrentó a los mejores jugadores de Italia.



Archivo Revista Jaque

Grabado en el que se representa al joven Philidor.

En 1748 escribió su obra inmortal –*Análisis del juego del ajedrez*–, publicada un año más tarde. Fue el pionero del análisis profundo del medio juego y de las leyes de la estrategia, así como el descubridor de conceptos tan importantes como bloqueo, profilaxis, sacrificio posicional y movilidad de los peones. Su lema principal –"Los peones son el alma del ajedrez"– fue malinterpretado con frecuencia: algunos pensaron que Philidor propugnaba la supremacía de los peones sobre las piezas, cuando lo que quiso decir fue que el juego incorrecto con los peones era la principal debilidad de sus contemporáneos. También fue el primero en analizar profundamente el final de torre y alfil contra torre.

En 1751 se trasladó a Alemania, donde siguió maravillando con las partidas a la ciega. Pero, "debido a sus relaciones con una amante y a las negativas consecuencias que ello le acarreó con algunos oficiales, tuvo que marcharse inesperadamente", según se lee en un relato de la época. Tras nuevos éxitos musicales y ajedrecísticos en Francia e Inglaterra, así como un matrimonio feliz y siete hijos con la cantante Angélique Richer, llega la parte más triste de la vida de Philidor.

La Revolución Francesa estalla durante una de sus visitas anuales a Londres, lo que le separa de su patria y de su familia porque Robespierre –que, curiosamente, fue otro de los ajedrecistas ilustres del célebre Café de la Régence, de París– se negó a otorgar el permiso correspondiente. Deprimido, enfermo de gota y casi sin dinero, falleció en Londres en 1795. Ironías de la vida, la esperada autorización para volver a Francia llegó tres días más tarde. La Comedia Francesa dio un concierto benéfico para socorrer a su viuda. Un siglo y medio después, varios ajedrecistas encargaron la restauración de la lápida de su tumba, en Piccadilly. Apenas quedan muestras escritas de su excelente música ni de sus mejores partidas. Su gran aportación al ajedrez sólo se empezó a reconocer tras la Segunda Guerra Mundial. Hoy es unánimemente considerado como uno de los padres del ajedrez moderno.

François André Philidor

- François André Danican Philidor nació el 7 de septiembre de 1726, cerca de París.
- Venció a todos los jugadores importantes con los que pudo enfrentarse durante medio siglo. Entre ellos, a Légal varias veces, a Stamma (por 8-1) y a Janssen (4-1). Además, realizó numerosas exhibiciones a la ciega y partidas con *handicap*.
- Se adelantó en 200 años a las ideas predominantes en su época con la obra *Analisis del juego del ajedrez* (1748), de la que se han publicado más de 100 ediciones en muchos idiomas.
- Murió en Londres el 31 de agosto de 1795.



Borís Spassky



Borís Spassky, en una de sus actuaciones en el Torneo Internacional de Linares.

Campeón, caballero y burgués

Borís Vasílievich Spassky es de las personas que uno jamás olvida tras el primer encuentro. Muy educado, apuesto, simpático aunque algo envarado, de voz grave, siempre actúa como si estuviera en un escenario. Además, fue un ajedrecista prodigioso, un campeón del mundo con estilo universal y comportamiento muy caballeroso hasta que Bobby Fischer le quitó el título, la felicidad y la energía. De ser un héroe en la URSS pasó entonces a convertirse en un francés aburguesado. Ahora no le importa que le llamen "el oso ruso": sólo lucha si le obligan.

No hace falta ser psicoanalista para deducir que su gusto refinado por la buena vida tiene que ver con una infancia realmente dura, aunque él rehúye ese tema de conversación. Le tocó nacer en 1937, una época difícil, en Leningrado. La Segunda Guerra Mundial provocó su traslado a los Urales, donde aprendió a jugar al ajedrez. Es evidente que ello marcó su vida, pero debe subrayarse que al mismo tiempo ocurría otro hecho de los que dejan profunda huella: sus padres se divorciaron; cuando volvió a la actual San Petersburgo, le esperaban su madre, su hermana y su hermano mayor. Spassky estaba destinado a ser uno más de los campeones de ajedrez que crecieron sin la cercanía de su padre, como Botvínik, Fischer y Kaspárov, entre otros.

Tras apuntarse a las clases de ajedrez en el Palacio de Pioneros desde 1947, como tantos millones de niños en todas las ciudades de la URSS, Spassky llama la atención de su primer entrenador, Vladímir Zak, que le dedica cinco horas diarias. Poco después pasa a las no menos experimentadas manos de Alexánder Tolush. Spassky tiene palabras de agradecimiento para ambos, pero matiza: "Yo ya era un ajedrecista profesional desde los

9 o 10 años. Quiero decir que a esa edad sentía que mi vida estaba ya determinada. Me convertí en profesional de forma subconsciente, sin saberlo realmente".

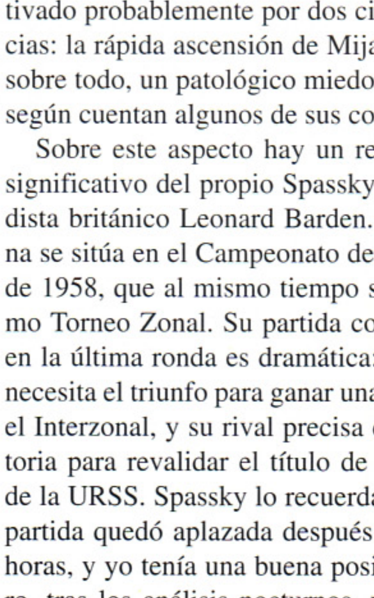
Resultados contundentes

Fuera como fuese, sus resultados fueron contundentes muy pronto: en 1955 ganó el Mundial juvenil, compartió el tercer puesto en el Campeonato absoluto de la URSS y se clasificó para el Torneo de Candidatos en el Interzonal de Gotemburgo (Suecia). Aunque el ajedrez es muy propicio para los niños prodigio, muy pocos jugadores tuvieron un arranque tan espectacular a lo largo de la historia. Y no fueron éxitos aislados: el año siguiente compartió el primer puesto con Taimánov (que se impuso en el desempate) y Áverbaj en el Campeonato de la URSS, y el tercero –detrás de Smyslov y Keres– en el Torneo de Candidatos de Amsterdam. Luego vino un breve estancamiento, motivado probablemente por dos circunstancias: la rápida ascensión de Mijaíl Tahl y, sobre todo, un patológico miedo a perder, según cuentan algunos de sus coetáneos.



Archivo Revista Jaque

Borís Spassky, en su juventud, a principios de los años 60.



Sobre este aspecto hay un relato muy significativo del propio Spassky al periodista británico Leonard Barden. La escena se sitúa en el Campeonato de la URSS de 1958, que al mismo tiempo servía como Torneo Zonal. Su partida contra Tahl en la última ronda es dramática: Spassky necesita el triunfo para ganar una plaza en el Interzonal, y su rival precisa de la victoria para revalidar el título de campeón de la URSS. Spassky lo recuerda así: "La partida quedó aplazada después de cinco horas, y yo tenía una buena posición. Pero, tras los análisis nocturnos, yo estaba demasiado cansado para afrontar la reanudación por la mañana sin haberme afeitado. Este detalle no era superfluo porque, antes de las partidas importantes, tenía la costumbre de darme un baño, ponerme una camisa y un traje impecables y aparecer en la sala como es debido. Pero esta vez lo hice desastrado y agotado. Tahl me ofreció el empate, y lo rechacé. Sentí que mis fuerzas declinaban y que perdía el hilo de la partida. Propuse tablas, y Tahl las rechazó. Cuando abandoné, el público se rompió las manos al aplaudir pero yo estaba totalmente ido, como si el mundo se hubiera roto ante mí. Fui a la calle, y lloré como un niño, a pesar de que siete años antes, tras sufrir otra derrota, me había prometido no llorar nunca más. Pero no pude cumplir mi palabra al perder ante Tahl".

Para entonces, ya había escogido la carrera de Periodismo en la Universidad y practicaba asiduamente varios deportes, lo que sin duda contribuyó al equilibrio psicológico que casi siempre mostró. Pero hubo excepciones, como la de otra posición aplazada muy importante, tres años más tarde, frente a Stein. Éste se encontraba ya al borde de la desesperación porque sus análisis nocturnos en el hotel no eran suficientes para encontrar una manera de convertir su peón de más en victoria, cuando alguien llamó a su puerta. Era Spassky, cuya primera frase fue: "Abandono". Horas después, su rival se sinceró con él sobre el resultado de sus análisis. Como apunta el escritor francés Nicolas Giffard al relatar la anécdota, es probable que Spassky se acordase del viejo principio de Tartakower: "Jamás se ha ganado una partida abandonándola".

Alfiles de distinto color

Aunque algo espaciados, los éxitos deportivos siguieron llegando, pero Spassky recuerda que aún no se veía como futuro campeón del mundo: "Me di cuenta del enorme esfuerzo que ello implicaba. No me consideraba capaz". Además, su primer matrimonio fracasó. "Éramos como alfiles de distinto color, nunca coincidíamos", comentó en una de las metáforas más brillantes de su amplio repertorio.

Tras el divorcio, en 1961, Spassky necesitaba un amigo, y lo encontró en su tercer entrenador, Igor Bondarevski: "Yo era un diamante en bruto, y él me pulió". Debió de ser por aquella época cuando Spassky disfrutó de una especie de toque mágico: "De pronto, un buen día, me di cuenta de que el ajedrez había dejado de ser un misterio impenetrable para mí. Empecé a comprender instantáneamente

la esencia de muchas posiciones; estaba en la punta de mis dedos".

Esa transfiguración produjo la llegada a la excelencia por medio de cinco éxitos de muy alto nivel: primero en el Campeonato de la URSS de 1961 y 1963 (esta vez empatado con Stein, que ganó el desempate, y Jólmov), en Belgrado-1964, en el Zonal de Moscú del mismo año y en el Interzonal (Amsterdam), empatado con Larsen, Smyslov y Tahl. A la segunda oportunidad, ganó el Torneo de Candidatos después de eliminar a Keres, Geller y Tahl, pero no pudo con el campeón en 1966, tras un encuentro durísimo: Petrosián le superó por cuatro victorias, 17 empates y tres derrotas. Pero he aquí un contraste harto curioso: Petrosián adelgazó siete kilos durante el duelo, los mismos que engordó Spassky.

El décimo rey

Sin embargo, Spassky ya iba lanzado hacia la gloria. Pulió algunos defectos, siguió ganando torneos y volvió a clasificarse para el de candidatos, venciendo sucesivamente a Geller, Larsen y Korchnoi. Esta vez, el campeón no pudo con su empuje: Petrosián le cedió la corona el 17 de junio de 1969 tras seis victorias del aspirante, trece tablas y cuatro derrotas. Spassky, a los 32 años, era el décimo campeón del mundo oficial.

El flamante rey del tablero tenía motivos para pensar que había llegado a la etapa más feliz de su vida, si no fuera porque un joven estadounidense, díscolo y genial, ya estaba en una carrera fulgurante cuyo obsesivo objetivo era destronar a los soviéticos. Así, tras el paseo triunfal de Fischer en el Torneo de Candidatos, se llegó al "duelo del siglo", que se disputó en Reykjavik en 1972, trufado de escándalos, guerra psicológica y presiones políticas muy fuertes, tal como se ha explicado en la biografía del estadounidense y en otros capítulos de esta obra.

Spassky se dio cuenta demasiado tarde de que su condescendiente actitud con las exigencias y desplantes de Fischer, que perdió la segunda partida por incomparecencia tras haber sido derrotado en la primera, le desestabilizó. Después de reservar un billete para Nueva York por la mañana, Fischer exigió una hora antes del comienzo de la tercera partida que ésta se jugase a puerta cerrada, sin cámaras de televisión. Spassky aceptó. "Fui víctima de la ilusión de que Fischer deseaba abandonar el encuentro, y pensé que, si yo salvaba el escollo de la tercera partida, el encuentro volvería a los cauces tradicionales en una situación muy favorable para mí. Pero acceder a la petición de cambio de sala fue un gran error psicológico y el resultado de una influencia negativa sobre mi conciencia, causada por las implicaciones morales del punto que gané por incomparecencia", declaró al respecto. El soviético perdió la tercera –Fischer nunca le había ganado– después de una obra de arte de su adversario.

A pesar de ese golpe en la línea de flotación de la psicología de Spassky, el resto del encuentro fue una lucha de titanes –con una expectación mundial inusitada– hasta que el campeón perdió ante el enérgico aspirante por 12,5-8,5. Y la vida del ex campeón se convirtió en un calvario.

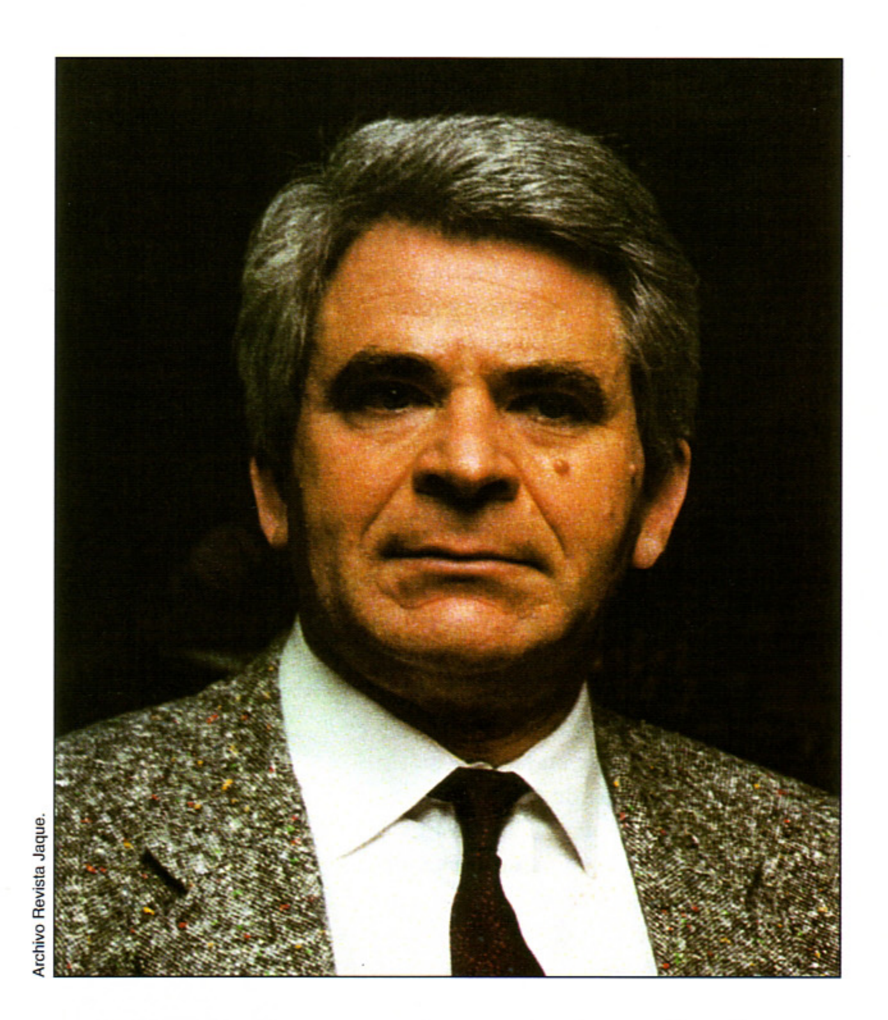
Tragedia nacional

Con la autoestima destruida, divorciado de su segunda esposa y duramente represaliado por el gobierno de la URSS, que encajó la derrota como si fuera una tragedia nacional, Spassky fue borrado de la lista de jugadores que podían salir al extranjero. "Psicológicamente, jugar era una necesidad vital para mí. Cuando pierdes, necesitas el desquite, y yo sabía que aún me quedaban fuerzas para poder resarcirme. Pero me bloquearon durante nueve meses, y caí enfermo, deprimido durante más de un año. Entonces empecé a luchar contra el Comité de Deportes y contra el régimen político. Me convertí en un disidente, aunque no a propósito", confesó.

La salida del pozo fue posible gracias a una mujer francesa que trabajaba en la Embajada de Francia en Moscú. Se casaron tras dos años de "intrigas novelescas –según Spassky–, que incluyeron el acoso del KGB y de la policía secreta". Por fin, en el año 1977, Spassky logró el ansiado



Caricatura de Spassky.



Archivo Revista Jaque.

En 1996, Borís Spassky, "el oso ruso", sólo participaba en competiciones de veteranos contra mujeres.

permiso para marcharse a Francia y, aunque él no da detalles, llegó probablemente al siguiente pacto con el Kremlin: "No haré nada en contra de la URSS si me dejáis tranquilo".

Como jugador, Spassky había perdido la chispa y la ambición de antaño, pero aún fue capaz de llegar hasta la final del Torneo de Candidatos, que perdió ante Korchnoi, en 1978. Su tendencia a firmar empates sin lucha creció hasta límites vergonzosos; sin embargo, ganó el Torneo de Linares de 1983, entre otros, con medio punto de ventaja sobre Kárpov. Por fin, en 1985, pudo integrarse en el equipo olímpico francés. Después no logró más éxitos importantes, pero se convirtió en multimillonario tras perder de nuevo ante Fischer en otro escandaloso encuentro, celebrado en la localidad yugoslava de Sveti Stefan en 1992 (véase biografía de Fischer).

Desde entonces juega competiciones de veteranos contra mujeres, y poco más. Normalmente, la única forma de que su partida no termine en tablas rápidas es que su rival se empeñe en luchar a tope, en ir a por él. Entonces, el oso ruso se yergue y suelta zarpazos aún peligrosos. Como él mismo dijo en 1988: "Soy muy vago, pero aún tengo fuerza".

Borís Spassky

- Borís Vasílievich Spassky nació en Leningrado el 30 de enero de 1937.
- Gran maestro y campeón del mundo juvenil en 1955.
- Campeón de la URSS en 1961 y 1973.
- Campeón del mundo de 1969, en Moscú tras ganar a Petrosián (6 victorias, 4 derrotas y 13 empates) en la final y a Geller, Larsen y Korchnoi en el Torneo de Candidatos, que disputó en cinco ocasiones. En su primer asalto al título (1966) perdió ante Petrosián en Moscú (+3 -4 =17) tras eliminar a Keres, Geller y Tahl. Perdió el título ante Fischer en 1972, en Reykjavik (+3 -7 =11). En 1974 ganó a Byrne, pero cayó en semifinales ante Kárpov. En 1977 vence a Hort y Portisch y pierde la final de candidatos frente a Korchnoi. En 1980, empató con Portisch pero éste resultó favorecido por el sistema de desempate.
- Vencedor, entre otros, de los siguientes torneos: Leningrado (1956, 1957, 1963), Rostov (1958), Moscú (1959), Riga (1959), Mar del Plata (1960), Belgrado (1964), Interzonal de Amsterdam (1964), Sochi (1965, 1967), Hastings (1965), Santa Mónica (1966), Bewerwijk (1967), Leiden (1970), Amsterdam (1970), Bugoino (1978), Montilla (1978), Munich (1979), Baden (1980), Linares (1983), Londres (1984), Hollywood (1985) y Wellington (1988).



Tigrán Petrosián



Archivo Revista Jaque

El tigre adormilado

Para muchos aficionados, Tigrán Petrosián (1929-1984) es sinónimo de tablas y aburrimiento. Fue, probablemente, el campeón del mundo menos popular, aunque los armenios le idolatraban. Su estilo llegó a tildarse como *negativo*. Pero eso no encaja con unos triunfos impresionantes: mantuvo el título durante seis años, fue cuatro veces campeón de la URSS, participó con éxito en siete torneos de candidatos y en once olimpiadas, en las que permaneció invicto durante 129 partidas. Su pavor a la derrota eclipsó una comprensión de la esencia del ajedrez que muy pocos han alcanzado.

Los resultados en torneos del armenio fueron mucho mejores antes de conseguir el título que después, lo que Alberick O'Kelly, uno de sus biógrafos, explica así: "El estilo de Petrosián se justifica por su atavismo armenio. Igual que sucede con todos aquellos pueblos que precisan concentrar su empeño en conseguir laureles para la historia, los armenios están obligados a emplear sus resortes intelectuales como contrapartida. Por ello, no se

Tigrán Petrosián, campeón del mundo, desde 1963 a 1969.



Caricatura de Tigrán Petrosián.

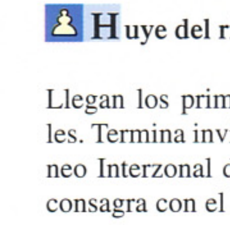
baten bien para conseguir un objetivo que ya está en su posesión".

En realidad, Petrosián nació en Tbilisi (o Tiflis), la capital de Georgia, de padres armenios. Tras dar sus primeros pasos ajedrecísticos en la Escuela de Pioneros, Petrosián queda impresionado –como les ha ocurrido a tantos otros– al ver de cerca, y ganar, a uno de los mejores jugadores del mundo (en este caso, Salo Flohr, en 1942), durante una exhibición de simultáneas en Tbilisi. Pero sus padres mueren tres años más tarde, durante la Segunda Guerra Mundial, y Petrosián tiene que ponerse a trabajar en un club de oficiales para mantener a sus hermanos.

De sus primeros libros, el que más le influyó sin duda fue *Mi sistema*, de Nimzowich, cuyas teorías siguió y perfeccionó a lo largo de toda su carrera, con especial hincapié en la profilaxis; es decir, en sobredefender las piezas y anticiparse a las amenazas del adversario para anularlas. Después de proclamarse campeón de Georgia y de Armenia, a cuya capital se trasladó en 1946, Petrosián se entrena en Yereván de forma muy intensa con Genrij Kasparián, un jugador muy agresivo (ade-

más de excelso compositor de finales artísticos), con el que alcanzó el virtuosismo en el arte de la defensa.

Pero su progreso es lento, a pesar de que pronto empiezan a llamarle "el Capablanca soviético": en 1947 se instala en Moscú y dos años más tarde termina el 16º en su estreno en el Campeonato de la URSS. Pero empieza a maravillar por la facilidad con que encuentra las mejores jugadas sin apenas reflexión. Su segunda actuación en el Campeonato soviético también es discreta (12º), pero en la tercera logra el segundo puesto, a pesar de que las dos primeras rondas finalizan con sendas derrotas. Tras ellas recibe una misteriosa llamada telefónica: "¿Quién le ha dado a usted el derecho a perder?", le dice una voz en armenio. El tigre comienza a despertar.



Archivo Revista Jaque

Héroe nacional de Armenia, Tigrán Petrosián fue uno de los campeones que hizo del arte de la defensa la clave de su éxito.

Huye del riesgo

Llegan los primeros éxitos internacionales. Termina invicto en el 2º lugar del Torneo Interzonal de Estocolmo (1952) y se consagra con el 5º puesto en el de Candidatos de Zurich (1953), uno de los más importantes de la historia. Casi nunca pierde, pero tampoco arriesga para ganar. Y sus nervios parecen de acero, pero los críticos le reprochan su falta de combatividad. Tras encadenar una serie de resultados brillantes –sobre todos, los triunfos en el Campeonato de la URSS de 1959 y 1961–, gana el Candidatos de Curaçao (Brasil) en 1962, invicto, con 8 victorias y 19 empates, y se convierte por fin en el retador de Botvínik, al que doblega con claridad (+5 -2 =15) al año siguiente.

Petrosián derrota en 1966 a Spassky (+4 -3 =17) y se convierte en el primer campeón que gana un duelo en defensa del título desde que Aliojin lo hiciera ante Bogoljubow en 1934. Pero cae ante el mismo rival tres años después (+4 -6 =13), tras mantener el marcador igualado hasta el 17º asalto.

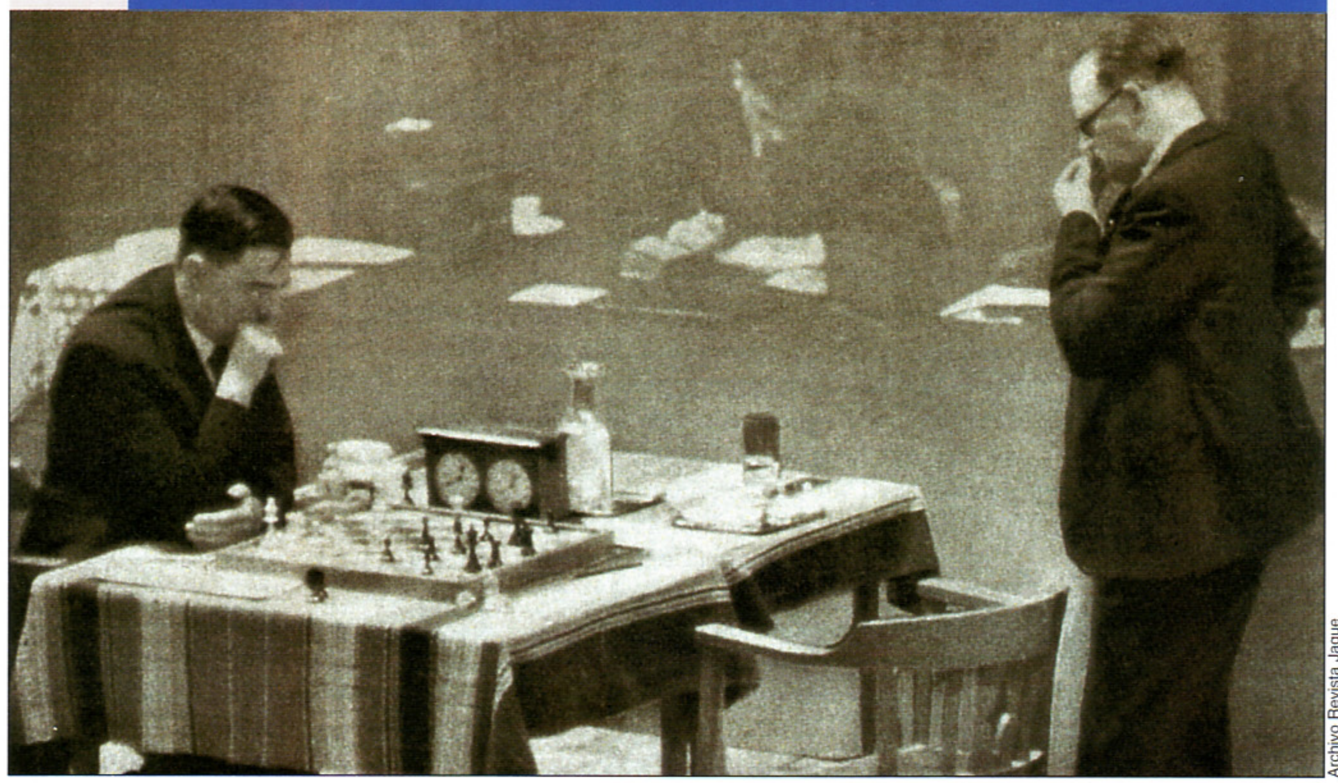
Durante esos seis años como rey del ajedrez, sus resultados en torneos son mediocres. Además de sus victorias en varios torneos internacionales, Petrosián se proclama campeón de la URSS dos veces más (1969 y 1975), cae ante Fischer en la final de candidatos de 1971, y ante el disidente Korchnoi, con quien mantenía unas pésimas relaciones, en 1974. Al volver a la URSS derrotado por "el traidor" (que volvió a eliminarle en 1977 y 1980), es destituido como director de la revista *64*.

A pesar de su aparente indolencia en el tablero –con frecuencia firmaba empates sin apenas lucha–, Petrosián se cuidaba de forma minuciosa: madrugaba, paseaba durante varias horas y volvía a acostarse hasta un par de horas antes de la partida. Además, era sordo, lo que le permitía evitar el ruido durante las partidas con el drástico método de desconectar su audífono. Petrosián dio siempre la sensación de que hubiera sido uno de los más grandes de la historia de haberse mostrado ambicioso. Cuando un periodista le preguntó si el tercer puesto en un torneo no era un fracaso para el campeón, la respuesta fue significativa: "Yo nunca pedí ser el campeón del mundo".

Tigrán Petrosián

- Tigrán Vartánovich Petrosián nació el 17 de junio de 1929 en Tblisi (Georgia), de padres armenios.
- Campeón del mundo desde 1963 (destronó a Botvínik) hasta 1969 (cayó ante Spassky tras vencerle en 1966).
- Candidato en 1953, 1956, 1959, 1971, 1974, 1977 y 1980.
- Campeón de la URSS en 1959, 1961, 1969 y 1975.
- Además de quedar segundo o tercero en muchos torneos internacionales, ganó los siguientes: Bewerwijk 1960, Copenhague 1960, Los Ángeles 1963, Buenos Aires 1964, Moscú 1966, San Antonio 1972, Las Palmas 1973, Amsterdam 1973, Lone Pine 1976, Tallin 1979, Las Palmas 1980, Yereván 1980 y Bar 1980.
- Falleció en Moscú el 13 de agosto de 1984.

Max Euwe


Archivo Revista Jaque

Aliojin, de pie, observa a Euwe durante una de las partidas del Campeonato Mundial de 1935.

El aficionado que reinó

Logró algo que parecía imposible: ser campeón del mundo sin dedicarse profesionalmente al ajedrez. Pero es que además mantuvo una feliz vida familiar con su esposa y tres hijas, ejerció como profesor de Matemáticas a la vez que jugaba torneos durante las vacaciones y fue un escritor muy prolífico. Ésta es la hazaña del holandés Max Euwe (1901-1981), que también fue presidente de la Federación Internacional (FIDE) durante el período más tormentoso de su historia. Y más difícil todavía: apenas tuvo enemigos.

Euwe aprende a jugar a los 4 años con su madre, muestra unas grandes dotes para el ajedrez y gana un torneo de fin de semana en Amsterdam a los 10. Sus padres procuran frenar su pasión desmedida por el deporte mental y le incitan a dar preferencia a sus estudios escolares. A partir de ahí, Euwe sólo juega al ajedrez en vacaciones y apenas participa en torneos importantes hasta que se proclama campeón absoluto de Holanda en 1921, a los 20 años.

¿No es un poco extraño que un adolescente sea tan dócil? La respuesta se encuentra en una especie de psicoanálisis escrito por Euwe decenios más tarde: "Poca gente sabe que repetí un año de enseñanza secundaria. Esa experiencia tal vez haya tenido una influencia decisiva en mi vida. Convencido de mi capacidad para terminar mis estudios en el mínimo tiempo posible y, por lo tanto, de que el fracaso se debió a mi propia indolencia, sentí que había decepcionado a mis padres y decidí concentrarme absolutamente en lo que hubiera que hacer para salir adelante".

Ahora se entiende mejor cómo pudo controlar la fuerza de la pasión, racionar su talento y no convertirse en ajedrecista profesional.

Jugar en vacaciones

Todo lo anterior cobra fuerza al observar su palmarés. Mientras ejerce como profesor de Matemáticas, Euwe pierde por la mínima un duelo contra Alexánder Alio-

jin, que sería campeón del mundo unos meses después, en las vacaciones de Navidad de 1926, y otro con el mismo resultado frente a Yéfim Bogoljubov en la Semana Santa de 1928. En el verano de ese mismo año, Euwe gana el Campeonato del Mundo de aficionados (La Haya), que no volvería a celebrarse.

Pronto queda claro que "el aficionado holandés" está entre los mejores del mundo: gana por primera vez el Torneo de Hastings en la Navidad de 1930 por delante del ex campeón del mundo José Raúl Capablanca, que sin embargo le derrota en un encuentro amistoso unos meses más tarde. En 1932 empata con Salo Flohr y queda segundo en Berna; sus actuaciones mantienen un alto nivel hasta que vuelve a Hastings en la Navidad de 1935 para confirmar que merece ser el aspirante al título de Aliojin: triunfa de nuevo y supera a Capablanca y Botvínik, entre otros.



Imagen de Max Euwe, correspondiente a 1949.

Aliojin acepta el reto y parte como indiscutible favorito en el duelo, que se disputa al mejor de 30 partidas en varias ciudades holandesas durante el otoño de 1935. Parece que Aliojin hubiera cumplido el pronóstico de no haber el problema del alcoholismo, pero Euwe merece ser destacado por su extrema cortesía –siempre se mostró comprensivo y colaborador en cuanto a la enfermedad de su rival– y por una constancia de hierro: va perdiendo durante toda la primera parte del enfrentamiento, pero se impone finalmente tras un esfuerzo titánico. Euwe es el campeón del mundo y un héroe nacional.

Su reinado sólo dura dos años: Aliojin vuelve a ser él mismo en el duelo de revancha (incluido en el acuerdo entre ambos) en 1937 y arrasa. Euwe encaja bien su derrota ante uno de los mejores ajedrecistas de todos los tiempos y gana un par de torneos antes de que estalle la Segunda Guerra Mundial, que le confina en Holanda durante cinco años porque se niega a participar en torneos organizados por los nazis. Todavía logra un resultado excelente en Groningen 1946, con un segundo puesto tras Botvínik, pero ése fue su canto de cisne como jugador: queda el último en el Campeonato del Mundo de 1948 (La Haya y Moscú), deja la enseñanza y se dedica a la Informática. Le nombran director del Centro Holandés de Investigación en esa ciencia (1958-1964) y la imparte después en las universidades de Tilburg y Rotterdam (1964-1971).

Período trepidante

Fue elegido presidente de la FIDE (1970-1978). No sabía lo que le esperaba: el terremoto político que rodeó al duelo Fischer-Spassky de 1972; el desplante del estadounidense y sus exigencias a la FIDE en 1975 (cuando es desposeído del título); los escándalos constantes y las presiones extradeportivas que marcan los enfrentamientos entre Kárpov y el disidente Korchnoi en 1975 y 1978; el enfado del Kremlin porque acogió en Holanda a Korchnoi y a Sosonko; la rebeldía de los países árabes cuando la FIDE concede la Olimpiada de 1976 a Israel, etc. Euwe fue muy criticado, pero supo mantener el equilibrio en posiciones donde todas las jugadas eran malas. El título de uno de sus libros, *Criterio y táctica*, pudo ser también el lema de su vida.

Max Euwe

- Nació el 20 de mayo de 1901 en Watergrafsmeer (Holanda).
- Campeón del mundo de 1935 a 1937, tras vencer a Aliojin y perder el duelo de revancha. También participó en los ciclos de 1948 y 1953.
- Trece veces campeón de Holanda (una potencia en ajedrez): 1921, 1924, 1926, 1929, 1933, 1938, 1939, 1942, 1947, 1948, 1950, 1952 y 1955.
- Ganó, entre otros, los siguientes torneos: Amsterdam 1924, Wiesbaden 1925, La Haya 1928, Hastings 1930 y 1934, Beverwijk 1940, Londres 1946, Reykjavik 1948, Copenhague 1949, Amsterdam 1950, Berlín 1950, Gijón 1951, Beverwijk 1952 y 1958.
- Murió en 1981.

Bent Larsen



Larsen, en el gigantesco Open de GMA. Palma de Mallorca, 1989.

Luchar contra la URSS

La situación del ajedrez a mediados del siglo XX resultaba frustrante para un jugador occidental: la hegemonía de la URSS era aterradora. Los profesionales del Oeste necesitaban una estrella capaz de competir con los soviéticos. Antes de que surgiera Bobby Fischer, un danés desempeñó ese papel con éxito y abrió el camino. Bent Larsen se ganó, además, el cariño de los aficionados por su estilo original y una combatividad a ultranza.

Larsen nació en Tilsted, un pequeño pueblo del noroeste de Jutlandia (Dinamarca), en 1935. Su primera partida tuvo lugar en enero de 1942, justo después del traslado de la familia a Holstebro y de pasar la varicela y las paperas sin consecuencias, según nos comenta él mismo: "Pero con el ajedrez sucedió algo diferente. Mi maestro era otro muchacho, Jorgen. Recuerdo vagamente una de nuestras primeras partidas. Capturó todas mis piezas y él quedó con dos torres; disfrutó mucho obligando a mi pobre rey a retirarse a una de las bandas del tablero, donde le dio mate".

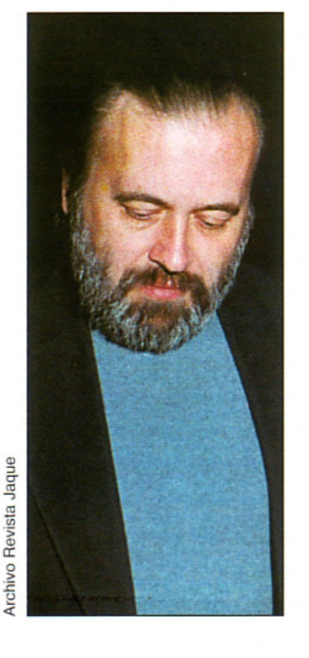
Fue sin duda una prueba concluyente de la fortaleza de carácter del pequeño Bent, que cinco años más tarde vence a su padre con regularidad, se hace socio de un club y empieza a leer libros de ajedrez que encuentra en la biblioteca pública. "También en casa encontré uno que nadie sabía cómo había entrado en ella. Probablemente su primer dueño lo había olvidado. Este libro ejerció cierta influencia en perfeccionar mi juego. Decía que el *Gambito de Rey* era una apertura fuerte como una tormenta, invencible. En opinión del autor, los maestros modernos eran cobardes porque no tenían suficientes arrestos para jugar ese gambito. Naturalmente, yo no quería ser un *gallina* y, hasta 1952, la apertura favorita de los maestros del ajedrez romántico era la mía", prosigue Larsen. Aunque no lo dice en su biografía, es probable que aquel libro influyese también en su actitud profesional: en su época de esplendor prefería entrar en una variante complicada de doble filo, que aceptar el empate, lo que le convertía en uno de los favoritos de los organizadores y del público.

Fiereza competitiva

No fue un niño prodigio ni deslumbró como juvenil, aunque terminó 4º en el Mundial de 1951 y 5º en 1953. Para entonces, Larsen ya se había asentado en Copenhague para estudiar la carrera de ingeniero industrial. Jugaba por correspondencia, lo que le sirvió para mejorar sus conceptos estratégicos y primarlos sobre el juego de ataque puro, que reservaba para castigar errores de apertura. Su primer Campeonato de Dinamarca fue un éxito, a pesar de sus resultados en las tres primeras rondas: un empate y dos derrotas. Pero otra vez muestra su fiereza competitiva: gana seis seguidas, empata una, vence en la última y se proclama campeón. Repetirá el triunfo en sus cinco actuaciones siguientes.

Su progreso es incesante. Logra los títulos de maestro internacional, campeón de Escandinavia y gran maestro. Este último de forma impresionante en la Olimpiada de Moscú de 1956. Larsen ya está consagrado y decide abandonar la carrera de Ingeniería para concentrarse en el ajedrez.

Sufre una crisis de juego tras lograr el título de gran maestro, lo que le lleva a un fracaso en el Interzonal de Portoroz de 1958, donde termina el 16º. De todas formas, acude al Torneo de Candidatos de Bled (1959), pero como analista de Bobby Fischer. Como jugador triunfa en Beverwijk (Holanda) dos años seguidos (1960 y 1961) empatado a puntos con Petrosián e Ívkov, respectivamente. Tras el servicio militar, de infausto recuerdo para él, se produce un vacío de éxitos en su palmarés.



Archivo Revista Jaque

En el Torneo Internacional de Linares, en 1981.

Gran salto y proeza

Da el gran salto en el Interzonal de Amsterdam (1964s), donde comparte el primer puesto con Smyslov, Spassky y Tahl. Es el único no soviético de los seis primeros y acumula tres puntos sobre cinco posibles contra los representantes de la URSS. Elimina a Ívkov (+4 -1 =3) en los duelos de candidatos, pero cae ante Tahl (+2 -3 =5) tras una dura lucha en semifinales. Y luego, en la segunda mitad de 1967, Larsen gana cuatro torneos seguidos muy fuertes, con un total de 66 partidas en cuatro meses: La Habana, Winnipeg (Canadá), Interzonal de Sousse (Túnez) –donde se retiró Fischer– y Palma de Mallorca. También triunfa en los cuatro primeros torneos de 1968, pero entre ellos fracasa en lo más importante: Spassky le elimina (+1 -4 =3) en el Torneo de Candidatos, donde antes se había impuesto a Portisch (+3 -2 =5).

Larsen es, sin discusión, uno de los mejores ajedrecistas del mundo en esa época, pero debe enfrentarse a un Fischer arrollador en las semifinales de candidatos de 1971. La derrota por 6-0 marca negativamente el resto de su carrera. Sigue ganando torneos, pero ya no es el mismo ante el tablero, aunque sí ante el teclado: sus comentarios de partidas son formidables, amenos y muy instructivos. Tras residir unos años en las islas Canarias, se casa con una argentina, se traslada a Buenos Aires y se retira de la alta competición. Su principal legado está en el título de su libro: *Yo juego para ganar.*

Bent Larsen

- Bent Larsen nació en Tilsted (Dinamarca) el 4 de marzo de 1935.
- Disputó cuatro veces el Torneo de Candidatos: 1965, 1968, 1971 y 1977.
- Cinco veces campeón de Dinamarca (1954, 1955, 1956, 1959, 1963 y 1964) y dos veces de Escandinavia (1955 y 1973).
- Ha ganado más de 40 torneos. Entre ellos: Hastings 1956, Beverwijk 1961, La Habana 1967, Winnipeg 1967, Interzonal de Sousse 1967, Palma de Mallorca 1967, Toronto 1968, Montecarlo 1968, Palma de Mallorca 1969, Lugano 1970, Hastings 1972, Londres 1973, Lanzarote 1976, Lone Pine 1978, Buenos Aires (1979, 1980, 1981 y 1983), Reykjavik 1985, Hastings 1986, Londres 1989 y Nueva York 1990.



Paul Morphy

Archivo Revista Jaque

A la derecha, Paul Morphy jugando contra un jugador de la época, en Filadelfia, en el año 1859.

Genio, precoz y efímero

Paul Morphy fue maravilloso pero frustrante para los aficionados, y sobre todo para él mismo. Se trata, sin duda, de uno de los artistas más geniales y precoces que ha dado el ajedrez. Sin embargo, sólo jugó partidas serias hasta los 22 años y después cayó en un permanente estado de enfermedad mental, hasta su muerte. Para la historia dejó una incógnita: cuánto hubiera cambiado su vida de haber aceptado Staunton su desafío.

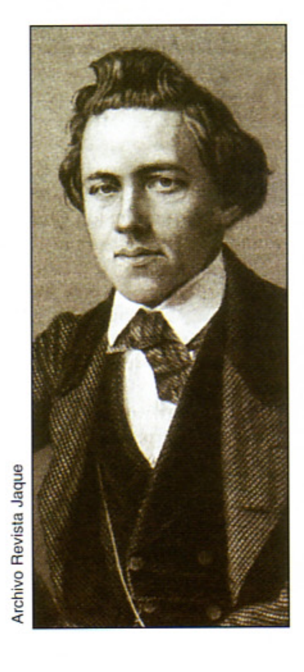
"El orgullo y la pena del ajedrez", como alguien le llamó, tenía antecedentes españoles a pesar de su apellido irlandés. A finales del siglo XVIII su abuelo emigró desde Madrid a Charleston (Carolina del Sur) y poco después la familia se trasladaría a Nueva Orleans. Allí ejerció Alonso, el padre de Paul, la carrera de Derecho con gran éxito, ya que se convirtió en miembro del Tribunal Supremo del Estado hacia 1840. Casado con Thelcide Carpentier, de origen francés, tuvieron cuatro hijos, dos de cada sexo.

Paul destacó en varias asignaturas entre los 13 y los 17 años y, después de graduarse en 1854, permaneció un año más en ese centro, profundizando en Matemáticas y Derecho. Se decidió por esta última carrera y se matriculó en la Universidad de Luisiana, donde se encontraba cuando falleció su padre.

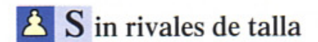
El biógrafo más profundo de Paul Morphy, Philip W. Sergeant, asegura que

a los 20 años ya era reconocido como un gran jurista en potencia, que podía recitar de memoria casi todo el Código Civil de Luisiana y que dominaba cuatro idiomas: inglés, francés, español y, probablemente, alemán.

Morphy había mostrado desde la infancia unas facultades excepcionales para el ajedrez, que no fueron nunca un obstáculo para su educación integral. No está claro si el pequeño Paul aprendió a mover las piezas por sí solo, viendo las partidas entre miembros de su familia, como apunta su tío Ernest, o si aprendió directamente de su padre. Todo indica que éste se limitó a mostrarle los rudimentos, completados después por lecciones más profundas por parte de Ernest, considerado como "el rey del ajedrez en Nueva Orleans", según el relato de Löwenthal, uno de los mejores jugadores del mundo en esa época.



Paul Morphy. Grabado de D.J. Pound, de 1859.



Sin rivales de talla

Rey o no, el caso es que incluso Ernest dejó pronto de ser un rival serio para su sobrino, cuando éste sólo tenía 12 años. Así que optó por invitar a James McConnell, un frecuente adversario en las partidas amistosas de la familia que después se convertiría en el patriarca del ajedrez regional, advirtiéndole previamente de que el sobrinito le iba a causar serios disgustos. McConnell aceptó, fue a la casa de los Morphy, perdió tres partidas de las cuatro que disputó con Paul y se mostró muy impresionado por la profunda comprensión de la estrategia de aquel niño prodigio.

Otro testimonio interesante es el de Charles A. Maurian, amigo de su infancia y compañero de colegio en Spring Hill. Maurian recuerda a Paul, a los 12 años, jugando contra el abuelo Carpentier con dos libros a modo de cojín en su silla para compensar su pequeña estatura. Uno de los datos más significativos es que Morphy dio siempre, incluso cuando ambos eran adultos, un caballo de ventaja a Maurian a pesar de que la fuerza de éste no era desdeñable: nunca jugó en torneos serios, pero disputó partidas informales durante treinta años en igualdad de condiciones y con buenos resultados frente a Steinitz, Chigorin, Zukertort, Mackenzie y otros reputados maestros.

Y es de particular interés la descripción que Ernest hace de su sobrino en una carta a Kieseritzky, director de *La Régence*: "Adjunto una partida disputada el pasado día 28 entre mi sobrino, de 12 años, y Eugène Rousseau. Este niño nunca ha abierto un libro de ajedrez; aprendió a jugar siguiendo las partidas entre varios miembros de la familia. En las aperturas, realiza las jugadas correctas por inspiración; y la exactitud de sus cálculos en el medio juego y en el final es asombrosa. Sentado ante el tablero, su semblante nunca denota agitación, ni siquiera en las posiciones más críticas, que intenta resolver con paciencia mientras silba una melodía. Además, aguanta tres o cuatro partidas bastante duras los domingos, el único día que su padre le permite jugar, sin mostrar el menor síntoma de fatiga". Por desgracia, sólo se conserva una del medio centenar de partidas que Morphy disputó con Rousseau, de las que se cree que ganó el 90 % de ellas.

Aún más importante fue la visita a Nueva Orleans de Löwenthal en mayo de 1850, cuando él tenía 40 años y Morphy contaba tan sólo con 13. Jugaron dos partidas, con una victoria para Morphy y un empate. Aunque al decir que tenía problemas para adaptarse al clima y que sufría depresiones, Löwenthal recuerda un poco la famosa sentencia de Tartakower –"Nunca he ganado a un rival que no estuviera enfermo"–, el maestro húngaro también elogia a Morphy: "Es maravilloso que un niño pueda llegar a un nivel de fuerza tan alto y lograr resultados excelentes".

De la actividad ajedrecista de Morphy en los años siguientes apenas se sabe nada, por lo que cabe suponer, como hace Sergeant, que se concentró en sus estudios y que sólo jugaba los domingos y durante las vacaciones, siguiendo las severas instrucciones de su padre. Sin embargo, de sus partidas en el torneo que le permitió el salto a la fama internacional (Nueva York, 1857) también se deduce que Morphy, con la importante ayuda de su prodigiosa memoria, había estudiado

libros de ajedrez durante esos años, si bien su preparación era cien veces inferior que la de cualquier jugador actual de alta competición a la misma edad.

♙ Salto a la gloria

A los 20 años es aceptado en el Colegio de Abogados, lo que sin duda influye en una cierta liberación de las riendas de su padre y le permite inscribirse en el citado torneo, que reunió a casi todos los mejores ajedrecistas residentes en Estados Unidos; entre ellos, Thompson, Stanley y Lichtenhein, veteranos neoyorquinos con experiencia frente a maestros europeos de alto nivel y el alemán Louis Paulsen.

Los hechos le dieron la razón y, según apuntó Löwenthal, "las barbas grises fueron desalojadas de su pedestal": Morphy triunfó con claridad (+14 =3 -1) seguido de Paulsen (+10 =3 -5). Durante la ceremonia de clausura, en la que Morphy recibió una cubertería de plata con sus iniciales grabadas, el ganador pronunció un emotivo discurso y elogió a Paulsen, cuyos resultados a la ciega comparó con los de Philidor, La Bourdonnais y Kieseritzky.

Conviene señalar que Morphy, a pesar de su escaso interés por el juego a la ciega –"no prueba nada"–, logró resultados impresionantes y produjo preciosas partidas en esa modalidad. Sin ir más lejos, ganó a Paulsen en un exhibición de éste sin ver las piezas frente a cuatro adversarios durante el Torneo de Nueva York de 1857 y volvió a batirle más tarde por 1,5-0,5 en un duelo a dos partidas simultáneas y a la ciega. Morphy nunca jugó más de ocho a la vez en esa modalidad, pero Paulsen llegó a la decena, lo que supuso una proeza histórica en aquel momento.

Por otro lado, Morphy no se limitó a ganar el torneo de forma autoritaria. Parece que la no existencia de límites de tiempo –aún se jugaba sin reloj– producía un menor desgaste en los participantes, que todavía tenían energía para jugar partidas *de café* (rápidas e informales) en los intervalos entre ellos mismos o contra rivales que no tomaban parte en el torneo. La superioridad de Morphy era tan evidente que nadie le tachó de presuntuoso cuando, terminado el torneo, ofreció la ventaja de un peón y salida a cualquier miembro del Club de Ajedrez de Nueva York. Stanley aceptó el reto por 100 $ y se rindió cuando iba perdiendo por 4-1; 18 meses después, Thompson jugó con la ventaja de un caballo, y fue derrotado por 5-3, lo que indica la tremenda fuerza de Morphy.

La oferta de peón y salida fue extendida a cualquier jugador de América cuando Morphy volvió a Nueva Orleans, en diciembre de 1857, con un balance que quitaba el hipo: sólo cinco derrotas, incluida una contra Paulsen en el torneo, en 100 partidas normales; y 36 partidas perdidas de 160 que jugó concediendo ventajas. Nadie aceptó el reto.


Archivo Revista Jaque

El joven Morphy destacó en el ajedrez sin preparación técnica; lo suyo era pura intuición.


Archivo Revista Jaque

Imagen de Paul Morphy, en el año 1859.

La guerra con Staunton

Los aficionados americanos estaban extasiados ante los resultados de su ídolo, al que consideraban invencible. Tanto era así, que la Asociación Americana de Ajedrez decidió retar a cualquier jugador europeo de renombre para que se desplazase a Nueva York con el fin de disputar un duelo dotado con apuestas de 2.000 a 5.000 dólares por bando. El británico Howard Staunton, considerado como el mejor ajedrecista del mundo en ese momento, se hizo eco del desafío en su columna del *Illustrated London News*, el 26 de diciembre de 1857, al declarar: "Sin duda, hay jugadores europeos que aceptarían disputar ese encuentro en Londres y París. Sin embargo, los mejores no son profesionales del ajedrez, sino de otras ocupaciones más serias, que les impiden gastar el tiempo necesario para viajar a los Estados Unidos y volver".

Ése fue el comienzo de una guerra fría entre Staunton y Morphy que, probablemente, marcó de forma decisiva y trágica la vida del americano. Éste, además de jugar partidas con sus paisanos concediendo ventajas de caballo o torre, y de dar algunas exhibiciones a la ciega, invirtió varios meses de su estancia en Nueva Orleans en los comentarios de las partidas del Torneo de Nueva York que se incluirían en un libro sobre el mismo. Mientras, el Club de Ajedrez de Nueva Orleans concretó el desafío a Staunton para un encuentro en esa ciudad porque Morphy tenía "serias razones familiares" que le impedían viajar a Europa. Se proponía un premio de 5.000 $, de los que Staunton tendría garantizados 1.000 en caso de derrota.

El británico replicó con una carta cortés en la que explicaba su imposibilidad de viajar a la capital de Luisiana por su ocupación en un trabajo sobre Shakespeare y por la enorme distancia. Pero cometió probablemente un error, como se verá más adelante, al añadir el siguiente párrafo en su columna del *Illustrated London News*, el 3 de abril de 1858: "Si el señor Morphy –cuyo talento nos merece la más sentida admiración– desea medir sus espuelas con las de la caballería europea, podrá aprovechar su proyectada visita para el próximo año para encontrarse con los campeones de este país, de Francia, de Alemania y de Rusia, deseosos de probar y honrar sus hazañas". Cualquier lector podría deducir que el propio Staunton estaba dispuesto a enfrentarse con Morphy. El tiempo demostró la inmensidad de ese error.



Archivo Revista Jaque

Imagen de Paul Morphy en Nueva York, en 1859. Considerado el mejor jugador de ajedrez de la época.

Viaje triunfal a Europa

Morphy estaba convencido de que su duelo contra Staunton era una simple cuestión de tiempo y se mostraba ansioso por cruzar el Atlántico. Pero sus padres consideraban que, a los 20 años, era demasiado joven para ello. Sin embargo, los entusiastas miembros del Club de Ajedrez de Nueva Orleans les convencieron de lo contrario y ofrecieron incluso el dinero necesario para que Morphy pudiese jugar el Torneo de Birmingham un mes más tarde. Esto último no fue del agrado del ídolo, que ya entonces rechazaba la idea de ser considerado un jugador profesional.

No está muy claro de dónde salió finalmente el dinero, pero sí se sabe que Morphy embarcó el 9 de junio de 1858 en el *Arabia*, con destino Liverpool. Su idea era jugar en Birmingham, y pasar después varias semanas en Londres para enfrentarse tal vez a Staunton. A continuación mediría sus fuerzas con los mejores jugadores europeos en París y Berlín para regresar a casa en noviembre. Pero, nada más llegar a Birmingham, Morphy se enteró de que el torneo había sido aplazado hasta el 24 de agosto. De modo que se dirigió inmediatamente a Londres, donde celebró su 21 cumpleaños el 22 de junio.

Los dos clubes que más frecuentó fueron el Divan (que aún existe bajo el nombre de Simpson's) y el St. Georges, donde se encontró por primera vez con Staunton, que siempre argumentaba alguna excusa para no jugar partidas amistosas con el joven americano. Sólo disputaron dos –en consulta, Morphy y Barnes contra Staunton y Owen–, y la pareja de Morphy ganó ambas. Éste aceptó un duelo a 12 partidas frente a Lowenthal, con 100 libras de apuesta, y lo ganó por 9-3. Según el testimonio del polaco Zytogorsky, Morphy obsequió inmediatamente a su rival con muebles por valor de 120 libras.

A vueltas con Staunton

Mientras tanto continuó el extraño diálogo entre Morphy y Staunton, quien pidió un mes para "preparar aperturas y finales". A mediados de agosto, Morphy le contestó con la siguiente carta: "Como nos aproximamos a la cita de Birmingham, y usted ha fijado la fecha de comienzo de nuestro encuentro al final de ese torneo, creo que sería aconsejable arreglar los detalles preliminares esta semana. ¿Sería tan amable de precisar cuándo sus representantes podrían reunirse con los míos de modo que el acontecimiento que tanto deseo, y que por su eminente posición apasiona al mundo del ajedrez, se convierta en un hecho consumado? Respetuosamente, Paul Morphy".

Staunton le había dicho a Morphy que no jugaría en Birmingham, pero finalmente lo hizo. Eso enfadó a Morphy, que decidió no disputar el torneo, seguramente temiendo que, si perdía una partida contra Staunton, éste señalaría que el duelo entre ambos no era necesario. Sin embargo, Morphy acudió a Birmingham el 26 de agosto para cumplir la palabra de dar una exhibición de partidas a la ciega. Durante la mañana del 27, Morphy y Staunton pasearon juntos en compañía de Lord Lyttelton, presidente de la Federación Británica de Ajedrez. Cuando el americano estaba a punto de hacer preguntas muy concretas, Staunton se adelantó, argumentando que estaba fuera de forma, que tenía un compromiso muy serio con su editor y que perdería mucho dinero si no lo cumplía. No obstante, se comprometió a disputar el duelo a primeros de noviembre, y a fijar la fecha exacta tras hablar con sus editores. Por fin, todo parecía ir bien.



El deseo frustado de enfrentarse a Stauton marcó la vida de Paul Morphy.

Pero pronto se vio que esto no era cierto. Coincidiendo con el traslado de Morphy a París, Staunton escribió, en su columna del *Illustrated London News*, que había acudido a Inglaterra sin representantes para negociar y sin fijar el montante de los premios. Por otro lado, Staunton perdió por 2-0 en la segunda ronda del Torneo de Birmingham ante Löwenthal.

Al marcharse de Inglaterra, Morphy tenía dos objetivos: disputar el ya pactado duelo contra el alemán Anderssen y enfrentarse a algún jugador francés. Sus ansias de competición debían de ser muy grandes porque, a pesar de que el trayecto en barco le produjo fuertes mareos, inmediatamente después de llegar a París fue al Café de la Régence, donde su presencia originó una gran excitación general. Allí estaba Harrwitz, otro jugador alemán de los más fuertes de la época, que le ganó una partida y le retó a un duelo. Éste empezó a primeros de septiembre, y Morphy perdió las dos primeras partidas. Algunos cronistas aseguran que el estadounidense disfrutó bastante de la noche parisina durante esos días; cierto o no, el caso es que Morphy reaccionó perfectamente, ganando las tres siguientes, así como la sexta, tras diez días de descanso que el germano pidió por supuesta enfermedad. Después de la cuarta derrota consecutiva, Harrwitz volvió a encontrarse indispuesto y pidió otro intervalo, a pesar de que continuó asistiendo con frecuencia al café.

Exhibición memorable

Morphy aprovechó para dar una de sus célebres exhibiciones de simultáneas a la ciega. Después de siete horas de lucha contra una oposición bastante dura, ganó seis partidas, empató dos y fue despedido con una clamorosa ovación. El cansancio de una sesión así suele durar varios días, y además tenía fiebre, pero Morphy insistió en reanudar el encuentro con Harrwitz. Tras un empate y una victoria, el norteamericano ganaba por 5-2, y su rival optó por rendirse. Después de que sus amigos insistieran mucho, Morphy aceptó el dinero apostado y lo destinó a pagar los gastos del viaje de Anderssen a París.

Conviene abrir un paréntesis en el relato de los éxitos deportivos de uno de los mejores ajedrecistas de todos los tiempos para un apunte psicológico. Del testimonio de sus biógrafos se deduce que Morphy estaba deseando volver a casa antes de la Navidad de 1858, tal como había previsto. Dado su gran amor por el ajedrez y la necesidad de estar en Europa para medirse con los rivales más fuertes del mundo, no es aventurado deducir que

Morphy empezaba a estar harto del ambiente que rodeaba el ajedrez de elite de aquel momento. Todo indica que la poco elegante conducta de Harrwitz durante el duelo entre ambos y, muy especialmente, la desesperante actitud de Staunton habían apagado buena parte de esa pasión incontenible que suele dominar a los genios.

Como Staunton seguía lanzando dardos desde su columna al joven americano, éste elevó el tono en su siguiente misiva al maestro británico, fechada el 6 de octubre: "Permítame repetirle que, como ya he dicho en todo círculo de ajedrez en el que haya tenido el honor de entrar, yo no soy un jugador profesional, nunca he deseado basar mi prosperidad en las habilidades que poseo, y tengo como mi mayor deseo el de no jugar nunca por dinero y siempre por honor. Sin embargo, mis amigos de Nueva Orleans aportaron cierta suma, sin ninguna petición por mi parte, y esa cantidad ha estado a su disposición durante un tiempo considerable. Desde que llegué a París, varios caballeros me han asegurado que esa suma puede incrementarse de inmediato. Pero, por lo que a mí concierne, la reputación es el único estímulo que yo admito".

Más adelante, Morphy se refería a algunos socios del St. Georges (el club de Staunton) como posibles representantes suyos en las negociaciones y le pedía a Staunton que fijase las fechas. Pero esta vez añadía una evidente muestra de desconfianza: le hacía saber a Staunton que enviaba copias a los directores del *Illustrated London News*, *Bell's Life*, *Era*, *Field* y *Sunday Times*.

♙ Frustración y declive

Acorralado, Staunton respondió el 9 de octubre y despejó todas las dudas: no jugaría el encuentro porque su trabajo le impedía prepararse adecuadamente. Eso sí, en el caso de que Morphy visitase de nuevo el St. Georges, Staunton sería su anfitrión y disputaría unas "partidas informales con mucho gusto".

Siguió una agria polémica en las columnas de ajedrez británicas. La mayoría de los protagonistas estaban a favor de Morphy, que se limitó a enviar una amable carta a Lord Lyttelton, "el mecenas del ajedrez inglés", con la siguiente petición: "Haga saber a todo el mundo que yo no tengo ninguna culpa de que el duelo no se dispute". Lyttelton contestó por escrito de forma amable, librando a Morphy de toda responsabilidad; aunque justificaba en parte el comportamiento de Staunton, le culpaba sin embargo de haber tardado demasiado en reconocer que no iba a disputar el encuentro.

En resumen, la frustración de Morphy iba en aumento, y no hace falta ser médico para relacionar sus graves poblemas posteriores de salud mental con los hechos ya relatados. Uno de los pocos consuelos que le quedaban era la caballerosa actitud de Anderssen, profesor de Matemáticas en la Universidad de Breslau, que sacrificó sus vacaciones de Navidad y accedió de buen grado a trasladarse a la capital francesa para disputar el prometido duelo con Morphy, que se encontraba enfermo. Afortunadamente para el ajedrez, los médicos desaconsejaron a Morphy que volviese a Nueva Orleans sin estar plenamente recuperado. Anderssen, que en ningún momento aludió a su largo período de escasa actividad ajedrecística –desde su brillante victoria en el Torneo de Londres de 1851–, se negó a comenzar el enfrentamiento en el hotel Breteuil hasta que su rival estuviese curado.

Al igual que contra Harrwitz, Morphy empezó perdiendo, pero se impuso de forma categórica: siete victorias, dos empates y dos derrotas. Anderssen no alegó excusas en ningún momento y se mostró siempre muy respetuoso con su adversario. Cuando alguien le comentó que su juego era bastante peor que en sus pasadas actuaciones, el alemán replicó sencillamente: "Es que Morphy no me deja jugar mejor".

Por desgracia, ése fue el último duelo contra un rival muy fuerte en la meteórica y fugaz carrera del genio de Nueva Orleans, cuyo interés por el ajedrez era cada vez menor. Además, nadie quería aceptar el reto de enfrentarse a él con ventaja de peón y salida. El único aliciente que le quedaba era desplazarse a Alemania para un duelo de desquite con Anderssen y pa-


Archivo Revista Jaque

Imagen de Morphy, en el año 1870.



Portada del libro que conmemora la victoria de Morphy en Nueva York.

Archivo Revista Jaque

ra enfrentarse a las otras estrellas alemanas en Berlín, Breslau y Leipzig. Pero su cuñado, Sybrandt, le visitó durante la primavera de 1859 para hacerle saber la ansiedad de su familia ante la tardanza en regresar. Tras un emocionante banquete de despedida con sus amigos del Café de la Régence y varias exhibiciones triunfales en Londres, Morphy llegó a Nueva York el 11 de mayo. Allí le esperaba otra sucesión de banquetes y agasajos.

Últimos días felices

Eran los últimos días felices de aquel gran talento a quien todos admiraban, que todavía vivió 25 años más. Fue contratado por el *New York Ledger* por un sueldo principesco (3.000 $ al año) para encargarse de la sección de ajedrez. También hizo un viaje por Cuba, España y Francia, con algunas exhibiciones incluidas, pero su interés decrecía más y más mientras intentaba abrirse camino como abogado y como hombre. Pero, tanto los hombres de leyes como las mujeres de la alta sociedad consideraban que aquel joven caballero no era más que un ajedrecista, y apenas le hacían caso. Por ejemplo, su oferta para trabajar como diplomático para la Confederación fue rechazada. Todo ello le deprimió mucho, hasta el punto de que en otro viaje de 18 meses que realizó por Francia, no se sabe de ninguna partida de ajedrez disputada por él.

A partir de ahí, el proceso es muy triste: sufre manía persecutoria, se vuelve muy agresivo en ocasiones y se niega a hablar de ajedrez. Muere de un ataque de apoplejía a los 47 años. Y entonces empieza una discusión eterna sobre su estilo, su obra ajedrecística y su categoría como jugador. Se le cataloga como "intuitivo", "analítico", "lógico", "racional", etc., pero, como indica su mejor biógrafo, Sergeant, "por encima de todo, Morphy era un artista. Y la mejor manera de disfrutar de un artista es no diseccionarlo". A pesar de su corta carrera y de la escasez de partidas contra los mejores del mundo, la aportación de Morphy al ajedrez será siempre comparable con la de Mozart a la música: inmortal.

Paul Morphy

- Paul Morphy nació el 22 de junio de 1837 en Nueva Orleans
- Disputó menos de 75 partidas serias, pero se conservan más de 300; en la mayoría cede ventajas a sus rivales para compensar la gran diferencia de fuerza.
- Entre los duelos que disputó, éstos son los más importantes: Löwenthal (a los 13 años, una victoria y un empate); Paulsen (+5 -1 =2 en la final del Torneo de Nueva York de 1857); Löwenthal (+9 -3 =3, en 1858), Harrwitz (+5 -2 =1, 1858); Anderssen (+7 -2 =2, 1858), Mongredien (+7 =1, 1859) y Thomson (le dio un caballo de ventaja, +5 -3 =1, en 1859).
- Aunque nunca pudo cumplir su deseo de enfrentarse a Staunton, incluso los más fervientes seguidores del británico admiten que Morphy era claramente el favorito. Se le considera el mejor del mundo de su época.
- Falleció en Nueva Orleans, tras un grave deterioro mental, el 10 de julio de 1884.



Emmanuel Lasker



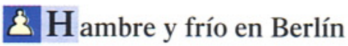
La imagen recoge la partida disputada en Montreal, en el año 1894, que enfrentó a Lasker (derecha) y Steinitz.

Un hombre ejemplar

Sus resultados, partidas y trayectoria personal obligan a una larga reverencia. Emmanuel Lasker fue campeón del mundo durante 27 años –es el récord– y logró resultados impresionantes en los diez torneos que disputó desde 1895 hasta 1924: ocho primeros puestos, un segundo y un tercero. Sobre la base del sentido común, dominaba todas las facetas del juego, incluida la psicología. Pero no sólo brilló en el ajedrez: su éxito en las Matemáticas, la Filosofía y la vida le convierten en un hombre ejemplar. Sin embargo, casi nadie le cita como el mejor ajedrecista de todos los tiempos.

"Los hombres extraordinarios desbordan del mundo moral. Son como las fuerzas físicas de la naturaleza, como el agua y el fuego." Esa frase de Goethe, citada por Miguel Ángel Nepomuceno en el prólogo de su magnífica biografía de Lasker (*El difícil camino hacia la gloria*, Ediciones Eseuve, 1991), resulta muy apropiada para la imponente figura de un campeón que además será siempre uno de los mejores embajadores del ajedrez.

Como jugador, Lasker se distinguió especialmente por su asombrosa capacidad para sacar lo máximo de cada posición, sobre todo cuando estaba a la defensiva. Esa habilidad excepcional tal vez tenga que ver con una anécdota de cuando tenía 10 años y crecía como el menor de cuatro hermanos judíos en Berlinchen (Alemania), un pueblecito prusiano que hoy pertenece a Polonia. Emmanuel, cuyo nombre se debía a haber nacido en Nochebuena, protestaba ruidosamente porque consideraba que el azúcar que había en un platillo era insuficiente para su café. Su abuelo tomó el único terrón y le dio un pequeño mordisco, lo que enfureció al chaval, que ya gritaba a todo pulmón. Pero el abuelo repitió la operación tres veces, hasta que Emmanuel se dio cuenta de que si seguía chillando se quedaría sin azúcar.



Hambre y frío en Berlín

La vida se hizo bastante dura para aquel adolescente cuando la familia decidió que su hermano Bertoldo se marchase a Berlín a estudiar Medicina. Las dos niñas, Teófila y Amalia, estaban en casa pero no eran lo mismo: Bertoldo le había enseñado muchas cosas, le ayudaba a hacer los deberes y jugaba con él en el bosque.

El disgusto sólo duró un año. Ante las apreturas del hambre en Berlín –el padre de los Lasker, Adolfo, tenía un modesto empleo en la sinagoga de Berlinchen–, Bertoldo se las ingenió para ser contratado en un salón de té por su habilidad para jugar al ajedrez y a las cartas, lo que servía para atraer clientela.

La noticia de que su primogénito ya no pasaba hambre animó mucho a Adolfo, que decidió enviar a Berlín a su otro hijo varón, de 11 años en aquel momento, tras vencer la oposición de su esposa, Rosalía.

Emmanuel, que ya había destacado por su facilidad para las matemáticas desde los 5 años, no tuvo ningún problema para ser aceptado en una escuela de Berlín donde le situaron dos cursos por encima de su edad.



Archivo Revista Jaque

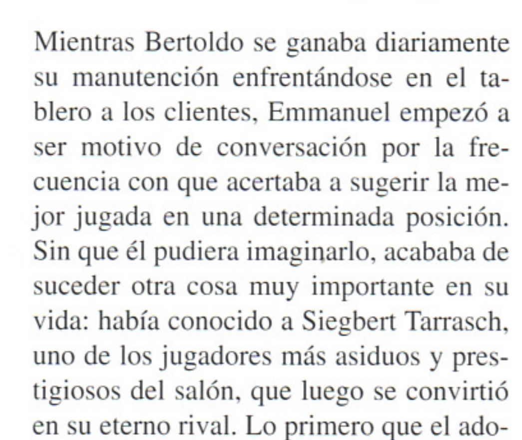
Emmanuel Lasker, en los últimos años del siglo XIX.

Poco después enfermó de sarampión, sin imaginar hasta qué punto esa circunstancia iba a marcar su vida: como se aburría bastante durante el período de convalecencia, su hermano decidió enseñarle a jugar al ajedrez.

Los padres se dieron cuenta de que los ingresos de Bertoldo eran bastante más escasos de lo que ellos habían imaginado, lo que originaba molestos vacíos estomacales en ambos hermanos y no les ayudaba a combatir el frío. Por esta razón, decidieron separarles, y enviaron a Emmanuel a casa de unos amigos que vivían a varios kilómetros de distancia del salón de té y de la casa donde vivía Bertoldo.

La solución no resultó muy del agrado de Emmanuel, puesto que, aunque no con tanta intensidad, seguía pasando hambre, estaba separado nuevamente de su hermano y, para colmo, se veía obligado a hacer largas caminatas para llegar a aquel extraño lugar siempre lleno de humo, en donde se disputaban apasionantes partidas de ajedrez.

El arrogante Tarrasch



Mientras Bertoldo se ganaba diariamente su manutención enfrentándose en el tablero a los clientes, Emmanuel empezó a ser motivo de conversación por la frecuencia con que acertaba a sugerir la mejor jugada en una determinada posición. Sin que él pudiera imaginarlo, acababa de suceder otra cosa muy importante en su vida: había conocido a Siegbert Tarrasch, uno de los jugadores más asiduos y prestigiosos del salón, que luego se convirtió en su eterno rival. Lo primero que el adolescente Lasker captó en aquel joven de Nuremberg, aventajado alumno de la Escuela de Medicina de Berlín, fue su arrogancia. "Eres aún muy joven para jugar conmigo", fue la respuesta de Tarrasch a su inocente invitación.

Para no tener ninguna de duda de que la gigantesca capacidad de lucha que siempre distinguió a Lasker se forjó en las estrecheces económicas de sus primeros veinte años de vida, baste decir que Bertoldo y Emmanuel llegaron a tener sólo un par de pantalones para ambos, lo que impedía que pudieran salir juntos a la calle. Los dos se ganaban la vida jugando al ajedrez en el susodicho salón de té, lo que minaba su salud por lo cargado del ambiente, y afectaba su formación porque les ocupaba muchas horas. Desde muy joven, Lasker estaba decidido a que el ajedrez no fuera su profesión principal, sino una actividad compatible con las Matemáticas y la Filosofía. Pero, a los 19 años, Lasker jugaba para comer y también recibía la ayuda del algún mecenas compasivo, como Jacobo Bamberger, quien se convirtió en su suegro treinta años después.

Sin embargo, la suerte se convirtió pronto en su aliada. Finalizaba la década de 1880 cuando Emmanuel se enteró de que el gran café Kaiserhoff organizaba un torneo anual abierto a los forasteros y se hizo socio del aquel lujoso establecimiento donde, según los cronistas de la época, "sus pobres ropas contrastaban con la elegancia y el confort de los pulcros berlineses que bebían a sorbos sus cafés y chocolates, mascando bizcochos y pasteles de cremosa nata". Se impuso en el torneo sin ceder un solo empate y se

planteó entonces el famoso dilema que ha atormentado durante siglos a tantos ajedrecistas: convertirse en un jugador profesional o seguir la senda universitaria de las personas normales. Optó por la primera opción, que le garantizaba dejar de pasar frío y hambre, además de permitirle viajar a diferentes países, y, en consecuencia, se apuntó en el Torneo B de Breslau, donde comprobó que su viejo conocido Tarrasch estaba inscrito en el A, junto a maestros de reputación internacional.

¿Todo está escrito?

Quienes sostienen que el destino de las personas ya está escrito en alguna parte encontrarán un buen apoyo en lo que ocurrió durante el Torneo de Breslau. Lasker perdió una partida ante Von Feyerfeil, pero logró compartir el primer puesto con él por un rarísimo incidente. Von Feyerfeil aplazó una partida con Lipke tras varias horas de juego, pero nadie apuntó la posición exacta de las piezas, como se hacía en los torneos serios hasta que la aparición de las computadoras eliminó los aplazamientos. Por lo tanto, hubo un error del que nadie se apercibió, hasta mucho después, al reconstruir la posición para la segunda sesión. Von Feyerfeil, que tenía muchas posibilidades de tablas en la posición real, terminó perdiendo esa partida y también fue derrotado por Lasker en la de desempate. La joven promesa de Berlinchen logró así el ansiado título de maestro, que le permitía competir en los torneos de elite. Su hermano Bertoldo comentó que, de no haberlo conseguido en esa competición, Emmanuel hubiera abandonado probablemente el ajedrez profesional para centrarse en la Universidad.

El editor de la revista *The Field*, Leopoldo Hoffer, se dio cuenta de que estaba naciendo una nueva estrella del tablero y afirmó: "El señor Lasker, un novel jugador de Berlín, muestra un considerable talento para el juego, y probablemente se convertirá en un fuerte maestro". Su vaticinio fue muy acertado: Lasker quedó el segundo, superado por el británico Amos Burn, poco después en Amsterdam, frente a rivales de alto calibre. Hoffer subió el listón de los elogios: "Sólo tiene 21 años, si bien posee las cualidades de un maestro de primera clase; es decir, erudición, buen juicio posicional, concepción rápida, imaginación, gran entusiasmo y, por encima de todo, es una persona culta y de intelecto nada común".

Siguió una racha triunfal que empezó al compartir el primer puesto con su hermano en el Torneo de la Asociación de Maestros Alemanes. A continuación, ganó varios torneos y duelos frente a contrincantes muy reputados –como Bardeleben, Mieses y Bird–, para acabar aceptando una invitación de Londres, donde se consagró definitivamente al vencer de nuevo a Bird por 5-0 y, sobre todo, por 8-2 a Blackburne, uno de los firmes retadores del campeón del mundo, Wilhem Steinitz. Aunque aún existían dudas sobre si Lasker era mejor o peor que Tarrasch, el joven prusiano sentía una gran satisfacción al ver que había elegido el camino correcto. El siguiente paso era saltar a EE.UU., donde la salud del ajedrez era mucho peor que en Europa porque los colonizadores estaban demasiado ocupados buscando oro y construyendo un enorme país.

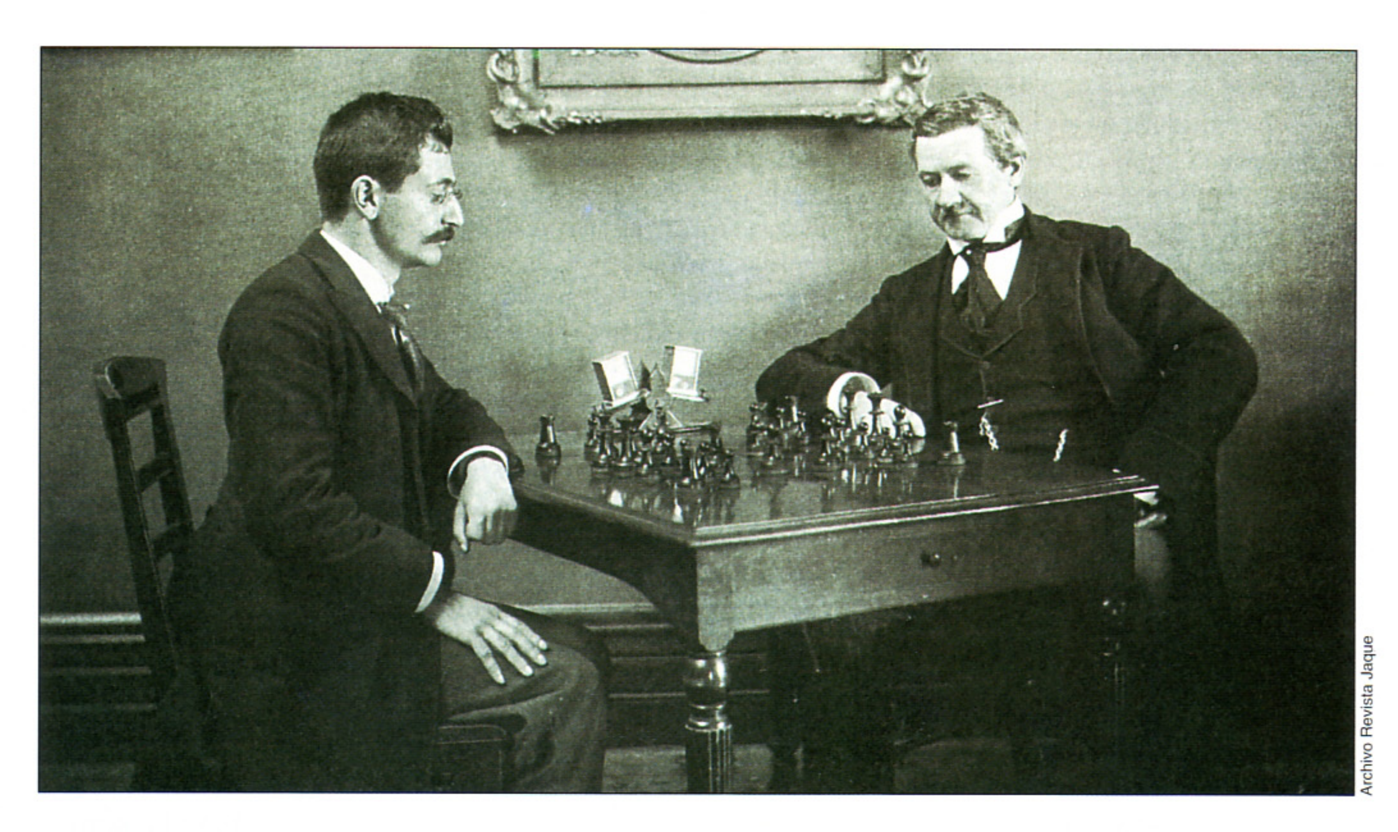
El sueño americano

Lasker pisó América por vez primera en noviembre de 1892. Entre sus primeros éxitos en Cuba y EE.UU. hay que destacar la victoria por 5,5-1,5 frente al campeón norteamericano, Jackson Showalter; sin embargo, el alemán no pudo disfrutar del los mil dólares del premio porque los perdió inmediatamente después frente a la esposa de Showalter, que jugó con un caballo de ventaja.

Pero todo eso eran minucias si se comparaban con el importante torneo que iba a disputarse en Nueva York con varios maestros de renombre, en especial Pillsbury, la nueva estrella americana. Lasker logró una hazaña histórica que no necesita comentarios: trece victorias en trece partidas; quedaba muy claro que ya había subido lo suficiente para ser incluido entre los potenciales retadores del campeón Steinitz, que también se encontraba en EE.UU. por entonces.



Emmanuel Lasker en su juventud. Ésta es una de las pocas imágenes que se conservan del famoso ajedrecista, en la que aparece sin bigote.


Archivo Revista Jaque

Emmanuel Lasker (a la izquierda) juega con un aficionado, en el Manhattan Chess Club de Nueva York, en 1893.

Sin embargo, no era el único: Tarrasch había triunfado brillantemente en los torneos de Breslau 1889, Manchester 1890 y Dresde 1892 y también tenía fama de invencible. Además, persistía en su actitud de no valorar lo suficiente los éxitos de Lasker y de rechazar un duelo entre ambos: "Ese joven debería demostrar primero su valía intentando ganar uno o dos torneos internacionales de superelite; no tiene todavía los méritos suficientes para jugar un duelo contra alguien como yo".

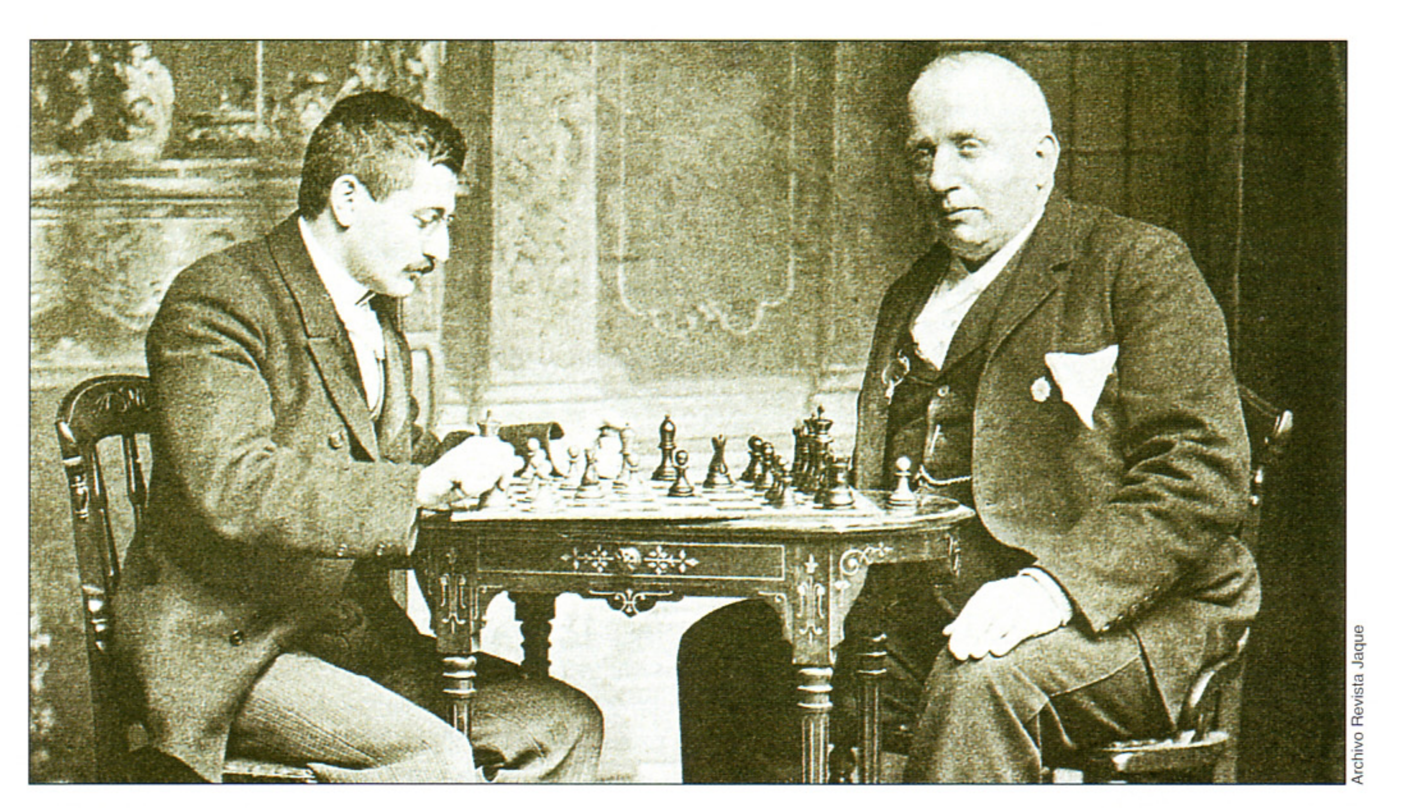
Relevo en la cumbre

Lasker prescindió de las palabras para responder con hechos: retó a Steinitz por el título y colaboró con él durante la agotadora y vergonzante tarea de buscar patrocinadores durante varios meses, pero así estaba el ajedrez en aquella época. Finalmente, lograron reunir 3.000 dólares; de ellos, 2.250 para el vencedor, al mejor de diez victorias desde el 15 de marzo de 1894 en Nueva York, Filadelfia y Montreal con una velocidad de 15 movimientos a la hora.

A pesar de su edad, 57 años, y de la gota –que le dejó cojo–, Steinitz era aún muy temible, sobre todo por su profundísima concepción estratégica y por la dilatada experiencia en la cumbre: considerado oficialmente como el primer campeón del mundo desde 1886, había sido en realidad el mejor desde mucho antes.

Pero la edad pesaba demasiado ante un contrincante de la pujanza de Lasker, que suplía su carencia de conocimientos teóricos sobre las aperturas con muchas otras virtudes. Como dice Nepomuceno, "fueron la táctica, el autocontrol, el poder de resistencia y el profundo conocimiento de la naturaleza humana los que vencieron en el encuentro [+10 -5 =4]". Y, en referencia a la última partida, añade: "Steinitz luchó hasta el último instante, como siempre, y por fin inclinó su rey. Alcanzando con dificultad sus bastones, se levantó del asiento y pidió al público tres hurras por el nuevo campeón del mundo. Luego, sin volverse, se fue cojeando hacia la habitación contigua, a las tinieblas y a la soledad".

Lasker era el rey e inauguraba una época de esplendor para el ajedrez. Pero no todo el mundo reconocía su autoridad; su complicado estilo de juego, la decadencia de Steinitz y la indudable categoría de Tarrasch originaban algunas dudas. Los grandes retos de Lasker no habían hecho más que empezar.



Archivo Revista Jaque

El campeón es el mejor

Emmanuel Lasker, a la izquierda, y G.C. Reichel, un notable aficionado, en Filadelfia, en 1892.

La trayectoria y los resultados de Emmanuel Lasker durante los 30 años siguientes (1894-1924) le catalogan como uno de los mejores y más interesantes ajedrecistas de la historia, y también como un hombre excepcional. Desde ese punto de vista, fue una suerte que la legitimidad de Lasker como campeón fuera cuestionada, porque así tuvo un estímulo adicional para demostrar, sin dejar el más mínimo resquicio de duda, que él era el *número uno*.

Sin embargo, el primer intento fue fallido. Después de sufrir fiebres tifoideas y dar en Londres las conferencias que luego sirvieron para editar el libro *El sentido común en ajedrez*, Lasker terminó el tercero en el Torneo de Hastings, superado por el estadounidense Pillsbury –en la más impresionante actuación de su corta carrera– y el ruso Chigorin, que deleitó a los aficionados con brillantes combinaciones. Aunque Lasker venció, entre otros, a Pillsbury y a Steinitz (5º), perdió con Tarrasch y no jugó como era de esperar en un contrincante de su talla.

Así daba la razón –temporalmente– a Von Bardeleben, que unos meses antes, a raíz del duelo contra Steinitz, había escrito en la revista *Deutsche Schachzeitung*:

"Lasker carece de la profundidad de concepción de Steinitz, pero la compensa con un extraordinario dominio de sí mismo. Su juego es casi impecable y ésa es la principal razón de su victoria. Otra característica de su estilo es que, cuando tiene una mala partida, se defiende con serenidad y prudencia, haciendo la tarea de su rival tan difícil como le es posible; la mayoría de los jugadores pierden la confianza en tales posiciones y cometen errores que apresuran el final. En cuanto a la forma de juego de Lasker en la apertura, es generalmente correcta pero nunca poderosa. Hablando en general, el campeón del mundo pertenece a la escuela moderna, su estilo no es particularmente agresivo, sus combinaciones carecen de brillantez, pero su juicio de la posición es correcto y, sobre todo, su juego se caracteriza por una extrema precaución, por lo que es muy difícil atacarle con éxito. Es más hábil en la defensa que en el ataque, al cual recurre sólo cuando hay una definitiva y clara ventaja, o cuando su desventaja es tan grande que el juego defensivo ya no ofrece ninguna posibilidad. Habrá que esperar ahora que todo lo conseguido frente a Steinitz lo demuestre en la difícil prueba de un torneo".

Del escozor a la gloria

No es difícil imaginar lo escocido que se sentía Lasker tras el tercer puesto de Hastings. Pero, quizá por eso, justo ahí empezaron sus días de mayor gloria. La excelente actuación de Chigorin motivó la organización de un magnífico torneo en San Petersburgo al que fueron invitados los cinco primeros del certamen británico. Como Tarrasch eludió el compromiso porque dijo que debía atender a sus pacientes en Nuremberg, los otros cuatro se enfrentaron en una lucha maratoniana a séxtuple vuelta, que terminó de forma elocuente: 1º Lasker, 11,5 puntos; 2º Steinitz, 9,5; 3º Pillsbury, 8; 4º Chigorin, 7; además del espaldarazo para el campeón, esos resultados sirvieron para que Steinitz pidiese la revancha con bríos renovados, sin darse cuenta de que su edad aconsejaba una prudente retirada.

Pero antes se celebró otra competición histórica, la de Nuremberg en julio de 1896, que reunió (19 participantes) a todas las grandes estrellas de la época, incluido Tarrasch, el ídolo local. Una vez más, los primeros puestos de la clasificación ahorran muchos comentarios, aunque cabe subrayar que no sirvió para que Tarrasch reconociese la supremacía del campeón: 1º Lasker, 13,5 puntos; 2º Maroczy, 12,5; 3º-4º Pillsbury y Tarrasch, 12,5; 5º Janovsky, 11,5; 6º Steinitz, 11.



Archivo Revista Jaque

Imagen de Emmanuel Lasker, correspondiente al año 1894.

Steinitz mostraba ansiedad por el encuentro de desquite, hasta el punto de que presionó a Lasker diciendo que él volvería a ser el campeón legítimo si el duelo no comenzaba de inmediato. En realidad, la situación era patética y obedecía principalmente a las penurias económicas del ex campeón, como él mismo reconoció cuando se le sugirió que dejase la gloria para los más jóvenes y se retirase: "Puedo dejar la gloria para los más jóvenes, pero yo necesito el dinero para vivir". Lasker ganó fácilmente el segundo enfrentamiento entre ambos (Moscú, 1896-1897) por 10 victorias, dos derrotas y cinco empates; Steinitz cayó años después en una grave enfermedad mental.

Lasker se quedó tres años en Londres, donde volvió a mostrar su gran categoría en 1899 (15 participantes a doble vuelta) con 4,5 puntos de ventaja sobre sus seguidores: 1º Lasker, 22,5; 2º-4º Janovsky, Maroczy y Pillsbury, 18; 5º Schlechter, 17; 6º Blackburne, 15,5; 7º Chigorin, 15; Steinitz terminó el 11º, con 11,5. Tarrasch no acudió, y tampoco fue a París, en 1900, otra cita inolvidable (las tablas no contaban, se repetía la partida): 1º Lasker, 14,5; 2º Pillsbury, 12,5; 3º-4º Maroczy y Marshall, 12; 5º Burn, 11; 6º Chigorin, 10,5.

Doctor en Matemáticas

El ahora indiscutible campeón había triunfado en cuatro torneos de elite consecutivos sin descuidar su carrera de Matemáticas, en la que se doctoró dos años más tarde; sus aportaciones se encuentran aún en los tratados de álgebra. Son innumerables los ajedrecistas que se han sentido frustrados a los largo de la historia por no poder dedicarse exclusivamente a su gran pasión. Pero a Lasker le sucedía exactamente lo contrario: necesitaba las Matemáticas y la Filosofía para su equilibrio interior.

Y también tenía tiempo para el amor. Una actriz de la época, asidua acompañante, relata lo ocurrido cuando Lasker se prestó a dar una lección a un aficionado muy presumido: "Planteó una apertura floja y, como su oponente, jugada tras jugada, persistía en sermonearle sobre su pobre nivel de juego, no era fácil para nosotros contener la risa mientras observábamos la grave expresión de Lasker y su respetuosa conducta. Cuando el viejo dijo: 'Va a perder una pieza, joven; me temo que tiene mucho que aprender todavía', Lasker movió la cabeza con una expresión preocupada, y también fingida, que a nosotros casi nos engaña. 'Gracias por avisarme –replicó–, parece ser que voy a perder otra pieza además de ésta.' Como su oponente tomara triunfalmente ambas piezas, Emmanuel movió la cabeza y dijo con falsa modestia: '¡Qué buena suerte he tenido! ¡Mire, resulta que es mate en tres movimientos!'.

Tras el doctorado, Lasker intima en Berlín con la que más tarde sería su esposa, Marta Bamberger, cuyo marido había quedado inválido por una enfermedad grave. Ella cuenta una anécdota significa-

tiva del temperamento de Lasker: "Un día [...] no habíamos paseado cinco minutos charlando amigablemente, cuando de repente se detuvo y dijo que debía volver a casa enseguida. Él me lo explicaría todo más tarde. Y se fue inmediatamente, casi corriendo. Yo me quedé bastante molesta por quedarme sola en medio del parque, y cuando me quejé a mi marido por tan extraño proceder, me consoló con una sonrisa y me aseguró que recibiría una explicación razonable. Pero yo todavía estaba enfadada, y decidida, más o menos, a hacerle saber que no deseaba volver a verle. Algunos días más tarde, sin embargo, apareció de improvisto llevando un voluminoso manuscrito de Matemáticas, y poniéndolo sobre la mesa, dijo: '¡Mire, éste es su trabajo! [...] Cuando nos encontramos el otro día yo era tan feliz que, de repente, resolví un problema matemático que me había estado preocupando durante años. La inspiración me vino como una llamarada'. [...] Un día, tras presentarme a su madre, dijo: 'Quiero que las dos personas que más amo sean grandes amigas'. [...] Una semana más tarde, Emmanuel se fue a Nueva York y, cuatro meses después de su partida, su hermano Bertoldo vino a decirnos que su madre acababa de morir".

Se juega mejor sin dama

Fue probablemente el primer día de ese viaje cuando se produjo una anécdota no menos significativa. Según su propio relato, paseaba Lasker por el salón de fumadores del barco cuando vio a un hombre sentado ante un tablero en el que analizaba una posición. Emmanuel echó una ojeada con aire de despiste, y el desconocido le preguntó si jugaba al ajedrez. "De vez en cuando", contestó Lasker sin mentir, dado su absentismo competitivo de esa época. El aficionado respondió: "Bueno, entonces siéntese y juguemos unas partidas. Yo juego mucho y podemos suplir su falta de experiencia con una ventaja de material. En la primera partida le daré la dama. Si usted gana, le daré entonces la torre, y así nivelaremos las fuerzas".

Lasker aceptó y logró perder las dos primeras sin que su rival sospechase nada. Antes de comenzar la tercera, el campeón dijo: "Debe de haber alguna ventaja en jugar sin la dama. Quizá porque el rey dispone de más libertad de movimientos al tener libre la casilla adyacente. Déjeme que yo le dé ahora la dama. Creo que entonces lo haré mejor". El aficionado quedó estupefacto ante semejante ridiculez pero, dada su insistencia, cedió a regañadientes y fue derrotado en la siguiente partida. "Bien, no he prestado suficiente atención. Después de todo, quizá le consideré demasiado flojo. Juguemos otra", repuso. Pero volvió a perder, y no fue consciente de su necedad hasta descubrir el nombre de Lasker en la lista de pasajeros.

En 1904, Lasker se vio incapaz de rechazar la invitación de los entusiastas organizadores estadounidenses para un gran torneo en Cambridge Springs. Tras cuatro años de inactividad en la alta competición, su estado de forma estaba muy lejos de ser el adecuado para enfrentarse con una oposición muy selecta, en la que sólo faltaban Maroczy y Tarrasch. Éste, que había demostrado su gran categoría al triunfar en Montecarlo por delante de Maroczy, Pillsbury y Shlechter, entre otros, estaba atado a Nuremberg por sus obligaciones profesionales. Lasker perdió en el primer tercio del torneo ante Pillsbury y Schlechter; aunque después remontó posiciones, sólo pudo compartir el segundo puesto con Janovsky, a dos puntos de Marshall, que se había consolidado como la nueva estrella americana mientras Pillsbury padecía ya la enfermedad que le llevó a la tumba en 1906.

Alegrías y amor

A pesar del relativo fracaso, Lasker disfrutaba de grandes alegrías en otros frentes. Su tesis doctoral iba a ser publicada en la Royal Society de Londres, lo que suponía para él un reconocimiento profesional mucho más importante que una victoria en Cambridge Springs. Su revista *Lasker's Chess Magazine* ya había salido a la venta con gran éxito inicial (aunque después le provocó grandes pérdidas). Y, sobre todo, había una mujer esperándole al otro lado del Atlántico, a la que decía


Archivo Revista Jaque

Wielhelm Steinitz, en 1891, antecesor de Lasker en el título mundial.

Emmanuel Lasker y su hermano Bertoldo, médico de profesión y un buen aficionado al ajedrez.



Archivo Revista Jaque

en sus cartas: "Siempre que pienso en Europa, pienso en usted".

De todas formas, el segundo puesto le obligaba a demostrar que seguía siendo el mejor. Deseaba hacerlo en un duelo contra Marshall (vencedor en Cambridge Springs), Maroczy (que había triunfado en tres torneos europeos consecutivos) o Tarrasch (verdugo de Marshall por 8-1 y ocho empates, nada menos). Los dos últimos alegaron diversas excusas tras fijar una fecha provisional; como la opinión pública exigía que el campeón pusiera en juego su título, Lasker aceptó enfrentarse a Marshall, al que vapuleó por 8-0 y siete tablas, una paliza aún más contundente que la propinada por Tarrasch. Éste, herido en su amor propio, escribió: "El juego de Lasker, a pesar de sus muchos errores, merece los máximos elogios. Lo que más admiro de él es su discreta calma en la defensa. Está en su elemento. Es un maestro de ella. Es más, es el maestro de la defensa. [...] Atacando, sin embargo, ya es otra cosa. No ganó una sola partida mediante ataques bien construidos".

La réplica de Lasker no se hizo esperar: "El juicio que Tarrasch hace de Marshall es injusto [...]. Nadie tiene derecho a hablar así, ya que va más allá de la capacidad de cualquier hombre penetrar en el corazón y cerebro de otro para poder juzgar los misterios de la mente, su talento y su habilidad". El ambiente para uno de los duelos más esperados de la historia ya estaba bien caldeado.

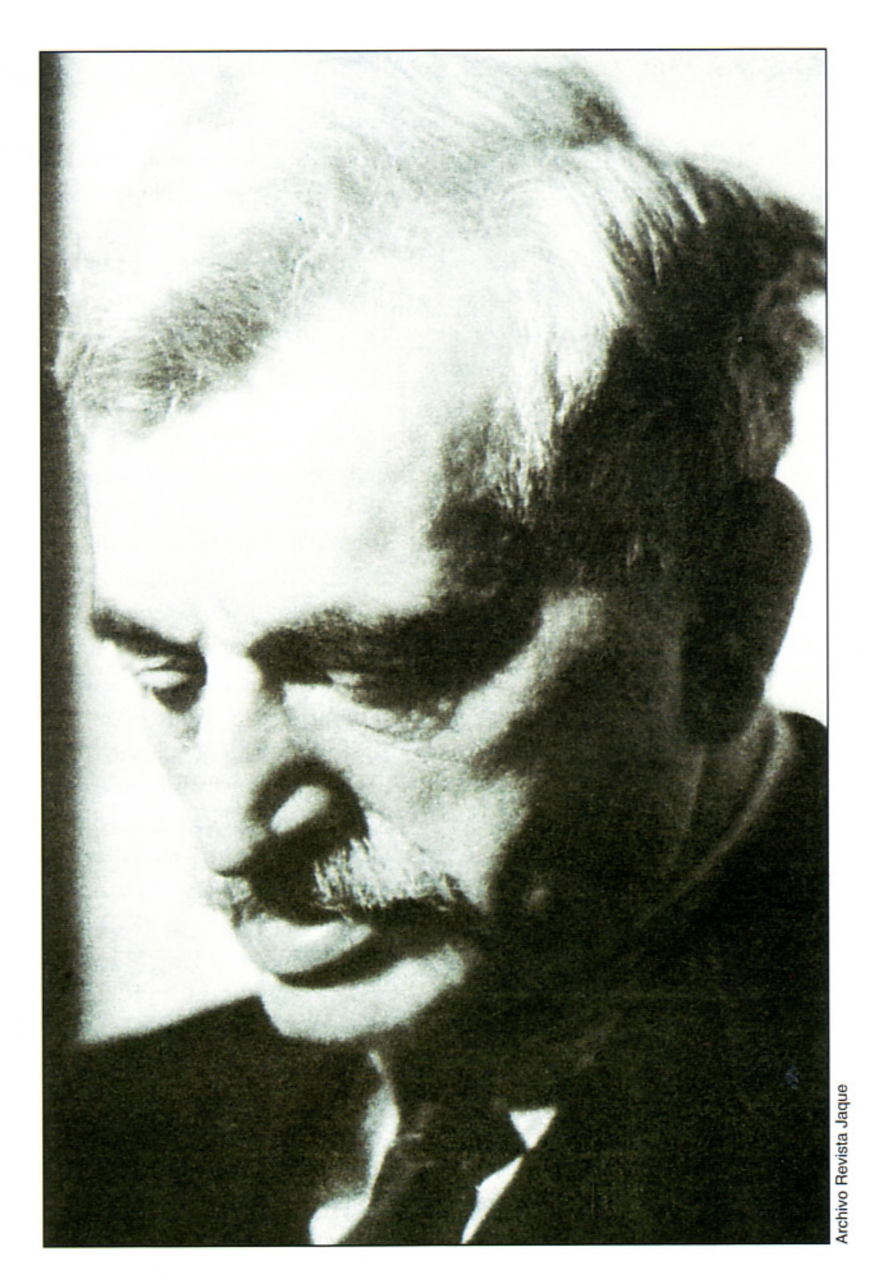
Compatriotas y enemigos

Dos alemanes eran los dos mejores ajedrecistas del mundo pero, tal vez por eso, mantenían unas relaciones espantosas. Por lo relatado anteriormente, parece mentira que Lasker pudiera escribir las siguientes frases, en su propia revista: "La fuerza o debilidad del Dr. Tarrasch estriba en su desmesurado amor propio. Sin él, sólo habría sido un mediocre jugador de ajedrez. Pero con su anormal egocentrismo ha llegado a ser un gigante. Su amor propio es tan grande que tiene que demostrarlo en algo, y el ajedrez era el medio más fácil para él. Tarrasch es muy aficionado al ajedrez pero, sobre todo, a su propio ajedrez".

Tras unas larguísimas negociaciones, ambos acordaron que el duelo se disputase a ocho victorias en Düseldorff y Munich a partir del 17 de agosto de 1908, con 4.000 marcos para el vencedor, 2.500 para el perdedor y 7.500 más para Lasker por arriesgar su título. Cuando los dos se vieron para la inauguración, Tarrasch hizo una reverencia y dijo: "Para usted, señor Lasker, sólo tengo dos palabras, ¡jaque y mate!".

Se supone que Tarrasch estaba muy bien preparado. No así el campeón, a juzgar por el testimonio escrito de Edward Lasker (1885-1981), otro jugador muy fuerte de aquella época y amigo de su homónimo. Según Edward, y aunque resulte difícil de creer, "Emanuel se preparó descansando durante unas tres semanas en unos bosques cercanos a Berlín. Todo lo que hacía era pasear y leer".

Con un enorme interés internacional por el duelo entre los dos ases, las primeras partidas marcaron la pauta de cuál era la diferencia esencial entre ambos: el campeón dominaba psicológicamente a su rival y no optaba siempre por hacer la mejor jugada sino la que más molestaba a Tarrasch, cuya ortodoxia a ultranza resultó muy inapropiada ante un adversario tan versátil, que ya ganaba por 4-1 (sin un sólo empate) tras la cinco primeras partidas. El triunfo final (+8 =5 -3) dejó muy claro quién era el más fuerte a la hora de competir, sin que ello menoscabe la enorme sabiduría ajedrecística de Tarrasch.


Archivo Revista Jaque

Una de las últimas imágenes de Emmanuel Lasker.

La madurez de un genio

Resuelta la afrenta con su eterno rival, Lasker volvió a dar prioridad a la Filosofía pero no se resistió a aceptar desafíos tan duros como el Torneo de San Petersburgo de 1909, donde fue batido en la tercera ronda por el polaco Akiba Rubinstein (1882-1961), otro de los grandes de la historia, que iba a ser uno de sus más encarnizados rivales en la madurez. Tras imponer un ritmo de victorias casi imposible (9,5 puntos en 10 partidas seguidas), ambos compartieron el primer premio con 14,5 puntos de 18 posibles. Detrás quedaron Duras, Speelman y Bernstein, hasta un total de 19 participantes de muy alto nivel.

Mientras esperaba que fructificasen las negociaciones con el austríaco Carl Schlechter (1874-1918) para otro enfrentamiento por el título mundial, Lasker pasó un año en París –se hizo asiduo del famoso Café de la Régence–, donde disputó dos amistosos con el francés David Janowsky (1868-1927), de estilo tan incisivo como agrio carácter; empató el primero (+2 -2) y se impuso en el segundo (+7 =2 -1). Y finalmente llegó la polémica pugna con Schlechter en Berlín, prevista inicialmente a treinta partidas y reducida a diez. Este número hace pensar que el encuentro no era valedero por el título; además, se firmó un contrato entre ambos con cláusulas secretas, lo que aumentó aún más la confusión. Algunos autores sostienen que una de ellas obligaba al aspirante a ganar por dos puntos de diferencia. Ello explicaría que Schlechter se lanzase en tromba a intentar ganar la última partida, que perdió, a pesar de su ventaja de un punto en el marcador. La situación se aclaró –o se embrolló aún más, según se mire– cuando el árbitro proclamó que Lasker retenía su título tras la igualdad final (+1 =8 -1). El misterio nunca fue resuelto del todo, pero varios investigadores señalan que el árbitro actuó correctamente.

Archivo Revista Jaque

Emmanuel Lasker, en 1925, la imagen fue tomada en 1924 durante una partida contra Capablanca.

Tras casarse por fin con Marta Cohn, en 1911, y después de una gira por Latinoamérica, Lasker afrontó otro torneo histórico, el de San Petersburgo de 1914, donde se enfrentó por primera vez a Capablanca, su sucesor en el trono. El cubano ganó la fase previa con 1,5 puntos de ventaja sobre Lasker, pero éste consiguió un triunfo brillantísimo (+10 =7 -1) en la fase final, con medio punto sobre Capablanca; ambos dejaron muy atrás a Aliojin, Tarrasch y Marshall.

El duelo en la cumbre parecía seguro, pero fue impedido por la Primera Guerra Mundial. Después de otro triunfo importante en Berlín, en el año 1918, en el que superó a Rubinstein, Schlechter y Tarrasch, Lasker cedió su corona a Capablanca en 1921, a los 53 años y cuando se encontraba económicamente arruinado, tras ser derrotado (+0 =10 -4) en La Habana (véanse detalles en la biografía de Capablanca).

Sin embargo, el viejo héroe no estaba acabado. Todavía ganó dos torneos con resultados increíbles para un jugador de su edad: Ostrava, en 1923 (+8 =5) y Nueva York, en 1924 (+13 =6 -1), por delante de Capablanca y Aliojin.

Éste fue el último destello deportivo de un ajedrecista genial cuya grandiosa vida desborda el tamaño de esta obra. Por desgracia, su vejez incluyó muchos problemas económicos, hasta el punto de que tuvo que dedicarse, entre otras cosas, a dar clases de bridge para subsistir.

El 11 de enero de 1941 falleció en el hospital Monte Sinaí de Nueva York un hombre excepcional, ya que amó profundamente el ajedrez, y se dedicó a él con pasión extrema, pero nunca dejó que dominase su vida.

Emmanuel Lasker

- Nació en Berlinchen (Alemania) el 24 de diciembre de 1868.
- Campeón del mundo desde 1894 a 1921. Arrebató el título a Steinitz y lo defendió contra él en 1896-97, Marshall (1907), Tarrasch (1908), Schlechter (1910) y Janowsky (1910).
- Perdió el título de campeón frente a Capablanca en 1921.
- Obtuvo victorias en los siguientes torneos: Londres 1892, San Petersburgo 1895, Nuremberg 1896, Londres 1899, París 1900, San Petersburgo 1909, San Petersburgo 1914, Berlín 1918, Ostrava 1923 y Nueva York 1924.
- Ganó en duelos amistosos, entre muchos otros, a Bardeleben (1889), Bird (1890 y 1892), Mieses (1890), Blackburne (1892), Janowsky (1909) y Tarrasch (1916).
- Dejó publicadas varias obras importantes de ajedrez, Filosofía y Matemáticas.
- Murió en Nueva York el 11 de enero de 1941.



Johannes Zukertort


Archivo Revista Jaque

El artista polifacético

Los mejores jugadores de la época aparecen en la ilustración de Mary Evans. Sentados, de izquierda a derecha, J.H. Blackburne, W. Steinitz, J.H. Zukertort y B. Englisch.

Hijo natural de una baronesa polaca y de un misionero evangelista, Johannes Zukertort aprendería a jugar al ajedrez ya adolescente.

Se inscribe en la Facultad de Medicina de Breslau en 1862 y entre ese año y 1867 juega infinidad de partidas amistosas con Anderssen.

Hasta 1867, cuando sustituye a Neumann en la dirección de la revista *Neue Berliner Schachzeitung*, su nombre es desconocido en el mundo del ajedrez. Hay rumores de que ha vencido a Anderssen en encuentros amistosos y se sabe que ha publicado un libro con el maestro Dufresne.

Una conspiración de jugadores británicos invita a Zukertort a instalarse en Londres, con la intención de desbancar a Steinitz. Él decide aceptar porque, además del apoyo que recibe en la capital londinense, le encantan el rosbif y el vino de Oporto. Pasan así a ser su casa los clubes de ajedrez y el famoso Simpson's Divan, café en el que se dan cita, a todas horas, los jugadores más conocidos.

Sus primeras actuaciones no son afortunadas. Todo el mundo coincide en que es un jugador brillante, aunque sin éxito. Pero todo llega. Así, en el año 1878 participa y vence en el Torneo Internacional de París, por delante de Winawer, Blackburne y Bird.

En 1883 se organiza un torneo en Londres, que Zukertort gana brillantemente, superando por dos puntos a Steinitz. Por ese motivo éste le desafiaría a un duelo por el título mundial.

Es curioso que Steinitz no le reconociera la menor originalidad en su juego, ni siquiera en un artículo necrológico sumamente elogioso, atribuyendo los éxitos de Zukertort a sus conocimientos teóricos y a sus dotes de cálculo.

Zukertort era un jugador muy influido por la nueva *escuela posicional*. Sólo que él no admitía que Steinitz fuese su único creador. Se consideraba un heredero de la vieja *escuela romántica*, pero imbuido de las nuevas ideas. Su repertorio de aperturas habla en ese sentido, pues aunque aficionado a aperturas como el Gambito Evans o la Escocesa, en su madurez abre casi invariablemente con 1. d4.

También escribiría una recopilación de problemas y una sinopsis sobre todas las aperturas.

La leyenda de Zukertort

Zukertort afirmaba que se había doctorado en Breslau y Heidelberg. También era crítico musical y se enorgullecía de haber sido discípulo de Moscheles. Por otro lado, aseguraba haber tomado parte en la guerra franco-prusiana como oficial médico. Era diestro con las armas de fuego y en esgrima. Hablaba con fluidez ocho idiomas: inglés, italiano, francés, español, griego, latín, ruso y hebreo, además del alemán. Se decía que era el mejor jugador de dominó de Berlín, aunque él se consideraba el mejor de Europa.

Pero la mayor de sus habilidades quizá fuese una gran capacidad para forjarse su propia leyenda. La realidad es implacable con la mitomanía: investigadores rigurosos comprobaron que Zukertort no había superado el primer curso de Medicina en Breslau, y que su nombre no figuraba en los registros de Heidelberg. Tampoco hay rastro de más actividad periodística que la estrictamente relacionada con el ajedrez. Aunque se alistó como voluntario en la corta campaña entre Prusia y Austria, ni siquiera parece posible que hubiese podido participar en la guerra franco-prusiana. Hombre culto, es probable que hablase varios idiomas. En cuanto a su destreza con las armas y el dominó, forma parte del secreto del sumario...


Archivo Revista Jaque

Johannes Zukertort, a finales de siglo.

La derrota ante Steinitz

Había una buena dosis de provocación en el reto de Steinitz, porque ambos habían mantenido agrias polémicas teóricas desde sus respectivas columnas de prensa, y Steinitz sabía muy bien que podría imponer sus condiciones. Así las cosas, aceptar el desafío fue un acto de valentía casi suicida de Zukertort, cuya delicada salud había hecho que su médico le prohibiera volver a participar en torneos:

–Si vuelve a jugar ajedrez de competición, eso le matará.

–Ya lo sé –respondió Zukertort–, pero jugando o sin jugar estoy listo para desaparecer sin previo aviso.

El encuentro por el Campeonato del Mundo se celebraría en Estados Unidos. Zukertort empezó ganando, ¡por 4-1!, pero pronto el sofocante calor de San Luis y Nueva Orleans afectaría seriamente su salud, contrayendo incluso la malaria. Finalmente, en el durísimo maratón de diez semanas acabaría imponiéndose la mayor capacidad de Steinitz, por 10-5, y 5 tablas.

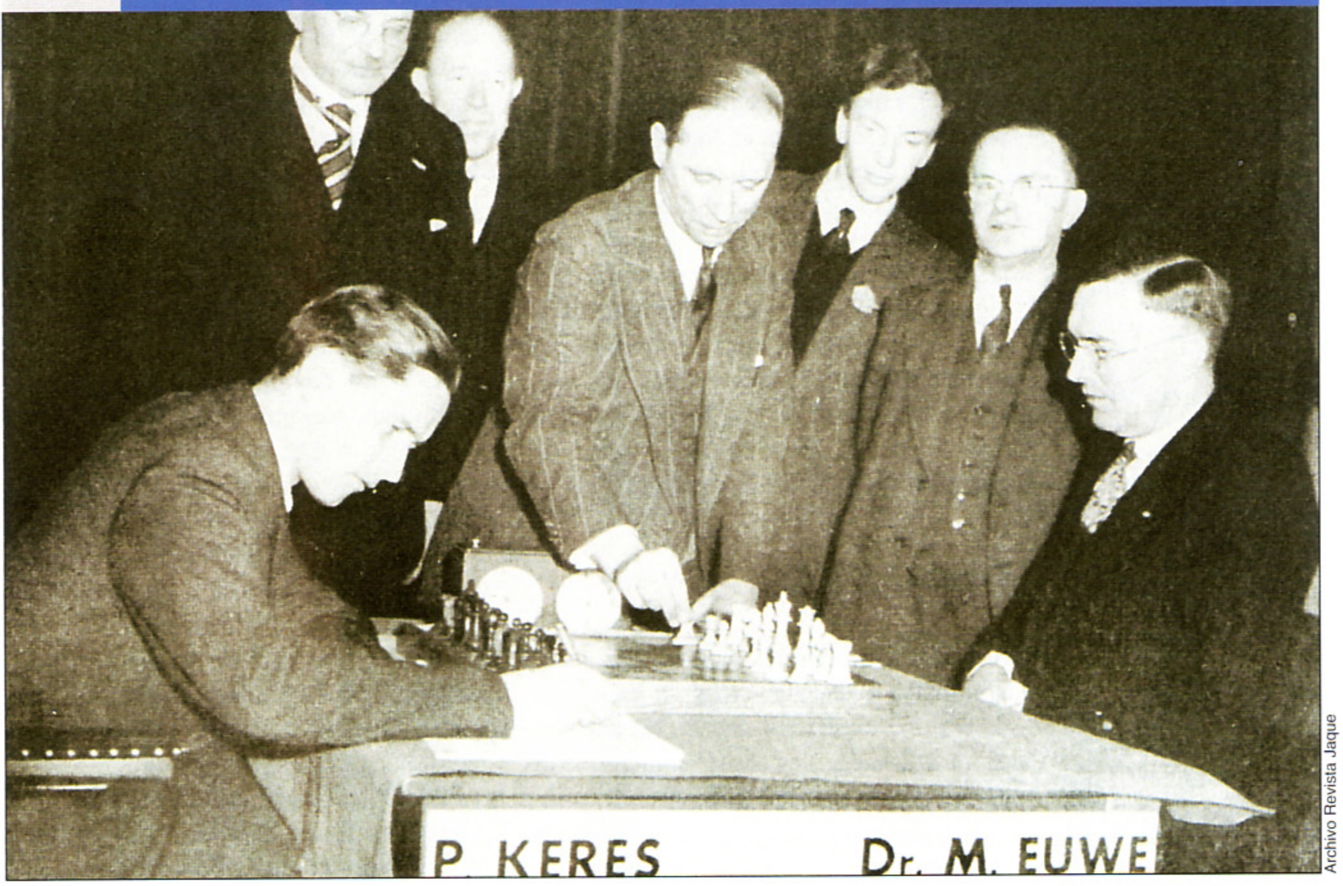
A partir de ese momento sus escasas participaciones en torneos fueron penosas y, en un nuevo encuentro, su habitual *cliente* Blackburne le venció de forma aplastante. Un día, mientras jugaba una partida amistosa en el Simpson's, sufrió un derrame cerebral y horas después murió. Al conocer la noticia, Steinitz escribiría: "Fue el jugador más fuerte con que me crucé en mi camino."

El reverendo MacDonnell, amigo y destacado ajedrecista dijo: "Vivió ante el tablero y ante el tablero murió". Un epitafio digno de un gran artista del ajedrez.

Johannes Zukertort

- Nació en Lublin (Prusia Oriental, actualmente Polonia), el 7 de septiembre de 1842.
- Murió el 20 de junio de 1888 en Londres.
- Participó en los torneos de Londres de 1872, donde quedó 3º; en 1877, en Leipzig, 2º; en 1877, en Colonia, 1º; en 1878, en París, 1º; en 1881, en Berlín, 2º, y en 1883, en Londres, 1º.
- Se enfrentó a en 1871 a Anderssen (5-2, sin tablas), en 1871 a Steinitz (1-7 y 4 tablas), en 1875 a Potter (4-2 y 8 tablas), en 1878 a Winawer (2-0 y 2 tablas), en 1880 a Rosenthal (7-1 y 11 tablas), en 1881 a Blackburne (7-2 y 5 tablas), en 1884 a Sellman (2-1, sin tablas), en 1886 a Steinitz (5-10 y 5 tablas en el Campeonato del Mundo), en 1887 a Blackburne (1-5 y 8 tablas).
- Realizó exhibición a la ciega en 1876 en Londres. Simultáneas contra 16 fuertes jugadores. Ganó 12, 3 tablas y 1 perdida.

Paul Keres



Archivo Revista Jaque

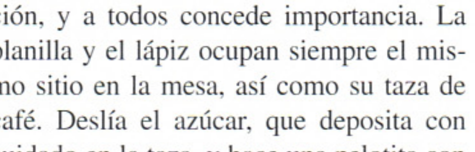
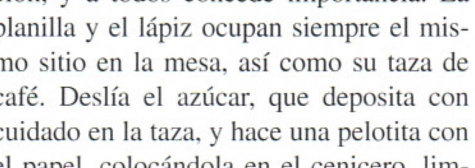
Keres contra Euwe, en el famoso Torneo AVRO de 1938, en el que participaron los mejores ajedrecistas del mundo.

El príncipe coronado

Paul Keres pertenece a ese reducidísimo grupo de ajedrecistas que están entre los mejores de la historia sin haber sido campeones del mundo. Jugó ocho de los diez torneos más fuertes de su época: terminó una vez en el primer puesto, cinco en el segundo, una en el tercero y otra en el cuarto. Ganó otros 19 torneos y fue tres veces campeón de la URSS. Incluso después de las más dolorosas derrotas, sus modales eran siempre exquisitos. Por todo ello se hizo acreedor al apelativo "el príncipe coronado".

La versión española –traducida por Julio Ganzo– de la autobiografía de Keres empieza con un excelente prólogo en el que Ricardo Aguilera describe de forma minuciosa el comportamiento del personaje ante el tablero, que resulta muy ilustrativo de su carácter: "Su postura es correcta. Los brazos cruzados sobre la mesa sólo se mueven para alisar suavemente su cabello de vez en vez. Durante varios minutos permanece en actitud abstraída y estática. Sólo en sus pies, agitados en leve tintineo, se exterioriza su actividad interior y se adivina que la quietud en que permanece es posible por un perfecto dominio de su sistema nervioso. Cuando ha decidido la jugada, la anota por medio de la clave algebraica y con correcta caligrafía, formando el conjunto de sus actuaciones una hilera correcta y uniforme. Sitúa la pieza en el lugar elegido con un ademán lleno de naturalidad y oprime suavemente la palanca del reloj. Algunas veces, cuando la complicación de la lucha hace vibrar en su pensamiento la concepción de diversos planes, acaricia su cabello reiteradamente y algún mechón cae sobre sus sienes. Entonces se pasa un peine pequeño y vuelve a su habitual impasibilidad".

Y por si algún lector aún no tiene claro el temperamento de Keres, Aguilera recalca: "Su espíritu ordenado, de severa autodisciplina, se manifiesta en todos sus

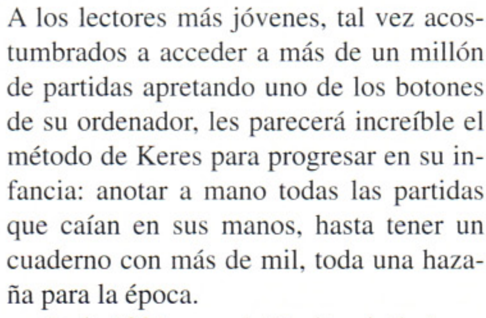
actos. Cuida los detalles con gran atención, y a todos concede importancia. La planilla y el lápiz ocupan siempre el mismo sitio en la mesa, así como su taza de café. Deslía el azúcar, que deposita con cuidado en la taza, y hace una pelotita con el papel, colocándola en el cenicero, limpio completamente, pues Keres no fuma".

La autobiografía de Keres trasluce modestia, autocrítica y circunspección. A pesar de que su vida está llena de mala suerte, además de numerosas frustraciones y alguna injusticia, es muy difícil encontrar una frase que denote rabia, contrariedad o tristeza. En todo el libro no hay una sola anécdota, a pesar de que el gran maestro estonio disputó más de un centenar de competiciones en muchos países.



Paul Keres, participando en uno de sus últimos torneos, Vancuver 1973.

Métodos arcaicos



A los lectores más jóvenes, tal vez acostumbrados a acceder a más de un millón de partidas apretando uno de los botones de su ordenador, les parecerá increíble el método de Keres para progresar en su infancia: anotar a mano todas las partidas que caían en sus manos, hasta tener un cuaderno con más de mil, toda una hazaña para la época.

Hacia 1921, cuando Paul tenía 5 años y vivía en Parnu (Estonia), adonde se había trasladado la familia Keres desde Narva, su lugar de nacimiento, los dos hijos varones solían presenciar atentamente las partidas de su padre con algunos amigos. En Parnu no había libros de ajedrez ni jugadores destacados. Por lo tanto, los hermanos Keres no se enteraron de que las partidas podían apuntarse hasta años después: tras haber disputado centenares entre sí, descubrieron una sección de ajedrez en un periódico; al principio pensaron que aquella jerga incomprensible era un error o un jeroglífico. Y luego se llevaron una gran alegría.

El hermano, el padre y los compañeros del colegio pronto dejaron de ser rivales estimulantes para Paul. El nuevo incentivo llegó en forma de exhibición de simultáneas: el gran maestro Mikenas, derrotado por Keres, le animó a incrementar su afición y su entrenamiento.

150 partidas a la vez

Sí, pero, ¿cómo? Parnu era una ciudad muy pequeña en un país bastante alejado de los focos de atención mundial, y la familia Keres no nadaba en la abundancia. La solución estaba en el ajedrez por correspondencia: Paul comenzó a practicarlo de forma casi febril: "Llegué a jugar hasta 150 partidas a la vez". Quien haya pasado por una experiencia similar sabe muy bien la enorme tensión que ello implica –si uno juega en serio, claro está– y también lo mucho que se aprende. Además, Keres complicaba el juego cuanto podía para mejorar su visión combinatoria. No es de extrañar que, en 1934, a los 18 años, se proclamase campeón absoluto de Estonia de ajedrez vivo.

El talento y los prometedores resultados de Keres animaron a las autoridades estonias a enviar por primera vez a su selección a la Olimpiada de ajedrez, cuya edición de 1935 se disputaría en Varsovia. En su libro, Keres empieza diciendo que perdió con el campeón del mundo Aliojin (o Alekhine), continúa relatando sus derrotas con Flohr, Tartakower y Steiner, y sólo al final indica que también consiguió "algunas victorias interesantes" y que logró el quinto mejor resultado en el primer tablero, con 12,5 puntos de 19 posibles. En realidad, Keres fue la gran revelación de esa Olimpiada y logró más victorias que nadie en el primer tablero.

Pronto se vio que el éxito estaba basado en una sólida mezcla de talento y trabajo. Keres compartió el primer puesto con Aliojin en Bad Nauheim 1936 y le superó en Margate 1937, donde triunfó empatado con Fine. En la autocrítica correspondiente a ese período, el estonio revela su convicción de que el estilo agresivo ya no era el adecuado para el nivel de fuerza que había alcanzado. Y lo cambia por uno más sólido, sin renunciar a las complicaciones cuando convienen. El nuevo éxito fue inmediato y muy sonado: primer premio en Semmering-Baden 1937, el torneo más fuerte de aquel año, por delante de Fine, Capablanca, Reshevsky y Flohr. Ya estaba maduro para el asalto al trono, y no podía imaginar que esas palabras marcarían su vida.

Listo para ser campeón

En aquella época no había duelos entre candidatos oficiales para disputar el título mundial. El campeón podía aceptar o rechazar los desafíos que pudieran llegarle y, en cierto modo, elegir a sus adversarios. Pero todo cambia en 1938, cuando se organiza el famoso Torneo AVRO, en Holanda, cuyo vencedor retará al campeón Aliojin. La nómina es una de las más impresionantes de la historia del ajedrez: Aliojin, Capablanca, Euwe, Fine, Flohr, Botvínik, Reshevsky y Keres. El interés despertado en todo el mundo era enorme.

El comienzo fue muy sorprendente. El participante menos fuerte en teoría, Fine, salió disparado con 5,5 puntos en seis partidas; como dice el propio Keres en su relato, "parecía imposible alcanzarle". Pero él lo hizo: le derrotó en la última ronda de la primera vuelta y afrontó la segunda mitad a sólo medio punto del líder. Keres empató las cuatro partidas siguientes, mientras Fine perdía ante Reshevsky y Euwe; además, Botvínik remontaba hasta colocarse muy cerca del primer puesto a falta de tres rondas para la clausura.

Sin embargo, el soviético quedó descartado tras caer ante Euwe. Fine y Flohr firmaron un empate rápido, y Keres aplazó su partida ante Aliojin en posición técnicamente ganadora. Pero se confió en exceso y permitió que el campeón le arrancase medio punto. La emoción subió una ronda más tarde, cuando Fine le dio un varapalo a Aliojin y empató a puntos con Keres, que había hecho tablas con Capablanca. Todo quedaba a expensas del enfrentamiento directo entre los líderes, pero Keres se las arregló para forzar un empate rápido que le daba el primer puesto por mejor coeficiente: se había ganado el derecho de retar al campeón.

Infortunios en cadena

Su testimonio sobre ese momento es una muestra de su profesionalidad: "Me hallaba muy cerca de la cumbre. Sufría un gran desgaste de energías y una enorme tensión nerviosa, pero no podía pensar en el descanso. Mis compatriotas estaban entusiasmados, y a un homenaje seguía otro, a través de varias ciudades de mi país. Y al cabo de varias semanas debía tomar parte en el torneo de entrenamiento Leningrado-Moscú sin haber logrado el indispensable descanso y sin ninguna preparación".

Y más tarde añade: "Mi falta de sentido de responsabilidad en el transcurso de alguna partida decisiva ha quedado demostrada en varias ocasiones. Aceptar la invitación para ese encuentro entre las dos ciudades subraya mi afirmación anterior. Aunque mi deseo era conocer a los maestros soviéticos, medir mis fuerzas con ellos, estudiar sus investigaciones teóricas, ahondar en su idiosincrasia, no debí intervenir en las condiciones en que me encontraba, sino seguir el ejemplo de Botvínik, quien, razonablemente, desistió".


Archivo Revista Jaque

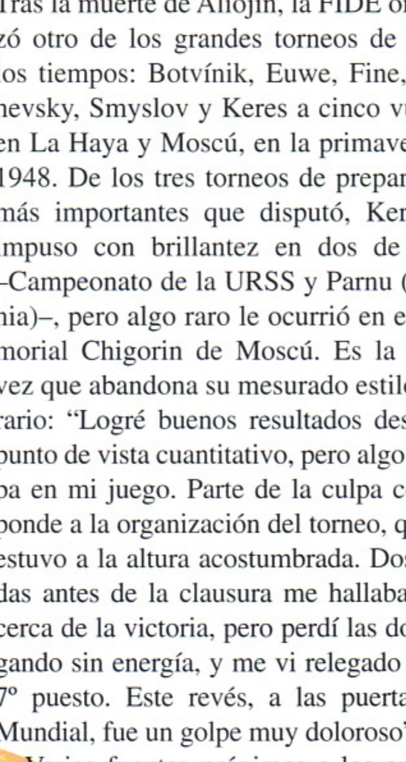
Smyslov contra Keres (a la derecha), en el Campeonato del Mundo de 1948.

Keres jugó mal y perdió varias partidas, pero pronto se vio que era un simple accidente de poca importancia: logró el primer premio en Margate con un punto de ventaja sobre Capablanca y Flohr. Una cuestión más grave era la actitud de Aliojin, que no deseaba enfrentarse a él bajo ningún concepto y alargaba las negociaciones cuanto podía. En vista de ello, Keres se enfrentó a Euwe en un duelo amistoso, le ganó por 6,5-5,5 y consiguió de este modo otro argumento de peso para ser confirmado como legítimo aspirante. Pero en aquel momento estalló la

Segunda Guerra Mundial, y también estallaron sus esperanzas a corto plazo.

A partir de ahí comienza a fraguarse uno de los grandes misterios de la historia del ajedrez: ¿por qué Keres no fue nunca campeón del mundo? Es lógico pensar que la guerra y la posterior anexión de Estonia por parte de la URSS influyeran en su estado de ánimo, pero consiguió grandes éxitos durante muchos años más, como puede apreciarse en su palmarés.

♙ Prohibido quedar primero

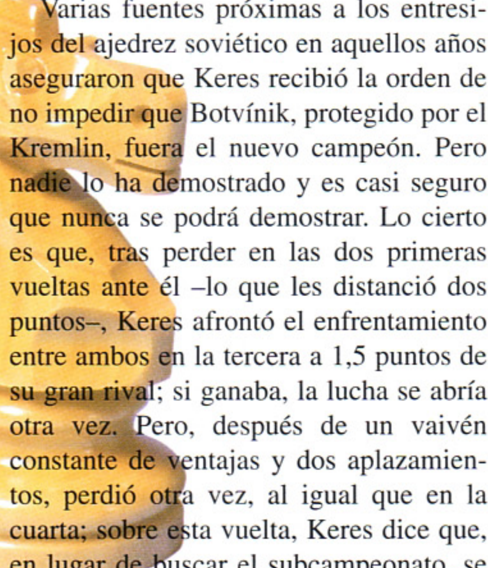


Tras la muerte de Aliojin, la FIDE organizó otro de los grandes torneos de todos los tiempos: Botvínik, Euwe, Fine, Reshevsky, Smyslov y Keres a cinco vueltas en La Haya y Moscú, en la primavera de 1948. De los tres torneos de preparación más importantes que disputó, Keres se impuso con brillantez en dos de ellos –Campeonato de la URSS y Parnu (Estonia)–, pero algo raro le ocurrió en el Memorial Chigorin de Moscú. Es la única vez que abandona su mesurado estilo literario: "Logré buenos resultados desde el punto de vista cuantitativo, pero algo fallaba en mi juego. Parte de la culpa corresponde a la organización del torneo, que no estuvo a la altura acostumbrada. Dos rondas antes de la clausura me hallaba muy cerca de la victoria, pero perdí las dos, jugando sin energía, y me vi relegado al 6º-7º puesto. Este revés, a las puertas del Mundial, fue un golpe muy doloroso".



Archivo Revista Jaque

Paul Keres fue un constante candidato al título mundial.



Varias fuentes próximas a los entresijos del ajedrez soviético en aquellos años aseguraron que Keres recibió la orden de no impedir que Botvínik, protegido por el Kremlin, fuera el nuevo campeón. Pero nadie lo ha demostrado y es casi seguro que nunca se podrá demostrar. Lo cierto es que, tras perder en las dos primeras vueltas ante él –lo que les distanció dos puntos–, Keres afrontó el enfrentamiento entre ambos en la tercera a 1,5 puntos de su gran rival; si ganaba, la lucha se abría otra vez. Pero, después de un vaivén constante de ventajas y dos aplazamientos, perdió otra vez, al igual que en la cuarta; sobre esta vuelta, Keres dice que, en lugar de buscar el subcampeonato, se empeñó en alcanzar al líder y arriesgó en exceso. En la quinta vuelta, jugando sin presión, Keres venció a Botvínik y compartió con Reshevsky los puestos tercero y cuarto, después de Smyslov.

Todavía jugó seis Torneos de Candidatos más, con cuatro segundos puestos, un cuarto y una derrota ante Spassky en cuartos de final. Su racha constante de éxitos se rompió en 1975, cuando un colapso cardíaco terminó con su vida en Helsinki. Botvínik dijo entonces: "Es la mayor pérdida del ajedrez desde la muerte de Aliojin". El *eterno segundo* nos dejó sus magníficas partidas y la imagen de un perfecto caballero.

Paul Keres

- Nació el 7 de enero de 1916 en Narva (Estonia).
- Siete veces candidato al Mundial de la FIDE, además de ganar el Torneo AVRO de 1938, organizado para que el vencedor retase a Aliojin.
- Campeón de la URSS, en 1947, 1950 y 1951; de Estonia, en 1942, 1943, 1945 y 1953; y de Georgia, en 1946.
- Triunfos más importantes en torneos: Tallin 1936, Bad Nauheim 1936, Tallin 1937, Margate 1937, Ostende 1937, Praga 1937, Viena 1937, Semmering-Baden 1937, AVRO 1938, Margate 1939, Buenos Aires 1939, Posen 1943, Salzburgo 1943, Madrid 1943, Riga 1945, Parnu 1947, Sczawno Zdroj 1950, Budapest 1952, Hastings 1954-1955, Parnu 1955, Mar del Plata 1957, Santiago 1957, Hastings 1957-1958, Parnu 1960, Zurich 1961, Los Ángeles 1963, Beverwijk 1964, Buenos Aires 1964, Hastings 1964-65, Marianske Lazne 1965, Estocolmo 1966-67, Bamberg 1968, Budapest 1970, Tallin 1971, Tallin 1975 y Vancouver 1975.



Alexéi Shírov



Rosa de las Nieves

Shírov (a la derecha) se enfrenta a Kaspárov en Linares, en 1994.

El otro genio de Riga

Alexéi Shírov es muy original en todo: personalidad, estilo de juego, aspecto físico y datos biográficos. Nacido en Letonia de padres rusos, ahora es español y se ha convertido en el aspirante al título de Gari Kaspárov. Sobre el tablero es un volcán: aunque él insiste en que busca más la belleza que la victoria, sus partidas indican muchas veces lo contrario y recuerdan al otro gran ídolo letón, el desaparecido Mijaíl Tahl.

Contrariamente a lo que suele ocurrir con los otros grandes genios del tablero, el pequeño Alexéi no mostró ningún interés en el ajedrez cuando, a los 5 años, su hermano Maxim le enseñó el movimiento de las piezas.

Hizo falta casi un lustro más para que se apercibiera de su talento: "Seguramente ocurrió cuando empecé a ganar a otros niños. Entonces me di cuenta de que tenía algo especial para el ajedrez", recuerda. Y así empezó una carrera cuyo techo aún se desconoce, pero brillantísima hasta los 26 años, como mínimo. Y siempre con importantes diferencias respecto a lo convencional. Por ejemplo, Shírov sólo fue a cuatro sesiones (cada una, de varios días) de la escuela Botvínik-Kaspárov, porque no estaba de acuerdo con los métodos de ambos maestros y quería preservar su independencia. Él lo cuenta así: "Inmediatamente después de la tercera sesión yo quería jugar el Campeonato de Letonia, clasificatorio para las semifinales del soviético, porque deseaba diversificar mis torneos con juveniles y con adultos. Ellos me lo prohibieron, argumentando que estaba jugando demasiados torneos y que debía concentrarme en el Mundial de Cadetes, cuando en realidad yo no veía muchas posibilidades de clasificarme porque pensaba que Gata Kamsky era más fuerte que yo. Pero Kaspárov convenció a mi madre, no participé en el Campeonato de Letonia y desperdicié varias posiciones favorables –una de ellas, contra Kamsky– en el de cadetes".



Alexéi Shírov, aspirante al título mundial del WCC.

Rosa de las Nieves

Ascenso vertiginoso

Sin embargo, se proclamó campeón del mundo de esa categoría en 1988. Y su ascenso fue vertiginoso, hasta ocupar el tercer puesto del *ranking* mundial en 1994 ante el asombro y la admiración general por la ilimitada creatividad de su juego. La comparación con Tahl era inevitable, pero con un importante matiz: habían pasado treinta años cruciales para el desarrollo de la teoría de las aperturas bajo la enorme influencia de los ordenadores; también había mejorado mucho la técnica defensiva de los ajedrecistas profesionales. ¿Como era posible entonces que alguien capaz de incendiar el tablero en cada partida con sacrificios y combinaciones explosivos llegase tan alto?

La respuesta está en un gran talento, pero también es verdad que esa forma de jugar es propensa a grandes altibajos y puede ser muy afectada si no hay equilibrio psicológico. Así ocurrió con Shírov, cuya vida sufrió intensos cambios casi simultáneos: se casó con una argentina, fue padre, se trasladó a vivir a Tarragona, se nacionalizó español y tuvo serios encontronazos con la federación letona y con Kaspárov.

La calma tardó dos años en llegar, pero Shírov aprovechó la crisis para replantear su estilo: "El cambio empezó cuando, durante un torneo en Tilburg [Holanda], Kaspárov dijo que yo era un aficionado con talento. En cierto modo, tenía razón. Me propuse ganarle algún día y comencé a trabajar muy duro, sobre todo en las aperturas, que eran mi principal punto débil". Y los resultados fueron deslumbrantes. Tras jugar magníficamente y lograr el segundo puesto en Linares-98, sólo superado por el indio Viswanathan Anand (por delante de Kaspárov y Vladímir Krámnik, entre otros), y triunfar en Mónaco (donde también estaban Anand, Krámnik y Anatoli Kárpov), el nuevo español se vio ante la gran oportunidad de su vida: Anand renunció a disputar el título del Consejo Mundial (WCC) porque había firmado un contrato de exclusividad con la Federación Internacional (FIDE). El éxito en Linares fue decisivo para que el WCC organizase un duelo de candidatos entre Shírov y Krámnik, que partió como favorito.

Transfiguración y amargura

Con independencia de que el ruso actuó por debajo de su nivel, Shírov se transfiguró y fue capaz de controlar su agresividad natural para adaptarse a las exigencias de la situación. Tomó la delantera en el marcador y se mantuvo invicto; en la última partida, cuando Krámnik no tenía más remedio que lanzarse al ataque, Shírov contraatacó con violencia, belleza y precisión, logrando un remate muy espectacular. Eliminó a Krámnik por 5,5-3,5; sólo le quedaba Kaspárov.

Pero la amargura volvió a su vida. Los trámites de separación de su esposa coincidieron con la ausencia de patrocinadores para el duelo por el título del WCC –cuyos premios previstos sumaban 300 millones de pesetas–, que se mantiene en la actualidad (diciembre de 1998). Tras demostrar sin lugar a dudas que, junto a Anand y Krámnik, es un firme aspirante a suceder a Kaspárov en el trono, Shírov ve como su futuro económico, sentimental y deportivo está presidido por un gran signo de interrogación.

Alexéi Shírov

- Alexéi Shírov nació en Riga (Letonia), de padres rusos, el 4 de julio de 1972. Nunca tuvo la nacionalidad letona.
- Fue campeón del mundo de cadetes en 1988. Eliminado por Anand en los cuartos de final del Mundial de la FIDE de 1997, venció a Krámnik en la final de candidatos del WCC (abril-98).
- Ha ganado, entre otros, los siguientes torneos: Val Maubuée 1989, Estocolmo 1990, Biel-Bienne 1991, Londres (Lloyds Bank) 1991 y Mónaco 1998. Ha terminado segundo o tercero en numerosas ocasiones en torneos muy fuertes. Especialmente destacado fue el segundo puesto en Linares-98, uno de los más importantes de la historia.

Siegbert Tarrasch



Archivo Revista Jaque

Tarrasch (a la derecha) jugando contra Schlechter, en 1911.

El genio dogmático

El alemán Siegbert Tarrasch (1862-1934) hizo méritos suficientes para lograr el título honorífico de campeón del mundo en la modalidad de torneos. También fue una de las estrellas más dogmáticas y presuntuosas de la historia del ajedrez. Pero, con independencia de su agrio carácter, su aportación científica fue enorme: buena parte de sus ideas siguen hoy vigentes y han inspirado a Víctor Korchnoi y Gari Kaspárov, entre otros.

Pronto se hizo evidente que aquel niño judío nacido en Breslau poseía una inteligencia extraordinaria. El pequeño Siegbert aprendió a leer y a escribir a los 4 años. Tal como relató él mismo más tarde, a los 6 no solamente leía todos los libros que caían en sus manos, sino que "los entendía". Aunque ya frecuentaba los clubes de ajedrez en su ciudad natal, fue durante su época de estudiante en Berlín, donde conoció al hermano de Emmanuel Lasker, cuando Tarrasch cayó en las redes de la pasión del deporte mental.

Tanto es así que, a los 18 años, aparcó sus estudios para dar prioridad al ajedrez. Pero no por mucho tiempo: un día asistió a la clase de fisiología del profesor Dubois-Reymonds y se entusiasmó por la Medicina. El cambio de prioridad fue tan radical que, a los 20, se trasladó a Halle para soportar mejor la tentación del ajedrez y terminar la carrera.

Sin embargo, el alejamiento fue parcial y no tuvo malas consecuencias deportivas: tras lograr buenos resultados en varios *congresos* (torneos organizados

por los clubes alemanes), Tarrasch terminó el segundo en el de Hamburgo de 1885, lo que originó un artículo muy elogioso de Wilhelm Steinitz, que iba a ser el primer campeón del mundo oficial un año más tarde, aunque ya lo era de hecho.

La racha triunfal

Los éxitos siguientes de Tarrasch son tan elocuentes que le acreditan como uno de los mejores jugadores de torneos de todos los tiempos. Ganó cinco seguidos –todos ellos muy importantes– en el período de siete años: Nuremberg 1888, Breslau 1889, Manchester 1890, Dresde 1892 y Leipzig 1894; también triunfó en los duelos contra Taubenhaus (1891) y Walbrodt (1894), y empató con Chigorin en 1893. Los resultados de Tarrasch en los cuatro primeros torneos citados fueron apabullantes: perdió una sola partida de las 53 que disputó.



Imagen de Tarrasch en su juventud.

No resulta aventurado afirmar que hacia 1893 nadie jugaba mejor que Tarrasch. Era el momento oportuno para que se midiera en un duelo con Steinitz, pero dejó pasar su gran oportunidad. Las razones para esa actitud no están del todo claras, pero todo indica que su familia y la Medicina eran para él más importantes que el ajedrez, aunque algunos historiadores interpretan que no quiso arriesgar su magnífica reputación.

Después protagonizó dos resultados objetivamente buenos, pero decepcionantes para él: 4º, detrás de Pillsbury, Chigorin y Lasker en el histórico Torneo de Hastings 1895, y 3º, empatado con Pillsbury, superado por Lasker y Maroczy, en Nuremberg 1896; ese mismo año no pasó del 50 % en Budapest.

No tardó mucho en recuperar su prestigio. En 1898 ganó el Torneo de Viena, organizado como parte de los festejos del jubileo del emperador Francisco José, una competición colosal en la que veinte jugadores de elite se enfrentaron a doble vuelta; finalizó empatado a puntos con su viejo rival Pillsbury, pero consiguió derrotarle en el desempate.

Desde ese momento, y a pesar de que continuó compitiendo durante tres decenios más, sólo triunfó en otros dos torneos de elite: Montecarlo 1903 y Ostende 1907; éste se organizó con la intención de proclamar al "campeón del mundo de torneos", aunque ese título nunca llegó a existir oficialmente. En sus demás participaciones no pasó del cuarto lugar.

La estadística de sus duelos también es muy significativa: si a los ya citados contra Taubenhaus y Walbrodt se añaden los que ganó a Marshall (1905) y Mieses (1916) por márgenes tremendos, obtuvo 28 victorias y encajó cuatro derrotas en un total de 46 partidas. Su dominio sobre Marshall (+8 =8 -1), un año después de que éste triunfase en el Torneo de Cambridge Springs, le llevó a afirmar: "Es más fácil ganar a Steinitz [en el ocaso de su carrera] que lograr esta enorme diferencia sobre Marshall". Pero conviene recordar que Lasker también doblegó a Marshall, en 1907, de forma muy contundente (+8 =7 -0).

Duelo con Lasker

Es muy probable que Tarrasch estuviera ya lejos de su mejor momento cuando, por fin, disputó el título mundial contra Lasker en 1908. El enfrentamiento entre ambos se había pactado en octubre de 1903, para ser disputado en 1904; Tarrasch pidió un aplazamiento de un año, Lasker se negó y el duelo se canceló. Pero la memorable, y ya mencionada, victoria de Tarrasch en Ostende hizo que los aficionados pidiesen a gritos la pugna entre las dos grandes estrellas del momento.

Sin embargo, también hay razones para pensar que Tarrasch estaba psicológicamente dominado por Lasker. Las concepciones de ambos eran antitéticas; mientras Lasker constituía un ejemplo perfecto de pragmatismo, Tarrasch se aferraba a sus dogmas. En general, sus principios eran muy acertados; tanto, que aún forman parte de los consejos elementales que se dan a los principiantes: "Coloque las torres en las columnas abiertas"; "Efectúe el enroque lo antes posible"; "No mueva dos veces la misma pieza en la apertura"; "Ocupe el centro con los peones"; o "Desarrolle antes los caballos

que los alfiles". Pero Tarrasch no concebía que esas ideas pudieran ser flexibles. Por ejemplo, llegó a calificar como "absurdas" todas las aperturas distintas a 1. e4 y 1. d4. Era evidente que no estaba de acuerdo con una famosa definición de su contemporáneo Teichmann: "La genialidad consiste en saber transgredir las reglas en el momento oportuno".

Cabe deducir que Tarrasch estaba convencido de que sus conocimientos científicos sobre el ajedrez eran más profundos que los de Lasker, a quien consideraba poco más que un jugador de café muy fuerte. Para él, muchas de las victorias de Lasker se debían a que sus rivales cometían burdos errores en posiciones ventajosas o caían en trampas más o menos sutiles. Pero Tarrasch no tuvo en cuenta que, en un Campeonato del Mundo, la faceta deportiva del ajedrez tiene un importante peso específico: Lasker resolvía mejor los problemas prácticos en un tiempo limitado y además acostumbraba a efectuar la jugada más molesta para el rival, aunque no fuera necesariamente la mejor.

Jaque mate y humedad

Quizás esa conciencia disimulada de inferioridad fue lo que indujo a Tarrasch a pronunciar la inolvidable frase: "Para usted sólo tengo dos palabra: jaque y mate", cuando se encontró con Lasker en los prolegómenos del duelo. La derrota fue inapelable (+3 =5 -8) y catastrófica para la moral de Tarrasch, que no volvió a lograr grandes triunfos; justificó su derrota aludiendo al "clima marítimo de Dusseldorf", que está a más de 200 kilómetros de la costa. Además, otro maestro dogmático, Aaron Nimzovich, hizo leña del árbol caído al subrayar con énfasis los errores de Tarrasch, a quien calificó como "un jugador del pasado".

Sin embargo, el valor de las aportaciones de Tarrasch y su extraordinario talento están fuera de discusión. Una de ellas fue la revalorización del peón aislado –el que no puede ser apoyado por otros peones en las verticales contiguas– y de las cadenas de peones poco sólidas. Él sostenía que esos factores tenían poco valor si se compensaban con un activo juego de piezas.

Dicho de otra manera, Tarrasch aceptó, desarrolló y popularizó las teorías de Steinitz sobre la necesidad de acumular pequeñas ventajas, pero difería de éste en la definición de las mismas. Para él, el centro debe ser ocupado por los peones, y las piezas deben buscar la máxima movilidad posible, aún a costa de crear debilidades. Esos principios están perfectamente plasmados en la variante del Gambito de Dama que lleva su nombre (1. d4 d5 2. c4 e6 3. ♘c3 c5), que suele dejar a las negras con un peón aislado en d5, empleada por estrellas del calibre de Spassky y Kaspárov, entre otros.


Archivo Revista Jaque

Tarrasch, en Montecarlo, en 1903.



Participantes del Torneo de Dresde (1892), ganado por Tarrasch.

Dogmatismo y carcajada

Pero su dogmatismo era tan rígido que hoy incita a la carcajada. Por ejemplo, acostumbraba a colocar un signo de interrogación (indicativo de mala jugada) después de la tercera jugada de las negras en el Gambito de Dama (3. ... ♘f6, en lugar de su idea 3. ... c5), que constituye una de las aperturas más utilizadas en los torneos de profesionales. Otra lapidaria frase suya: "Al igual que Voltaire no podía escribir sin su gato al lado, yo no puedo jugar al ajedrez sin mi alfil de rey"; toda una pista para que sus adversarios supieran cómo producirle incomodidad.

Pero fue precisamente ese dogmatismo lo que dio eficacia a sus enseñanzas en una época en la que la técnica estaba en mantillas: muchos aficionados no podían entender que una partida de ajedrez fuera algo distinto a una sucesión de ataques, defensas, amenazas, trampas e ideas sueltas, sin ninguna ligazón lógica.

Su vanidad, que también se reflejaba en la manera de vestir, inspiró el apelativo *Praeceptor Germaniae*, tan injusto, dado que sus enseñanzas germinaron en todo el mundo, como el acoso que sufrió por parte de los antisemitas poco antes de morir. Por si aún quedan dudas sobre su arrogancia, terminemos con otra hermosa muestra. El duelo contra Walbrodt de 1894 se disputó en condiciones muy peculiares: ambos podían reflexionar cuanto quisieran porque se jugaba sin reloj. En sus conclusiones sobre el encuentro, Tarrasch escribió: "Nunca se ha visto un juego más correcto que el mío". Pero es bastante probable que, en ese preciso momento, tuviera razón.

Siegbert Tarrasch

- Siegbert Tarrasch nació en Breslau (Alemania) en 1862.
- Fue candidato al título mundial en 1908. Lasker le derrotó (+3 =5 -8).
- Campeón de Alemania en 1889, 1892 y 1894.
- Vencedor de los siguientes torneos: Nuremberg 1888, Breslau 1889, Manchester 1890, Dresde 1892, Leipzig 1894, Viena 1898, Montecarlo 1903, Ostende 1907 y Manheim 1922.
- En duelos venció a Taubenhaus (1891; +6 =1 -1), Walbrodt (1894; +7 -1), Marshall (1905; +8 =8 -1), y Mieses (1916; +7 =4 -2); empató con Chigorin (1893; +9 =4 -9) y Schlechter (1911; +3 =10 -3).
- Escribió dos libros e innumerables artículos que le acreditan como uno de los grandes teóricos de la historia del ajedrez.
- Murió el 17 de febrero de 1934.



Aaron Nimzovich



Torneo de Berlín de 1928, ganado por Nimzovich.

El "príncipe coronado"

Fue probablemente uno de los ajedrecistas más arrogantes de la historia. Pero sus ideas, plasmadas en libros imprescindibles, le convirtieron en un *gurú* inmortal para los aficionados. Como jugador, Aaron Nimzovich (1886-1935) llegó a ser considerado el tercero del mundo, tras Capablanca y Aliojin, entre 1925-1930, lo que le sirvió para hacerse llamar "el príncipe coronado". Y es el principal símbolo de la escuela hipermoderna.

"¡Una amenaza es más fuerte que su ejecución!", le dijo Nimzovich al yugoslavo Milan Vídmar, en el Torneo de Nueva York de 1927, lo que muestra los revolucionarios principios ajedrecísticos de este maestro irrepetible, nacido en Riga de padres judíos, que aprendió a jugar a los 8 años –le enseñó su padre– pero no se tomó el ajedrez en serio hasta los 18, cuando terminó el sexto en el Torneo de Cobourg de 1904 y aparcó sus estudios de Matemáticas.

Animado por su modesto éxito inicial, Nimzovich decidió ir a Nuremberg para conocer al reputado Siegbert Tarrasch, el *praeceptor germaniae* del que tanto se podía aprender. Pero el extremo dogmatismo de éste no le gustó nada: "Hay que hacer esta jugada y no otra; es lo que pide la posición", exclamó abruptamente el maestro alemán cuando el joven letón se atrevió a sugerir una idea durante un análisis conjunto.

Tarrasch le humilla

Pero el escarnio de Nimzovich fue mucho mayor unos meses más tarde, cuando por fin tuvo el honor de disputar una partida con Tarrasch. Tras la décima jugada, éste cruzó las manos sobre el pecho y dijo en voz alta: "Jamás en mi vida había tenido una posición tan aplastante en tan pocos movimientos". Aunque la partida terminó en tablas, el orgullo de Nimzovich quedó herido para siempre: "No pude olvidar durante mucho tiempo a Tarrasch ni, sobre todo, la humillación que me infligió ante todos aquellos espectadores".

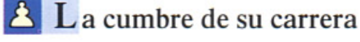
Nimzovich ya tiene un objetivo: derrotar, superar y, si fuera posible, humillar a aquel presuntuoso alemán. Pero, como su resultado en el Torneo de Bremen de 1905 es bastante malo, decide comenzar por el principio: revisará a fondo la teoría del ajedrez, y especialmente las ideas de Tarrasch –continuador radical y dogmático de las enseñanzas de Steinitz, según el propio Nimzovich–, para construir su propio pensamiento.

Y así empieza a matizar los "principios sagrados" de Tarrasch –ocupar el centro con los peones, ganar espacio, intentar cambiar los caballos propios por alfiles, etc.– subrayando, a veces hasta la obsesión, los conceptos de profilaxis, sobredefensa, bloqueo y control del centro con piezas: "Restringir, bloquear y por fin destruir" es uno de sus eslóganes preferidos.

Son legión los adversarios derrotados por Nimzovich que no comprenden la razón de su fracaso: logran "una excelente posición de ataque", pero de pronto se encuentran paralizados, bloqueados, su ofensiva se diluye y tienen que pasar a un final perdido por las debilidades creadas en la estructura de peones. En realidad, fueron pocos los que entendieron la profundidad de las investigaciones de Nimzovich antes de la muerte de éste.



Nimzovich, ante un tablero de figuras artísticas.

La cumbre de su carrera

Su enorme trabajo, primero en Suecia y luego en Copenhague, donde alquiló una pequeña habitación, fructificó en resultados formidables en el período 1925-1931. Entre los torneos que ganó hay uno que simboliza el triunfo de sus ideas: Carlsbad 1929, donde superó nada menos que a Capablanca, Spielmann, Rubinstein, Euwe, Vídmar, Bogoljubow, Tartakower y otros 13 participantes de renombre. Era el candidato lógico para desafiar a Aliojin con el título en juego –aunque nadie le veía como favorito–, pero no logró ningún patrocinador, como ya le había ocurrido en 1926, cuando Capablanca aceptó su desafío. Su temperamento –egocéntrico, irritable, desconfiado e hipersensible a la crítica– no favoreció el logro de apoyos. Su salud le limitó mucho. Con problemas de corazón desde su juventud, murió de neumonía en Copenhague a los 48 años, cuando ya había adquirido la nacionalidad danesa.

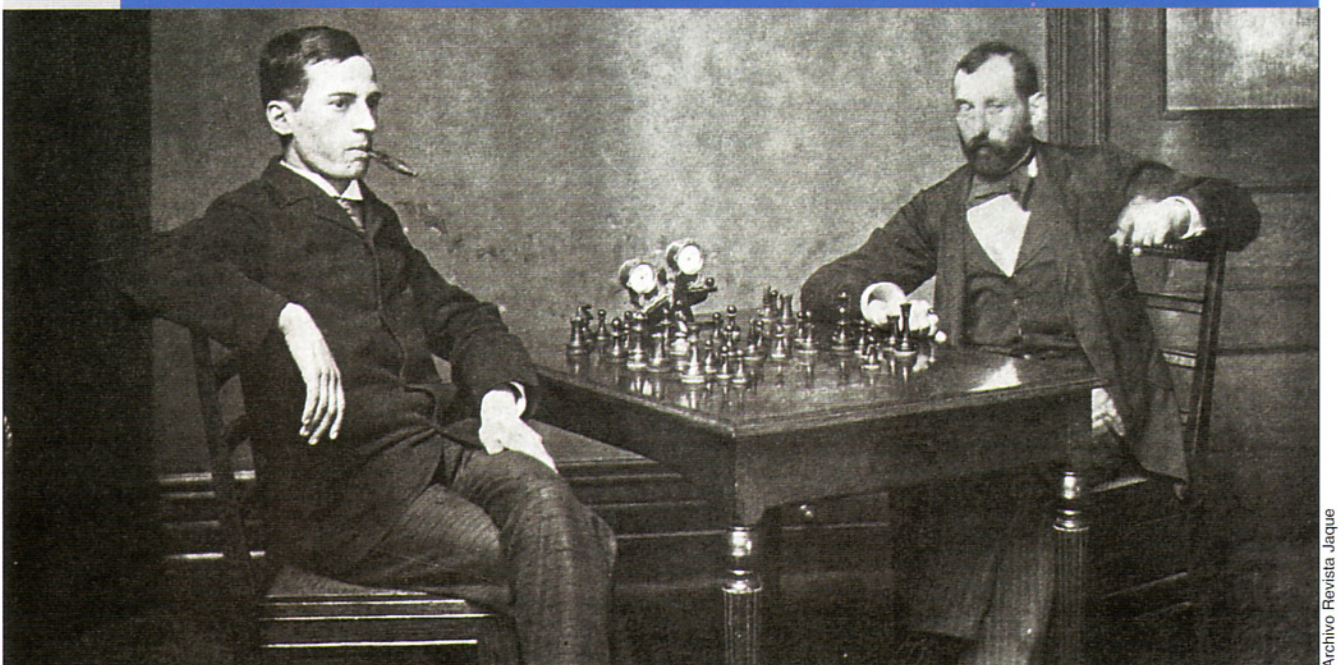
Con independencia de sus excentricidades, Nimzovich es admirado por su capacidad pedagógica para dar a entender los más profundos conceptos estratégicos a los aficionados. Lo conseguía con un lenguaje metafórico y muy asequible, como éste: "Ya no estimamos necesario dejar completamente inmóvil al peón aislado enemigo; al contrario, procuramos proporcionarle la ilusión de la libertad, en lugar de encerrarlo en una jaula (el principio del gran zoo aplicado a los pequeños animales de rapiña)". O bien: "Es indudable que el negro obtiene pronto un orgulloso peón central. Pero resulta dudoso que el citado peón tenga una buena razón para estar orgulloso de algo".

Si aquel sabio petulante levantase hoy la cabeza tendría muchos motivos para sentirse satisfecho de la longevidad de su obra. Sus libros han sido fuentes de conocimiento para tres generaciones. Tal como dice en el prólogo de *La práctica de mi sistema*, Nimzovich no sería hoy arrogante: "Me he abstenido de frases autoelogiosas porque he llegado a la conclusión de que esta debilidad, heredada del denominado período clásico está aquí desplazada [...]. El autoelogio sólo se permite cuando un reconocido mérito se niega injustamente. En los demás casos, es de mal gusto y hasta desmoralizador".

Aaron Nimzovich

- Aaron Nimzovich nació en Riga el 7 de noviembre de 1886.
- Ganó los siguientes torneos: Copenhague 1923, Marienbad 1925, Dresde 1926, Hannover 1926, Niendorf 1927, Londres 1927, Carlsbad 1929 (el cenit de su carrera), Copenhague 1933 y 1934.
- Escribió tres obras inmortales –*Mi sistema*, *La práctica de mi sistema* y *Bloqueo*–, además de muchos artículos. Y varias de sus ideas de aperturas siguen vigentes, especialmente la Nimzoindia (1. d4 ♘f6 2. c4 e6 3. ♘c3 ♝b4), que es una de las armas preferidas de los grandes maestros.
- Murió en el hospital Hareskov (Copenhague) el 16 de marzo de 1935.

Harry Nelson Pillsbury



Harry Nelson Pillsbury (a la izquierda) causó sensación en el Torneo Internacional de Hastings (1895).

El relámpago de Massachusetts

Algunos piensan que no fue campeón del mundo porque murió antes de intentarlo. Y todos reconocen que es uno de los grandes de la historia del ajedrez aunque su carrera sólo duró 16 años. Harry Nelson Pillsbury (1872-1906) fue otro genio efímero, como Morphy, la luz de un relámpago sobre el tablero. Además, se dejaba querer y tenía una memoria prodigiosa.

Cuando falleció de forma trágica –una sífilis contraída en 1896 degeneró en parálisis general y locura–, Lasker le hizo este epitafio para la historia: "Pillsbury abrió nuevos caminos teóricos, fue una fuente constante de placer y alegría y un maestro para miles de ajedrecistas". Éstos no pudieron ver un duelo por el título entre ambos, de difícil pronóstico. El balance de sus doce enfrentamientos fue de cuatro victorias por bando y cuatro empates; nadie logró algo así frente a Lasker.

Pillsbury nació en Somerville (Massachusetts) y descubrió su inmenso talento para el ajedrez en los clubes de Boston, adonde se trasladó para estudiar Comercio, cuando ya había cumplido los 16 años. Cubrió como periodista el primer encuentro Lasker-Steinitz y fue uno de los jugadores que manejó –escondido, por supuesto– el autómata *Ajeeb*, parecido a *El Turco*. En 1893, cinco años después de empezar a jugar, ya había derrotado a cuatro maestros europeos y ganado el torneo social del Manhattan Chess Club.

♙ Una hazaña histórica

En realidad, Pillsbury sólo obtuvo un gran triunfo en solitario a lo largo de su carrera. Pero ese triunfo se produjo en un torneo, Hastings 1895, considerado por muchos como el más fuerte de la historia hasta aquel momento. Para desplazarse a Inglaterra necesitó la ayuda financiera de varios clubes norteamericanos. Cuando llegó –y a pesar de su temperamento alegre, cortés, amigable y extrovertido–, pidió que no le alojasen en el hotel de sus colegas, el mejor de la ciudad, porque sólo deseaba verles en el escenario. "Quiero estar tranquilo; es decir, quiero ganar este torneo", explicó ante el pasmo general, dado que los favoritos eran nada menos que Lasker, Tarrasch, Chigorin y Steinitz.

Además perdió en la primera ronda ante Chigorin. Pero luego engarzó nueve

victorias seguidas y superó en una emocionante carrera a las grandes estrellas. De los 22 nombres de la clasificación final, apenas media docena resultarán desconocidos para el aficionado: 1º Pillsbury, 16,5; 2º Chigorin, 16; 3º Lasker, 15,5; 4º Tarrasch, 14; 5º Steinitz, 13; 6º Schiffers, 12; 7º-8º Bardeleben y Teichmann, 11,5; 9º Schlechter, 11; 10º Blackburne, 10,5; 11º Walbrodt, 10; 12º-14º Burn, Janowski y Mason, 9,5; 15º-16º Bird y Gunsberg, 9; 17º-18º Albin y Marco, 8,5; 19º Pollock, 8; 20º-21º Mieses y Tinsley, 7,5; 22º Vergani, 3. Los jugadores fueron mimados como nunca hasta entonces: había casi tantos días de descanso como de juego, y constantes invitaciones para conciertos, obras de teatro y otros espectáculos, por lo que Tarrasch alegó que su discreta actuación se debió al exceso de distracciones.

El periodista Alfred Emery escribió: "Pillsbury no se turba ni siquiera en las grandes combinaciones. Fumador empedernido, capaz de consumir una docena de cigarros sin pausa, acostumbra a lanzar una nube de humo sobre las piezas mientras calcula una variante. Entonces, inclinando su silla como una mecedora americana, evalúa todo y da la impresión de que, cuanto más avanzada está la partida, más tranquilo está él, más que sus colegas". Su estilo era vigoroso y combinativo; a veces se le iba la mano, pero fue corrigiendo ese defecto durante su efímera carrera.



Archivo Revista Jaque

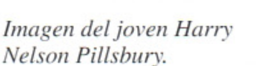
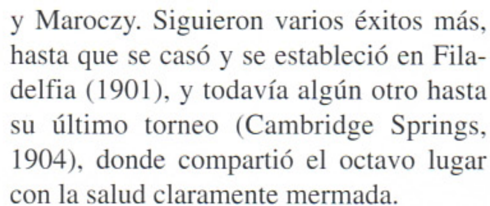


Imagen del joven Harry Nelson Pillsbury.

Popularidad y sífilis

El resonante triunfo le dio a Pillsbury una popularidad tremenda, que se tradujo en múltiples invitaciones. Aceptó la de San Petersburgo, una liga a séxtuple vuelta frente a Lasker (+2 =3 -1), Chigorin (+3 =1 -2) y Steinitz (+0 =2 -4); el balance positivo frente a los dos primeros no compensó su horrible resultado ante el ex campeón del mundo, lo que le relegó a la tercera plaza. Además, fue entonces cuando contrajo la sífilis, cuyos efectos comenzaron a verse en Nottingham 1896, donde Pillsbury luchó sin embargo para lograr un meritorio tercer puesto (+10 =4 -4), compartido con Tarrasch, tras Lasker



y Maroczy. Siguieron varios éxitos más, hasta que se casó y se estableció en Filadelfia (1901), y todavía algún otro hasta su último torneo (Cambridge Springs, 1904), donde compartió el octavo lugar con la salud claramente mermada.

La prodigiosa capacidad de Pillsbury para jugar a la ciega (su hazaña histórica fue enfrentarse con éxito en simultáneas a 21 candidatos a maestro), así como el método que empleaba para retener la posición de las piezas de todos los tableros se han explicado en las páginas de esta obra que tratan sobre esa modalidad. Para el lector incrédulo en cuanto a la memoria descomunal del genio de Massachusetts, he aquí una prueba contundente; la siguiente es la lista de palabras que le mostraron unos profesores londinenses: "Antiphlogistine; periosteum; takadiastase; plasmon; threlkeld; streptococcus; staphilococcus; mirococcus; plasmodium; Mississippi; Freiheit; Philadelphia; Cincinnati; athletics; no war; Etchenerg; American; Russian; philosophy; Piet Potgleter's Rost; Salamagundi; Oomisillecootsi; Bangmamvate; Scholechter's Neck; Manzinyama; theosophy; catechism; Madjesoomalops". Pillsbury echó un vistazo, devolvió el papel, recitó todas las palabras en el mismo orden y luego las repitió en el inverso.

Harry Pillsbury

- Harry Nelson Pillsbury nació en Somerville (EE.UU.) el 5 de diciembre de 1872.
- Torneos ganados: Hastings 1895, Viena 1898, Múnich 1900 y Buffalo 1901. Segundos puestos: Londres 1899, París 1900, Hanover 1902 y Montecarlo 1902.
- Campeón de EE.UU. en 1897 y 1898, y de Alemania (invitado) en 1900.
- Estableció el récord de la época a la ciega en Moscú 1902: 22 partidas, 17 victorias, 4 empates y una derrota.
- Murió el 17 de junio de 1906.



Ljubomir Ljubójevic



Talento y bondad

Políglota, culto, extravertido y sibarita, sobrado de talento pero huidizo de los entrenamientos sistemáticos, el yugoslavo Ljubomir Ljubójevic llegó a ser el segundo mejor del mundo en 1975. Apreciado por jugadores, organizadores, aficionados y periodistas, *Ljubo* mira al tablero del mundo desde su casa en Linares y se mantiene activo con buenos resultados.

Domina al menos media docena de idiomas, y a veces utiliza alguno más para comunicar sus ideas y discutir variantes en la sala de prensa durante el desarrollo de un torneo magistral. Podría haber triunfado en varios terrenos; de hecho, el primero que eligió fue el del fútbol, en el Estrella Roja de Belgrado. Pero pronto lo cambió por su gran pasión. "El ajedrez ha sido el gran amor de mi vida y lo seguirá siendo, porque siempre continuaré jugando en mi habitación. Fui considerado por muchos como uno de los candidatos más sólidos al título de Kárpov en la década de los setenta. Pero Kárpov tenía un talento extraordinario para acaparar el ajedrez en su bolsillo y se hizo campeón gracias a sus propios méritos y a la tradición de la escuela soviética, que le preparó de forma intensa para respaldarle en cualquier hazaña. Yo necesitaba un entrenador y más infraestructura de la que había en mi país, a pesar de la gran popularidad del ajedrez", declaró.



El gran maestro Ljubomir Ljubójevic, de personalidad extrovertida, se ha convertido en uno de los ajedrecistas más populares del momento.

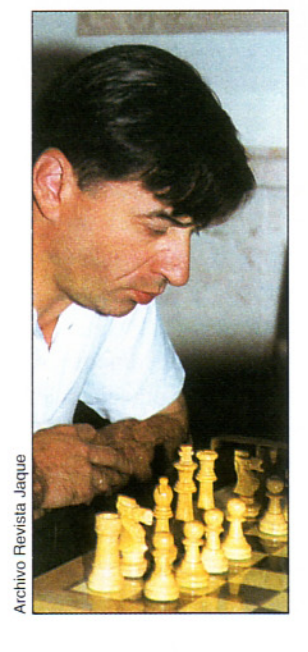
♙ *Mili* sin privilegios

Sin embargo, lo que dañó decisivamente la carrera de Ljubójevic fue la obligación de un largo servicio militar: "Fue uno de los episodios más tristes de mi vida. A pesar de ser un deportista de elite, y dos días antes de acudir a una fase previa del Campeonato del Mundo, recibí la notificación de que debía alistarme durante catorce meses. Fue un fallo terrible porque en aquel momento yo tenía talento, ilusión y posibilidades de hacer más de lo que luego he conseguido. En 1975 yo logré mejores resultados que Kárpov. Aquel golpe me dio una mayor visión de la vida real, pero me hizo mucho daño como artista. El ajedrez tiene mucho que ver con el arte".

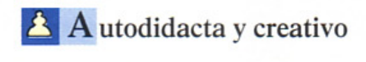
Pasado el mal trago, Ljubójevic era casi imprescindible en los mejores torneos del mundo, aunque a su creatividad a raudales le faltase consistencia para ser campeón. Además de sus triunfos, como el de Sao Paulo en 1979, el yugoslavo mostraba un estilo agresivo y una personalidad muy atractiva para los espectadores. En 1981, durante una de sus muchas giras, conoció en Linares a Araceli Lozano, y ese encuen-

tro marcó su vida. Hoy tienen dos hijos a los que *Ljubo*, que no ha querido cambiar de nacionalidad a pesar de su total integración en las costumbres españolas, dedica buena parte de su tiempo.

Un año después del flechazo, terminaba la Olimpiada de Lucerna (Suiza) con 11 puntos de 13 posibles contra los mejores del mundo, uno de los resultados más brillantes de su carrera. Aún más meritorio fue el triunfo histórico en el Torneo de Bruselas de 1987, donde superó a Gari Kaspárov, Anatoli Kárpov y Víctor Korchnoi, entre otros. Kaspárov, poco dado a los elogios, alabó al vencedor. "La victoria de Ljubójevic ha sido justa, porque su juego fue esta vez muy profesional", dijo en la ceremonia de clausura. Dos años después, Ljubójevic compartió con Kaspárov el primer puesto de la Copa del Mundo en Barcelona.



Español de adopción, Ljubomir Ljubójevic aparece en la fotografía estudiando con atención una posición.



Autodidacta y creativo

Pocos esperaban que esos éxitos tuvieran una continuidad, porque Ljubójevic es la antítesis del ajedrecista empollón: "Aunque la técnica haya progresado mucho, en el tablero todavía se pueden aplicar conceptos como creación, improvisación y psicología, que me hacen distinto a los demás. Dedico menos horas al entrenamiento diario, porque mi filosofía de la vida es diferente. Siempre fui un autodidacta".

Otro factor que influyó negativamente en su carrera fue la guerra yugoslava y el embargo internacional, como él mismo expresó en 1993: "Me afecta mucho porque me siento realmente yugoslavo y practico nuestro lema: fraternidad y unidad. La guerra me hace llorar casi todas las tardes, y las represalias contra los jugadores yugoslavos son también muy tristes. Ellos no se han dedicado nunca a la política. Son gente introvertida y distraída que siempre ha vivido en su mundo. Y ahora sufren las consecuencias de los actos de ciertos políticos que han llevado al país hacia su descomposición, a la guerra civil. Entiendo que la comunidad internacional tenga que limitar con sanciones las actividades de los yugoslavos, pero también pido más comprensión a la gente del ajedrez. Mis compatriotas deberían ser aceptados en los torneos abiertos porque ya se sabe que en esos eventos nunca hay manifestaciones políticas. Ellos se limitan a jugar sus partidas, y eso no es un apoyo al régimen de Belgrado, sino al arte del ajedrez".

Excepcionalmente dotado para las partidas rápidas y a la ciega, Ljubójevic logró otro de sus triunfos memorables en el Torneo de Montecarlo de 1993, superando a Anand, Kárpov, Ivanchuk, Judit Polgar y Korchnoi, entre otros.

Cada vez menos activo, Ljubójevic juega torneos esporádicamente, pero sigue siendo un elemento fundamental del equipo yugoslavo en las Olimpiadas, como en la de Elistá (Rusia), en 1998. Sin embargo, es raro verle satisfecho de su juego: "He ganado muchas partidas con las que no estoy feliz, y cuando pierdo, tampoco lo estoy. Porque el ajedrez es así, muy pocas veces uno puede estar feliz. Admiro a los grandes campeones, entre otras razones, porque son capaces de alegrarse siempre, incluso cuando ganan por graves equivocaciones de los adversarios. Cuando gano partidas así, no me alegro, y ésa es la diferencia entre un mortal como yo y unos inmortales que son campeones del mundo".

Ljubomir Ljubójevic

- Ljubomir Ljubójevic nació en Belgrado el 2 de noviembre de 1950. Reside en Linares (España) desde 1981.
- Campeón de Yugoslavia en 1977 y 1982.
- Ganador, entre otros, de los siguientes torneos: Palma de Mallorca 1971, Caorle 1972, Las Palmas 1974, Orense 1974, Las Palmas 1975, Amsterdam 1975, Manila 1975, Wijk aan Zee 1976, Sao Paulo 1979, Buenos Aires 1979, Buenos Aires 1981, Brasilia 1981, Linares 1985, Nueva York 1985, Reggio-Emilia 1985-86, Amsterdam 1986, Bruselas 1987, Belgrado 1987, Barcelona 1989 y Mónaco 1993.



Julio Granda

Rosa de las Nieves

Julio Granda, en el Torneo Internacional de Madrid.

En un rincón de Perú

No es nada fácil encontrar grandes maestros como Julio Granda en la secular historia del ajedrez. Salió de Camaná (suroeste de Perú) con un talento asombroso y se metió en la elite mundial sin entrenamiento. Pero siempre ha vuelto allí, a cultivar sus árboles frutales lejos de las alfombras de los torneos, de la necesidad de ganar hoy para comer mañana y del racismo de algunos policías que sospechan de sus facciones. Está orgulloso de ser campesino y campeón.

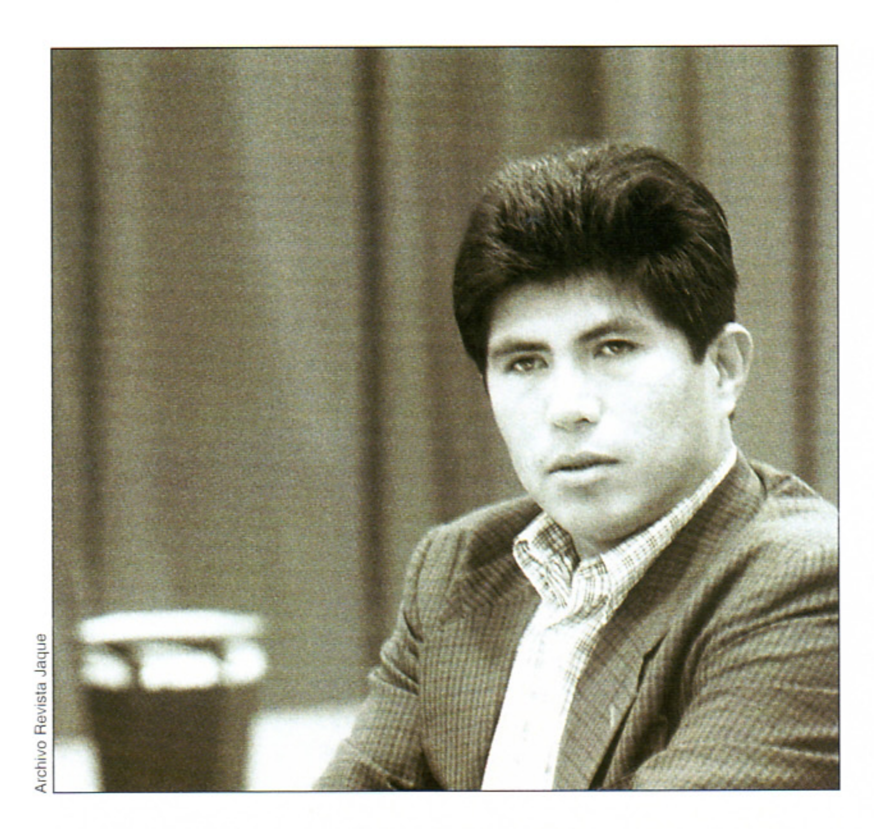
Una de las cosas –quizá la única– poco originales de la biografía de Granda es que aprendió a jugar hacia 1972, como millones de personas, cuando Bobby Fischer derrotó a Borís Spassky en uno de los duelos más apasionantes de todos los tiempos. Su padre, un gran aficionado, enseñó el movimiento de las piezas a sus dos hermanos mayores, de 8 y 7 años, pero no a él, que tenía 5, porque le consideró demasiado pequeño. Sin embargo, Julio aprendió mirando, les desafió ante la sorpresa de los tres y no tardó mucho en ser el mejor de la familia, que se entregaba a la pasión del tablero "cuando las faenas agrícolas no eran demasiado pesadas". Pero no sabía perder: "Una vez perseguí a mi hermano mayor por el campo y le tiré una piedra al ver que no podía alcanzarle. Con mi padre era distinto; cuando perdía, yo tiraba las piezas al aire y lloraba".

A los 6 años ya era el campeón de Camaná (40.000 habitantes) y poco después derrotaba sin esfuerzo al campeón universitario de Arequipa, la segunda ciudad de Perú. A los 9, se clasificó para el campeonato nacional absoluto, pero a continuación hubo un absurdo receso, motivado por su origen humilde: alguien creó la es-

co kilómetros antes de llegar apareció una caravana de vehículos para escoltarle y un locutor con megafonía que gritaba: "Nuestro campeón, nuestro hijo predilecto...". Desde aquel día, cuando aún era un adolescente, Julio se sintió atraído por el papel de antihéroe.

No logró más éxitos internacionales hasta 1982, cuando el segundo puesto en un torneo juvenil en Río de Janeiro le sirvió para obtener una beca que le permitía estudiar en Lima y "viajar con cierta planificación informal". Granda empezó a ganar a algunos grandes maestros, a viajar a Europa y a llegar a los torneos con dos días de retraso, una rara actitud que ha repetido varias veces. En 1983 apareció en el abierto de Manresa (España) con poquísimo dinero y acompañado del ecuatoriano Morán. El peruano lo recuerda con estas palabras: "Buscamos el lugar más barato, un sitio donde había que intuir la habitación en la tenebrosa oscuridad. Descubrimos un bufé de barra libre para almorzar en el que nos poníamos las botas. Sólo comíamos una vez al día, pero era tal la cantidad de platos que engullíamos que teníamos que caminar durante media hora para hacer la digestión. Por si esto fuera poco, sufríamos la presión añadida de que si no ganábamos un premio no podíamos pagar la cuenta del hotel. Compartimos el segundo puesto, lo que alivió nuestros males".

Tras vencer en Can Picafort (Mallorca) y obtener la segunda norma de maestro internacional en el Torneo de La Hispanidad que se celebró en el Castillo de la Mota (Medina del Campo), Granda vuelve a Lima, donde completa ese título en el Panamericano Juvenil de 1984. Pero un nuevo cambio de dirigentes provoca la pérdida de su beca, y además fallece su madre; ambos factores marcan un nuevo bache en su carrera. Juega el Campeonato de Perú "para olvidar" y paga las consecuencias con el 5º puesto: "Comenzaron entonces a hablar de mediocridad, pese a que yo era muy joven. Propuse entonces que la Federación Peruana hiciese un torneo a doble ronda entre todos los finalistas. Logré el 100 % de los puntos. Eso me permitió recuperarme psicológicamente y apuntar hacia un nuevo horizonte".



Archivo Revista Jaque

Julio Granda, en la ciudad de Nueva York.

túpida norma de que los jugadores de primera categoría no podían participar en el Campeonato Escolar de Perú, cuyo primer premio era un viaje a Estados Unidos. El padre de Julio se enojó mucho y le prohibió tocar un tablero durante dos años, hasta que hubo un cambio de dirigentes en la Federación Peruana, en 1979.

El año siguiente fue inolvidable por varias razones. Julio fue elegido para representar a Perú en el denominado Campeonato del Mundo Infantil –aunque no estaba reconocido oficialmente como tal– en México. En su colegio organizaron cuadrillas para realizar una colecta que permitiera reunir el dinero para los gastos, porque la Federación no tenía recursos. Contra todo pronóstico, ganó el torneo y los mexicanos le lanzaron al agua para celebrarlo. Como no sabía nadar, Julio se ahogaba sin que nadie le hiciera caso, hasta que un uruguayo se lanzó a salvarle.

Héroe nacional con 13 años

El presidente Belaunde Terry politizó aquella victoria y le recibió después de que una nube de periodistas le asaltase en el aeropuerto. Pero eso no fue nada si se compara con el agasajo en Camaná. Cin-



Archivo Revista Jaque

La irregular trayectoria de Granda no impide que se le considere un ajedrecista destacado.

Selva para meditar

Granda vuelve a España en 1985 para jugar nuevamente el Torneo de la Hispanidad, pero, ante la falta de recursos y oportunidades, regresa a su origen: "Me interné en la selva, en una zona que luego fue dominada por Sendero Luminoso, para meditar. Estuve en contacto con la naturaleza y pensé que podía conseguir el título de gran maestro si ponía todo el interés del mundo". A esa mentalización positiva se añadió la suerte en forma de invitaciones para jugar en Cuba, donde Granda logró el ansiado título de gran maestro.

Sin embargo, pronto llegaron nuevas frustraciones. Granda era uno de los favoritos para el Campeonato del Mundo Juvenil de 1986 en Gausdal (Noruega). Pero sus biorritmos no estuvieron a la altura de las circunstancias: "Compartí una habitación doble con otro participante; teníamos horarios totalmente diferentes. Me volví loco, no pude adaptarme a las noches polares, con luz durante casi todo el día, ni a que mi compañero de habitación me despertara con su aparato de música a todo volumen. Aquello fue un pequeño infierno". Tras un comienzo fulgurante –cinco victorias seguidas y tablas con Anand–, el peruano quedó finalmente relegado al 12º puesto por extenuación. Granda se sentía frustrado porque podía haber sido el nuevo campeón. A pesar de ello, logró sobreponerse, volvió a España y ganó el Torneo de Matalascañas.

Pero un año más tarde sufrió otra experiencia traumática. Se presentó en buena forma al Interzonal de Zagreb (clasificatorio para el Mundial), donde se convirtió en el inesperado líder durante varias jornadas. Llegó a la decisiva en una situación muy tensa: jugaba contra el cubano Nogueiras; una victoria de cualquiera de los dos hubiera quitado el puesto en el Mundial al estadounidense Seirawan. En otras situaciones similares abundan los amaños, pero los dos latinoamericanos hicieron tablas ante la incredulidad de Seirawan.

A esto siguió una nueva depresión: "Sentí un gran vacío por haber perdido una oportunidad de oro. Fue un tiempo de autodestrucción. Jugaba cualquier cosa para olvidar. Sentía que todo se me había venido abajo. Quizá por la necesidad de dinero, reaccioné con buenos resultados en 1990 y 1991, sobre todo en torneos españoles. Fue entonces cuando *Jaque*, la revista española que constituía

mi único vínculo con el exterior cuando estaba en Camaná, publicó un artículo de Félix Izeta en el que éste me atribuía la sagrada misión de recuperar el oro de los incas en España".

Con misión o sin ella, vino una época muy favorable en todos los sentidos. Pasó la barrera de los 2.600 puntos en el *ranking* internacional, lo que tuvo mucha repercusión en Perú, donde se recaudaron 40.000 dólares (5 millones de pesetas en aquel momento) por suscripción popular para ayudarle. Y comenzó una relación sentimental con la húngara Zsuzsa Polgar –la mayor de las tres hermanas, que luego fue campeona del mundo– en el Torneo de Pamplona. Gracias a ella, logró una plaza en el Memorial Reshevsky de Nueva York, cuyos organizadores no estaban decididos a invitarle en principio: "Gané el torneo y todas las partidas que jugué contra estadounidenses. Cuando tengo una motivación especial, puedo realizar un gran ajedrez a pesar de no haber hecho una preparación especial".

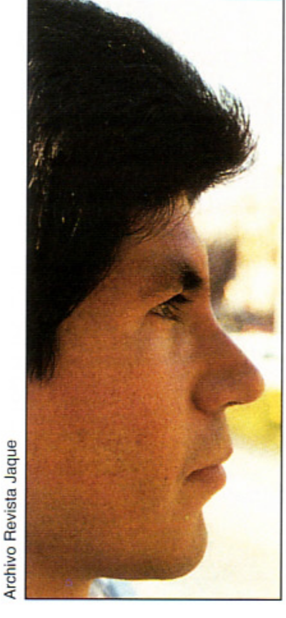
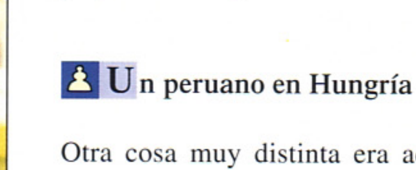


Imagen de Julio Granda, en Madrid.



Un peruano en Hungría

Otra cosa muy distinta era adaptarse a vivir en un país como Hungría, a pesar de la evidente motivación: "Hacía un frío terrible, y el húngaro es un idioma endiablado. Pero me beneficié durante un año y medio del ambiente de disciplina y amor al trabajo que viví en casa de la familia Polgar".

Por otro lado, sufría desagradables e injustos encontronazos con la policía casi todos los años: "Tener rasgos incas no es sinónimo de delincuencia. Pero hay gente en todos los países que no entiende algo tan elemental, y que además te tratan sin educación ni respeto".

Hubo un episodio especialmente perjudicial para su carrera, que Granda explica así: "Iba a tomar un tren en la estación de Zurich con el tiempo justo para llegar a la primera ronda del Interzonal en Biel (Suiza). Un policía, al ver mi rostro, me paró con la intención de revisar mi equipaje, justo en el momento en que estaba a punto de salir el tren. Al darme cuenta de que lo perdía, le dije amablemente que mirase bien, porque la maleta estaba llena de droga".

Siguió otra depresión, que Granda resolvió encerrándose en su entorno natural y al tomarse muy en serio su condición de agricultor: "Tenía un terreno con patatas, y para que no me las robasen contraté a un guardia, que a su vez metía la mano a destajo. Fue un reto; me quedé durmiendo a la intemperie con una escopeta y unos focos de luz para asustar. Uno tiene virtudes que no sospecha. Fue un mes y medio viendo las estrellas y soñando. Todo ello se publicó en un reportaje de gran impacto. Pronto logré el apoyo de un patrocinador, del Gobierno y de la televisión".

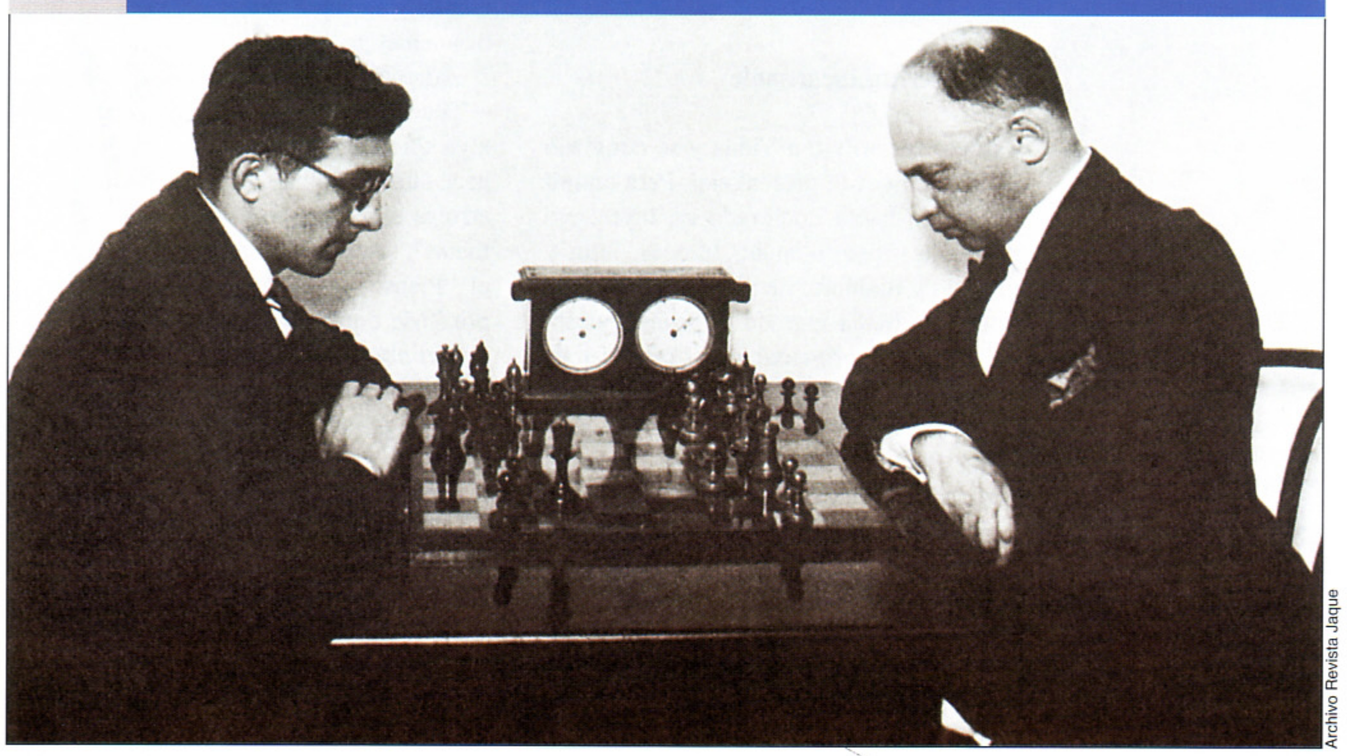
Y así continuó la carrera a la que podría definirse con forma de dientes de sierra. Julio Granda logró triunfos increíbles –para quien no conozca su enorme talento– en torneos de elite, como el primer puesto en el Memorial Donner de Amsterdam en los años 1995 y 1996 y en el Ciudad de Pamplona 1995-96.

Volvió a refugiarse en sí mismo y se apartó del mundo en Camaná. Y parece que el ciclo continúa repitiéndose, completando una de las biografías más originales de la historia del ajedrez.

Julio Granda

- Julio Granda nació en la localidad de Camaná (Perú) el 25 de febrero de1967.
- Ha ganado, entre otros, los siguientes torneos: Campeonato del Mundo (extraoficial) Infantil en México 1980; Can Picafort (España) 1983; Panamericano Juvenil en Lima 1984; La Habana 1986; Bayamo (Cuba) 1986; Matalascañas (España) 1986; Buenos Aires 1990; Ciutat Vella de Barcelona 1990; Memorial Reshevsky en Nueva York 1993; Memorial Donner en Amsterdam 1995 y 1996 y Ciudad de Pamplona 1995-1996.

Savielly Tartakower



Torre (a la izquierda) se enfrenta a Tartakower en Moscú, en 1925.

El campeón del ingenio

Podría haber sido campeón del mundo si se lo hubiera tomado en serio. Pero Savielly Tartakower (1887-1956) tenía otras prioridades: fue un valiente soldado, un periodista muy ameno y un fuerte gran maestro, que llegó a estar entre los diez mejores en su mejor momento (1926-1930). Nos dejó muy buenas ideas –aún vigentes– en las aperturas, y algunas de las frases más ingeniosas que se han escrito sobre el ajedrez. Por ejemplo: "Nunca he ganado a nadie que no estuviera enfermo", o "El vencedor de una partida es el que comete el penúltimo error".

La cosmopolita Viena era sin duda el lugar ideal para el joven Savielly: había nacido en Rusia con nacionalidad austriaca de padres de origen judío, pero de religión cristiana. El fuerte acento ruso de Tartakower cuando hablaba alemán delataba su origen, pero esto no era nada extraordinario en el Club de Ajedrez de Viena. Presidido por el barón Rothschild y situado en un edificio señorial, ocupaba dos plantas en las que sus 700 socios disponían de su propio restaurante y varias salas para jugar a las cartas; en éstas fue probablemente donde Tartakower, estudiante de Derecho en Viena desde 1904, empezó a sufrir la adicción a las apuestas que tantos problemas originó en su vida. Fue también aquí donde él y su hermano recibieron la noticia del asesinato de sus padres en Róstov –a orillas del Don– durante uno de los espantosos progromos de 1911; como muchos otros judíos, el matrimonio Tartakower había cambiado de religión en un vano intento de librarse de la barbarie.

Savielly era muy elegante, de constitución física fortísima, amante de la higiene y el silencio, generoso con las propinas y honrado a toda prueba, según cuenta Kmoch, quien le conoció a fondo.

Acostumbrado a la compañía de banqueros, empresarios y abogados, decidió cambiar radicalmente de entorno cuando estalló la Primera Guerra Mundial, y se convirtió en un teniente ejemplar. Voluntario para las misiones más arriesgadas en el frente ruso –porque así ganaba más dinero para pagar sus deudas, según Kmoch–, recibió un balazo en el estómago, pero fue capaz de arrastrarse durante

muchos kilómetros hasta un lugar seguro, y recibió una condecoración por su valor. Su hermano murió en la contienda.

Escritor incansable

Tartakower volvió a Viena y se convirtió en un ajedrecista profesional. Para entonces ya se había doctorado en leyes, era políglota –ruso, alemán, francés, latín y griego– y traductor de poesía en sus ratos libres. Ya había logrado el primer puesto en el torneo principal del Congreso de Nuremberg de 1906, y buenos resultados en Viena, San Petersburgo, Múnich, Carlsbad y Budapest. Pero lo que realmente le hizo inolvidable fue su obra escrita.

Su fortaleza física y mental le permitía escribir durante 48 horas seguidas con pequeños descansos. En 1925, en el Torneo de Baden-Baden, Tartakower estuvo escribiendo algo muy urgente hasta las ocho de la mañana, cuando el camarero llamó a su puerta para el desayuno. Una hora después jugó con negras frente a Rubinstein, y ganó. Al parecer, su estajanovismo literario también estaba relacionado con la necesidad de pagar a los apostadores profesionales. Sabedores de esos apuros económicos, algunos mecenas de su entorno organizaron un torneo de partidas rápidas con un primer premio exageradamente alto y la convicción de que Tartakower sería el vencedor. Sin embargo, le superó el húngaro Alexander Takacs, al que sancionaron inmediatamente con la pérdida de un punto por una irregularidad que en realidad no cometió. Cuando recibió el dinero durante la entrega de premios, Tartakower rompió los billetes en pedacitos ante la estupefacción general.

La ruptura del imperio austro-húngaro produce cambios paradójicos en la vida de Tartakower al inicio de la década de los veinte: se convierte brevemente en ciudadano ucraniano, adopta después la nacionalidad polaca y logra varios éxitos con la selección nacional, a pesar de que no conocía el idioma porque, en realidad, vivía en París, donde acabó haciéndose francés. Era poco menos que inimaginable organizar un torneo importante sin la fascinante personalidad de Tartakower. Pero no sólo se dedicó a animar veladas: lucho contra los nazis a las órdenes de De Gaulle y se lanzó varias veces en paracaídas detrás de las líneas enemigas.

Además de sus ingeniosas sentencias –"Táctica es lo que se hace cuando hay algo que hacer, y estrategia es lo que se hace cuando no hay nada que hacer." "Los errores están ahí, esperando a que los cometas", son otros ejemplos–, y de cambiar el "Pienso, luego existo", de Descartes, por "Me equivoco, luego existo", Tartakower era temible por su elocuencia y su poder de persuasión. Durante una reunión de jugadores para concretar los detalles de un torneo, todos rechazaron la propuesta de uno de ellos hasta que Tartakower habló en su defensa. Realizada la votación, todos votaron a favor, menos uno: Tartakower.



Savielly Tartakower, una personalidad brillante y paradójica.

Savielly Tartakower

- Nació en Róstov (Rusia) el 9 de febrero de 1887.
- Campeón de Polonia en 1935 y 1937. Campeón de Francia en 1953.
- Vencedor de los siguientes torneos: Nuremberg 1906, Viena 1920, Viena 1923, Bartfield 1926, Gante 1926, Hastings 1926-27, Kecskemet 1927, Bad Niendorf 1927, Londres 1927, Hastings 1927-28, Scarborough 1928, Niza 1930, Lieja 1930, Barcelona 1934, Lodz 1935, Hastings 1945-46, Baarn 1947, Venecia 1947, Bewerwijk 1949 y Southsea 1950.
- Escribió muchos libros: entre ellos, *Ajedrez Hipermoderno*, *Breviario del ajedrez*, *Estrategia moderna* y *Os habla Tartakower*. Creó importantes ideas de apertura, como la variante que lleva su nombre en el Gambito de Dama y la Apertura Catalana.
- Murió en París el 5 de febrero de 1956.



Akiba Rubinstein



Archivo Revista Jaque

A la derecha de la imagen, Rubinstein (de pie, en segundo lugar), en San Sebastián en el año 1912.

La pureza perfecta

Quien estudie las partidas de los campeones para progresar debe incluir en la lista al polaco Akiba Rubinstein (1882-1961). No logró la corona por las circunstancias de la vida y de las dos guerras mundiales, pero fue sin duda uno de los mejores ajedrecistas de la primera mitad del siglo XX. La lectura de su biografía induce a la tristeza; para compensar, el análisis de su obra es un viaje muy placentero a la búsqueda del arte puro, de la precisión milimétrica, de la armonía total.

El destino previsto para el adolescente Akiba, nacido en la ciudad fronteriza de Stawiski –entonces en poder de Rusia– como el menor de doce hermanos, era ser rabino. Pero el ajedrez se interpuso cuando él ya tenía 16 años y se convirtió en la principal –y casi única– ocupación de su vida a pesar de que el motivo de su traslado a Lodz fue el estudio del Talmud. El prestigioso maestro George Salwe (1862-1920), que era entonces el campeón del club de Lodz, daba una torre de ventaja a Rubinstein, como hacía con todos los aficionados, y le ganaba. Akiba, que no parecía especialmente dotado, pasó dos años sin dar muestras de progresos sustanciales, e incluso desapareció del club durante más de ocho semanas. Pero la sorpresa fue mayúscula cuando volvió: se enfrentó a su maestro sin ventaja y le ganó diez partidas a lo largo de dos duelos, disputados en 1901; empató el primero (+5 -5 =0) y ganó el segundo (+5 -3 =2). Así, con una evolución muy poco frecuente –se podría decir que insólita– entre los grandes campeones, empezó una carrera brillantísima.

El éxito estimuló a Rubinstein, que se convirtió en un asceta del tablero. Sin embargo, su estreno en la alta competición no fue demasiado brillante: 5º en el Torneo de Kíev (Ucrania) en 1904. Aunque después compartió el primer puesto con Duras, en Bremen en 1905, Rubinstein no estaba satisfecho, y se volvió a encerrar en el laboratorio, con resultados otra vez sorprendentes: vencedor en tres torneos consecutivos –Ostende, Carlsbad y Lodz– en

1907; la nómina del segundo de ellos incluía a Maroczy, Schlechter, Chigorin y Janowski, entre otros maestros ilustres.

Tan instructivo como tímido

Rubinstein destacaba entre sus colegas trotamundos del ajedrez por su falta de comunicación. Si hablaba, era de ajedrez, y lo hacía poco: casi siempre iba directamente de la sala de juego a la habitación del hotel, donde se hacía servir las comidas. Sin embargo, esa timidez era directamente proporcional al tremendo impacto que originaba su búsqueda de la perfección en cada partida. Entre las consecuencias positivas de esa actitud está la presencia de Rubinstein en los lugares de honor de dos clasificaciones que otorgan mucho prestigio: los maestros que han aportado más partidas modélicas sobre diversos temas estratégicos y los que mejor han jugado los finales con pocas piezas; en los de torres y peones, Rubinstein quizá sea el mejor de todos los tiempos. Pero el lado oscuro de esa personalidad se ve en la cantidad exagerada de errores garrafales que cometía Rubinstein, seguramente por el gran cansancio que provoca esa forma de jugar.



Imagen del joven Rubinstein.

El virtuosismo de Rubinstein llegó a tal punto que muchos de sus rivales tenían la sensación de que era un ajedrecista perfecto. Sobre todo, en 1912, conocido como "el año de Rubinstein", cuando triunfó consecutivamente en cuatro grandes torneos –San Sebastián, Bad Pistyan, Breslau y Vilnius– y en otro menor, Varsovia. Sus éxitos entre 1907 y 1912 brillan más que los de cualquier otro jugador; su balance en ese período contra todos los mejores del mundo es favorable, con la única excepción de Maroczy. Era el legítimo aspirante al título de Lasker, quien accedió, tras largas negociaciones, a que el duelo se disputase en 1914 con 2.500 dólares de bolsa.

Pero nunca se celebró: lo impidieron su mala actuación en el Torneo de San Petersburgo de ese mismo año (7º después de Capablanca, Lasker, Tarrasch, Aliojin, Marshall y Berstein) y la Primera Guerra Mundial. Tras ella, volvió con bríos renovados y siguió triunfando; el nuevo campeón, Capablanca, aceptó el reto, pero Rubinstein no pudo reunir el dinero de los premios. Todos esos contratiempos convirtieron en patológicos los problemas mentales de Rubinstein. Creía tener siempre una mosca a su alrededor, que le impedía dormir y concentrarse en las partidas; tras hacer una jugada y pulsar el reloj, se iba a un rincón de la sala donde se le oía musitar con la cara entre las manos. Como era judío, su situación se agravó aún más durante la Segunda Guerra Mundial, aunque mejoró cuando se alejó de la tensión de los torneos y se instaló en Bruselas, donde murió a los 78 años. Fue uno de los campeones sin corona.

Akiba Rubinstein

- Nació en Stawiski (Polonia), bajo dominio ruso, el 12 de octubre de 1882.
- Campeón de Rusia en 1908 y 1912, de Austria en 1922 y de Polonia en 1927.
- Logró el 82 % de los puntos en el primer tablero –uno de los mejores resultados de la historia– en la Olimpiada de 1930. También defendió a Polonia en la de 1931.
- Ganó, entre otros, los torneos de Bremen 1905, Carlsbad 1907, Lodz 1908, San Petersburgo 1909, San Sebastián 1912, Bad Pistyan 1912, Breslau 1912, Vilnius 1912, Varsovia 1912, Triberg 1921, Viena 1922, Hastings 1922-23, Southport 1924, Marienbad 1925, Rohitsch-Sauerbrunn 1929 y Rogaska Slatina 1929.
- Fue reconocido como aspirante por Lasker y Capablanca, pero ninguno de los duelos se celebró.
- Dio su nombre a tres importantes variantes de las defensas Nimzoindia, Francesa y Tarrasch (Gambito de Dama).
- Murió en Bruselas el 14 de marzo de 1961.



Jan Timman



El gran Timman, un maestro atípico del ajedrez, con un estilo de vida también atípico.

El bohemio holandés

Jan Timman es uno de los pocos deportistas holandeses que puede competir en popularidad con las estrellas del fútbol. Su temperamento bohemio induce al engaño: en realidad, es un amante del rigor y la profundidad en el análisis, lo que le ha permitido mantenerse entre los mejores del mundo durante más de veinte años y ser uno de los pocos ajedrecistas occidentales temidos por los soviéticos. Además, su obra literaria tiene un enorme prestigio; especialmente, *El arte del análisis*, un libro imprescindible.

La peculiar idiosincrasia de Timman se aprecia en una anécdota que él mismo relata en el libro. El ex campeón del mundo Mijaíl Botvínik se preguntaba: ¿Cómo prepararse?, en el libro *Cien partidas selectas*, y aconsejaba: "Quince o veinte días disfrutando del aire puro en el campo".

El consejo no encajaba muy bien con su hedonismo, pero el holandés decidió seguirlo junto a su amigo Hans Bohm: "Dijimos adiós a nuestro estilo de vida malsano e iniciamos un largo retiro en una casa de campo de Friesland. Durante tres meses vivimos como fanáticos de la salud; nuestras maletas no contenían nada más que literatura ajedrecística y prendas de vestir".

Acabada la concienzuda preparación, comenzó el torneo... y Timman encajó cinco derrotas seguidas. Timman decidió mandar al cuerno sus hábitos espartanos y volvió a la mala vida. El resultado fue sorprendente: una serie de victorias y una clasificación final razonable.

El otro consejo de Botvínik

Sólo después de esa original experiencia, Timman se percató de esta otra frase: "Es posible que alguna de mis sugerencias no les sirvan a algunos jugadores; cada uno debe considerarlas con espíritu crítico y aplicarlas con precaución, tomando en cuenta las propias capacidades y costumbres". En todo caso, encontró mucho más interesante otro consejo del patriarca del ajedrez soviético, y lo siguió con intensidad: "Analizar las partidas propias en casa y publicar el fruto de ese trabajo para estar sometido a una crítica objetiva".

Así fue cómo Timman se entregó a un trabajo muy duro pero gratificante y rentable. Por ejemplo, su análisis en profundidad del célebre duelo entre Borís Spassky y Bobby Fischer (Reykjavik, 1972) se tradujo en su primer triunfo en un torneo importante (Hastings, 1973-74), donde compartió el primer puesto con Kuzmin, Szabo y Tahl. A ése siguieron otros, hasta que rozó la clasificación para el Torneo de Candidatos en 1979, cuando terminó el 4º (se clasificaban tres) a medio punto de Hübner, Petrosián y Portisch en el Interzonal de Río de Janeiro.

Ya estaba entre los diez mejores del mundo, y se sentía satisfecho de la decisión que tomó años antes, cuando se convirtió en ajedrecista profesional tras vencer las reticencias de sus padres. Éstos pensaban que su hijo políglota tendría un mejor futuro en una carrera convencional, pero se rindieron ante la evidencia de los resultados brillantes que no cesaban: su consagración fue definitiva en Mar de Plata 1982, cuando se llevó el primer premio con dos puntos de ventaja sobre sus perseguidores, entre los que estaba Anatoli Kárpov. Ese mismo año quedó el 2º en Tilburg, a medio punto de Kárpov. El asalto a la cumbre era cuestión de tiempo, porque Timman era muy constante, en el entrenamiento y en el progreso. Tuvo una segunda oportunidad en 1985, cuando venció a Tahl en el duelo de desempate del Torneo de Candidatos de Montpellier (Francia); pero cayó a continuación ante uno de los más jóvenes representantes soviéticos, Artur Yusúpov.


Archivo Revista Jaque

Imagen reciente de Jan Timman.

Cerca de la cima

Las cosas mejoraron entre 1988-1990: derrotó en octavos de final a Valeri Sálov por 3,5-2,5 tras un duelo agotador; y a Portisch, en cuartos, después de un alarde de audacia cuando remontó una desventaja de un punto ganando las dos últimas partidas. A continuación cumplió con su papel de favorito frente al británico Jonathan Speelman; gracias a su perseverancia, Timman se convertía en el único jugador occidental, aparte de Fischer, que llegaba a la final de candidatos.

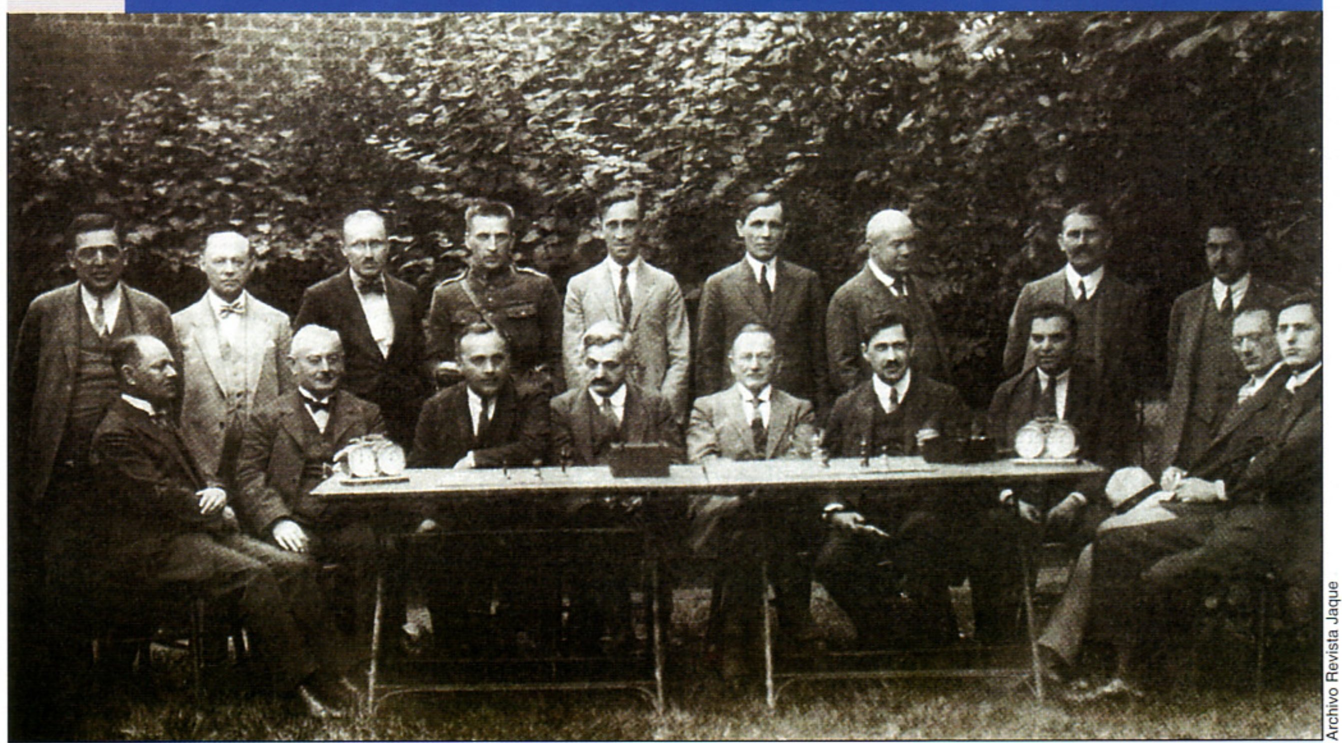
La estrella holandesa era capaz de ser campeón del mundo, pero no estaba dispuesto a renunciar a los placeres de la vida para lograrlo. Además tuvo la mala suerte de que su próximo rival, Kárpov, era uno de los mejores jugadores de la historia y estaba aún muy motivado en su encarnizada pugna con Gari Kaspárov. No hubo sorpresas: Kárpov se impuso a Timman en Kuala Lumpur (Malaisia, marzo de 1990) por un inapelable 6,5-2,5.

Timman tuvo aún otra oportunidad de lograr la corona de la FIDE, en 1993, cuando Kaspárov y Short provocaron el cisma al crear la Asociación Profesional (PCA). Pero Kárpov volvió a derrotarle. Sin embargo, a Timman nunca le han faltado invitaciones a torneos, en Holanda y en el extranjero. Su atractiva personalidad y su estilo creativo complacen a organizadores, periodistas y aficionados. Y sus análisis de partidas son una delicia. Es, sin duda, uno de los ajedrecistas más importantes de la segunda mitad del siglo XX.

Jan Timman

- Nació en Amsterdam el 14 de diciembre de 1951.
- Candidato al Mundial en 1985 y 1988-1990, y al título de la FIDE en 1993.
- Además de numerosos triunfos en los Campeonatos de Holanda y muchas actuaciones destacadas en las Olimpiadas, ha ganado los siguientes torneos, entre otros: Estocolmo 1973, Hastings 1973-74, Sombor 1974, Netanya 1975, Reykjavik 1976, Amsterdam 1978, Níksic 1978, Bled-Portoroz 1979, Amsterdam 1981, Las Palmas 1981, Wijk aan Zee 1981, Mar del Plata 1982, Yakarta 1983, Bugoino 1984, Sarajevo 1984, Wijk aan Zee 1985, Amsterdam 1985, Zagreb 1985, Taxco (Interzonal) 1985, Amsterdam 1987, Tilburg 1987, Linares 1988, Amsterdam 1989, Rotterdam 1989 y Praga 1990.

Richard Réti


Archivo Revista Jaque

El filósofo del tablero

Sentados de izquierda a derecha: Spielmann, Tietz, Bogoljubov, Lasker, Tarrasch, Wolf, Réti, Grünfeld y Euwe. Estos maestros del ajedrez se encontraron en Mährisch-Ostrau, en 1923.

Sólo vivió 40 años, pero la herencia que Richard Réti (1889-1929) dejó al ajedrez es una de las más importantes de la historia. A pesar de que llegó a estar entre los mejores jugadores del mundo, siempre dio prioridad a la faceta artística de su profesión, por lo que también destacó al componer bellísimos estudios. Sin embargo, su principal contribución no está en ninguna de esas dos facetas: Réti fue uno de los grandes impulsores de la escuela hipermoderna, toda una filosofía revolucionaria.

"Richard estaba tan poco impresionado por este mundo, que prefirió estar callado cuando nació, hasta el punto de que dudábamos que estuviera vivo." La frase expresa el sentido del humor del padre de nuestro personaje, Samuel Réti, un médico acomodado que compró un sanatorio en Bösing, nombre alemán que cambió temporalmente a Bazin durante la dominación húngara y posteriormente a Pezinok cuando pasó a formar parte de Checoslovaquia; en la actualidad, pertenece a Eslovaquia.

Los genes y el entorno parecían muy propicios para el surgimiento de la genialidad. Otto, el mayor de los tres hijos de Samuel y Anna, había mostrado virtudes de niño prodigio para el lenguaje y la música antes de morir durante su infancia. Por otro lado, como indica el segundo hermano, llamado Rudolph, en un artículo recientemente publicado por el historiador Edward Winter en Internet (*www.ChessCafe.com*), "la Viena de 1890 no era sólo un centro cultural, político y médico de primer orden; también floreció en dos artes de muy distinta naturaleza, música y ajedrez". Rudolph fue compositor, pianista y crítico musical.

El descubrimiento de las excepcionales dotes del pequeño Richard para el ajedrez constituye un relato casi idéntico a lo que sabemos de Gari Kaspárov. El matrimonio Réti acostumbraba a jugar algunas partidas durante los atardeceres de invierno. Rudolph, que tenía 10 años, ya sabía mover las piezas y se atrevía incluso a sugerir jugadas de vez en cuando; Richard observaba y permanecía callado.

Hasta que un día se le ocurrió pedir permiso para jugar. Su padre, contrariado,


Archivo Revista Jaque

Imagen de Réti correspondiente al año 1922.

respondió: "Imposible. Solamente tienes 6 años. Ni siquiera conoces las reglas. El ajedrez es un juego muy difícil". Pero las lágrimas del niño ablandaron al padre: "Está bien. Siéntate y juega". Se sentó, jugó y ganó dos partidas seguidas. A la pregunta evidente del padre: "¿Cómo juegas tan bien si nadie te ha enseñado nada?", Richard contestó dejando atónita a la familia: "Mirando y aprendiendo de vuestros errores".

♙ Compositor de 12 años

Sin embargo, el episodio pasó casi al olvido por el fuerte ritmo de vida del padre, que empezó a trabajar en Viena y a estar con la familia sólo durante los fines de semana. Seis veranos después, Richard prefería pasar muchas horas ante un tablero en el jardín de una casa de campo, en lugar de jugar con otros niños. Pronto ocurrió otro hecho sorprendente: llegó una carta con el membrete de *Uber Land und Meer*, una revista que incluía una columna de ajedrez firmada por Gottschall, a quien el silencioso adolescente le había enviado un problema compuesto por él mismo. Gottschall respondió así: "Su problema ha sido aceptado con gusto y será publicado en uno de nuestros próximos números. Y quiero añadir que si en verdad tiene usted 12 años, como dice, y nadie le ha ayudado en la composición, debo felicitarle muy efusivamente. Se trata de un logro excepcional que debe estimularle a continuar trabajando en el ajedrez con toda seriedad". La misiva alegró a los padres, pero sólo mitigó su preocupación: sus dos hijos vivos mostraban una fuerte vocación hacia actividades poco lucrativas (música y ajedrez). Poco después, el fallecimiento de Samuel obligó a la madre, Anna, a realizar serios recortes en el gasto para que Rudolph y Richard siguieran estudiando.

De todas formas, Richard se mantuvo fiel a su principal pasión, y pronto se hizo acreedor al apelativo de *El Invencible* entre sus compañeros de clase. Pero él tenía los pies en el suelo: "Ya verás, Rudolph, como perderé de forma inapelable en cuanto me enfrente a un verdadero maestro", le dijo a su hermano.

Así fue. Rudolph se puso en contacto con la gran estrella del ajedrez vienés, Carl Schlechter, que vivía muy cerca de los Réti. El maestro accedió a recibir a los dos hermanos en su casa y ganó en tres minutos la primera partida contra el joven prodigio. Pero, como ya lo había previsto, el varapalo apenas hizo mella en Richard, que tuvo una segunda oportunidad. Esta vez, el desarrollo fue distinto: volvió a perder, pero tras presentar una dura resistencia. Schlechter elogió a su rival: "Me has causado muchos problemas". Y, dirigiéndose a Rudolph, añadió: "Para la edad que tiene [13 años], su hermano juega francamente bien. Debería frecuentar el Club de Ajedrez de Viena".

♙ Matemáticas y guerra

El consejo cayó en terreno abonado y Richard Réti se convirtió en el primer socio adolescente de aquel club tan exclusivo, compuesto en su mayor parte por industriales ricos y aristócratas. Paralelamente, cursaba sus estudios con buenas notas, aunque no brillantes excepto en matemá-

ticas, un terreno en el que ninguno de sus compañeros de clase lograba igualarle. Aunque no logró que algún maestro del club se decidiera a ser su tutor ajedrecístico –lo que muy probablemente hubiera contribuido a un progreso más rápido–, Richard descubrió varios libros de ajedrez interesantes en la biblioteca, donde se le veía los sábados y domingos.

Después de un par de actuaciones poco destacables en sus primeros torneos importantes, el progreso de Réti –tanto en el ajedrez como en la carrera de Matemáticas– se vio truncado por otro motivo mucho más grave: la guerra. Cuando fue llamado a filas, su débil constitución física le libró de la primera línea; sirvió durante tres frustrantes años en la retaguardia del frente autro-húngaro, lejos de Viena y cerca de Serbia, sin ningún acceso a los libros que necesitaba, aunque sí podía jugar al ajedrez con frecuencia, gracias a la afición de algunos de sus superiores.

La frustración, el ansia de jugar torneos y tal vez su entrenamiento con los oficiales cristalizaron en un excelente estado de forma: Réti disfrutó de su primera gran victoria en 1918, cuando ganó el Torneo de Kaschau (o Kassa o Kosice), superando a nombres tan ilustres como Schlechter, Grünfeld, Vidmar, Breyer, Asztalos, Havasi y Mieses.

Como ése fue prácticamente el único torneo de renombre celebrado en aquel triste período, el triunfo de Réti tuvo mucho eco en todo el mundo. Por eso le llegó una invitación de Holanda para lograr la residencia en ese país.

El momento no podía ser más oportuno. Además de los crecientes problemas económicos de la familia, cuyos principales ingresos eran aportados por las clases de música y los artículos de Rudolph, Richard acababa de sufrir uno de los mayores disgustos de su vida. Perdió, o le robaron, su tesis doctoral, de la que no tenía copias. Cercano al suicidio porque era incapaz de recordar todas la fórmulas desarrolladas en ese trabajo, Réti aceptó la propuesta holandesa, en principio para unos meses, pero se quedó varios años. La clásica elección entre el ajedrez y una carrera normal fue en su caso un paso poco menos que obligado y traumático; el



Para Richard Réti el ajedrez era por encima de todo un arte.

dilema sobre si hizo bien o mal al convertirse en un trotamundos del tablero le acompañó toda su vida.

Entre los mejores

En todo caso, demostró que estaba entre los mejores del mundo con una sucesión de éxitos, como el primer puesto en Göteborg 1920, superando a Tarrasch, entre otros. Es memorable su triunfo sobre Capablanca en el Torneo de Nueva York 1924, donde también ganó el premio a la partida más brillante, la que disputó frente a Bogóljubow. Pero lo que verdaderamente fascinaba a Réti era la composición de estudios. Algunos biógrafos llegan a asegurar, sin dar detalles, que un día abandonó una partida de competición, dejando estupefacto a su rival, porque necesitaba concentrarse en la terminación de un estudio.

Para comprender esa mentalidad nada mejor que algunas frases de su hermano: "Richard tenía la firme opinión de que evaluar una partida o la fuerza de un jugador prestando atención sólo al resultado deportivo era muy superficial o, por lo menos, una simplificación extrema. La profundidad del ajedrez se debe juzgar



Archivo Revista Jaque

Imagen de Richard Réti poco antes de su muerte.

por cómo se juega la partida [...]. Sin embargo, Richard nunca negó la importancia de otras facetas del juego, y valoró mucho lo que aporta al estudio de la estrategia, hasta el punto de que recomendó su introducción como asignatura en las escuelas militares. Pero, en lo más íntimo de su ser, Richard pensaba que el ajedrez era esencialmente un arte".

Esto le llevó a impulsar la escuela hipermoderna, que rompió un principio tradicional, casi sagrado: el jugador con más posibilidades de ganar es aquel que domina más espacio. Él mismo lo explicó así: "Yo también creía firmemente en esa idea, y pensaba que el ajedrecista sólo podía progresar a través de un pensamiento más racional o natural. Si eso hubiera sido cierto, el ajedrez ya habría llegado al límite como arte, y el progreso sería similar al de un levantador de peso que bate la marca de su predecesor. Pero pronto descubrí que se podía lograr ventaja sin necesidad de dominar más espacio que el rival. En otras palabras, existe a menudo una lógica oculta, más grande y compleja que la lógica del sentido común. Algunas jugadas, que desde la lógica serían extravagantes, pueden ser las más eficaces".

Entusiasta de sus propias ideas, Réti viajó cuanto pudo por Europa y América para darlas a conocer; entre la correspondencia que su hermano encontró después del fallecimiento por escarlatina, estaban los preparativos para un periplo por Asia. En una de esas giras logró el impresionante récord de 29 partidas simultáneas a la ciega en Sao Paulo. Si la muerte prematura de cualquier persona es siempre una desgracia, la de Réti fue una tragedia desde el punto de vista del ajedrez, porque fue uno de sus grandes filósofos.

Richard Réti

- Nació en Pezinok (Hungría, luego Checoslovaquia, actual Eslovaquia) el 28 de mayo de 1889.
- Campeón de Checoslovaquia en 1925.
- Vencedor de los siguientes torneos: Kaschau 1918, Rotterdam 1919, Amsterdam 1920, Göteborg 1920, Viena 1920, Teplitz-Schönau 1922, Brno 1928 y Viena 1928.
- Estableció el récord de partidas simultáneas a la ciega al jugar 29 (+20 -2 =7) en Sao Paulo, en 1925.
- Escribió dos clásicos: *Nuevas ideas en ajedrez* y *Los grandes maestros del tablero*; compuso 53 estudios; fue uno de los artífices de la escuela hipermoderna y dio su nombre a la apertura Réti.
- Murió el 6 de junio de 1929.



Frank James Marshall

Archivo Revista Jaque

El mítico campeón norteamericano, Frank James Marshall.

El artista americano

Al final de sus días, se acostaba con un tablero para poder reproducir rápidamente cualquier idea que se le ocurriese durante el sueño.

El amor que Frank Marshall (1877-1944) sentía por el ajedrez sólo es equiparable al que profesó por su familia. Fue sin duda el mejor jugador de América durante su época de esplendor, y uno de los mejores del mundo durante los dos primeros decenios del siglo XX. Pero, tal vez por su afición al alcohol y al juego, su estilo artístico y muy espectacular brilló más que sus resultados: no ganó ninguna de las 15 partidas contra Emmanuel Lasker por el título mundial en 1907.

Marshall, cuyo legado incluye algunas de las combinaciones más bellas y asombrosas de la historia del ajedrez, comparó su estilo con el del boxeador Jack Dempsey: "Siempre me han gustado las partidas abiertas y he tratado de dejar fuera de combate a mi oponente lo más rápidamente posible. Hago mía la creencia de que la mejor defensa es un buen ataque". Sus estratagemas tácticas para enmascarar posiciones objetivamente perdidas también merecen ser recordadas con admiración porque confirman que tenía un talento extraordinario.

Nacido en Nueva York, se trasladó con su familia a Montreal (Canadá) cuando tenía 8 años y fue allí donde comenzó a jugar al ajedrez y lo practicó durante más de diez años de estancia. Se sabe poco sobre esa época de su vida, pero sus progresos están claros: ganó el torneo social del Club de Ajedrez de Montreal a los 17 años. Poco después, la familia regresó a Nueva York.

Pronto logró fama en los círculos ajedrecísticos de *La Gran Manzana*. Su victoria en un torneo organizado en 1899 por el Club de Ajedrez de Brooklyn le granjeó la simpatía popular, y ésta se tradujo en ayuda económica para disputar su primer torneo internacional: Londres 1899. No se le permitió jugar en el grupo de maestros, pero sí en el de reservas: triunfó, superando a Mieses y Marco. La estrella estadounidense en ese momento era Harry Pillsbury (véase biografía en esta obra), que terminó el cuarto en el grupo principal, detrás de Lasker, Janowsky y Maroczy.



Archivo Revista Jaque

Marshall juega con las blancas en una partida disputada en el salón de su domicilio.

Por Europa a la cumbre

Apoyado en ese éxito, insistió en sus visitas a Europa, con notable éxito: 3º en París 1900 (tras Lasker y Pillsbury), 2º en Viena 1903, 3º en Montecarlo 1904 (tras Maroczy y Schlechter), 1º en Scheveningen 1905, 1º en Nuremberg 1906. Después de esas dos primeras competiciones, Marshall ya era un rival muy temible para la elite. Pero si alguien tenía alguna duda dejó de tenerla tras el Torneo de Cambridge Springs (Pennsylvania, EE.UU.), uno de los más importantes celebrados en América a primeros de siglo. Lasker, Schlechter, Janowsky y Chigorin aceptaron las invitaciones; entre los ausentes ilustres destacaban Tarrasch y Maroczy.

Por otro lado, estaba la rivalidad nacional entre Marshall y Pillsbury, para quien éste fue su último torneo importante y también el primero desde Hastings 1895, en el que no consiguió uno de los lugares de honor. El primer líder fue Janowsky, beneficiado por las derrotas de Lasker ante Schlechter y Pillsbury. Pero Marshall pasó como un ciclón por la parte central del torneo y llegó a la última ronda con 1,5 puntos de ventaja sobre sus seguidores en la mejor actuación de su carrera. El nuevo astro acabó con 13 puntos (11 victorias y 4 empates) en 15 partidas, uno de los porcentajes más brillantes de la historia, sobre todo si se tiene en cuenta la superior categoría de varios de sus rivales. El campeón del mundo de la época, Lasker, compartió el segundo puesto con Janowsky a 2 puntos del vencedor.

Antes de ahondar en la gran paradoja que se aprecia en la carrera de Marshall, conviene glosar otro gran éxito posterior: 1º en La Habana 1913, superando a Capablanca cuando éste ya era una figura mundial después de ganar el Torneo de San Sebastián 1911. Esos triunfos impresionantes no encajan con tres derrotas por diferencias humillantes en duelos individuales durante la misma época:

1) En 1905 cae estrepitosamente ante Tarrasch (+1 -8 =8).

2) No ganó una sola partida (-8 =7) a Lasker en el Campeonato del Mundo de 1907.

3) En 1909 perdió ante Capablanca (+1 -8 =14), de nuevo por muy amplio margen.

Asimismo, es importante subrayar que el bajo rendimiento de Marshall en los duelos no se limita a esos tres. También perdió dos de ellos ante Rubinstein, aunque ganó otros a Janowsky y a rivales más débiles. Si se comparan estos resultados con los éxitos en los torneos mencionados, cabe deducir que Marshall tenía un problema psicológico. Su estilo, basado en variantes de apertura agresivas que le permitieran construir un potente ataque cuanto antes, era muy adecuado para los

torneos, porque los rivales –uno distinto cada día– tenían serios problemas para neutralizar su gran imaginación.

Mejor perder que no crear

Pero no deja los encuentros de uno contra uno, largas peleas que exigen una preparación meticulosa, el sistema nervioso de un desactivador de bombas y muchísima paciencia. Unas virtudes que difícilmente podía tener alguien merecedor de la siguiente definición: "Ningún campeón de Estados Unidos obtuvo probablemente más placer del mero hecho de jugar al ajedrez, con independencia del resultado, que Frank Marshall. Antes prefería perder una partida que perder una oportunidad de crear belleza" (Andy Soltys y Arthur Bisguier, en *American Chess Masters From Morphy to Fischer*). Es decir, Marshall fue uno de los últimos románticos.

Sobre su afición al alcohol y al juego no hay dudas, pero tampoco se puede afirmar categóricamente que ello influyese de forma directa en su carrera ajedrecística. Se conocen algunas anécdotas acerca de su tendencia al levantamiento de vidrio. Un par de años antes de morir, Marshall disputó (en estado de manifiesta embriaguez) un duelo de partidas rápidas con Reuben Fine, que estaba entre los mejores del mundo, además de ser un eminente psiquiatra. Fine se encontraba absolutamente sobrio, pero perdió ¡por 10-0! Fine debió de sufrir un trauma suficiente para convertirse en su propio paciente: poco antes, durante la clausura de un torneo internacional por equipos, él estaba presente cuando Marshall fue invitado a pronunciar un discurso para celebrar el triunfo de EE.UU. Tras un hercúleo esfuerzo para ponerse de pie sin caer desplomado, Marshall sintetizó sus ideas en tres palabras: "Hip, hip, hurra". En cuanto al juego, parece que era muy asiduo a las salas de bingo, pero su vicio no era grande como el de Tartakower, de quien se dice que se acercaba a la ruleta mientras esperaba la respuesta de su rival en una partida de torneo.

Otra prueba de la gran clase de Marshall es que fue campeón de Estados Unidos en 1909 después de derrotar en un duelo a Showalter (+7 -2 =3). Defendió el título una sola vez, ante Edward Lasker en 1923 (+5 -4 =9), porque ninguno de los otros candidatos potenciales pudo reunir el dinero exigido para la bolsa de premios. En 1935, cuando la presión de los aficionados se hizo patente de costa a costa, los directivos de la Federación de Ajedrez de EE.UU. votaron unánimemente para que los campeonatos nacionales pasaran a disputarse por el sistema de torneos. Marshall renunció al título y su club donó un trofeo para el primer campeón con el nuevo formato, que fue Reshevsky.

Medallas y monedas de oro

Y aún hay otra competición, la Olimpiada de Ajedrez, en la que Marshall destacó sobremanera: jugó y fue el capitán en cinco ediciones (1930, 1931, 1933, 1935 y 1937), logró una medalla de oro colectiva en las cuatro últimas, y además otra al mejor resultado individual en el segundo tablero en 1933, con cuatro victorias, seis empates y ninguna derrota.

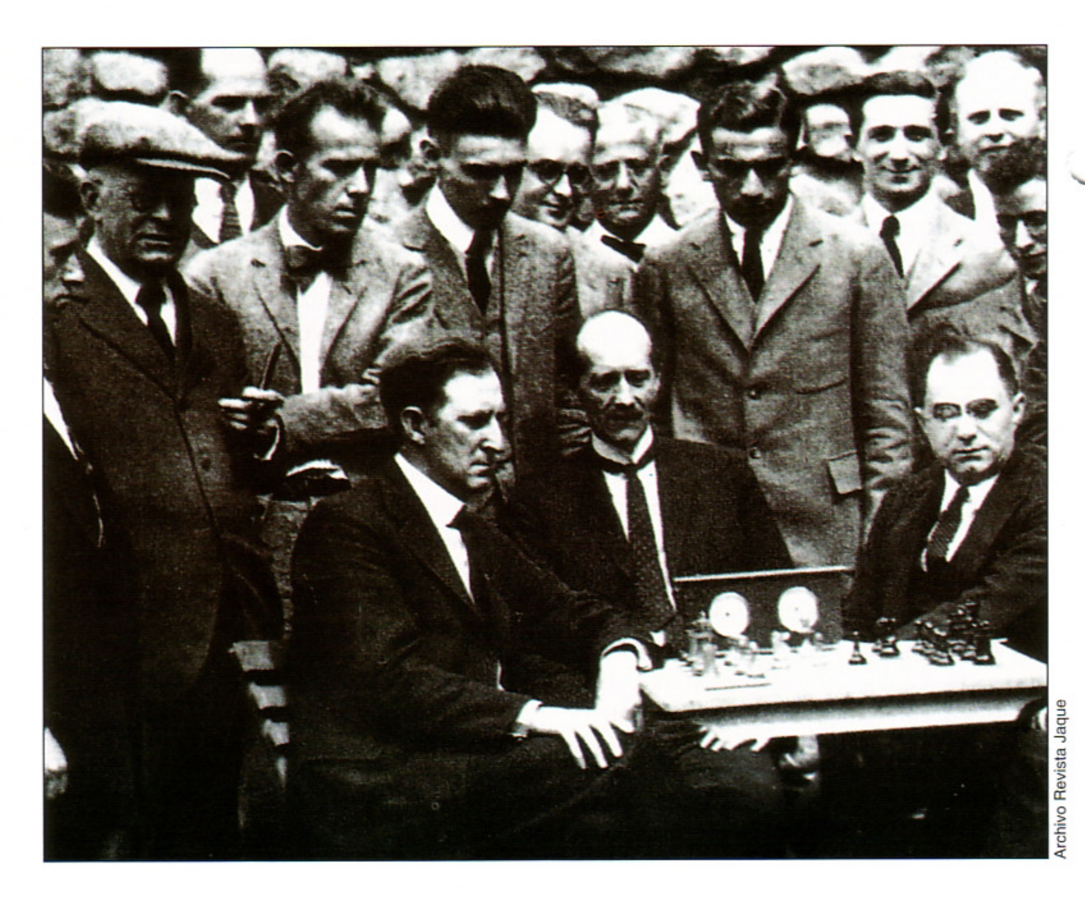
Si a Marshall le hubiera tocado vivir el fin del siglo XX y no su comienzo, habría sido sin duda uno de los jugadores preferidos por los organizadores. Sus partidas siempre eran esperadas con gran expectación por los aficionados, incluso cuando su nombre no estaba entre los favoritos. Entre las muchas obras inmortales que produjo hay dos excelsos sacrificios de dama: el de la jugada 12 frente a Janowsky (3ª partida del duelo, París 1905); y –para muchos el más bonito de todos los tiempos– su movimiento 23 frente a Levitsky, en el Torneo de Breslau de 1912. Este último causó tal emoción, que algunos espectadores lanzaron monedas de oro a la mesa de Marshall.

No es de extrañar, por tanto, su constante presencia en otros torneos muy importantes, y con resultados casi siempre honrosos, a pesar de su declive: San Sebastián 1911 (4º, tras Capablanca, Rubinstein y Vidmar); Nueva York 1915 (2º, tras Capablanca), el inolvidable de Nueva York 1924 (4º, tras Lasker, Capablanca y


Archivo Revista Jaque

El estilo de Frank James Marshall se caracteriza por un ataque muy atractivo.

Hombre popular, Marshall aglutinó a su alrededor a los aficionados de su ciudad, gracias a la creación de un club de ajedrez.



Archivo Revista Jaque

Aliojin), Nueva York 1927 (6º y último, tras Capablanca, Aliojin, Nimzovich, Vidmar y Speelman), y Londres 1927 (3º tras Nimzovich y Tartakower.

A los 65 años, Marshall seguía entregándose al ajedrez tanto como a su familia. Aquel caballero que parecía un actor de Shakespeare, fumador de grandes puros, solía irse con el tablero a la cama por si acaso se le ocurría una genialidad durante el sueño. Sus resultados deportivos ya no podían ser buenos; pero, como era tan querido por los aficionados, unos amigos le ayudaron a abrir en 1915 el Marshall's Chess Divan, antecedente del famoso Marshall Chess Club que funciona en Manhattan desde 1931 y que también fue el domicilio de Marshall. Éste sufrió un colapso una noche en la calle, cuando volvía a casa, y murió en el acto. Su esposa regentó el club hasta su fallecimiento, en 1971. Además de su infinito amor por el ajedrez y del arte a raudales que contienen sus partidas, Marshall dejó varias ideas interesantes. Especialmente, el gambito que lleva su nombre en la Apertura Española, aún en boga más de medio siglo después de la muerte de su autor, en 1944.

Frank James Marshall

- Nació en Nueva York el 10 de agosto de 1877.
- Candidato al Mundial en 1907, fue derrotado por Lasker (-8 =7).
- Campeón de Alemania en 1906 y 1908. Campeón de EE.UU. de 1909 a 1935.
- Jugó cinco Olimpiadas. Obtuvo la medalla de oro con EE.UU. en 1931, 1933, 1935 y 1937; y además la individual al mejor segundo tablero en 1933.
- Ganó entre otros, los siguientes torneos: Cambridge Springs 1904, Montecarlo 1904 (torneo temático), Scheveninguen 1905, Nuremberg 1906, Dusseldorf 1908, Nueva York, 1910, Budapest 1912, La Habana 1913, Nueva York 1913, Nueva Jersey 1920, Chicago 1926 y Hastings 1928-1929.
- Falleció en Nueva York el 9 de noviembre de 1944.

Yéfim Bogóljubov


Archivo Revista Jaque

Bogóljubov, en el centro de la imagen, en el Torneo de Berna de 1932.

El oso presuntuoso

Logró ser original en una profesión, la del ajedrez, llena de personalidades singulares. Y además fue uno de los mejores del mundo entre las dos grandes guerras. Yéfim Bogóljubov (1889-1952), rudo y arrogante, era en realidad un obrero de muy alto nivel: disputó dos veces el título mundial a Alexánder Aliojin.

Bondadoso y amigable, rollizo y glotón (su plato favorito eran las salchichas de Francfort con ensalada de patata), y muy dado a las bromas de dudoso gusto, Bogóljubov inspiró al famoso escritor de ajedrez Hans Kmoch esta definición: "Es como un oso que al golpear a una mosca posada en el rostro de su domador mata a ambos". Kmoch recuerda una cena, en 1934, con Bogóljubov y Nimzovich, en Bayreuth, donde al mismo tiempo se celebraba un congreso del partido nazi. Aunque Nimzovich era judío militante y había una masiva presencia de oficiales alemanes en las mesas colindantes, Bogóljubov fue insensible a la situación e incordió a Nimzovich recomendándole unas chuletas de cerdo (alimento prohibido por la religión judía). En otra ocasión, Bogóljubov logró una gran ventaja en su partida contra Tarrasch. Éste se sintió muy mal repentinamente, y pensó que se moría. De hecho, falleció unas semanas más tarde, lo que inspiró a Bogóljubov para titular así su victoria: "La partida que mató al doctor Tarrasch". Era conocido por provocar situaciones embarazosas. Además de tutear a todo el mundo (en alemán, no suele hacerse), Bogóljubov tenía el don de la inoportunidad.

♙ Amado por Dios

Yéfim Dimítrievich Bogóljubov nació cerca de Kíev (Ucrania) el 1 de abril de 1889; en ruso, ese apellido puede traducirse como "amado por Dios", lo que encaja bien con su seguridad en sí mismo y con sus estudios de Teología; también se dedicó a la agricultura antes de convertirse en ajedrecista profesional. Sus primeras actuaciones, entre 1911 y 1913, incluyen pequeños éxitos y algunos resultados discretos hasta que logró el título de Maestro de Rusia tras vencer a Salwe (+5 =2 -3) en 1913. Fue uno de los participantes rusos –Aliojin era otro de ellos– en el Torneo de Manheim (Alemania) de 1914, interrumpido por la Primera Guerra Mundial. Bogóljubov y sus compatriotas fue-

ron internados en Triberg, pero él sacó el mayor provecho de ese confinamiento. De los siete torneos organizados por ellos mismos durante el cautiverio, Bogóljubov ganó cinco y quedó el segundo en los otros dos. Aliojin y los demás colegas volvieron a Rusia en cuanto pudieron; él decidió quedarse, compró una casa, contrajo matrimonio, tuvo hijos y adquirió la nacionalidad alemana en 1927. Fue considerado "un traidor" por el Kremlin, y no le *rehabilitaron* hasta 25 años después de su muerte.

Su talento floreció especialmente en el período 1922-1928, aunque de forma irregular: de los 17 torneos que disputó entonces, ganó ocho pero puntuó por debajo del 50 % en otros cinco. Sus primeros grandes triunfos llegaron en Piestany 1922 (+13 =4 -1), por delante de Aliojin, y en Carlsbad 1923 (+9 =5 -3), empatado con Aliojin y Maroczy. Su residencia en Alemania sin renunciar a la nacionalidad soviética hasta 1927 le permitió convertirse en el único jugador que ha sido campeón de la URSS (1923 y 1925) y de Alemania (1925) al mismo tiempo. El mejor resultado de su carrera también se produjo en 1925: 1º en el Torneo de Moscú (+13 =5 -2), superando a Lasker, Capablanca y Rubinstein, nada menos. Tampoco son desdeñables los que logró poco después, ya como súbdito alemán: en Bad Homburg 1927 (+5 =4 -1), Berlín 1928 (+7 =3 -1) y Bad Kissingen 1928 (+6 =4 -1); en este último se midió con Lasker, Capablanca y Rubinstein, entre otros.



Archivo Revista Jaque

Imagen de Bogóljubov en su juventud.

La ley del campeón

Todos esos datos demuestran, sin lugar a dudas, que era uno de los mejores del mundo. Otra cosa era medirse con Aliojin, al que desafió por el título mundial en 1929. El campeón era claramente superior (+5 =9 -11), sobre todo en la técnica de finales; el aspirante le acusó primero de hipnotizarle y después de recurrir al alcohol para jugar mejor, por lo que también se puso a beber durante las partidas, con escaso éxito.

Los resultados posteriores de Bogóljubov, que volvió a perder (+3 =15 -8) ante Aliojin en 1934, ya no fueron tan brillantes, aunque ganó tres veces más el Campeonato de Alemania y unos 25 torneos adicionales del medio centenar que disputó; también protagonizó una actuación excelente (+9 =7 -1 en el primer tablero) en la Olimpiada de Praga 1931, sólo superada por Aliojin (+10 =7 -1).

Siguió jugando sin pausa para mantener a su familia, incluso después de que se le diagnosticase un cáncer de hígado, hasta que murió de un ataque al corazón en 1952 cuando volvía a casa tras una sesión de simultáneas. Durante la Segunda Guerra Mundial vivió en Marsella, donde frecuentaba un club de ajedrez. Allí accedía a disputar algunas partidas mientras leía la prensa. Cuando su modesto rival jugaba, Bogóljubov bajaba el periódico, miraba la posición con gesto displicente y contestaba. Después de permanecer invicto durante seis meses, explicó la clave: "Gano con blancas porque dispongo de la ventaja inicial; y gano con negras porque soy Bogóljubov".

Yéfim Bogóljubov

- Nació cerca de Kíev (Ucrania) el 1 de abril de 1889. Obtuvo la nacionalidad alemana en el año 1927.
- Campeón de la URSS en 1924 y 1925. Y de Alemania en 1925, 1931, 1933 y 1949.
- Fue derrotado dos veces por Aliojin con el título mundial en juego: 1929 (+5 -11 =9) y 1934 (+3 -8 = 15).
- Ganó más de 40 torneos. Entre ellos: Piestany 1922, Carlsbad 1923, Moscú 1925, Berlín 1926, Bremen 1927, Bad Homburg 1927, Bad Kissingen 1928, Berlín 1928, Aquisgrán 1933, Bad Nauheim 1935, Stuttgart 1939, Berlín 1940, Cracovia 1940, Flensburg 1947, y Sarrebruck 1951.
- Murió en Triberg (Alemania) el 18 de junio de 1952.

Lev Polugaievsky



Polugaievsky frente a Kárpov, en el Torneo de Buenos Aires, en 1994.

Un analista excelso

Lev Polugaievsky (1934-1995) formó parte de los invencibles equipos de la URSS que arrasaban casi todos los torneos que jugaban. Aunque su temperamento tranquilo era poco adecuado para la época de guerra fría e implicaciones políticas que le tocó vivir, estuvo tres veces entre los candidatos al título mundial. Sin embargo, su principal aportación radica en los análisis, tanto de aperturas como de partidas aplazadas (hoy eliminadas). En ese terreno fue excelso.

Aunque en el ajedrez se conocen pocos casos comparables a los recogepelotas o asistentes que luego se convierten en grandes jugadores de tenis y golf, respectivamente, Polugaievsky es uno de ellos. Entre sus más viejos recuerdos estaba una partida del Campeonato de la URSS de 1944 entre Botvínik y Lilienthal, que él reprodujo para los espectadores en un tablero gigante y estudió después en casa hasta la extenuación. Botvínik se convirtió en su ídolo y nunca dejó de serlo, como reconoce Polugaievsky al explicar las enormes dificultades psicológicas que tenía para enfrentarse a él.

Un cuarto de siglo más tarde, el 17 de diciembre de 1969, Polugaievsky y Botvínik salieron a pasear juntos durante el Torneo de Belgrado. De pronto, el patriarca se puso muy serio para preguntarle: "¿Estás escribiendo algún libro de ajedrez?". Sabedor de que su camarada consideraba imprescindible que los grandes ajedrecistas produjesen obras escritas, es-

pecialmente con partidas analizadas en profundidad como ejercicio autocrítico, Polugaievsky salió de la encerrona como pudo: "Soy todavía joven y dedico mucho tiempo al entrenamiento y a jugar. Algún día empezaré a escribir". Pero, como él mismo admitió más tarde, fue incapaz de pronunciar esas palabras con un tono de firmeza. En consecuencia, la réplica fue tajante: "¿Por qué no admites que eres un vago? ¡Deberías sentirte avergonzado de ti mismo! Todo gran maestro tiene el deber de escribir libros", le espetó Botvínik, dando por terminada la conversación.

El sermón hizo tanta mella en Polugaievsky que ni siquiera le dejó concentrarse en la partida de esa tarde: "Nunca me había ocurrido algo parecido. De modo que por la noche, durante la cena, decidí seguir el consejo de Botvínik", explicó. Y así nació *Grandmaster Preparation* (Pergamon Press, 1981), un magnífico trabajo en el que Polugaievsky da rienda suelta a su asombrosa capacidad analítica, además de desarrollar al detalle la historia de la variante que lleva su nombre en la *Defensa Siciliana* (1. e4 c5 2. ♘f3 d6 3. d4 cxd4 4. ♘xd4 ♞f6 5. ♘c3 a6 6. ♗g5 e6 7. f4 b5). Como apunta el ex campeón del mundo Mijaíl Tahl en su prólogo, "el autor te transporta al peculiar ambiente creativo de las *dachas* (casas de campo) en las afueras de Moscú, donde solía concentrarse la selección soviética para entrenarse".



Rosa de las Nieves

Una de las últimas imágenes de Lev Polugaievsky.

♙ Trabajador y tenaz

De hecho, la arenga de Botvínik convirtió a Polugaievsky en un tenaz trabajador. La citada variante fue recibida con mucho escepticismo tras su invención, pero su creador la pulió durante miles de horas, hasta que se convirtió en un arma temible. Precisamente Tahl, reputado demoledor de *sicilianas*, la sufrió en propia carne durante el duelo de Alma Ata (Kazajstán), de 1980, contra Polugaievsky, que éste ganó contra pronóstico por 5,5-2,5.

Otro logro histórico de *Polu*, como todo el mundo le llamaba en el circuito de los torneos de elite, fue que Fischer renunciase a su apertura favorita (1. e4), en el Interzonal de 1970, para evitar la *Siciliana* en la partida entre ambos. Las aportaciones de nuestro personaje a esa defensa fueron tan grandes y evidentes, que el mecenas holandés Joop Van Oosterum organizó un torneo temático (Buenos Aires, 1994, de apertura obligatoria en todas las partidas) en homenaje a Polugaievsky.

Como jugador, *Polu* alcanzó su techo pasados los 40 años de edad, tras ganar dos veces el Campeonato de la URSS. Si los campeones de esa época no hubieran sido tres de los más grandes de la historia –Fischer, Kárpov y Kaspárov–, él podría haber llegado aún más lejos. En todo caso, le tocó vivir en un período poco apropiado para su manera de ser: también sufrió mucho cuando tuvo que enfrentarse al *traidor*, el disidente Korchnoi. Al final de su vida se instaló en París, donde entrenó a jóvenes promesas que luego fueron grandes jugadores, como Joel Lautier. Sus restos fueron enterrados en Montparnasse, cerca de la tumba de otro genio, Alexánder Aliojin.

Lev Polugaievsky

- Nació el 20 de noviembre de 1934 en Mogilovo (URSS).
- Candidato al título mundial en 1974, 1977 y 1980.
- Campeón de la URSS en 1967 y 1968-69.
- Ganador de los siguientes torneos: Marianske Lazne 1959, Mar del Plata 1962, Sochi 1963, Budapest 1965, Beverwijk 1966, Amsterdam 1970, Mar del Plata 1971, Skopje 1971, Amsterdam 1972, Kislovodsk 1972, Solingen 1974, Sochi 1974, Budapest 1975, Montilla Moriles 1975, Wijk aan Zee 1979, Manila 1982, Biel-Bienne 1986, Haningue 1988, Belgrado 1988 y Biel-Bienne 1989.
- Fue el creador de una de las más populares variantes de la *Defensa Siciliana*.
- Falleció en París en 1995.



Yéfim Géller



Yéfim Géller, campeón de la URSS en 1955 y 1979. Fue aspirante al título mundial en diversas ocasiones.

Todo menos campeón

Su palmarés abruma por la cantidad de éxitos, pero nunca fue campeón del mundo. Sin embargo, tenía una rara habilidad para ganar a los campeones. Miembro de la generación de maestros soviéticos que deslumbraron después de la Segunda Guerra Mundial, Yéfim Géller (1925-1998) fue un ajedrecista maravilloso e irrepetible. Dos triunfos en el Campeonato de la URSS, además de su importante presencia en seis ciclos del Mundial y en siete olimpiadas, son una pequeña muestra de su impresionante currículo.

Nació en Ucrania, granero del mundo y tierra de grandes ajedrecistas. Estudió Economía en la Universidad de Odessa, pero estaba predestinado a servir a Caissa, la diosa del ajedrez. No jugó un torneo internacional hasta los 27 años (Budapest, 1952), pero su estreno fue brillante: 2º, tras Keres y por encima de Botvínik y Smyslov. La nueva estrella soviética se hizo un hueco entre los diez mejores del mundo y se mantuvo en ese grupo durante un cuarto de siglo. Sus dos Campeonatos de la URSS tuvieron un mérito especial. El primero (en 1955) fue un triunfo compartido con el mejor Smyslov, al que venció en el encuentro de desempate. Detrás se clasificarían Botvínik, Petrosián, Spassky, Taimánov... El segundo (¡24 años después!) fue en 1979, a la respetable edad de 54 años. Géller sumó 11,5 puntos en 18 partidas, sacando medio punto de ventaja a Kaspárov, por delante de la *nueva ola soviética*: los Yusúpov, Beliavski, Vaganián, etc.

Mijaíl Thal escribió, en el prólogo de un libro de Géller: "Podríamos comparar sus resultados puramente competitivos con los obtenidos por los más destacados grandes maestros del mundo, y fácilmente llegaríamos a la conclusión de que él es uno de ellos. [...] En el aspecto creativo, Géller siempre ha ocupado un lugar de honor. Hay pocos ajedrecistas que hayan merecido una distinción como la pronunciada por una de las voces más autoriza-

das entre los campeones mundiales, la de Mijaíl Botvínik: 'Antes de Géller no entendíamos la India de Rey'. Este comentario, por supuesto, no se refiere estrictamente a la apertura en sí, sino al hecho de que uno de los puntos fuertes de su talento es la habilidad para la investigación, para la búsqueda de lo nuevo, el descubrimiento de la esencia secreta del ajedrez".

Derrotar a los grandes

Géller, gran especialista en la materia, escribió las tres condiciones básicas para derrotar a un campeón del mundo. Atención a la finura de su ironía: "La primera, que tenga usted la suerte de enfrentarse a ellos, aunque sólo sea en una sesión de simultáneas... La segunda, que tenga bien presente que está jugando contra un campeón del mundo, por lo que debe concentrar todos sus esfuerzos y todas sus energías en el juego, sin pensar siquiera que existirá un mañana... La tercera es que se olvide por completo de que tiene enfrente a un campeón del mundo, porque correría el peligro de que la personalidad de su oponente le hipnotizase, a fin de preservar una cierta alegría de espíritu y claridad de ideas".



Archivo Revista Jaque

Géller, autor de uno de los mejores libros de ajedrez: La aplicación de la teoría ajedrecística.

La utilidad de esos consejos parece enorme tras leer la siguiente lista de resultados de Géller contra campeones del mundo, sin mencionar las tablas: 4-1 contra Botvínik, 10-7 contra Smyslov, 4-2 contra Petrosián, 5-3 contra Fischer, 1-1 contra Kárpov y Euwe, 4-6 contra Thal, 6-9 contra Spassky y 0-1 contra Kaspárov (más tres tablas). Parece imposible que alguien incapaz de ocupar el trono del ajedrez lograse doblegar tantas veces a sus ocupantes. Pero se comprende mejor al observar la formidable trayectoria de Géller en los Torneos de Candidatos: logró clasificarse para todos los disputados entre 1956 y 1971, excepto en 1959. Pero, uno tras otro, Smyslov, Botvínik, Petrosián, Spassky y Kárpov le fueron superando, a veces por muy poco, cada vez que se acercaba a la cima.

Las ilusiones se iban desvaneciendo y los sueños quedaban rotos. En 1971, Petrosián le pidió ayuda para vencer a Fischer en Buenos Aires: tarea imposible en ese momento. En el encuentro del siglo (Fischer-Spassky; Reykjavik, 1972), Géller era también el entrenador principal de Spassky, como lo fue de Kárpov contra Korchnoi en 1974.

Lo más importante es que nos dejó una obra bellísima e inmortal. En el aspecto conceptual, el poso estratégico que avala todas las partidas de Géller hace que proliferen las obras maestras en su producción: aquellas partidas en las que el peso de la lucha va decantando el juego hasta ese momento solar en que la estrategia cede el paso a los planes tácticos, la chispa prende como en un choque de trenes y la maravilla se abre camino con un ¡apártense que juega Géller! Sin duda tenía razón Thal: Géller había descubierto la esencia secreta del ajedrez.

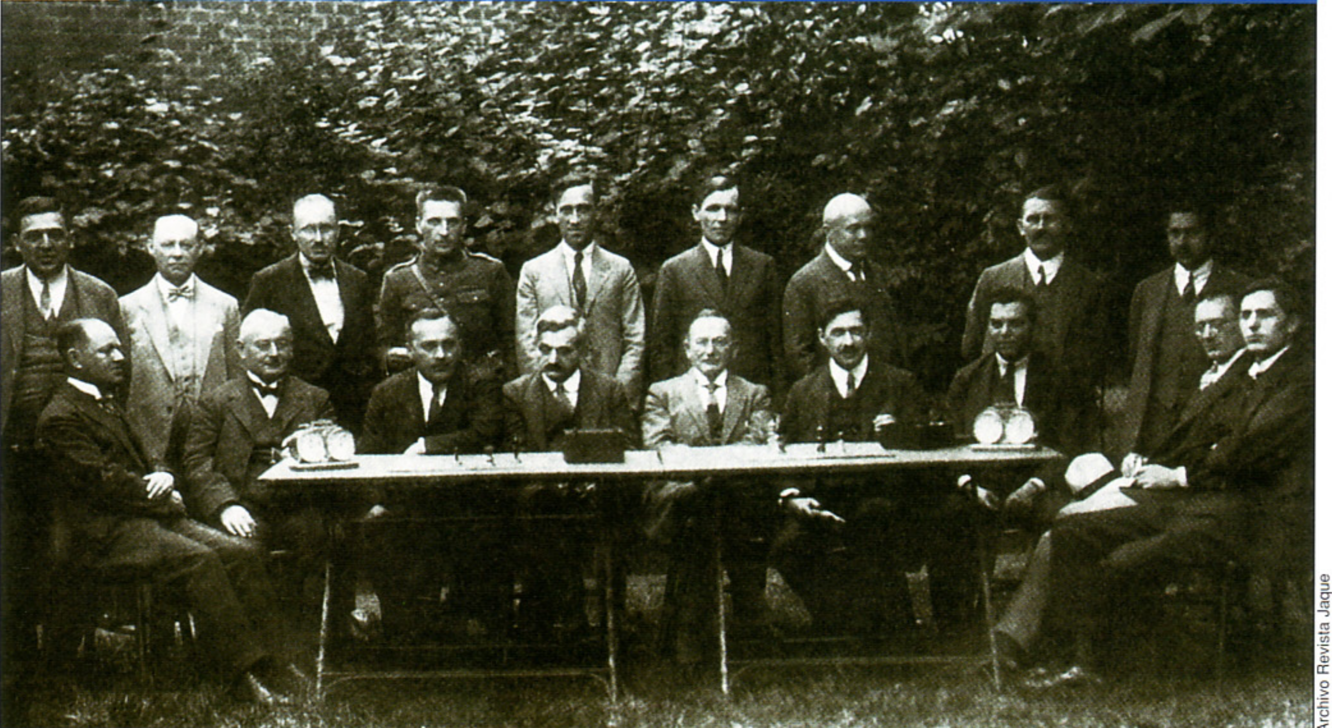


Yéfim Petróvich Géller

- Nació en Odessa (Ucrania) el 8 de marzo de 1925.
- Fue candidato al título mundial en 1953, 1956, 1962, 1965, 1968 y 1971. Campeón de la URSS en 1955 y 1979. Campeón de Ucrania en 1950, 1957, 1958 y 1959. Triunfó con el equipo de la URSS en siete olimpiadas, un Campeonato del Mundo por Naciones y seis campeonatos de Europa.
- Sus victorias más brillantes en torneos: Budapest 1952, Dresde 1959, Bewerwijk 1965, Kislovodsk 1966, Wijk aan Zee 1969, Budapest 1973, Hilversum 1973, Teeside 1975, Moscú 1975, Las Palmas 1976 y Wijk aan Zee 1977, Bogotá 1978, Novi Sad 1978, Las Palmas 1980 y Dortmund 1989.
- Escribió, entre otros, un libro de gran éxito: *The Application of Chess Theory* (*La aplicación de la teoría ajedrecística*).
- Falleció el 17 de diciembre de 1998.



Ernst Grünfeld



Archivo Revista Jaque

Torneo de Mahrisch-Ostrav, de 1923. Sentados, de izquierda a derecha, Spielmann, Tietz (el patrocinador), Bogóljubov, Lasker, Tarrasch, Wolf, Réti, Grünfeld y Euwe.

Defensa y vida

"¿Quién es Grünfeld?", se preguntaban muchos aficionados durante el Mundial de Sevilla de 1987, cuando Gari Kaspárov y Anatoli Kárpov pusieron la defensa que lleva ese nombre en el primer plano de la actualidad. El austriaco Ernst Grünfeld (1893-1962) era un jugador muy fuerte, aunque nunca estuvo cerca del título mundial, mermado por la pobreza, la enfermedad y la guerra. La apertura que inventó es tan interesante como su vida.

Grünfeld nació pobre, en Viena, y perdió una pierna cuando era muy pequeño. Como escribió el periodista Hans Kmoch, que le conoció personalmente, en un relato editado para Internet (www.chesscafe.com) por Edward Winter, "muchos de los placeres de la vida le fueron negados. Mientras otros niños jugaban, él sólo podía mirar; mientras otros jóvenes encontraban romances, él sólo podía sentarse en silencio; mientras otros comían carne cada día, él sólo podía permitírselo una vez a la semana; estaba discapacitado para la educación, la conversación y la habilidad para ganarse el sustento".

Tenemos aquí un individuo idóneo para demostrar la utilidad del ajedrez como terapia.

Cuando Grünfeld conoció esa pasión, la cultivó como si se hubiera enamorado de la mujer más hermosa del mundo.

Estudiaba o jugaba todo el día y además lo hacía todos los días; el ajedrez se convirtió en su vida, y progresó muy rápido. Pronto fue uno de los jugadores más temibles en los cafés de la capital austriaca. Sin embargo, eran tiempos difíciles, incluso para un ajedrecista de gran categoría: la Primera Guerra Mundial estaba cerca.

A los 19 años, después de lograr cierta fama, su gran esperanza tenía un nombre y un apellido: el barón Albert von Rothschild, multimillonario y presidente del famoso Club de Ajedrez de Viena. Pero el barón falleció precisamente cuando la carrera de Grünfeld comenzaba a florecer.

Y llegó la guerra, que enterró la actividad internacional del ajedrez y destruyó el Imperio Austro-Húngaro. Sus efectos fueron particularmente desastrosos para los vieneses; la situación del todavía joven talento no podía ser peor en 1918.

El cartero fue la solución

¿Qué hacer? Si el ajedrez había dado un sentido a su existencia, ahora se trataba de buscar una salida dentro del ajedrez, porque no había otra cosa en su vida.

La solución elegida fue jugar por correspondencia y especializarse en el conocimiento de las aperturas. Según cuenta Kmoch, Grünfeld coleccionó partidas, sacándolas de donde fuese, y tomó notas en cualquier pedazo de papel; por ejemplo, en billetes de tren o recortes de periódico. Todo ello parece patético visto con los ojos de hoy, cuando basta apretar un par de teclas en el ordenador para acceder a más de un millón de partidas. Pero así comenzó una hercúlea tarea de recopilación, que acabó convirtiéndose en una impresionante biblioteca cuarenta años después.



Imagen de Ernst Grünfeld, del año 1920.

Grünfeld llegó a ser uno de los expertos en teoría más prestigiosos de su época. Este hecho se tradujo en éxitos deportivos cuando se codeó con la elite mundial del momento: 2º en Budapest 1921, después de Aliojin; 3º en Maehrisch-Ostrow 1923, tras Lasker y Réti; 1º en Merando 1924, por delante de Spielmann y Rubinstein; y campeón de Alemania en 1923, entre otros.

Fue en el año 1922 cuando la defensa que le inmortalizó adquirió fama internacional, especialmente por su partida inmortal contra Kóstic. Aunque el esquema típico de la Grünfeld (1. d4 ♘f6 2. c4 g6 3. ♞c3 d5) busca la presión a larga distancia sobre el centro de peones blancos, y su debilitamiento, no es correcto incluir a su autor en la escuela hipermoderna, debido a que su estilo general era más bien clásico.



Llegan los nazis

Otra peculiaridad negativa de Grünfeld es que su época de esplendor deportivo fue bastante más corta de lo habitual. El declive comenzó mucho antes de pasar la barrera de los 40 años. Para colmo, llegaron los nazis, y eso le ocasionó otro infortunio, adicional a los que sufrieron sus compatriotas: su apellido incitaba a pensar, erróneamente, que era judío. Kmoch relata una curiosa anécdota. Uno de los espectadores de un torneo donó una cantidad en metálico para que Nimzovich recibiese un premio de belleza por una partida muy hermosa. Cuando se enteró, Grünfeld comentó: "¿Ven cómo los judíos se ayudan entre sí? Me gustaría ser judío". En otra ocasión fue invitado por un grupo judío a una gira turística por Palestina (hoy Israel), que se canceló al descubrirse la realidad. Sin embargo, el sonido de su nombre fue suficiente para que los nazis impidieran que invirtiese sus ahorros en unas vacaciones en el campo junto a su esposa e hija. Así pues, les devolvieron a Viena.

Grünfeld se dedicó principalmente a comentar partidas para artículos y libros durante el resto de su vida, hasta que falleció en Viena a los 68 años.

La obesidad fue aumentando proporcionalmente a su edad; le encantaba comer cantidades enormes de patatas y salchichas de Bulgaria, país donde se publicaban muchos de sus artículos, pagados en especies. Parece que también era muy despistado. Según Kmoch, una vez se despertó sobresaltado al ver que el reloj marcaba las cuatro porque tenía que jugar a las cinco; sólo después de llegar a la sala con la lengua fuera, e irritado porque no pasaban los tranvías, se dio cuenta de que eran las cinco de la mañana.

Ernst Grünfeld

- Nació en Viena el 1 de noviembre de 1893.
- Fue campeón de Alemania en 1923.
- Sus principales triunfos en torneos: Viena 1920; Margate 1923; Merano 1924; Budapest 1926, Viena 1927; Viena 1928; y Mährisch Ostrau 1933.
- Creó la defensa Grünfeld, una de las más populares durante el último tercio del siglo XX.
- Falleció en Viena el 3 de abril de 1962.

Michael Adams


Rosa de las Nieves

Michael Adams, en Oviedo, en el año 1992.

Un tímido prodigioso

Se habla poco de él, pero el tímido Michael Adams es el 6º de la lista mundial (mayo de 1999) y todo indica que aún no ha llegado a su techo. Sólido y combativo al mismo tiempo, sus colegas le aprecian como persona y le temen como rival. Sus resultados son claramente mejores desde que conoció a su novia.

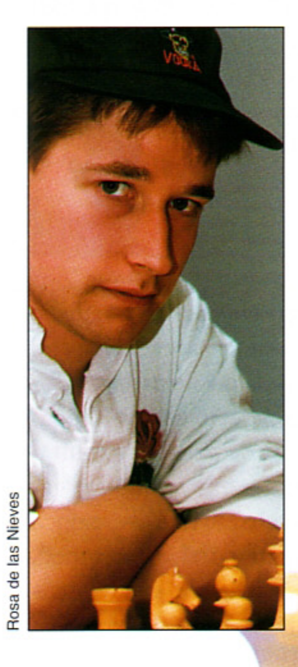
Parece indudable que el talento de Adams para el ajedrez es innato: vio la primera luz en Truro, un remoto municipio de la península de Cornualles, al suroeste de Inglaterra, muy poco propicio para el desarrollo de un campeón. Corría el otoño de 1971 y faltaba un año para el histórico triunfo de Bobby Fischer sobre Borís Spassky. Adams es uno de los productos más brillantes de la explosión del ajedrez en Inglaterra a raíz de la iniciativa de un mecenas, James Slater, que ofreció 50.000 libras esterlinas de 1973 al primer británico que consiguiese el título de gran maestro; once años después, Inglaterra era la segunda potencia mundial.

Como tantos otros niños de su país, Adams se zambulló en la pasión del ajedrez, cuyas reglas aprendió a los 6 años, y pronto obtuvo resultados sobresalientes. La fama internacional no llegó hasta los 12, en 1984, cuando venció a Gari Kaspárov en una exhibición de partidas simultáneas con reloj. Sin embargo, y aunque ganó numerosos torneos juveniles, nunca consiguió un título mundial, ni europeo, en esa categoría. Su fuerza estaba más allá de cualquier duda: a los 17 era gran maestro (julio de 1989) y campeón británico absoluto (agosto de 1989); hasta ese momento, sólo Fischer y Kaspárov habían logrado tanto en tan poco tiempo. Pero no estaba nada claro que su carrera fuera a ser tan brillante como la de los dos campeones citados, ni mucho menos: además de los consagrados Short, Speelman y Nunn, varios de sus compatriotas jóvenes también mostraban resultados prometedores; y el grupo de grandes promesas de otros países (Ivanchuk, Anand, Gélfand, Dréiev, Kamsky, Lautier, Piket, etc.) parecía muy potente. De hecho, Adams, ni siquiera figuraba entonces entre los 200 mejores del mundo.

Era una posición muy delicada, pero el joven Michael optó por un movimiento

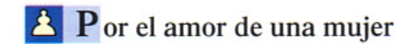
de gran riesgo: abandonar sus estudios y convertirse en un ajedrecista profesional. Su padre, Bill, le dio vueltas al asunto, pero finalmente apoyó la idea: "Fue una decisión difícil. Veíamos claro que Michael sólo podría vivir dignamente del ajedrez si se metía entre los treinta mejores del mundo, un objetivo muy ambicioso si se tiene en cuenta que la mayoría de ellos habían nacido en el bloque soviético. Pero como los éxitos de Michael habían superado con frecuencia nuestros pronósticos más optimistas, llegamos a la conclusión de que merecía la pena apostar por ello", recordó seis años después.

Poco más tarde, Adams participó por primera vez en el ciclo del Campeonato del Mundo, aunque de forma original. Terminó el segundo en el Torneo zonal de Blackpool (1990), pero empatado a puntos con Hodgson y Suba; como el reglamento no era preciso en cuanto a los desempates y sólo se clasificaban los dos primeros para el interzonal, se optó por un sorteo entre los tres. Cada uno eligió un número, y los tres acudieron a continuación a un bingo cercano; el primero de los tres números en salir del bombo sería el agraciado. Salió el 9, que era el de Adams.



Rosa de las Nieves

El joven Michael Adams, una de las figuras más sobresalientes del ajedrez británico de nuestros días.



Por el amor de una mujer

¿Por qué había elegido el 9? "Es el número de jarras de cerveza que me tomé ayer", explicó Adams al día siguiente. Ciertamente, el alcohol y la juerga ocupaban un lugar importante en su vida. Nadie dudaba de su gran talento, pero los resultados eran muy irregulares: sólo ganó torneos de segunda fila durante los tres años siguientes, si se exceptúan los de Terrassa (Barcelona, 1991), por delante de Ivanchuk un mes antes de que éste fuera el 2º del mundo, y Tilburg (Holanda, 1992), por eliminatorias, donde derrotó en la final a Gélfand, que era el 6º del *ranking*.

El cambio drástico empieza en 1993: gana el zonal de Dublín, termina 2º sin problemas en el interzonal de Biel (Suiza) y, aprovechando el cisma del ajedrez, triunfa con brillantez en el interzonal de la recién creada Asociación Profesional (PCA), que se disputó en Groningen (Holanda). Aunque Gélfand y Anand le eliminaron en los respectivos ciclos de candidatos, el juego de Adams ya era mucho más sólido.

Su carrera empezó a ir claramente mejor cuando cambió de novia y decidió vivir con Tara Macgowran. Adams entró por fin en el club de los diez primeros del mundo, y su presencia empezó a ser muy apreciada por los organizadores de torneos de elite. Entre otros éxitos, logró un meritorio tercer puesto en el fortísimo Torneo de Dos Hermanas de 1995, empatado con el vencedor, Kaspárov, y con Gata Kamsky; llegó hasta la final de candidatos de 1997 en Groningen, donde Anand sufrió para vencerle en la *muerte súbita*; y consiguió el mayor éxito de su carrera hasta ese momento cuando triunfó invicto en Dos Hermanas en 1999.

Tras recibir el primer premio, Adams se sinceró: "Sí, había demasiada juerga mezclada con mi carrera. Un día me puse a analizar mi vida, y fue cuando decidí que tenía que ser más serio. Ahora, con Tara, trabajo mucho en casa. Llevamos cinco años viviendo en Londres y mi vida es tranquila y sencilla. Se han acabado los altibajos. Ella me da seguridad. Además, después de cada partida nos olvidamos del ajedrez, porque no entiende nada; eso contribuye a mi equilibrio psicológico. Realmente, me siento un hombre afortunado por haberla conocido".



Michael Adams

- Nació en Truro (Reino Unido) el 17 de noviembre de 1971.
- Logró el título de gran maestro y el de campeón absoluto de Gran Bretaña a los 17 años.
- Ha ganado, entre otros, los siguientes torneos: Lloyds Bank (Londres) 1990, Groningen 1990, Terrassa 1991, SWIFT Bruselas (rápidas) 1992, Tilburg 1992, Dublín (zonal) 1993, Burgas 1994, Groningen (interzonal) 1993, Londres (rápidas) 1995 y Dos Hermanas 1999.

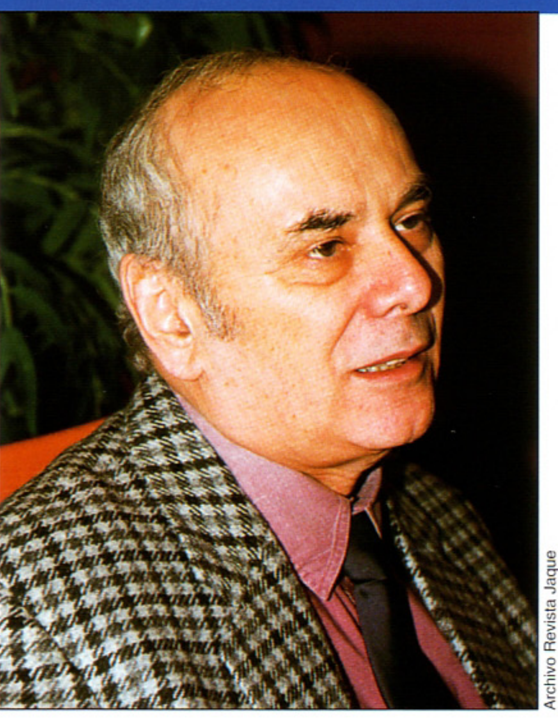
Lajos Portisch

Obrero con do de pecho

Si desde los pasillos del hotel se oía un canto de ópera en tono de barítono o bajo, lo más probable era que el húngaro Lajos Portisch (Zalaegerszeg, 1937) participara en el torneo de ajedrez. Eso ocurría con frecuencia entre los años sesenta y noventa, cuando Portisch era uno de los mejores ajedrecistas del mundo. Sus rivales le admiraban por su deportividad y le temían, sobre todo por su impresionante preparación de las aperturas.

Su familia amaba el ajedrez, sin duda alguna: su hermano Ferenc (1939) llegó a ser maestro internacional. Pero todo indica que el trabajo riguroso era otra de las notas distintivas del clan. Desde muy joven, Lajos sobresalió por un entrenamiento sistemático y meticuloso. No fue un niño prodigio, a pesar de que su padre le enseñó a jugar a muy temprana edad. Su paulatina escalada comenzó con el cuarto puesto en el Mundial juvenil de 1955 y llegó a un hito importante cuando se proclamó campeón absoluto de Hungría en 1958. Poco después participó por primera vez en el ciclo del Campeonato del Mundo, un selecto club del que se convirtió en socio casi permanente durante treinta años.

Todos los campeones de su época le alabaron. Mijaíl Botvínik solía decir que Portisch hubiera llegado aún más arriba de no ser por su falta de sentido psicológico. Tigrán Petrosián reconoció que la búsqueda del método apropiado para vencer al húngaro le llevó varios años. Su estilo no era espectacular, pero sí muy eficaz. Tranquilo, muy autocrítico, buen perdedor, su brillante carrera se basó en la perseverancia y en una inquebrantable voluntad de vencer. Cuando muchos jugadores jóvenes se autodenominan "profesionales" sólo porque cobran a cambio de su presencia, conviene recordar que Portisch fue, en el transcurso de sus décadas de gran actividad, un profesional ejemplar que dedicaba a su trabajo muchas horas diarias casi todos los días de cada año. Sus colegas también recuerdan con agrado sus regalos de fin de torneo: una corta, pero intensa, sesión de canto durante la ceremonia de clausura. Hoy sigue cultivando sus dos grandes pasiones, pero ya no está en el circuito de la elite.


Archivo Revista Jaque

Lajos Portisch se proclamó campeón de Hungría en ocho ocasiones, entre los años 1958 y 1981.


Archivo Revista Jaque

Lajos Portisch

- Nació en Zalaegerszeg (Hungría) el 4 de abril de 1937.
- Campeón de Hungría en 1958, 1961, 1962, 1964, 1965, 1971, 1975 y 1981.
- Llegó al Torneo de Candidatos en 1968, 1974, 1977, 1980, 1983, 1987 y 1989.
- Ganador, entre otros, de los siguientes torneos: Balatonfüred 1958, San Benedetto 1960, Sarajevo 1962, Kecskemet 1962, Sarajevo 1963, Amsterdam 1963, Beverwijk 1965, Skopje 1968, Montecarlo 1969, Amsterdam 1969, Hastings 1969-70 y 1970-71, Adelaida 1971, Wijk aan Zee 1972, Las Palmas 1972, San Antonio 1972, Liubliana-Portoroz 1973, Wijk aan Zee 1975, Tilburg 1978, Wijk aan Zee 1978, Toluca (interzonal) 1982, Reggio Emilia 1984-85, Portoroz-Liubliana 1985 y Cannes 1992.



Svétozar Glígoric

El partisano del mes


J. Senda

Considerado un héroe nacional como deportista y soldado, Svétozar Glígoric (Belgrado, 1923) fue el mejor jugador yugoslavo de todos los tiempos hasta la irrupción de Ljubomir Ljubójevic. Pero no solamente eso: polifacético, escritor y periodista muy prolífico, su labor resultó esencial para que el ajedrez se convirtiese en una pasión masiva entre sus compatriotas. Y su "partida del mes", publicada en varias revistas durante años, fue una cita obligada de los aficionados.

A los 14 años ganó el Campeonato Juvenil de Begrado tras un curioso incidente: en las rondas preliminares, permitió que un rival bañado en lágrimas tras cometer un error repitiese su jugada; Glígoric terminó perdiendo esa partida pero los organizadores premiaron su gesto repescándolo para la fase final. Tres años después quedó huérfano y fue acogido en la casa del presidente del club de ajedrez de Belgrado, quien también pidió, poco más tarde, que fuera trasladado desde el frente a la retaguardia durante la Segunda Guerra Mundial. Para entonces, Glígoric ya se había hecho merecedor de dos condecoraciones por su valor como partisano a lo largo de cuatro meses. Su perfil tiene muchos puntos en común con el de Lajos Portisch: no fue un niño prodigio; se interesó por la música y los idiomas; su estilo evolucionó desde el ataque en tromba a la solidez basada en un profundo conocimiento de las aperturas; muy disciplinado para el entrenamiento, doce veces campeón de Yugoslavia, fue uno de los pocos occidentales que hicieron sombra a los todopoderosos soviéticos tras la guerra.

Ya en su madurez, alcanzó un gran prestigio por su obra escrita. Además de las profundamente comentadas "partidas del mes", tuvo un enorme éxito con un libro instantáneo sobre el duelo Fischer-Spassky, celebrado en Reykjavik, en 1972: 200.000 ejemplares vendidos de la versión inglesa, y muchos miles más de las traducciones al español, francés, alemán y portugués. Hoy en día es una de las pocas personas que siguen en contacto frecuente con Bobby Fischer.

Svétozar Glígoric, campeón de Yugoslavia en doce ocasiones, ha compaginado su faceta de jugador con la de árbitro.


Rosa de las Nieves

Svétozar Glígoric

- Nació en Belgrado el 2 de febrero de 1923.
- Campeón de Yugoslavia en 1947, 1948, 1949, 1950, 1956, 1957, 1958, 1959, 1960, 1962, 1965 y 1971.
- Llegó hasta el Torneo de Candidatos en 1953, 1959 y 1968.
- Ganador, entre otros, de los siguientes torneos: Mar del Plata 1950, Londres 1951, Hastings 1951-52, Hollywood 1952, Mar del Plata 1953, Río de Janeiro 1953, Montevideo 1953, Hastings 1956-57, Bognor-Regis 1957, Dallas 1957, Hastings 1959-60, Asunción 1960, Torremolinos 1961, Sarajevo 1962, Belgrado 1962, Hastings 1962-63, Copenhague 1965, Tel Aviv 1966, Dundee 1967, Belgrado 1969, Berlín 1971, Los Ángeles 1974, Montilla 1977, Osijek 1978, Lone Pine 1979 y Sochi 1986.
- También destacó como árbitro: dirigió el primer duelo Kárpov-Kaspárov (Moscú, 1984-85).